

COLECCIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO EXTRAÍDA DE LOS OPÚSCULOS DEL B. PEDRO DAMIÁN POR UN DISCÍPULO ANÓNIMO DE ÉL, CON CUIDADO Y ESTUDIO DEL DOM CONSTANTINO CAJETANI

65-70 PRÓLOGO DE CAJETANI.

Tienen esto, lector excelente, los escritos de los Padres católicos como algo especial, que en ellos, como en los jardines más amenos, los flores de las Sagradas Escrituras exhalan su fragancia por doquier: en los cuales, al ser recogidos y ordenados posteriormente, las mentes de los que vendrán después se ejercitan no sin alabanza. Así, de Agustín, doctor gravísimo y santísimo, nuestro Beda, hombre también no menos insigne por su religión que por su doctrina y claridad de santidad, al interpretar las Epístolas de Pablo, lo que él había dicho dispersamente en muchos lugares, lo reunió en un solo volumen con un orden admirable. No de otro modo, San Paterio, obispo de Brescia, y también Alulfo, monje, ambos benedictinos, seleccionaron de los escritos del Gran Gregorio lo que pertenecía a la explicación de las Sagradas Escrituras, y lo publicaron para beneficio de los que vendrían después. No menciono a los demás, que con igual cuidado y no disímil industria hicieron lo mismo con las obras de otros. Siguiendo, pues, el ejemplo de estos, un discípulo de San Pedro Damiano, y muy versado, al parecer, en sus escritos, compuso y elaboró de ellos una especie de centón de lugares de la Sagrada Escritura. Esta obra, como se desprende del título, la dirigió al abad Damiano, sobrino del santísimo cardenal obispo Damiano por parte de su hermana, a quien están dirigidas dos cartas del mismo beatísimo tío. Este es aquel abad Damiano de quien, según creo, San Bruno, desde abad del monasterio de Montecasino a obispo de Segni (al inicio de sus Comentarios sobre el Apocalipsis, que hace algunos años vi en un códice antiquísimo escrito con letras lombardas, en posesión de Horacio de Valle, jurista y gran benefactor mío y de la antigüedad romana), hace mención honorífica, y recuerda que escribió comentarios sobre el profeta Isaías a petición suya; sin embargo, es necesario que haya presidido otro monasterio que no sea el de Fonte Avellana, ya que quien era su cabeza, y, por así decirlo, cenobiarca, no se llamaba abad sino prior; y parece que esta costumbre no solo se mantuvo durante la vida de San Pedro Damiano, como se desprende de sus escritos, sino que también perduró entre los posteriores, como lo muestra claramente Teobaldo, sucesor de San Ubaldo, obispo de Gubbio, y prior del mismo monasterio, autor de la Vida de San Ubaldo. Además, de los documentos escritos del monasterio de Nonantola, construido en el campo de Módena, observamos que este nuestro Damiano fue abad del mismo monasterio, y también cardenal de la Santa Iglesia Romana; como lo atestigua Rangerio, escritor de la Vida de San Anselmo, obispo de Lucca, e hijo espiritual suyo, al describir las exequias de su muerte: «Estaban presentes, dice, el obispo de Magalona, llamado Godofredo, y el obispo de Módena, Benedicto, y el obispo de Reggio, Ariberto, y el obispo de la misma ciudad, es decir, de Mantua, llamado Ubaldo: y también Damiano, cardenal de la Iglesia Romana, que era abad del monasterio de Nonantola. Todos ellos acudieron para escuchar su sabiduría, para recibir su consejo, como solían hacer él mismo y los demás católicos.» Esto dice Rangerio: quien, al testificar que esto ocurrió en el año mil ochenta de Cristo, y nueve meses después del felicísimo tránsito del papa Gregorio VII, no cabe duda de que este abad Damiano fue creado cardenal de la Santa Iglesia Romana por el mismo sumo pontífice Gregorio; y principalmente por la extraordinaria benevolencia, gratísima memoria, virtudes apostólicas e inmensos méritos hacia la Iglesia Romana con que honraba a su santísimo tío. He querido decir esto brevemente, para que de algún modo se conozca quién fue este abad Damiano.

Pero el nombre de este escritor, que extrajo esta obra de los libros de San Pedro Damiano, aunque los códices no lo expresen, no obstante, se demuestra que tiene una gran utilidad de su labor, especialmente porque al presentar testimonios de cada uno de los opúsculos del

santísimo cardenal, como su discípulo, como testigo ocular, nos revela con fe constante que el mismo doctor los escribió, de los cuales quizás se podría dudar. Sin embargo, esperamos que esto que ahora sacamos a la luz, y otras cosas que, con la ayuda de Dios, preparamos para publicar, no sean inútiles ni ingratas para tus estudios, lector. Adiós, y encomiéndame a Cristo Señor en tus oraciones.

EN EL NOMBRE DE LA SANTA E INDIVISA TRINIDAD. COMIENZA EL LIBRO DE LOS TESTIMONIOS DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO. que un cierto discípulo suyo se encargó de extraer diligentemente de los Espejos del reverendo Pedro Damián.

70-74 COMIENZA EL PRÓLOGO.

A su Señor y Padre, dom Damián, reverendo abad, el último de los siervos monjes, el obsequio de sincera devoción.

Mientras recientemente recorría con frecuente meditación las obras de nuestro Padre de bendita memoria, el obispo Pedro, vuestro tío, como si fueran ciertos manjares de néctar, encontré en ellas algo notable, que percibí que redundaba en la mayor utilidad. Mientras el ilustre varón consideraba que debía despreciarse la elocuencia arrogante de aquellos que, buscando fama de ingenio, ansían densar con múltiples oscuridades todo lo que inventan, ya sea con la complejidad de las sentencias, ya sea esforzándose en gran medida por obstruir con dicciones inusitadas, para que nadie pueda captar con el entendimiento lo que dicen, o penetrar en su suficiencia sin el esfuerzo de un trabajo impropio: él, por el contrario, deseando abrir y esclarecer el camino a todos los lectores, se esforzaba intensamente por allanar todo lo más elevado, o dilucidar lo más oscuro no solo con razones, sino también con ejemplos de las Escrituras. Además, si encontraba algo que pudiera ser vacilante para los menos expertos, lo fijaba con firmeza con los testimonios de las mismas Escrituras, como si fueran anclas echadas, para que no pudiera fluctuar más allá, y lo protegía de manera insuperable contra todos los ataques de los impugnadores, obstruyendo toda vía de insidia, para que ningún acceso pudiera quedar abierto a ningún dardo. Finalmente, acostumbraba a sostener tanto en sus actos la estructura de las Escrituras, que incluso a las palabras que, ya cerradas por las razones expuestas, permanecían firmes e inmovibles, a veces decidía añadirlas. Así como cualquier ciudad, después del recinto de las murallas, después de la impenetrable fortaleza de los muros fuertes, se distingue aún por las construcciones elevadas de sus murallas, no tanto por la fortaleza necesaria de la defensa como por el decoro de la belleza que se desea: así también él parece haber insertado frecuentemente en sus gestas muchas de las Escrituras solo por gracia de ornato; o tal vez, lo que no puede considerarse absurdo, para que, al admitir la ocasión de disertar sobre ellas, su elocuencia mostrara que existían fecundas en su interior las que exteriormente parecían vacías. Nadie que recorra los umbrales de las Escrituras puede permitirse dudar de que estas, tan frecuentemente aplicadas a sus actos, ocultaban a menudo mucho del sentido místico y sagrado, que, si no hubieran sido desveladas, más bien habrían podido oscurecer que ilustrar. Por lo tanto, al penetrar y discutir sus interioridades con la mano de una disertación luminosa, y al extraer completamente de sus recónditos lugares lo oculto, lo hacía claro y manifiesto con luz. Cuando las palabras de la razón sola no parecían satisfacer, se traían de nuevo otros testimonios al medio, que, aunque también cubrían su entendimiento bajo el tipo de alegorías o bajo el arcano de cualquier misterio, lo obligaban a trabajar de nuevo en su declaración; y así, por divina providencia, se logró que muchas cosas ocultas de la página sagrada, por su obra, se desvelaran evidentemente y resplandecieran para nosotros con el brillo de una clara inteligencia. Por lo tanto, al considerar el solícito varón con tan elegante elucidación los testimonios de la Sagrada Escritura, juzgué que sería digno y muy útil que se extrajeran de aquellos códices y se compilaran en un cuerpo singular de un

volumen propio, para que no quedaran ocultos entre tantas densas voluminosidades, causando pérdidas desconocidas. Con esta consideración, aunque no poco ha prestado a todos aquellos en cuyas manos estas cosas habrían de llegar, se ve que ha consultado especialmente a aquellos a quienes no se les permite leer mucho; para que, mientras estos tales no puedan elevarse a alcanzar la plenitud de toda la obra, al menos, atentos a estas pequeñas cosas, no puedan permanecer completamente hambrientos de la ilustre doctrina de tan gran varón: y quienes no son capaces de sacar del vasto cauce del río una pesca fértil con una red capaz, no les desagrada colgar una captura fácil con el hilo de un anzuelo delgado de este pequeño seno, como si fuera en su propio cauce reducido, con la que puedan llenar la medida de su refacción con suficientes manjares. Por tanto, vuestra santidad se dignó encomendarme este asunto; no ciertamente porque ignorara la pobreza de mi sentido, sino quizás más bien porque esperaba que lo que, según mi propia capacidad, creía poder lograr, lo llevaría a cabo fielmente; pues no sin razón, quien me había conocido desde hace tiempo como favorecido por una cierta prerrogativa de amor del mismo Padre, solo por su gratuita piedad. Por lo cual, aunque no olvidando mi aridez, no me considerara en absoluto idóneo para esto, no intenté en modo alguno sustraer mi hombro a esta carga de obediencia con ninguna excusa; no ciertamente porque temerariamente presumiera de las fuerzas de mi propia capacidad, sino porque esperaba fervientemente que la obediencia, con la que anhelaba cumplir vuestra orden, y los méritos del mencionado Padre, cuyo elogio ciertamente no podía faltar en lo que me sucediera en esta obra, me apoyarían. A esto se añade que la misma obra, de cuánta dificultad era, aún no estaba clara, mientras solo aconsejaba extraer los testimonios en el orden en que se encontraban en sus cuadernos. Pero después de que, ya habiendo recorrido parte de este modo, advertí con consulta que el orden de la obra se confundía más que se aclaraba, y que podría más bien inducir al lector al sueño que a la meditación, consideré que era mucho más fructífero asumir el trabajo de cualquier dificultad que seguir aquella facilidad infructuosa. Dejando, pues, la prosecución del tenor comenzado, en la que se mezclaban lo antiguo con lo nuevo, los agiógrafos o los hechos de los reyes con los profetas, me propuse ordenarlos de nuevo de tal manera que distinguiera cada uno de los testimonios por sus libros, para que cualquiera que desee buscarlos con más diligencia pueda encontrarlos en el mismo orden en que están situados en sus códigos; y no negando esta diligencia ni siquiera a los incidentes prelibados, inserté el simple texto de ellos entre los demás, para que si los pusiera allí con sus exposiciones, no duplicara mi trabajo y no causara fastidio al lector, al repetir lo que ya sabía que había leído antes. Además, me esforcé en titularlos de tal manera que expresara específicamente qué lugares de sus cuadernos ocupan. Sin embargo, el lector debe tener cuidado de no considerar que, al leer en algún título en la epístola a tal persona, o en el sermón de tal santo, y no encontrarlo quizás en una epístola o sermón, deba censurarme por mentiroso, ya que hay varias epístolas a una persona, y en el elogio de un santo hay también varios sermones elaborados. Por lo tanto, lo que se encuentra en estos, no dude en buscarlo en otros; aunque sobre esto a menudo puede ser instruido en las mismas pre-titulaciones. También debe tenerse en cuenta que, al encontrar algunas cosas situadas en diversos lugares, y expuestas en un lugar más extensamente, en otro más concisamente, o incluso con una permutación de estilo o de orden, aunque bajo el mismo entendimiento, pero de alguna manera diferentes; a veces elegí lo que parecía adecuado de un lado y lo compuse en la forma de una sola sentencia. Otras veces, sin embargo, cuando la cosa lo requería, puse aquí íntegramente cada exposición tal como la encontré allí. Tampoco debe pasarse por alto que en algunas sentencias encontré propuestas tan congruentes allí, que no deberían cambiarse en sus prefacios aquí; en otras, no solo fue necesario tomar de prefacios algo más largos, sino también de lo que seguía, que debía adaptarse; y en otras, finalmente, me vi obligado a adaptar solo lo recién editado. Sin embargo, nadie debe considerar esto como algo sorprendente, ya que las sentencias precedentes de estas no siempre se referían

necesariamente a ellas como si fueran a seguirlas, aunque proporcionaron la razón para introducirlas. Por lo tanto, no se considera necesario que cualquier sentencia se adhiera en todas partes a estas, que podrían adaptarse aquí a sus prefacios. Pero ya que me acerco al final, dirijo mis palabras a ti, Padre, para que, a quien sirven las primeras, también sirvan justamente las últimas. En primer lugar, imploro humildemente ante la magnitud de vuestra santidad el perdón por los errores que quizás haya cometido en este asunto; y al mismo tiempo, os ruego que me concedáis con este favor, que no dejéis sin corregir lo que debe ser corregido; para que no encuentre de aquí en adelante algo que pueda arrancar con insulto de mi mano. Pues no creo haber corrido de tal manera que en todo sea hallado irreprochable. Por lo tanto, en lo que aparezca que debo ser reprendido, prefiero atribuirlo, confesándolo yo mismo, a mi propia impericia, que defenderlo procazmente. Si, sin embargo, he hecho algo que pueda agradar, lo atribuyo devotamente a la obediencia prestada a vuestra santidad, y a los méritos del mismo padre frecuentemente recordado, después de Dios, a quien principalmente deben devolverse todos los dones que él distribuye. Ante cuya majestad, os ruego, que vuestra piedad se digne encomendarme con sus dignas oraciones. Lo cual también pido humildemente a todos aquellos a quienes este mi estudio pueda haber sido de provecho.

Termina el Prólogo.

#### 77-78 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS.

1. Dijo Dios: Hágase la luz, el primer día.
2. Que el segundo día hizo el firmamento y las divisiones de las aguas.
3. Reúnanse las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco.
4. Que el cuarto día se hicieron los luminarias en el firmamento del cielo.
5. Que el quinto día fueron creados los peces y las aves.
6. Que el sexto día fue creado el hombre.
7. Que el sábado el Señor, habiendo terminado todo, descansó y mandó al hombre descansar.
8. El Señor hizo caer un sueño profundo sobre Adán; y mientras dormía, tomó una de sus costillas, etc.
9. Que cuando el Señor paseaba en el paraíso, Adán, porque estaba desnudo, se escondió.
10. Que de Caín se dará venganza siete veces; pero de Lamec setenta veces siete.
11. Hazte un arca de madera labrada, y la cubrirás con betún por dentro y por fuera.
12. Sobre la medida del arca del diluvio.
13. Quince codos más alta fue el agua sobre todos los montes, que cubrió.
14. Que el diluvio comenzó a disminuir después de ciento cincuenta días.
15. El arca reposó en el mes séptimo, el día veintisiete del mes, sobre los montes de Armenia.
16. Sobre el cuervo y la paloma enviados desde el arca.

17. Esperados otros siete días, Noé volvió a enviar la paloma desde el arca.
18. Venid, hagamos una ciudad para nosotros, y una torre cuya cúspide llegue al cielo.
19. Sobre los cinco reyes, a saber, de Sodoma y Gomorra y de las otras ciudades subvertidas, que fueron vencidos por cuatro reyes.
20. Que Abraham, cuando ofrecía sacrificio al Señor, dividió los animales por la mitad, pero no dividió las aves.
21. Que Abraham ahuyentaba las aves que descendían sobre el sacrificio.
22. Y cuando el sol se ponía, un sueño profundo cayó sobre Abraham, y un gran y oscuro terror lo invadió.
23. Descenderé, y veré si han cumplido con la obra el clamor que ha llegado a mí, o no es así, para que lo sepa.
24. Que los sodomitas, al intentar irrumpir violentamente contra los ángeles, fueron heridos con ceguera.
25. Que Abraham ofreció a Dios su único hijo en sacrificio.
26. Sobre Lía y Raquel, esposas de Jacob.
27. Sobre Bala y Zilpa, siervas.
28. Que Raquel llamó a su hijo Benoni; pero su padre lo llamó Benjamín.
29. Este es Aná, que encontró aguas termales en el desierto, mientras pastoreaba los asnos de Sebeón, su padre.
30. Judá descendió a Timná para trasquilar sus ovejas, con Hira, el pastor de su rebaño, el adulamita.
31. José ordenó a sus siervos que llenaran los sacos de sus hermanos con trigo, y que pusieran el dinero de cada uno en sus sacos; y en el saco de Benjamín incluyeran también la copa con el dinero.

Terminan los capítulos.

## COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la epístola a Hildebrando y Esteban cardenales en la que enseña cómo el alma racional llega a la perfección.

Cómo el hombre puede ser consumado, cómo debe ser perfeccionado, me place exponerlo brevemente, según se encuentra en el mismo orden de la creación del mundo. Pues como el hombre es llamado microcosmos, es decir, un mundo menor, es necesario que, esforzándose por alcanzar el incremento de su plenitud, imite la misma forma de la condición mundana, para que, así como este mundo visible y corpóreo fue consumado por la magnitud y multitud de sus partes, así también nuestro hombre interior llegue poco a poco a su plenitud por el

aumento de las virtudes. De esta plenitud especial dice el Apóstol: «Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios IV).» Así pues, dijo Dios: «Hágase la luz (Génesis I).» Entonces se dice que se hace la luz en el hombre, cuando se le da que la iluminación de la fe resplandezca en él. La primera luz de la mente, en efecto, es la fe. Por eso ya a los fieles dice el Apóstol: «Fuisteis en otro tiempo tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor (Efesios V).» Y este es el primer mandamiento en la ley: «Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es (Deuteronomio VI).» Así pues, en el hombre se hace el primer día, cuando viene nuevo a la fe.

## CAPÍTULO II. En la misma epístola.

El segundo día Dios hizo el firmamento, que es el cielo, e hizo las divisiones de las aguas, para que unas fluyeran por las partes inferiores, y otras permanecieran en las superiores. ¿Qué es el firmamento, sino la fortaleza de las Escrituras? Por eso se lee: «Porque el cielo será enrollado como un libro en el día del juicio (Isaías XXXIV).» ¿Qué son las aguas inferiores, sino las multitudes de los hombres? ¿Qué son las superiores, sino los coros de los ángeles? Los ángeles, en efecto, no tienen el cielo de las Escrituras sobre ellos, sino debajo de ellos; porque no necesitan leer la palabra de Dios para escucharla, ya que ven al mismo Señor presente manifiestamente, y siempre arden en su amor. Cuando, pues, el hombre, por el firmamento, es decir, por el documento del discurso celestial, ya comienza a ver las aguas inferiores y superiores, es decir, a separar lo carnal de lo espiritual, lo terrenal de lo celestial, entonces en él se hace el segundo día: porque no solo tiene la luz de la fe, sino que también comienza a tener la discreción de las cosas.

## CAPÍTULO III. En la misma epístola.

Luego dijo Dios: «Reúnanse las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco» (Gén. I). Hecha, pues, la división entre lo terrenal, como se ha dicho, y lo celestial, es necesario que la mente humana divida aún más minuciosamente estas mismas cosas terrenales entre sí, y así distinga a los hombres reprobos, que se deleitan en la salinidad de esta sabiduría terrenal, de los justos, que tienen sed de la fuente de la fe, como el mar de lo seco. Los infieles, o carnales, son sacudidos por amargas olas de tentaciones y se hinchan como por tempestades de deseos o arrogancia. Pero los santos y justos, como lo seco, tienen sed del Señor y se esfuerzan por germinar frutos de buenas obras como tierra fértil. Por eso Dios ordenó que ese mismo día la tierra produjera hierba verde, que diera semilla, y árbol frutal, que diera fruto (Gén. I). Quien ejecuta esto con diligencia, quien medita esto con sutileza, a este sin duda ya le amanece el tercer día. Cada uno, pues, sepárese de la salinidad amarga de los que son sabios carnalmente; hecho lo seco, tenga sed del Señor, fuente de vida, desde lo más profundo; produzca brotes de buenos frutos, para que le ilumine el tercer día.

## CAPÍTULO IV. En la misma epístola.

Con estas cosas así dispuestas y ordenadas saludablemente, el alma del hombre, como si las tinieblas de los vicios se hubieran disipado y adormecido, comienza a brillar con el resplandor de las virtudes. Y por eso se dice que el cuarto día se hicieron las luminarias en el firmamento del cielo (Gén. I). ¿Qué significa que primero germina la tierra y enseguida se crean las luminarias, sino que, al surgir el brote de la buena obra, una luz más abundante nace en el alma, para que pueda imitar las huellas de su Redentor? Que la tierra de la mente humana se apresure, pues, a germinar la cosecha de los bienes espirituales, para que sea

iluminada por los resplandecientes rayos de la luz interior, de modo que, mientras disfruta de la luz del cuarto día, también sea arrebatada a contemplar las cosas celestiales al modo de las aves espirituales.

#### CAPÍTULO V. En la misma epístola.

Por eso es que en el quinto día fueron creados los peces, que designan a aquellos que reciben los sacramentos del bautismo; también las aves, que significan a aquellos que se elevan con las alas de las virtudes para contemplar las cosas celestiales. Quien, despreciando el amor de este mundo, tiene el quinto día con las aves, como si desdeñara pisar el lodo terrenal, y por la gracia de la contemplación se eleva al deseo de la gloria celestial. Este, pues, ya no camina en la tierra, sino que vuela por el aire, porque, despreciando las cosas terrenales, anhela sediento las celestiales: «Mi alma tiene sed de Dios vivo; ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios?» (Sal. XLI). Este, pues, se forma con mérito a la imagen de su Creador; ciertamente quien posee tal dignidad de carismas espirituales, que ya no solo se le manda seguir la norma de cualquier santo, sino que también intenta imitar, en cuanto es posible, el ejemplo mismo; como dice el Apóstol: «Sed imitadores de Dios, como hijos amadísimos, y caminad en amor, como también Cristo nos amó» (Efes. V). Pues había diferencia entre Pablo, que imitaba a Cristo, y aquellos a quienes llamaba a imitarlo a él mismo: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (I Cor. XI).

#### CAPÍTULO VI. En la misma epístola.

Por eso el sexto día fue creado el hombre a semejanza de su Creador. Lo cual, así como entonces se hizo por el principio de la condición humana, así ahora se realiza por el sacramento de la restauración interior. Además, este recibe entre todos los seres de la tierra, del agua, y del aire, una especie de monarquía y un cierto principado de excelencia superior; porque cualquier hombre perfecto, consumado en virtudes, sabe emitir un juicio recto sobre cada cosa, como dice el Apóstol: «El espiritual juzga todas las cosas, pero él no es juzgado por nadie» (I Cor. II). A este, pues, Dios omnipotente constituye como su trono, un hombre perfecto, muerto al mundo y viviendo para sí, y a través de él frecuentemente promulga el edicto de su justicia. De aquí que también aquel orden angélico, por el cual Dios omnipotente decreta más frecuentemente sus juicios, se llama Trono; porque en ellos el supremo árbitro preside, cuando ejerce los juicios de equidad a través de ellos. Dios, pues, constituye al hombre perfecto como su trono, para que en él descansa suavemente. Por eso, a través del Profeta: «¿Sobre quién, dice, reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde, y el manso, y el que tiembla ante mis palabras?» (Isa. LXVI). Y es de notar que por cada día se dice: «Fue la tarde y la mañana». La tarde, ciertamente, es la perfección de la buena obra; la mañana, la luz de la mente. Pues cuando la buena obra llega a la perfección, entonces en la mente del que obra surge la luz de la gracia espiritual; para que, mientras ejecuta una obra luminosa externamente, internamente sea iluminado por la misma gracia del Espíritu.

#### CAPÍTULO VII. En la misma epístola.

Así, pues, se llega al Sábado, en el cual Dios mismo, habiendo completado todas las cosas, descansa, y manda al hombre descansar. De este modo, el hombre se convierte en el Sábado de Dios, y Dios en el Sábado del hombre, ya que él mismo descansa en Dios, y Dios descansa en él. «Permaneced, dice, en mí, y yo en vosotros» (Juan XIV). Él mismo, ciertamente, es para nosotros tanto tiempo intemporal como lugar sin lugar. Sin lugar, porque no está circunscrito; intemporal, porque nunca termina. Él es, pues, tiempo para nosotros, cuando dice: «¿No son doce las horas del día?» (Juan XI), refiriéndose a sí mismo como el día; y las

doce horas, a los apóstoles. El lugar, sin duda, se expresa allí donde el Profeta, después de haber dicho: «Tú, sin embargo, eres el mismo, y tus años no acabarán», añade enseguida: «Los hijos de tus siervos habitarán» (Sal. CI); allí, sin duda, cuando en ti. Dios, pues, hizo el cielo y la tierra; y no se dice que descansó. Hizo todo lo que se alimenta en la tierra, y lo que se mueve en las aguas; y en todas estas cosas nunca se lee que descansó: pero, habiendo plasmado al hombre a su imagen, enseguida brilló el Sábado de descanso, y así el Creador del universo descansó. Y cuando él mismo dice a través del profeta: «El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies» (Isa. XLIX), lo cual no se dice en la creación de aquellos, solo se dice que descansó en la creación del hombre. Y para que más y más te asombres de la dignidad de este día, la Escritura dice: «Porque Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque él cesó de toda su obra» (Gén. II); lo cual de ninguna manera se encuentra que haya hecho en los otros días. ¿Qué es, pues, para Dios santificar el Sábado, sino construir un templo para sí mismo en la mente del hombre santo y perfecto? Como también el Apóstol: «El templo de Dios es santo, que sois vosotros, y el Espíritu Santo habita en vosotros» (I Cor. III). Además, así como hemos dicho del Sábado, también la razón exige que digamos del templo que tanto Dios es el templo del hombre, como el hombre es el templo de Dios; como en el Apocalipsis dice Juan: «No vi templo en ella: porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero» (Apoc. XXI). Dios, pues, es el templo del hombre; el hombre se convierte en el templo de Dios. Este templo del hombre es el paraíso espiritual: una mente santa, una mente perfecta, una mente pura, y expresamente formada a la imagen de su Creador. Esta mente, digo, o alma racional, con razón se llama paraíso, que está irrigada por los manantiales de los carismas celestiales, y adornada con los brotes verdes de las virtudes santas, como si fueran árboles o hierbas fértiles. Pues aquella fuente o río, que allí se dice que sale del lugar de delicias para regar el paraíso, y que se divide en cuatro cabezas, es la razón de la mente, de la cual, como de una fuente original, fluyen cuatro virtudes, a saber, justicia, fortaleza, prudencia, y también templanza, como tantos torrentes saludables, que hacen fértil la tierra de nuestro corazón. El árbol de la vida es la misma sabiduría, madre de los bienes; de la cual también Salomón dice: «Es árbol de vida para los que la toman, y bienaventurados son los que la retienen» (Prov. I). El árbol del conocimiento del bien y del mal es la transgresión de la ley impuesta y la experiencia de la miseria. Pero como no nos hemos propuesto exponer todo en orden, basta aquí haber anticipado brevemente lo que compete a este asunto.

#### CAPÍTULO VIII. En el sermón de San Columba.

Para esto la virtud de Dios se vació, para fortalecer nuestras debilidades; para esto la sublimidad se inclinó, para levantar a los caídos; para esto la vida se dignó morir, para destruyendo el imperio de la muerte, llamar a los muertos a la vida. Lo cual, sin duda, también se declara en el mismo origen del género humano. Pues está escrito: «Que el Señor envió un sueño profundo sobre Adán; y cuando se durmió, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar; y edificó el Señor Dios la costilla que había tomado de Adán en una mujer» (Gén. II). Sobre lo cual, cuando el Apóstol hablaba, diciendo: «Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne», enseguida añadió: «Este es un gran misterio; pero yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia» (Efes. V). Y verdaderamente es un indicio de gran virtud, un misterio de admirable profundidad. Pues por Adán se designa a Cristo, por Eva a la Iglesia. ¿Qué es, pues, que primero el Señor hizo dormir a Adán, y luego sacó de su costado la costilla de la que se formaría la mujer, sino que primero nuestro Redentor durmió en la muerte, y así de su costado fluyeron sangre y agua para el sacramento de la Iglesia? Eva fue trasladada del costado del hombre dormido, la Iglesia salió del costado de Cristo colgado en la cruz. Pero ¿qué es que el omnipotente Creador, cuando dispuso propagar a la mujer del hombre, es decir, al sexo frágil del más

fuerte, no quiso exhibir la carne del hombre, sino más bien el hueso como materia para hacer a la mujer? Pues Dios pudo quitar carne al hombre para formar a la mujer, y esto ciertamente parecería más congruente; se estaba formando un sexo más débil, que ciertamente procedería más consecuentemente de la debilidad de la carne que de la fortaleza del hueso: y, para que más te asombres del misterio de la obra divina, no se devuelve hueso por hueso, sino que más bien se llenó de carne lo que faltaba en el cuerpo del hombre. Por eso la Escritura, cuando dice: «Tomó una de sus costillas», enseguida añade: «y cerró la carne en su lugar» (Gén. II). Pues podía quitar carne al hombre para formar a la mujer, podía restaurar el cuerpo mutilado con el hueso que faltaba; pero tomó el hueso, y devolvió carne, y así formó lo frágil de la virtud. Adán, pues, fue debilitado, para que Eva fuera fuerte: Cristo fue debilitado, para que la Iglesia fuera fortalecida; porque su debilidad es nuestra fortaleza, y para esto él soportó nuestra debilidad, para establecernos en su fortaleza. «Lo que es débil en Dios, dice el Apóstol, es más fuerte que los hombres» (I Cor. I). Y en otro lugar: «Porque si Cristo fue crucificado por debilidad, vive por el poder de Dios. Pues aunque nosotros somos débiles en él, viviremos con él por el poder de Dios» (II Cor. XIII). En verdad, los hombres de este mundo, que desean brillar por la virtud de las guerras, que desean que sus victorias sean celebradas por la boca del pueblo, cuando van a entrar en batalla, someten lo que es débil y blando en su cuerpo; lo que es duro y difícil de penetrar, lo ponen encima: pues se visten con corazas de hierro, y procuran proteger la carne, que cede fácilmente al golpe; para que lo duro y fuerte, que está afuera, defienda lo blando, que está adentro. Pero nuestro Redentor, cuando entra en el campo de batalla para luchar, cuando se arma como un fuerte guerrero para vencer las maldades de este aire, porque debía instituir una nueva batalla, se vistió de un nuevo tipo de armadura: a saber, que lo que es débil lo puso encima, y lo que es fuerte lo ocultó. Pues se vistió con la coraza de la carne débil, y ocultó la insuperable fortaleza de la divinidad. Así, así, por la carne, el diablo fue derrotado por el segundo hombre, quien por la carne había vencido al primer hombre; y la misma causa que fue de su ruina, fue la materia de su victoria sobre el primer padre.

CAPÍTULO IX. En la epístola a Aripandus, en la que exhorta a que, como siervo de Dios, no se dedique a las letras seculares.

El frío concebido en el pecho suele interceptar la voz. Este frío, de hecho, ya lo había concebido aquel que, al Señor paseando en el paraíso al fresco de la tarde, respondía con voces algo roncas: «Oí tu voz, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí» (Gén. III). Pero, porque el calor meridiano ya se había ido de él, el aire, que es madre del frío, se acercaba; porque también la inocencia ya perdida lo había desnudado. ¿Qué otra cosa insinúan todas estas cosas sino que el frío de amor extinguido había oprimido sus entrañas, y por eso su voz sonaba ronca en los oídos del Señor? De este frío, ciertamente, estaba ajeno Abraham, de quien la Escritura pronuncia: «Porque el Señor se le apareció en el mismo calor del día» (Gén. XVIII); y aquel Esposo celestial, como se lee en los Cantares: «Pastorea y reposa al mediodía» (Cant. I).

CAPÍTULO X. En el sermón de San Lucas.

Y el bienaventurado Lucas, para mostrar que somos expiados de nuestros pecados por la venida de nuestro Salvador, no comienza desde el principio de la narración evangélica, sino que solo desde el bautismo de Cristo inicia el orden de la genealogía; que describe ascendiendo a través de setenta y siete grados de parentesco. Lo cual también se muestra claramente en el libro del Génesis, donde se narra que Lamec dijo a sus esposas: «Siete veces será vengado Caín» (Gén. IV); pero de Lamec se dice que será vengado setenta veces siete, porque se dice que setenta y siete hombres salieron de sus lomos, y luego se refiere que

fueron absorbidos por el diluvio devorador. Pero porque Lamec significa golpeador o golpeado, ¿qué se figura con esto sino el primer padre del género humano? quien ciertamente infligió al género sucesor de la posteridad el dardo del pecado, con el cual él mismo fue primero golpeado y pereció. De este Lamec, pues, se dio venganza setenta veces siete, porque el pecado que el primer hombre contrajo, permaneció a través de setenta y siete generaciones en el género humano hasta Cristo, ya que permaneció el pecado original, que él mismo borró por los sacramentos de su bautismo, desde donde Lucas comienza: donde se dice de él: «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Juan I).

CAPÍTULO XI. En el libro sobre la perfección de los monjes.

El arca, que contuvo ocho almas entre las aguas del diluvio, la voz divina mandó que se embetunara por dentro y por fuera. La santa Iglesia, que se dirige a la gloria de la resurrección, así se embetuna por dentro y por fuera, para que tanto exteriormente se muestre amable en la dulzura fraterna, como interiormente se adhiera en la verdad del amor mutuo. Pues quien ama interiormente, pero exteriormente discorda de los hermanos por la inconsonancia de las costumbres, ciertamente tiene betún por dentro, pero no por fuera. Quien, por el contrario, se muestra afable en apariencia, simula amistad, pero en el secreto del corazón no conserva la verdad de la amistad, condenablemente se abre por dentro, mientras que exteriormente se adhiere con la simulación del betún superpuesto. De estos, ciertamente, ninguno se salva del naufragio diluvial, porque no está protegido con el doble betún de la caridad, como se ha mandado divinamente. Pero quien se muestra amable por fuera y conserva el amor por dentro, exteriormente exhibe los frutos del beneficio con las ramas de la palabra, interiormente echa una profunda raíz, porque ama desde lo más profundo; este, sin duda, se embetuna por dentro y por fuera, porque se une con el doble pegamento de la caridad con los prójimos. Además, porque se manda primero hacer el arca de maderas pulidas, y luego embetunarla, por esto se nos insinúa claramente que nuestras maderas, es decir, nuestras costumbres duras e incultas, deben primero ser pulidas por la disciplina del ejercicio espiritual, para que luego se añada el betún a la estructura compacta. Pues mientras las costumbres de los hombres son ásperas e incultas, en vano se les aplica el pegamento de la caridad, porque pronto se separan entre sí, ya que no se mantiene en ellos la igualada confederación de la mortalidad pulida.

CAPÍTULO XII. En el sermón de la exaltación de la santa cruz.

El misterio de la cruz lo contenía en sí el arca del diluvio, cuya longitud la Escritura define que era de trescientos codos. Este número, en efecto, se contiene en la letra Thau, que expresa la figura de la cruz. Pues así como Noé con los suyos se salva por el agua y la madera, así también la familia de Cristo se salva por el agua y la madera, mientras se lava en el bautismo de salvación y se marca con la impresión de la cruz vivificante. Este arca, que en el sacramento del cuerpo humano de Cristo parece igualar la medida, se dice que tenía trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura, y treinta de altura. Pues los trescientos incluyen seis veces el número cincuenta, y diez veces el número treinta; y la longitud del cuerpo humano, desde la cabeza hasta los pies, tiene seis veces la anchura que hay de derecha a izquierda, y diez veces la altura que hay de adelante a atrás. Así, pues, el arca, tanto en el número de trescientos de su longitud, como en la proporción de toda su dimensión, mantiene la figura del cuerpo del Señor; y, así como siete almas se dan a Noé para que se salven por la madera en las aguas, así las siete Iglesias, llenas del Espíritu septiforme, se salvan en Cristo por la madera de la cruz y el agua del bautismo. Pues por la madera el príncipe de la soberbia nos sometió a la servidumbre; por esta madera el Autor de la humildad nos devolvió a los títulos de la libertad.

### CAPÍTULO XIII. En el sermón de San P.

«Quindecim cubitis altior fue el agua sobre todos los montes que había cubierto (Gen. VII).» El número quince, compuesto por siete y ocho, contiene en sí el misterio de la bienaventurada paz y de la futura resurrección, ya que el Dios omnipotente descansó el octavo día al crear el mundo, y resucitó el octavo día al redimirlo; y la virtud de este número contiene especialmente el sacramento en el bautismo, donde resurgimos de la antigüedad y se nos ordena descansar de la perturbación del ruido mundano. Este misterio de la séptima paz y de la octava resurrección no lo entienden aquellos que se enorgullecen de la gloria mundana o se hinchan con las vanidades de la sabiduría terrenal. Por eso aquí se dice claramente que «quindecim cubitis altior fue el agua sobre todos los montes que había cubierto;» los montes, es decir, significan a los soberbios y altivos. El profundo y elevado sacramento de la resurrección y de la paz íntima trasciende todo entendimiento de los sabios soberbios.

### CAPÍTULO XIV En el mismo sermón.

«Las aguas regresaron sobre la tierra, yendo y viniendo, y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días (Gen. VIII).» Porque en el misterio de nuestra generación se une la séptima paz con la octava resurrección, bien se dice en el libro del Génesis que las aguas regresaron de la tierra y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días. Setenta, porque son siete, y ochenta, que se cuentan desde ocho, juntos hacen ciento cincuenta.

### CAPÍTULO XV. En el mismo sermón.

«El arca reposó en el séptimo mes, el día veintisiete del mes, sobre los montes de Armenia (Gen. VIII),» porque ciertamente el descanso del séptimo se recomienda bien en el bautismo. Lo cual se reconoce que fue figurado por aquel diluvio, en el que, resurgiendo de la antigüedad, se nos ordena descansar de la perturbación del ruido mundano.

### CAPÍTULO XVI. En el libro sobre la perfección de los monjes.

En este mundo, los justos trabajan en el mar, donde los réprobos poseen su descanso. Esta diversidad la significan bien el cuervo liberado del arca y la paloma. «El cuervo,» que se posa sobre los cadáveres, no regresó a las puertas del arca; pero la paloma regresó porque no encontró dónde reposar su pie (Gen. VIII).» Aquí, donde los malvados se sacian de placeres carnales, los hombres santos no pueden encontrar dónde poner el pie de su deseo para descansar.

### CAPÍTULO XVII En el sermón en la cena del Señor.

Cuando los crímenes del mundo fueron expiados una vez por el diluvio, la paloma presentó la semejanza del don futuro, cuando anunció la paz devuelta a la tierra a través de la rama de olivo. Dice la Escritura: «Después de esperar otros siete días, Noé volvió a soltar la paloma desde el arca: y ella vino a él al atardecer, llevando una rama de olivo con hojas verdes en su pico (Gen. VIII).» En la emisión y regreso de la paloma se menciona el número siete, porque sin duda se conocen como siete los dones del Espíritu Santo. La paloma regresa al arca al atardecer, porque el Espíritu Santo, que al principio del mundo se movía sobre las aguas, ya al atardecer del siglo llenó la santa Iglesia.

CAPÍTULO XVIII. En la carta a Hirmisindin, la monja; donde se dice que el edificio de la soberbia humana se destruye rápidamente.

«Cuando partieron de Oriente, encontraron un campo en la tierra de Senaar y habitaron allí, y uno dijo a su vecino: Venid, hagamos ladrillos y cocinémoslos al fuego: y tuvieron ladrillos por piedras y betún por cemento (Gen. XI).» Pero como Cristo es verdaderamente el Oriente, según el testimonio del profeta que dice: «He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente (Zac. VI),» vienen de Oriente aquellos que, viviendo mal o lacerando a sus prójimos, se alejan de la compañía de Cristo. Senaar se interpreta como el rechinar de dientes o el hedor de ellos. En el campo de Senaar habitan aquellos que, no establecidos en la fortaleza de las virtudes sino más bien en el valle de los vicios, rechinan los dientes para roer a sus prójimos con detracciones como con mordiscos, y emiten hedores mientras se pudren en las inmundicias de una vida cenagosa. Pero Dios omnipotente les hace rechinar los dientes, mientras confunde tanto las obras como las palabras de cualquier perverso. Por eso se dice allí: «Por eso se llamó su nombre Babel (Gen. XI);» porque allí se confundió el lenguaje de toda la tierra, y por eso el Señor los dispersó sobre la faz de las demás regiones. Con razón se dice, pues, que aquellos hombres soberbios y cazadores de vana gloria, diciendo entre sí: Venid, hagamos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo, y celebremos nuestro nombre antes de que seamos dispersados por toda la tierra; y habitaron en el campo de Senaar: lo que entre nosotros, como se ha dicho, significa rechinar de dientes o su hedor. Porque los perversos, mientras se enorgullecen contra los mandamientos de la ley divina, mientras levantan arrogantemente el cuello de su corazón contra el Señor, y a veces condenablemente detractan a sus prójimos, ellos mismos se revuelcan más fácilmente en el estercolero de una vida obscena. Y sobre el rechinar de dientes, David dice: «Tú has herido a todos mis enemigos sin causa; has quebrado los dientes de los pecadores (Sal. III).» Y en otro lugar: «Dios quebrará sus dientes en su boca, el Señor romperá las muelas de los leones (Sal. LVII).» Sobre su hedor, otro profeta dice: «Los animales se pudren en su estiércol (Joel I).» E Isaías: «En lugar de olor suave habrá hedor (Isa. III).» En verdad, quien quiera construir un edificio que no sea fácilmente susceptible de ruina, es necesario que no tenga ladrillos y betún, que se rompen rápidamente; sino más bien piedras y rocas, que levanten las paredes, y cemento de cal y arena, que una las paredes con una unión inviolable de piedras. Que los babilonios mencionados tuvieran ladrillos por piedras y betún por cemento, significa el edificio de una vida carnal, que será rápidamente destruido por la fuerza de los vientos o el ímpetu de las aguas.

CAPÍTULO XIX. En la carta a Bonifacio, el abogado; donde se dice que la sabiduría espiritual debe preferirse a la prudencia exterior.

«La prudencia de este mundo es enemiga de Dios: porque no se sujeta a la ley de Dios ni puede (Rom. VIII).» De ahí que, como se dice en el libro del Génesis, cinco reyes que no quisieron someterse a Chodorlahomor fueron vencidos por cuatro reyes, ¿y dónde? en el valle de Silvestre, que ahora es el mar de sal (Gen. XIV). ¿Quiénes son los cuatro reyes, sino las cuatro virtudes que la Sagrada Escritura llama principales? ¿Y qué representan los cinco reyes, sino los cinco sentidos del cuerpo, y a través de ellos se designa la ciencia exterior? Así como esas cuatro virtudes proceden como de la fuente original de su madre, la razón; así estas habitan en la vanidad de la sabiduría terrenal, como en el valle de la salinidad, y allí son derrotadas por sus enemigos, porque es digno que en el alma del hombre prevalezca la sabiduría espiritual y perezca la astucia de la prudencia carnal. De ahí que se lea de David que se hizo un nombre cuando regresó, después de haber capturado Siria, en el valle de las Salinas, habiendo matado a doce mil (II Sam. I).

## CAPÍTULO XX. En la carta al papa Alejandro

«Tomando,» dice la Escritura, «todas estas cosas, las dividió por la mitad, y puso las partes de cada una frente a la otra; pero no dividió las aves (Gen. XV).» Los animales terrenales se oponen entre sí y frente a frente; porque los terrenales se ensañan contra sus prójimos con disputas y contiendas, o ciertamente arden contra ellos con ocultos odios. En cambio, aquellos que se elevan con la pluma del deseo celestial, mientras se ofrecen a sí mismos como sacrificio a Dios, no se apartan del vínculo del amor mutuo.

## CAPÍTULO XXI. En la carta a Desiderio, abad de Cusinense.

Los espíritus malignos intentan contaminar nuestras oraciones con pensamientos perversos o corromper nuestras buenas obras con la mancha de cualquier pecado. Por eso está escrito que, «cuando Abraham ofrecía devotamente a Dios un sacrificio de animales y aves, descendieron aves sobre los cadáveres, y Abraham las ahuyentaba (Gen. XV).» ¿Qué expresan las aves, sino los espíritus reprobos que vuelan por el aire? Ahuyentamos las aves de nuestro sacrificio cuando custodiamos con previsión nuestras oraciones o las víctimas de nuestras obras de los espíritus malignos que intentan mancillarlas.

## CAPÍTULO XXII Al papa Alejandro; donde se queja de la insolencia de los hombres perversos.

«Cuando el sol se ponía, un sueño cayó sobre Abraham, y un gran y oscuro terror lo invadió (Gen. XV).» La puesta del sol designa la caída del mundo: el gran y oscuro terror figura la oscuridad de los vicios y crímenes, que diariamente se intensifican pestilentemente por la maldad de los hombres reprobos. Por eso se añade poco después: «Cuando el sol se puso, se hizo una oscuridad tenebrosa, y apareció un horno humeante.» Así como el humo sale del fuego de un horno humeante, así la oscuridad de todos los vicios y crímenes se genera del horno de la avaricia ardiente. Como dijo el Apóstol: «Porque la raíz de todos los males es la avaricia (I Tim. VI).» Y esto cerca del fin del día, es decir, cerca del fin del mundo. El horno humeante genera una oscuridad tenebrosa, porque el horno de la avaricia, que arde en los corazones de los hombres perversos, oscurece pestilentemente el mundo con muchas tinieblas de perversidades. ¿Acaso no ciega las mentes de los infelices [falta lujuria, codicia o algo similar, o avaricia], que quita la fe y extingue en sus corazones la luz de todas las virtudes? Por eso, cuando el Apóstol había dicho eso, inmediatamente añadió: «Que algunos, codiciando la avaricia, se desviaron de la fe y se hirieron con muchos dolores (I Tim. VI).» Sin duda se hieren con muchos dolores, mientras por ganancias temporales se separan entre sí con enemistad irreconciliable; y a menudo, mientras por cosas corporales se enfrentan en armas, despojan a sus cuerpos de sus almas. Pero aquellos que arden por las cosas celestiales, en lugar de dolores, obtienen placeres, porque viven unánimemente en la dulzura de la caridad fraterna. De ahí que en aquel sacrificio vespertino, que entonces ofreció Abraham, puso los animales terrenales separados entre sí, pero no unió las aves. Por eso la Escritura dice: «Tomando, dice, todas estas cosas, las dividió por la mitad, y puso las partes de cada una frente a la otra; pero no dividió las aves (Gen. XV).»

## CAPÍTULO XXIII. En la carta al papa León, donde se queja de haber sido acusado.

Si observamos atentamente las obras de nuestro Creador, no debemos fácilmente dar crédito a cualquier mal que se nos diga; porque Él, a cuyos ojos todo está desnudo y abierto, no despreció, cuando hablaba con Abraham sobre el clamor de Sodoma que había llegado a Él, decir: «Descenderé y veré si han cumplido con sus obras el clamor que ha llegado a mí; si no,

lo sabré (Gen. XI).» Esto parece dicho para que la ignorancia humana aprenda a no creer sin pruebas lo que ha oído, a no juzgar ligeramente lo desconocido, ni a pronunciar sentencia antes de que la cosa dudosa sea aprobada por testimonios.

#### CAPÍTULO XXIV. En el libro Gomorrhiano.

«Y he aquí,» dice la Escritura, «los hombres extendieron la mano y trajeron a Lot hacia ellos, y cerraron la puerta; y a los que estaban fuera los hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor, de modo que no podían encontrar la puerta (Gen. XIX).» Los sodomitas intentan irrumpir violentamente hacia los ángeles, cuando los hombres impuros intentan acercarse al Señor a través de los oficios del sagrado orden. Pero ciertamente son heridos con ceguera; porque por el justo juicio de Dios caen en tinieblas interiores, de modo que no pueden encontrar la puerta, porque separados de Dios por el pecado, no saben por dónde regresar a Él. Porque aquellos que no desean acercarse al Señor por el camino de la humildad, sino por los desvíos de la arrogancia y el orgullo, es evidente que no reconocen por dónde está la entrada. O porque Cristo es la puerta, como Él mismo dice: «Yo soy la puerta (Juan X).» Aquellos que pierden a Cristo por sus pecados, como si pudieran entrar en la morada de los ciudadanos celestiales, no encuentran la puerta. Por lo tanto, son entregados a una mente reprobada, porque, mientras no sopesan el peso de su culpa en la balanza de su propia mente con una consideración sutil, piensan que la gravísima masa de plomo es la ligereza de plumas vanas. Lo que se dice allí: «Los hirieron con ceguera a los que estaban fuera;» esto el Apóstol lo declara claramente, cuando dice: «Dios los entregó a una mente reprobada.» Y lo que se añade allí: «Para que no pudieran encontrar la puerta;» esto lo expone claramente, cuando dice: «Para que hagan lo que no conviene (Rom. I);» como si dijera, para que intenten entrar por donde no deben.

#### CAPÍTULO XXV. En el sermón sobre el hallazgo de la santa cruz.

Cuando Abraham quiso inmolar a su hijo a Dios, señaló casi todos los sacramentos de la pasión de Cristo. Así como Abraham, que se llama padre excelso, no dudó en ofrecer a Dios a su hijo único y amado; así también el Padre supremo entregó a su Hijo unigénito por todos nosotros. Y así como Isaac llevó él mismo la leña sobre la que iba a ser colocado (Gen. XXII); así también Cristo llevó sobre sus hombros el madero de su cruz, en el que iba a sufrir por nuestra salvación. Aquellos dos siervos dejados a lo lejos significan a los judíos; que viviendo servilmente y pensando carnalmente, no entendieron la altísima humildad de Cristo, y por eso subieron al monte, es decir, al lugar del sacrificio. ¿Por qué dos siervos, sino porque, al pecar Salomón, de un solo pueblo israelita se hicieron dos pueblos? (III Reg. XI.) A quienes a menudo se les dice por el Profeta: «Adversaria Israel y prevaricadora Judá (Jer. III).» Aquel asno que entonces usaba Abraham era la insensata necedad de los judíos; esa necedad bruta llevaba todos los sacramentos; que sin embargo, como animal irracional, ignoraba lo que llevaba. Ahora bien, ¿qué significa que se les dijo: «Esperad aquí con el asno; después de que adoremos, volveremos a vosotros? (Gen. XXII).» Escucha al Apóstol: «La ceguera, dice, en parte ha sucedido a Israel, para que la plenitud de los gentiles entre y así todo Israel sea salvo (Rom. XI).» ¿Qué significa que se dice: «La ceguera en parte ha sucedido a Israel?» esto es, «esperad aquí con el asno, para que la plenitud de los gentiles entre:» esto es, después de que adoremos, cuando el sacrificio de la cruz del Señor se haya cumplido y se haya predicado por todas las naciones. Lo que sigue: «Y así todo Israel será salvo;» esto es, volveremos a vosotros. ¿Qué significa que se encuentra un carnero enredado por los cuernos entre las zarzas, que se ofrece en lugar de Isaac? La cruz ciertamente tiene cuernos; dos maderos se juntan y así forman la figura de la cruz: de ahí que esté escrito de Cristo: «Tiene cuernos en sus manos (Habac. III).» El carnero enredado por los cuernos es

Cristo crucificado entre las iniquidades espinosas y dañinas de los judíos. Como Él mismo se queja por Jeremías, diciendo: «Mi pueblo me ha rodeado con las espinas de sus pecados.» Después de realizado el sacrificio, se dice a Abraham: «En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gen. XXII).» Y después de que el Señor dice: «Han horadado mis manos y mis pies;» poco después en el mismo salmo añade: «Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: Porque del Señor es el reino, y Él dominará sobre las naciones (Sal. XXI).» Después de ofrecer Abraham a su hijo, y de inmolar al carnero en su lugar, llamó al lugar: «El Señor ve.» Porque nuestro Redentor, después de haber sido ofrecido en el altar de la cruz, pagó la deuda de nuestra muerte, se mostró de ahí en adelante a la vista de sus fieles, para que todos los redimidos lo vean ya por la fe, quienes hasta entonces no tenían ojos de fe.

CAPÍTULO XXVI. De Lía y Raquel, en el libro De la perfección de los monjes.

Por cierto, no es oscuro que Labán tenía dos hijas, de las cuales Jacob deseaba en matrimonio a la menor; pero no pudo llegar a sus abrazos hasta que, ignorante y de mala gana, recibió a la mayor (Gen. XXIX). Pero como hablo a quienes conocen el asunto, no necesito elaborar con muchas palabras. Labán se interpreta como blanqueo; ¿quién se convierte al Señor, sino para ser blanqueado por la gracia del perdón, dejando la negrura de los pecados? Como Él mismo promete, diciendo: «Si vuestros pecados fueran como la grana, serán blanqueados como la nieve (Isa. I).» Lo que aquel feliz pecador pedía, cuando decía: «Seré purificado, me lavarás, y seré más blanco que la nieve (Sal. L).» Lía se interpreta como trabajadora: Raquel, palabra, o visión del principio. Pero si atendemos diligentemente a la Escritura, no encontramos que Jacob sirviera ni un solo día por el deseo de Lía; sino que durante todas aquellas semanas de años estuvo sujeto a la servidumbre solo por Raquel; además, soportó a Lía por consideración a ella. ¿Quién se convierte al Señor para sufrir trabajos, aflicciones y combates de tentaciones? Toda la intención de quien busca al Señor espera esto, apunta a esto, para llegar algún día al descanso; y en el gozo de la contemplación suprema, como en los abrazos de la hermosa Raquel, descansar, es decir, para ascender a ver el principio que buscó a través de la palabra que escucha. Pero es necesario que lo ejercite el trabajo de diversos combates, antes de alcanzar la dulzura de la paz íntima que desea. Primero es oprimido por la servidumbre, para que con justicia después sea elevado a los títulos de la perfecta libertad. Sirve durante siete años bajo la gracia del blanqueo, cuando guarda los siete mandamientos del Decálogo que pertenecen al amor al prójimo; es decir, que primero, constreñido por el temor, y por eso oprimido por el yugo de la servidumbre, al menos comience con las instituciones de la antigua ley; para que honre a sus padres, no cometa adulterio, no mate, no robe, no dé falso testimonio, no codicie la mujer de otro, no codicie la propiedad del prójimo (Éxodo XX).

Quibus rite servatis, non mox, ut sperabat, ad contemplationis oblectamenta perducitur, ut velut exspectata diu Rachel pulchritudine perfruatur, sed Lia sibi per noctem inopinate supponitur; quia inter humanae hujus ignorantiae tenebras tolerantia sibi laboris injungitur, ex qua tamen jam numerosam sobolem suscipit; quia uberes spiritualis lucri per hunc laborem fructus acquirit. Hanc itaque tolerando, ad illam quandoque perveniet, quam perseveranter amat. Suadetur ergo, ut alios septem annos servire desudet; quia profecto necesse est, ut adhuc alia septem praecepta conservet, sed jam aliquando liberior, non legalia tanquam servus, sed evangelica sicut gener, videlicet ut sit pauper spiritu, sit mitis, lugeat, esuriat, sitiaturque justitiam, sit misericors, mundum cor habeat, sit postremo pacificus (Matth. V). Enimvero, vellet homo, si fieri posset, nullas laboris molestias agendo, vel patiendo perferre, sed protinus in ipsis sui tirocinii rudimentis ad pulchrae contemplationis delicias pervenire; verumtamen hoc non in terra morientium fit, sed in terra viventium. Quod significare videtur

illud, quod ad Jacob dicitur: «Non est, inquit Laban, in loco nostro consuetudinis, ut minores ante tradamus ad nuptias (Gen. XXIX);» nec absurde major appellatur, quae prior est tempore. Prior est enim in hominis eruditione labor boni operis quam requies contemplationis. Expletis itaque duabus hebdomadibus, altera videlicet legis antiquae, altera evangelicae gratiae, mox ad diu desideratae Rachelis pervenitur amplexus; quia quisquis pertingere ad divinae contemplationis oblectamenta desiderat, prius necesse est utriusque Testamenti peragere mandata contendat.

CAPUT XXVII. De Bala et Zelpha, in eodem libro.

Sed quia electus quisque perfectionis suae limite non contentus, filios etiam Deo gignere spirituali fecunditate desiderat, postquam conjugale foedus Jacob cum duabus sororibus iniit, ad propagandum uberius germen sobolis ancillas quoque ad generandi usum suscipere non refugit (Gen. XXX); atque ut omnia spiritualibus intelligantur redundare mysteriis, ipsarum quoque ancillarum nomina sub mysticis sunt pronuntiata figuris. Nam Bala interpretatur inveterata. Sane quia intellectum spiritualis substantiae nudis verbis humana lingua nequit exprimere, quandoque doctrina sapientiae per quasdam corporeas similitudines audientem nititur informare. De veteri autem vita et carnalibus sensibus dedita, corporeae cogitantur imagines; quarum videlicet ad docendum usus assumitur, cum aliquid ex incomprehensibili et incommutabili essentia divinitatis auditur. Rachel itaque maluit utcunque filios ex ancilla suscipere, quam omnino sterilis permanere. Quia doctrina sapientiae sive gratia contemplationis per exteriorum scientiam vel visibilium rerum formas auditoribus intimat quidquid de visibilibus intra arcana mentis occultat; et sic quodammodo per ancillam filios accipit, dum per eam, quae sub se est scientiam, spirituales Deo filios parit. Zelpha vero interpretatur os hians. Haec igitur ancilla illos figurat, quorum in praedicatione evangelicae fidei os quidem hiat, sed cor non hiat; de quibus videlicet scriptum est: «Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me (Matth. XV);» et de quibus Apostolus: «Qui praedicas, inquit, non furandum, furaris (Rom. II).» Verumtamen ex hac ancilla haeredes futuros alios Lia filios accepit; quia saepe etiam per tales praedicatores activa vita multos regni filios adoptavit; de quibus Veritas: «Quae dicunt, inquit, facite: quae autem faciunt, facere nolite (Matth. XXIII).» Et Apostolus: «Sive, inquit, occasione, sive Christus veritate annuntietur, et in hoc gaudeo, sed et gaudebo (Philip. I).» Hoc autem in his considerandum esse perpendimus: Quia sicut Jacob solius Rachelis intuitu omnes illas mulieres accepit, ex quibus filios genuit; sic quisquis sub dealbationis gratia constitutus, fructificare Deo spirituali fecunditate desiderat, necesse est ut per omnia quae agit ad contemplationis semper gratiam tendat.

CAPUT XXVIII. In epistola ad Desiderium abbatem, ubi dicitur: Cur Paulus ad dexteram, Petrus ad sinistram in pictura ponatur.

«Egrediente anima Rachel prae dolore, et imminente jam morte, vocavit nomen filii sui Benoni, id est filius doloris mei; pater vero appellavit eum Benjamin, id est filius dexteræ (Gen. XXXV).» Per Rachel namque, quae ovis vel visum principium dicitur, Ecclesia non immerito designatur. Quae nimirum et ad instar ovis innocenter vivit, et per studium contemplationis ad videndam Redemptoris sui speciem medullitus inardescit. Qui de se requirentibus Judaeis ait: «Ego principium, qui et loquor vobis (Joan. VIII).» Per Benjamin vero, quo nascente, Rachel mater emoritur, designatur Paulus, quem de ejus stirpe existisse nemo dubitat. Et bene Benjamin nascente, mater emori dicitur, quia appropinquante ad lucem novae regenerationis Saulo, persecutionibus Ecclesia per eum graviter impugnatur; sicut Lucas in Actibus apostolorum ait: «Saulus, inquit, devastabat Ecclesiam, per domos intrans, et trahens viros, et mulieres tradebat in custodiam (Act. VIII).» Congrue itaque Rachel

Benoni, id est filium doloris mei, vocat, quem Jacob Benjamin, id est filius dexteræ nuncupat. Quia Paulus, qui Matris Ecclesiae dolor exstiterat, qui eam quodammodo dum nasceretur, impugnando peremit, a Deo Patre filius dexteræ est vocatus; dum per eum divina potentia adversus gentes, quasi per fortem suam dexteram, dimicavit, verborum jacula valenter intorsit, salubres cordium plagas intulit, et per eum devictis atque prostratis hostibus, cum gloria triumphavit. Hinc est quod idem Paulus ad Galatas ait: «Cum autem complacuit ei, qui me segregavit ex utero matris meae, et vocavit per gratiam suam, ut revelaret Filium suum in me, et evangelizarem eum in gentibus, continuo non acquievi carni et sanguini (Gal. I).» Non ergo immerito filius dexteræ Paulus vocatur, per quem omnis gentium multitudo, quae ad dexteram Dei ponenda est, ad fidei sacramenta colligitur.

CAPUT XXIX. Ad Desiderium abbatem, ut vacet studio contemplandi.

«Iste est Ana, qui invenit aquas calidas in solitudine, dum pasceret asinos Sebeon patris sui (Gen. XXXVI).» Hoc plane, quantum ad litteram, vanum videtur et frivolum. Quid enim ad sacram Scripturam pertinet, ut referat, quia custos asinorum aquas reperit in deserto? Sed ubi in litteris nulla videtur utilitas, ad spiritualem intelligentiam necesse est mens recurat. Quid est enim per figuram, Ana in solitudine patris sui asinos pascere, nisi spiritualem quempiam virum, cui Deus pater est, simplices fratres sub disciplinae remotioris studio custodire? et quid est, aquas calidas invenire, nisi in compunctionis lacrymas, quae de fervore sancti Spiritus eliciuntur, erumpere? Nam et ipsa interpretatio nominum hujus figurae non refugit intellectum. Onan siquidem dolor, vel tristitia eorum, sive etiam mussitatio, vel murmuratio interpretatur. Quisquis enim vere compunctionis dolore tristatur, quasi sub quadam querula mussitatione adversum pravitatem vitae suae murmurare compellitur. Sebeon autem interpretatur stans in aequitate; quod Deo congruere nemo prorsus ignorat. Ipse quippe in aequitate principaliter stat, qui a justitiae rectitudine nulla necessitate coactus exorbitat. Onan ergo dum patris sui Sebeon asinos in solitudine pascit, aquas calidas reperit; quia quisquis se per vitae rectitudinem Deo filium exhibet, ac de peccatis suis medullitus dolet, dum se reddit in pervigili fratrum cura sollicitum, divino munere percipit gratiam lacrymarum. Nam et beata illa peccatrix prius pedes Domini unguento perunxit, postmodum etiam alabastrum unguenti pretiosi super caput recumbentis effudit (Matth. XXVI; Marc. XIV; Joan. XII). Caput Christi Deus: pedes Christi, servi Dei. Sicut enim illa dum humanitati Christi dependit obsequium, ad divinitatis attingere meruit intellectum. Sic nimirum, sic doctor Ecclesiae, dum Christi membra custodit, contemplandae divinitatis gratiam percipit.

CAPUT XXX. In sermone de S. Joanne Baptista.

«Descendit Judas in Thamnas ad tondendas oves cum Hira opilione gregis sui Odollamite (Gen. XXXVIII).» Thamnas autem deficiens interpretatur; per quam videlicet Synagoga, in qua reges et prophetae defecerant; simul et unctio, donec veniret, cui repositum erat, ostenderetur. Unde et per prophetam dicitur: «Cum venerit Sanctus sanctorum, cessabit unctio (Dan. IX).» Quid itaque per Judam, qui ad tondendas oves in Thamnas venit, nisi Redemptor noster intelligitur, qui ut oves quae perierant domus Israel exoneraret peccatis, ad Synagogam venisse cognoscitur? Unde et sponsus ad sponsam in Canticis: «Dentes tui sicut grex tonsarum, quae ascenderunt de lavacro (Cant. IV).» Venit itaque Judas ad tondendas oves, non quidem solus, sed cum pastore suo Odollamite, cui nomen erat Hiras. Quem per Odollamitem intelligimus nisi Joannem? Interpretatur autem Odollamites testimonium in aqua; cum hoc plane testimonio venit Dominus ad aquam baptismatis, habens quidem testimonium majus Joanne, sed propter infirmas oves hoc testimonio uti dignatus est in aqua. Unde cum videret eum ad Jordanis fluentia propinquantem, protinus exclamans, ait: «Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi (Joan. I).» Et evangelista dicit: «Testimonium

perhibuit Joannes dicens: Quia vidi Spiritum descendentem tanquam columbam de coelo, et manentem super eum; et ego nesciebam eum; sed qui misit me baptizare in aqua, ille mihi dixit: Super quem videris Spiritum descendentem et manentem super eum, hic est qui baptizat in Spiritu sancto (Ibid.).» Cui scilicet visioni etiam nomen pastoris illius aptissime congruit; interpretatur enim Hiras fratris mei visio. Erat quippe Dominus frater Joannis, non modo secundum semen Abrahae, sed etiam juxta cognationem Mariae et Elisabeth. Vidit itaque Joannes fratrem suum adhuc clausus in utero; vidit in baptismo; vidit oculis carnis hominem; vidit in spiritu majestatem. Unde et utriusque hujus nominis interpretationem, Hiras videlicet, quod est fratris mei visio; et Odollamitis, quod sonat testimonium in aqua, idem Joannes sub unius sententiae versiculo comprehendit, dicens: «Et ego vidi, et testimonium perhibui, quia hic est Filius Dei (Ibid.).»

Veniente igitur Juda ad oves tondendas, Thamar mutat habitum, quia mutat spirituale vocabulum. Thamar quippe commutans interpretatur, nam de Synagoga fit Ecclesia. Sed juxta litteram, idem nomen amaritudinis manet, non illius in qua Domino fel ad bibendum miles obtulit (Matth. XXVII), sed ejus potius in qua Petrus post lapsum amare flevit. (Ibid.). Judas autem confessio dicitur. Thamar ergo cum Juda dormiens, protinus concipit, quia cum confessioni amaritudo miscetur ad proferendos poenitentiae fructus, sancta mox Ecclesia fecundatur. Unde et Joannes: «Facite, inquit, fructus dignos poenitentiae (Joan. III).» Qui nimirum poenitentiae fructus in Hierusalem primus erupit, sicque postmodum per omnem mundi latitudinem pullulavit. Hinc Veritas dicit: «Oportebat Christum pati et resurgere a mortuis die tertia, et praedicari in nomine ejus poenitentiam et remissionem peccatorum in omnes gentes, incipiendo ab Hierusalem (Luc. XXIV).» Nam et ipse meretricalis habitus confessionem significat peccatorum, sive quia Thamar ex duobus corruptis componitur verbis, thamna scilicet, quod deficiens dicitur, et mara, quod est amaritudo. Bene in ea amaritudo defecit, cum fecunda facta de sterili, dulcem novi germinis sobolem procreavit. Thamar igitur a non cognoscente fetatur, quia sancta Ecclesia quantum ad gentilitatem in primordio, dum novae fidei semen accipit, non agnoscitur. Unde et canitur: «Populus, quem non cognovi, servivit mihi (Psal. XVII).» Et Isaias: «Ecce, ait, gentem quam nesciebas vocabis, et gentes quae te non cognoverunt, ad te current (Isa. LV).» Porro autem, quod illi haedus per eundem Odollamitem mittitur, quid nisi per Joannem facta peccatorum exprobratio designatur? Quasi enim haedum meretrici portitor afferebat, cum properanti ad baptismi lavacrum turbae per increpationem dicebat: «Genimina viperarum, quis ostendit vobis fugere ab ira ventura?» (Matth. III.) Requirebat autem Hiras Odollamites a Thamar annulum, armillam et baculum. Per annulum, signaculum fidei; per armillam, labor operis; per baculum vero designatur requies spei. Quasi enim fidei annulum requirebat, cum diceret: «Qui credit in Filium Dei, habet vitam aeternam; qui autem incredulus est Christo Filio, non videbit vitam, sed ira Dei manet super ipsum (Joan. III).» An non etiam ad annulum pertinebat, cum diceret: «Qui habet sponsam, sponsus est? (Ibid.).» Armillam vero laboris exagebat, cum diceret: «Poenitentiam agite (Matth. III).» Baculi quoque requiem, cum praesto subjungeret: «Appropinquavit enim regnum coelorum (Ibid.).» Ac si perspicue loqueretur: Nolite sub injunctae vobis poenitentiae labore lassessere, sed potius firma spe de regni coelestis appropinquatione animum roborate.

Quaesivit autem eam Judas in bivio, sed invenire non potuit; quia quae in publico, juxta Prophetam, et sub omni ligno frondoso fuerat prostituta (Jer. III), jam se in domo paterna, sub Christi videlicet constrinxerat disciplina; nec eam peccati reperit exprobratio, quam confessionis mutaverat amaritudo. Viduitatis se vestibus induit, quia praeter coelestem Sponsam, qui pro ea mortuus est, alterum non admittit. Quod autem gemini apparuerunt in utero, duo sunt populi in Ecclesiae gremio per sancti Spiritus gratiam generati. In ipsa vero

effusione nascentium, unus manum protulit, et ligato coccino, mox retraxit, sicque ante se nascendi alteri aditum patefecit. Quia nimirum Judaicus populus, qui ad lucem Spiritus nasci primitus coepit, ostendit opera sua prophetarum praecedentium, et ipsius Domini cruore polluta. Unde et Zara oriens interpretatur; quia Hebraicus ille populus prior ortus est ad litteram legis, sed posterior factus est ad suscipiendam gratiam Evangelii. Hoc itaque modo retraxit manum, qui nasci jam per Spiritum coeperat populus Judaeorum; et mox prorupit ac factus est primogenitus populus gentium, scilicet ut, juxta sententiam Veritatis, futuri essent novissimi qui erant primi, et primi fierent qui erant novissimi. Bene igitur Phares divisionis nomen accepit. Unde et obstetrix eo nascente clamavit: «Quare divisa est propter te maceria?» (Gen. XXXVIII.) Omne quippe genus humanum, quasi distorta silvarum virgulta, adversus venientem in carne Dominum maceriam fecerat, et ne ad peragendum mysterium redemptionis ingrederetur, unanimiter obsistebat. Unde et Paulus: «Nos, inquit, praedicamus Christum crucifixum, Judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam (I Cor. I).» Sed gentilis populus hanc divisit quasi nascendo maceriam, cum per Cornelium centurionem aliosque (Act. X), primitias fidei, baptismi suscipiens lavacrum, sub Christi titulum convolvavit. Hanc alternitatem nascendi considerabat beatus Joannes, cum Judaeorum turbis undique confluentibus diceret: «Ne coeperitis dicere: Patrem habemus Abraham; dico enim vobis, quia potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae (Marc. III).» Ac si patenter dicat: Gentiles populi, qui lapides sunt quia lapides colunt, primogeniti vobis fient ad regenerationis et novae gratiae sacramentum; quorum vos perlegales caeremonias videbamini tenuisse primatum.

CAPUT XXXI. In sermone de S. Luca evangelista.

«Jussit Joseph ministris, ut implerent saccos tritico, et reponerent pecunias singulorum in saccis suis (Gen. XLIV).» Quae namque sunt fruges quas Joseph fratribus contulit, nisi evangelica apostolicaque doctrina, unde videlicet esuriens populus vivat, unde grex Christi viventia salutis alimenta decerpat? Haec illa plane est pecunia, quam in ore sacci praecepit imponi; haec pecunia nunc in Ecclesiae mensa proponitur, ut usura postmodum a negotiatoribus requiratur. Sed et Benjamin hoc etiam prae caeteris additur, ut sacco ejus etiam scyphus cum pecunia reponatur (Ibid.). Quem enim Joseph per mysterium indicat, nisi Redemptorem nostrum, quem suo jam tunc ille mysterio praefigurabat? Ait enim Scriptura: «Quia vertit nomen illius Pharao, et vocavit eum lingua Aegyptiaca, Salvatorem mundi (Gen. XLI).» Quid per fratres, nisi sancti designantur apostoli? Quid per Benjamin, nisi Paulus, qui de tribu Benjamin originem duxit? Omnes ergo fratres fruges praedicationis accipiunt, quas serere per mundum debeant, et pecuniam, quam ad usurae lucrum in fidei mensa proponant. Soli vero Benjamin etiam scyphus adjicitur, ut per Paulum, quem ille signabat, non tabernaculi cyathus gentibus, sed amplum et patulum verbi poculum propinetur. Hinc est enim quod ait: «Os nostrum patet ad vos, o Corinthii, cor nostrum dilatatum est, non angustiamini in nobis (II Cor. VI).» Ac si dicat: Quia me vobis verbi potum per uberem scyphum large videtis influere, et vos sitibundi cordis ad hauriendum ora, laxate, ut decurrens unda non inaniter fluat, sed capacia vasa, in quae transiundantur, inveniat. De quo videlicet potu per Isaiam Dominus dicit: «Glorificabit me bestia agri, dracones et strutiones, quia dedi in deserto aquas, flumina in invio, ut darem potum populo meo, electo meo (Isa. XLIII).» Scyphum itaque evangelicae praedicationis, in Benjamin datus est Paulo, ut ipse desertum gentilitatis specialiter excolat et ariditatem ejus largo sanctae praedicationis imbre perfundat. De quo scilicet imbre scriptum est: «Qui operit coelum nubibus et parat terrae pluviam (Psal. CXLVI).»

CAPUT XXXII. In Sermone de S. Vitale.

Si he hallado,» dijo Jacob, «gracia ante tus ojos, pon tu mano bajo mi muslo, y hazme misericordia y verdad, para que no me entierres en Egipto, sino que duerma con mis padres, etc. (Gén. XLVII).» ¿Qué significa esto, hermanos míos, qué quiere decir esta ansiosa preocupación por el entierro del cuerpo de un hombre tan grande? Si lo medimos según la costumbre humana, ciertamente no encontramos nada digno de la excelencia de una mente profética tan elevada. Dondequiera que se entierre un cuerpo humano, no se cree que su resurrección será menos perfecta o menos gloriosa; pero si se busca la profundidad del sacramento místico en la oscuridad de esta duda, surgirá una luz clara de entendimiento para quien la encuentre. Los cadáveres de los muertos significan los pecados de los que viven injustamente. Así como después del contacto con cuerpos muertos la ley manda purificarse (Núm. XIX), también después de cometer delitos se nos ordena lavarnos mediante la penitencia. De ahí aquella sentencia: «El que se bautiza de un muerto y vuelve a tocarlo, ¿de qué le sirve su lavado?» (Ecli. XXXIV). Se bautiza de un muerto quien se limpia de pecado con lágrimas, pero toca al muerto después del bautismo quien repite la culpa tras las lágrimas. Pero el entierro de los muertos significa la remisión de los pecados. Por eso se dice por el Profeta: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos (Sal. XXXI).» ¿Dónde, pues, debían ser enterrados los cadáveres de los patriarcas, sino en aquella tierra donde iba a ser crucificado aquel cuya sangre hizo la remisión de los pecados?

CAPÍTULO XXXIII. En el sermón sobre el hallazgo de la santa cruz.

«Lavaré en vino su vestidura, y en la sangre de la uva su manto (Gén. XLIX).» La vestidura de Cristo y el manto es la multitud de las naciones, que el Señor se puso cuando las unió a sí mismo por la gracia de la redención, como promete por el Profeta, diciendo: «Vivo yo, dice el Señor, que a todos estos los vestiré como vestidura (Isa. XLIX).» El Señor lavó, pues, su vestidura en vino, y su manto en la sangre de la uva cuando, como un racimo, colgó en el madero de la cruz; entonces de su costado brotó sangre y agua; pero el agua nos lava, la sangre nos redime, para presentar a sí mismo una esposa sin mancha ni arruga (Efes. V).

CAPÍTULO XXXIV. En el sermón sobre San Eleucadio.

«Son más hermosos sus ojos que el vino,» dijo Jacob a su hijo sobre Cristo, «y sus dientes más blancos que la leche (Gén. XLIX).» Los ojos de Cristo son los Apóstoles y Evangelistas, que proporcionaron al cuerpo entero de la santa Iglesia la luz de la sabiduría, cuya doctrina, al suavizar el rigor y la dureza de la antigua ley, de algún modo supera la austeridad del vino viejo en belleza. Los preceptos evangélicos son mucho más claros que los mandamientos del Antiguo Testamento. Los dientes son los santos predicadores, que cortan a los hombres convertidos de la sociedad de los perversos y los reciben en el cuerpo de Cristo, como en sus miembros, al masticarlos. Por el nombre de leche se insinúa la doctrina de la ley, que parecía alimentar al pueblo carnal con el vaso de leche como a niños. Los doctores de la Iglesia son más blancos que la leche, porque ellos mismos comen y transmiten a otros el alimento sólido y fuerte de la palabra; de los cuales el Apóstol dice a los Hebreos: «El alimento sólido es para los perfectos (Hebr. II).» Y bien se dice que los doctores de la Iglesia son blancos, porque parecen libres de la mancha de la perversidad y claros en las obras de su conversación conspicua. Por tanto, debemos cuidarnos, hermanos míos, de que ninguna negrura de vicios nos deshonre, teniendo líderes blancos en la milicia de Cristo. Es ciertamente peligroso que las apariencias de las cosas fluctúen, donde las insignias del ejército que sigue no concuerdan con las de los líderes. Nuestros padres bienaventurados se mostraban dispuestos a soportar los suplicios; pero nosotros, cuando somos heridos por el prójimo, al menos contengamos

nuestros ánimos de venganza. Moisés, al descender del monte como señal de venganza, apareció con cuernos (Gén. XXXIV); pero sobre el Señor descendió una paloma en el Espíritu de mansedumbre (Mat. III). Ellos decidieron despreciar todo lo propio por Cristo; nosotros, al menos aprendamos a no ambicionar lo ajeno.

Terminan los testimonios del libro del Génesis.

## COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL ÉXODO.

1. De las ciudades de los tabernáculos Phithon y Ramesse, que Faraón construyó con barro y paja.

2. De la vara de Moisés convertida en serpiente.

3. De lo anterior.

4. De la mano de Moisés, que al sacarla del seno apareció leprosa.

5. Cuando Moisés estaba en el camino, el Señor se le apareció y quiso matarlo.

6. Los magos de Faraón arrojaron sus varas a la tierra, que se convirtieron en dragones, pero la vara de Aarón las devoró.

7. De las diez plagas de Egipto: 1, de las aguas convertidas en sangre; 2, de la plaga de las ranas; 3, de los mosquitos; 4, de las moscas; 5, de la muerte de los animales; 6, de las úlceras y ampollas; 7, del granizo y truenos y fuego; 8, de la plaga de las langostas; 9, de las tinieblas; 10, de las muertes de los primogénitos.

8. Que el hombre pida a su amigo, y la mujer a su vecina, vasijas de plata y oro y vestidos.

9. Tomarán de la sangre del cordero y la pondrán sobre ambos postes.

10. Cuando Faraón dejó ir al pueblo, el Señor no los condujo por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca, para que si surgieran guerras en el camino, no se arrepintieran y regresaran a Egipto.

11. María, la profetisa hermana de Aarón, tomó un tamboril en su mano.

12. De las aguas amargas, que con la mezcla del árbol que el Señor mostró a Moisés, se convirtieron en dulzura.

13. De los doce manantiales de agua y las setenta palmas en Elim.

14. Que el sexto día se ordenó recoger doble medida de maná.

15. Que los hijos de Israel, al ver el maná, decían: Manhu, es decir, ¿Qué es esto?

16. Que el maná reservado para el día siguiente se pudría.

17. Que mientras Israel luchaba contra Amalec, Moisés, teniendo la vara en la mano, levantó los brazos.

18. Que el Señor dio la ley a su pueblo en el monte Sinaí por medio de Moisés.

19. Harás un altar de tierra para mí.
20. No construirás para mí un altar de piedras labradas.
21. Harás bases de plata, y levantarás tablas doradas encima.
22. Harás cuatro columnas y sus bases revestidas de plata.
23. Que en el racional, que el sacerdote llevaba en el pecho, se colocaran doce piedras preciosas, tres por cada uno de los cuatro ángulos, engastadas en oro.
24. Moisés, tomando el becerro de oro, lo quemó en el fuego y lo trituró hasta convertirlo en polvo; y esparciéndolo en el agua, lo dio a beber al pueblo.
25. Que Moisés hizo matar a veintitrés mil hombres por la culpa del becerro fundido.
26. He aquí un lugar junto a mí, estarás sobre la roca, y cuando pase mi gloria, verás mis espaldas.
27. Moisés hizo en el tabernáculo siete lámparas con sus despabiladeras y vasos.

Terminan los capítulos.

## COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL ÉXODO

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta a Hermisinda la monja, donde se dice que el edificio de la soberbia humana pronto se destruye.

Aquellas ciudades de los tabernáculos, que Faraón construyó con barro y paja, ciertamente llamadas Phithon y Ramesses no sin misterio; Phithon se interpreta como boca del abismo, o de repente. Porque quien, según la sentencia de Pablo, sobre el fundamento que es Cristo Jesús, edifica ahora madera, heno, paja, el fuego probará qué clase de obra es (I Cor. III); y cuanto más se eleva esta estructura de vida carnal, tanto más rápidamente, como sumergida en el abismo, se disipa de repente. Por eso está escrito: «Llevan sus días en bienes, y en un instante descienden al infierno (Job XXI).» Bien se dice, pues, boca del abismo y de repente, porque del culmen de la vida carnal, que por él se insinúa, no se cae lentamente, sino rápidamente; y eso es la boca del abismo lo que parecía ser la elevación del fastigio, testificando el Profeta que dice: Los derribaste cuando se elevaron (Sal. LXXII). Ramesses, en cambio, se dice alimento, o polilla. Porque el alimento del diablo son todos los réprobos, de los cuales él se alimenta como lobo de ovejas, y con su perdición se engorda como con banquetes. De los cuales también se dice por David: «Como ovejas están puestos en el infierno, y la muerte los pastoreará (Sal. XLVIII).»

CAPÍTULO II. En la carta a Hermisinda, donde se dice que el edificio de la soberbia humana pronto se derrumba.

«Dijo el Señor a Moisés: Arroja la vara que llevas en la mano a la tierra; y la arrojó, y se convirtió en serpiente. Moisés se espantó de inmediato y huyó. Y el Señor le dijo: Toma su cola, y la tomó, y se convirtió de nuevo en vara (Éxod. IV).» Todos sabemos claramente que la serpiente indujo la muerte al hombre; por lo tanto, la muerte viene de la serpiente. ¿Quién es la vara, sino Cristo? de quien el profeta dice: Que «saldrá una vara de la raíz de Jesé (Isa. II).» La vara, pues, en serpiente, Cristo en muerte. Pero Moisés se espantó y huyó, porque al

Señor suspendido en la cruz, o muriendo, todo aquel número de apóstoles tembló espantado, y se apartó de la certeza de la esperanza y de la firmeza de la fe. Pero como la cola es la parte extrema del cuerpo, ¿qué significa sino el fin de la pasión del Señor? Moisés, pues, tomó la cola y nada más apareció en la vara de la serpiente, porque, completado el misterio de la pasión y cruz del Señor, y cada fiel entonces volvió a la fe, y Cristo, consumida la muerte, restauró en sí mismo lo que era por la gloria de la resurrección.

### CAPÍTULO III. En el sermón sobre San Columba.

«Dijo el Señor a Moisés: ¿Qué es lo que tienes en tu mano? Respondió: Una vara. Dijo: Arrójala a la tierra, etc. (Éxod. IV).» ¿Quién es Moisés, sino el pueblo judío: y qué es la vara, sino el poder de la divinidad? y ¿qué es la serpiente, sino la mortalidad de nuestro Redentor? Porque por la serpiente la muerte, correctamente mortal en la serpiente; o ciertamente, cuando está escrito: «Sed prudentes como serpientes (Mat. X).» porque la misma suma prudencia, es decir, la Sabiduría de Dios, se dignó encarnarse, correctamente su mortalidad se figura en la serpiente. Por eso en el Evangelio habla de su pasión, diciendo: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre (Juan III).» Moisés, pues, sostuvo la vara, porque el pueblo judío antes de la venida del Redentor confió en el poder divino; pero arrojó la vara a la tierra, porque el mismo pueblo por los patriarcas y profetas anunció que el Señor se encarnaría. La vara, pues, se convierte en serpiente, porque nuestro Redentor, permaneciendo Dios en sí mismo, se hizo mortal entre los hombres: pero Moisés, al ver la serpiente, temió y huyó, porque el pueblo judío, al ver al Redentor del género humano tal Señor; temió creer como temeroso. A quien se le ordena que tome la serpiente por la cola, porque ese pueblo infiel, que ahora se niega a creer, en la parte extrema del cuerpo del Señor, es decir, en el tiempo posterior de la santa Iglesia, a saber, al final del mundo, se recoge a la fe. Y toma la serpiente por la cola, porque a quien antes despreciaba como mortal, lo confiesa como su Redentor en la última parte de la Iglesia. Pero pronto la serpiente vuelve a la vara, porque tan pronto como el pueblo judío crea en nuestro Redentor, el mismo Redentor aparecerá en el juicio en el poder de su divinidad, para que ya la serpiente sea vara para él, porque aquel que en la tierra fue despreciado como hombre, viniendo del cielo será visto como Dios sobre los ángeles. Así como el Señor se dice leproso sin lepra, y serpiente sin veneno por misterio, así también se dice necio sin fatuidad, y débil sin debilidad, porque ciertamente se acomoda y adapta a nuestra debilidad, para que tanto con los que luchan combata como con los que sufren padezca igualmente los suplicios.

### CAPÍTULO IV. En el mismo sermón.

«Mete, dijo el Señor, tu mano en tu seno. Y cuando la metió en el seno, la sacó leprosa como la nieve. Retrae, dijo, tu mano en tu seno; la retrajo y la sacó de nuevo, y era como la carne restante (Éxod. IV).» ¿Qué se designa en este lugar por la mano de Moisés, sino el Hijo de Dios? Por eso se dice en el salmo: «Sea tu mano para salvarme (Sal. CXVIII);» como si dijera: Sea aquel, por quien fueron hechas todas las cosas, para que, mientras él es creado, la criatura sea liberada de la mancha de su culpa. Esta mano está en el seno del Padre, como dice Juan Bautista: «El Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha contado (Juan I).» Pero esta mano cuando fue sacada del seno, es decir, cuando apareció por el misterio de la encarnación, el pueblo del que procedía lo consideró pecador y como cubierto de lepra de crimen. Por eso dice Isaías: «Y nosotros lo consideramos como leproso, y herido de Dios, y humillado (Isa. LIII).» Pero esta mano cuando volvió al seno, perdió completamente la lepra, porque nuestro Redentor, después de que regresó al Padre, habiendo vencido el dominio de la muerte, ya al final del siglo no aparecerá a todos los judíos como hombre pecador, sino verdaderamente Dios y hombre.

## CAPÍTULO V. En la carta a los canónigos de Fano.

«Y cuando Moisés estaba en el camino en la posada, el Señor se le apareció y quiso matarlo (Éxod. IV).» Es muy extraño por qué de repente se describe que el Señor quiso matarlo, a quien ya había hecho su confidente y compañero, a quien había revelado los secretos de su consejo y voluntad, y ahora lo dirigía en la ejecución de su obediencia. Pero sin duda se da a entender que cualquier mancha de contagio que había contraído por la prolongada convivencia con los madianitas, debía ser purgada por el terror y la corrección de la negligencia, quien se acercaba como portador de los mandamientos celestiales para corregir a otros. Lo cual prudentemente entendió su esposa Séfora, de quien la Escritura añade de inmediato: «Séfora tomó de inmediato una piedra afilada, y circuncidó el prepucio de su hijo (Ibid.).» Porque habría sido absurdo que se viera a un gentil en el hijo que era israelita en sí mismo. Quien debe instruir a otros en el camino de la rectitud, debe tener mucho cuidado de no ser visto, Dios no lo quiera, errando en algo. De ahí que el pueblo israelita se inflame con celo de rectitud para vengar el crimen de Benjamín, y sin embargo, el mismo pueblo de Benjamín es abatido por las espadas (Jue. XX).

## CAPÍTULO VI. En la carta a Bonifacio, donde se dice que la sabiduría espiritual debe preferirse a la prudencia exterior.

«Los magos de Faraón arrojaron sus varas a la tierra, que se convirtieron en dragones: pero la vara de Aarón devoró sus varas (Éxod. VII).» La vara de Aarón devoró las varas de los magos, porque la sabiduría de Cristo, que aquella significaba, anuló todas las sabidurías de este mundo y unió a los sabios del mundo a su cuerpo, que es la Iglesia. Que la sabiduría espiritual absorba, pues, nuestra sabiduría terrenal y la convierta como en los arcanos de su cuerpo. Porque es absurdo y bastante deshonesto que la misma prudencia y la misma sutileza se apliquen a las cosas humanas que se dedican a las espirituales y divinas.

## CAPÍTULO VII. De las diez plagas de Egipto, en la carta al discípulo Juan.

Las plagas que se hicieron en Egipto, porque las heridas se infligen al alma humana en el mundo. Por eso, cuantas plagas hubo, tantos preceptos se promulgaron divinamente para que, cuantas son las heridas del corazón enfermo, tantos sean los medicamentos que puedan aplicarse.

Vamos, pues; la primera plaga es cuando las aguas se convierten en sangre (Éxod. VII). Pero estas plagas no ocurren sino en Egipto, es decir, en el corazón oscuro y oprimido por la ceguera. A quien ciertamente las aguas se convierten en sangre, cuando la mente ciega, en cuanto a sí misma, confunde y viola la pureza de la fe recta; porque así como por el agua todas las cosechas salen de las entrañas de la tierra, así de la fe se producen los alimentos espirituales de las virtudes. Entonces, pues, el agua se convierte en sangre, cuando el corazón insensato se oscurece por la ceguera de la infidelidad. Como dice el Apóstol de algunos: «Porque habiendo conocido al Señor, no lo glorificaron como Señor, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos; y su insensato corazón se oscureció (Rom. I).» A la primera plaga, es decir, a la herida más pestilente, se le aplica de inmediato el primer medicamento del precepto: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno (Deut. VI).» Este es el vínculo medicinal, con el que debe atarse la herida de la infidelidad, para que al escuchar esto adores a un solo Dios y no derrames la podredumbre de la infidelidad marchita en varios dioses. Y por el justo juicio de Dios, según la letra, se hizo que los egipcios bebieran de la sangre de aquel río, en el que primero se mataban a los niños hebreos.

La segunda plaga es la abundancia de ranas (Éxod. VIII). La rana es un animal ruidoso, y suele vociferar en los pantanos fangosos; a quienes se juzga semejantes a los herejes y filósofos, que como sobre pantanos fangosos, es decir, entre multitudes sucias por la sordidez de la infidelidad, vociferan con vanas objeciones contra Cristo, y, mientras no cesan de gritar con clamores importunos por argumentos de falacia, traen un tedio vano a los oídos, pero ningún alimento de vida a las mentes. A esta enfermedad, que ciertamente ataca letalmente al alma, el segundo precepto como poción de salvación acude. El segundo precepto es: «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano (Éxod. XX).» En vano toma el nombre de Cristo quien no lo cree Creador, sino solamente criatura: «Porque la criatura fue sujeta a vanidad (Rom. VIII).» Y por eso tales hombres son sin duda vanos, porque cambiando la verdad de Dios en mentira, dan fe a la vanidad.

La tercera plaga son los mosquitos (Exod. VIII). Este animal es tan diminuto y pequeño que, mientras se desliza por el aire y vuela de manera inestable con giros erráticos, escapa de la vista de quienes intentan verlo; sin embargo, cuando se posa en nuestro cuerpo, pica, de modo que, aunque no puedas verlos mientras vuelan, te ves obligado a sentirlos cuando te pican; y mientras vuelan alrededor e insistentemente se acercan a nuestros rostros, no dejan de molestarnos, impidiendo que descansemos. Por lo tanto, esta plaga representa claramente el vicio de la vagancia y la inquietud. Algunos, afectados por esta enfermedad, corren inútilmente de un lado a otro, y como si estuvieran sujetos a malos cambios, no descansan por impaciencia. Pero dado que estos mosquitos son pequeños y dañinos, de modo que no parecen tener tanto peso como mordedura, aquellos que sirven al vicio de la vagancia, que se representa por los mosquitos, consideran que es un pecado leve, pero no son menos perforados por el aguijón de la culpa. No pesa el peso, pero penetra la mordedura, porque cuanto más ligero consideran este vicio, tanto más es necesario que el aguijón del pecado atraviese el interior del alma enferma. A este mal se opone el remedio del tercer mandamiento, cuando se dice: «Acuérdate de santificar el día de reposo» (Exod. XX y XXXI, Deuter. I); sábado, es decir, descanso. Donde hay santificación del sábado, allí sin duda está el Espíritu de Dios. Por eso está escrito: «¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo y que tiembla ante mis palabras?» (Isai LXVI). Deben considerarse las palabras porque si el Espíritu Santo reposa solo sobre el tranquilo, entonces abandona al inquieto. En verdad, así como el segundo mandamiento se refiere al Hijo, este tercero pertenece al Espíritu Santo, que es igualmente la tercera persona en la santa Trinidad. Pues incluso los encantadores atribuyen esa tercera plaga al Espíritu Santo, ya que ellos mismos no pueden provocar los mosquitos, diciendo al Faraón: «Este es el dedo de Dios» (Exod. VIII). A observar este sábado, el Apóstol exhortaba a su discípulo, cuando decía: «Dedícate a la lectura y a la doctrina» (I Tim. I). Y en otro lugar: «Orad sin cesar» (I Thess. V). A la observancia de este sábado, el Señor nos exhorta a través del profeta, cuando dice: «Estad quietos y ved que yo soy el Señor» (Psal. XLV). Como si dijera: Observad el sábado espiritual, evitad la inquietud de la vagancia; para que, por la gracia del Espíritu Santo, firmes, no os molesten los mosquitos, sino que la observancia del sábado espiritual os santifique. Además, es de notar que solo estos tres mandamientos están escritos en una tabla; los otros siete estaban contenidos en otra. Estos, en efecto, se refieren al amor de Dios, mientras que aquellos al amor al prójimo. Y por eso no hay más que dos tablas, porque están distinguidas por la doble impresión del amor. Que tres mandamientos estén claramente en una tabla y siete en otra se deduce principalmente de lo que el bienaventurado Apóstol dice a los Efesios: «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre; que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra» (Ephes. VI). ¿Por qué se dice que este es el primer

mandamiento, sino porque está al principio de la segunda tabla? También se dice que es con promesa, porque lo que no se encuentra en otros mandamientos, a este mandamiento le sigue la promesa de longevidad, a saber, lo que se dice: Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Este mandamiento, que es el cuarto en el número general, se coloca primero en la segunda tabla.

Contraria a este es la cuarta plaga, es decir, la mosca canina (Exod. VIII). Pues nada es tan canino como ignorar a los padres y no mostrar reverencia a quienes nos engendraron. También, como moscas que revolotean, los hábitos caninos agitan a aquellos que, al no saber mostrar deferencia a sus padres, por la inconstancia de la ligereza se apartan de la gravedad natural, y como moscas caninas los desgarran, mientras se vuelven contra sus progenitores, casi gruñendo y ladrando, los atormentan por impaciencia. Para que esta plaga sea curada, se debe mostrar la debida reverencia a los padres.

La quinta plaga es la muerte de los pecadores (Exod. IX). Pues todos los que, despreciando el lecho conyugal, se contaminan con las inmundicias de mujeres ajenas y se disuelven en el flujo de la lujuria obscena, ¿qué otra cosa son sino bestias brutas y completamente ajenas a la razón de la inteligencia espiritual? «Se han vuelto como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento» (Psal. XXXI). Y por Jeremías se dice: «Los saturé y cometieron adulterio, y en la casa de la prostituta se entregaron a la lujuria; se convirtieron en caballos amantes de las mujeres, cada uno relinchando tras la esposa de su prójimo» (Jer. V). Estas bestias, por lo tanto, deben perecer completamente extinguidas, a menos que el remedio de la ley divina intervenga. Se dice, pues: «No cometerás adulterio» (Exod. XX). Este quinto mandamiento se opone como un vínculo medicinal a la quinta plaga, para que, mientras cada uno se ve obligado a estar contento con su propio lecho, no se extienda en la intemperancia de la lujuria desenfrenada hacia los abrazos de carne ajena.

La sexta plaga son las llagas y las ampollas hinchadas y ardientes (Exod. IX). En las llagas, ciertamente, se reprende la malicia dolosa y purulenta de los que odian; en las ampollas, el orgullo hinchado e inflado; en el ardor, la locura del furor ardiente e inflamado. Hay almas homicidas en las que estas pestes surgen y se ensañan ferozmente, y no les permiten descansar a menos que derramen sangre humana. A esta enfermedad furiosa y salvajemente violenta, el sexto mandamiento se opone como medicina celestial, cuando se dice: «No matarás» (Exod. XX); para que cualquiera que lo escuche reprima en sí mismo el mal surgido de la mala voluntad, y no estalle externamente el veneno de la conciencia maliciosa hacia el efecto de derramar sangre.

Después de esta, se coloca la plaga del granizo, donde ciertamente el granizo y el fuego se llevaban juntos (Exod. IX). Ahora bien, estas dos cosas son contrarias, el frío en el granizo, el calor en el fuego. Así, quienes roban lo ajeno, son fríos en la caridad fraterna y encendidos por el ardor de la codicia. También se dice que había relámpagos y truenos mezclados con el granizo. ¿Qué se designa por los truenos y relámpagos, sino un pavor intolerable? Y esto es familiar a los ladrones, que, primero capturados, luego castigados, tiemblan con sus entrañas aterrorizadas; sin embargo, no descansan de la perpetración de la maldad concebida una vez. Estas pestes, a saber, el granizo, el fuego, los relámpagos y los truenos, devastan como ciertos campos los corazones de aquellos que roban lo ajeno en secreto, y si hay algo, disipan todos los frutos y brotes de buena voluntad. A esta herida tan mala, el séptimo mandamiento se opone como medicina, cuando se dice: «No robarás» (Exod. XX); para que cualquiera que lo reconozca no pierda las cosechas de su corazón por esta múltiple peste, sino que llene el granero de su alma con los frutos de buenas obras, cumpliendo aquello del apóstol: «El que

robaba, ya no robe, sino que trabaje con sus manos, para que tenga de qué dar a los necesitados» (Ephes. IV).

La octava plaga son las langostas (Exod. X). Por estos animales, que destruyen los brotes de las cosechas y devoran los frutos con su boca pestilente, ¿quiénes pueden ser mejor designados que aquellos que calumnian a sus hermanos y les imputan falsos crímenes? Pues devoran como el brote de una cosecha ajena, mientras no solo suprimen los bienes de sus hermanos que deberían haber proclamado, sino que finalmente también los inflaman con la marca de una falsa acusación. Roen, porque no solo ocultan por envidia las buenas palabras de ellos, sino que también les imponen el estigma de una maldad ficticia. ¿No roen como langostas aquellos a quienes el Apóstol dice: «Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros» (Gal. V)? A esta plaga, el mandamiento se opone adecuadamente, cuando se dice: «No darás falso testimonio» (Exod. XX). Para que, en efecto, cualquier falso testigo, que no quedará impune, se reprima del mordisco de la vida ajena, deseche los dientes de langosta y no devore los brotes verdes de la cosecha ajena.

La novena plaga es la densidad de las tinieblas (Exod. X). Nadie cae más en las tinieblas interiores que aquel que viola la fidelidad del lecho conyugal y busca invadir la esposa ajena. Pero estas tinieblas que ciertamente el corazón entregado a la lujuria soporta, el esplendor de la ley divina ilumina, cuando se dice: «No codiciarás la esposa de tu prójimo» (Exod. XX). Donde se debe notar que no se dice, no tomarás; o, no profanarás, sino que lo que es más, «no codiciarás la esposa de tu prójimo». Arriba se dijo: «No cometerás adulterio»; aquí se dice: «No codiciarás la esposa de tu prójimo»; por lo tanto, sobre una misma cosa parecen ser dos mandamientos: allí se condena el efecto del adulterio de quien viola el lecho ajeno; aquí también se prohíbe el afecto de quien desea violar. Allí se condena el coito impuro e ilícito del adulterio; aquí también se reprime el apetito de la concupiscencia adulterina. Y en verdad, la misma concupiscencia de violar el matrimonio ajeno es adulterio, como dice el Señor: «El que mira a la esposa de otro para codiciarla, ya ha cometido adulterio en su corazón» (Matth. V). Por lo tanto, que nadie codicie la esposa ajena, para que no sufra en su corazón la oscuridad de las tinieblas palpables, y si acaso ya la padece, que reciba el rayo resplandeciente del mandamiento legal y así deseche las tinieblas de la conciencia ciega.

Finalmente, la décima plaga es la muerte de los primogénitos (Exod. XII). Un hombre tiene dos hijos, a saber, cuando hace una obra que pertenece a esta vida, y cuando realiza algo espiritual que tiende a la vida eterna. Pero el fruto espiritual, como nuestro primogénito, debe obtener el primado en nuestras obras. Por eso el Señor dice: «Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas» (Matth. VI). Como si dijera: Engendrad el fruto espiritual, que sea vuestro primogénito; lo que pertenece a las necesidades de esta vida, sea en la herencia el segundo, pues a este primogénito con Jacob se le debe la bendición (Gen. XXVII); de Esaú y sus semejantes, la Escritura dice: «La herencia que se apresura al principio, al final carecerá de bendición» (Prov. XX). De estos dos hijos se dice en Deuteronomio por figura: «Si un hombre tiene dos esposas, una amada y otra odiada, y le engendran hijos, y el hijo de la odiada es el primogénito, y quiere dividir su herencia entre sus hijos, no podrá hacer primogénito al hijo de la amada, y preferirlo al hijo de la odiada, sino que reconocerá al hijo de la odiada como primogénito y le dará de lo que tenga todo en doble porción; porque este es el principio de sus hijos, y a él se le deben los derechos de primogenitura» (Deut. XXI). De todo esto, aquí solo exponemos la palabra que la esposa amada es la vida suave, deliciosa, carnal; pero la esposa odiada es la vida espiritual, como rígida, estricta y enemiga de todas las seducciones de las delicias carnales. Por lo tanto, al hijo de esta se le deben los derechos de primogenitura, porque el fruto de la vida espiritual merece tenerlo como premio, quien es, según Juan, «el primogénito de los muertos, y el

príncipe de los reyes de la tierra, que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (Apoc. I). Pero este primogénito, es decir, el fruto espiritual, sin duda muere para aquel que, no contento con lo suyo, se dedica a las cosas ajenas; lo que es derecho del hermano lo codicia, y encendido por las llamas de la avaricia, codicia los bienes del prójimo. Pero el décimo mandamiento de la Ley es: «No codiciarás los bienes de tu prójimo» (Exod. XX). Por lo tanto, que aquel que escuche diligentemente este mandamiento, no pierda su primogénito, para que se regocije en su primogénito, y de ninguna manera codicie lo que es ajeno.

CAPÍTULO VIII. En el sermón de San Eleuchadio.

«Que el hombre pida a su amigo, dice el Señor, y la mujer a su vecina, vasijas de plata y de oro, y vestidos; y el Señor dará gracia a su pueblo ante los egipcios» (Exod. XII). En lo cual, para no extenderme más, mística y espiritualmente pedimos oro y plata con vestidos, para construir un tabernáculo al Señor, cuando leemos a los poetas y filósofos mundanos, para que podamos progresar más brillantemente en los discursos divinos; o también, lo que es más perspicaz, el oro y la plata son las almas preciosas, que junto con los vestidos, es decir, sus cuerpos, se unen al pueblo de Dios, para que abandonen este mundo tenebroso, como Egipto, y adquieran la tierra prometida de la felicidad eterna.

CAPÍTULO IX. En el sermón sobre el hallazgo de la santa cruz.

«Tomarán de la sangre del cordero y la pondrán sobre ambos postes» (Exod. XII). ¿Qué significa que el pueblo israelita sea mandado a poner la sangre del cordero en los postes de las casas, sino que nos prefigura llevar la cruz de Cristo, que es el verdadero cordero, en la frente? Pues el cordero se sacrificaba al atardecer; y al atardecer del mundo sufrió Cristo. Se ungen los postes, para que el ángel destructor no se atreva a infligir daño; y nosotros llevamos el estandarte de la cruz en el corazón y en la frente, para que el enemigo repentino que viene no pueda quitar la salvación, por lo cual cantamos seguros: «Sobre nosotros está sellada la luz de tu rostro, Señor» (Psal. IV).

CAPÍTULO X. En la Epístola a Blanca, la condesa.

«Cuando Faraón dejó ir al pueblo, no los condujo el Señor por el camino de la tierra de los filisteos, que está cerca, pensando que tal vez se arrepentiría si viera que se levantan guerras contra él, y regresaría a Egipto» (Exod. XIII). Al salir de Egipto, se les retira la lucha cercana, porque a los que abandonan el mundo se les da cierta tranquilidad de paz; para que en la novedad de su debilidad no se turben y se aterroricen y regresen a lo que habían despreciado. Primero, por lo tanto, son acariciados por la suavidad de la seguridad, primero son nutridos por la quietud de la paz. Después de haber conocido la dulzura, tanto más soportan las pruebas de las tentaciones cuanto más profundamente han conocido en Dios lo que aman.

CAPÍTULO XI. En el sermón sobre el hallazgo de la santa cruz.

«Tomó entonces María, la profetisa, hermana de Aarón, un tamboril en su mano» (Exod. XV). Nosotros también, habiendo cruzado ya el mar Rojo y sumergido al enemigo, debemos llevar el tamboril con María. ¿Qué significa llevar un tamboril? Escucha al Señor diciendo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Luc. VIII). Porque quien crucifica su carne con sus vicios y concupiscencias, quien mortifica sus miembros, que están sobre la tierra, absteniéndose (Galat. V), ese verdaderamente lleva el tamboril con María, porque se mantiene a sí mismo seco de los nocivos humores de la voluptuosidad terrenal.

## CAPÍTULO XII. En el mismo sermón.

Además, no es inconveniente considerar que el pueblo israelita murmuró contra Moisés en Mara, clamando que no podía encontrar qué beber (Exod. XV). Entonces el Señor mostró a Moisés un árbol, que cuando él lo arrojó a las aguas amargas, se convirtieron inmediatamente en dulzura. ¿Qué representan esas aguas amargas, sino la apariencia de la letra que mata y de la ley dura e insípida? Pues está escrito: «El Señor estableció para su pueblo una ley y juicios, y lo probó» (Ibid.). Y en otro lugar: «Les di preceptos no buenos y juicios en los que no vivirán» (Ezech. XX). Sin embargo, si a esta ley se le une la confesión de la cruz y el misterio de la pasión del Señor, inmediatamente lo que era amargo se convierte en dulzura de la inteligencia espiritual.

## CAPÍTULO XIII. En el mismo sermón.

Debe notarse, según la verdad de la historia, que, una vez convertida el agua en dulzura, el pueblo llegó a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras. ¿Qué representan las doce fuentes, sino los doce apóstoles (Matth. X), a quienes el Señor estableció para que regaran los áridos y desolados corazones del género humano con las inundaciones de su predicación? ¿Y qué representan las setenta palmeras, sino los setenta discípulos, a quienes envió delante de su rostro (Luc. X), para que el mundo reconociera las palmas de su victoria? Y ciertamente parece bastante congruente el orden de las cosas que suceden, que primero el pueblo fuera llevado a la letra de la ley, de la cual, mientras fue amarga, no pudo pasar. Pero después de que se hizo dulce por el árbol de la vida y comenzó a ser entendida espiritualmente, inmediatamente el pueblo de Dios pasó del Antiguo Testamento a las fuentes apostólicas y a las palmeras, es decir, a la gracia del Evangelio. Y bien, después de recibir el Decálogo, se establece el número séptuplo de predicadores, porque por la gracia septiforme del Espíritu Santo se cumple todo mandamiento de la ley divina. Y no sin razón los predicadores de la cruz parecen ser designados con el nombre de palmas, ya que la misma cruz con justicia debe llamarse palma; porque en ella se logró la victoria sobre el enemigo del mundo postrado; como el esposo dice a la esposa sobre la misma cruz: «Dije, subiré a la palma, y tomaré sus frutos, etc.» (Cant. VII).

## CAPÍTULO XIV. En el sermón de San Eleuchadio.

«El sexto día preparen lo que recojan, y sea el doble de lo que solían recoger cada día» (Exod. XVI). El sexto día se mandaba recoger una medida doble, para que de ella se guardara la mitad para el sábado. Ahora bien, el sexto día se entiende como la sexta edad del mundo, en la que ahora estamos. En este día, por lo tanto, recoge el doble para el futuro sábado, quien, por la contemplación de la gloria celestial, donde hay un sábado perpetuo y verdadero descanso, escucha y hace la palabra de Dios. En este día guarda el doble quien vive bien y muestra a otros un ejemplo de salvación; o, lo que es más conveniente, recoge una medida doble quien se esfuerza tanto en la buena obra, de modo que aquí su alma agrade a su Creador, y después viva perpetuamente con Él. Lo que se guardaba para el sábado no podía corromperse; porque las buenas obras, que se hacen por el deseo del descanso supremo, permanecerán para siempre.

## CAPÍTULO XV. En la epístola a los hermanos de Cluny.

«Cuando los hijos de Israel vieron el maná dado, se dijeron unos a otros: Manhu? que significa, ¿qué es esto? A lo que Moisés respondió: Este es el pan que el Señor os ha dado

para comer (Éxodo XVI).» Por lo tanto, aquellos que verdaderamente comen el maná, es decir, ¿qué es esto?, son los que, al leer o escuchar, investigan diligentemente el misterio de la palabra divina. Quienes, sin duda, dentro de la cáscara de la paja literal, buscan desentrañar la dulce médula de la inteligencia espiritual. Ciertamente, aquel que se dedica a la constante investigación de la Sagrada Escritura se alimenta verdaderamente de ¿qué es esto? Pues, como si fuera una pregunta, comemos con el ávido corazón cuando nos dedicamos vigilantes a penetrar los misterios de las Escrituras, cuando rumiamos sutilmente los banquetes del discurso celestial.

CAPÍTULO XVI. En el sermón sobre San Eleuchadio. (Serm. 6.)

Que el cuidado de hoy sea suficiente para la necesidad presente, y que la amargura de la preocupación no anticipe el día de mañana. El pueblo israelita, como lo atestigua la sagrada historia, cuando recogía el maná, se llenaba de gusanos y se pudría si alguien, actuando con incredulidad, lo reservaba para el día siguiente (Éxodo XVI). Así, sin duda, cualquiera que, encendido por el ardor de la codicia, acumula bienes terrenales para proveer alimento a su cuerpo, le brota aquel gusano que roe la conciencia y corroe los secretos del corazón. En verdad, esos gusanos de preocupación, que genera la avaricia, preparan nuevamente aquellos gusanos de los que está escrito: «Su fuego no se apagará y su gusano no morirá (Isaías XVI),» para encender el fuego con el fuego de la codicia, y que el gusano proceda del gusano. Aunque también puede entenderse no inconvenientemente que, así como el mismo Cristo, que dice: «Soy un gusano y no un hombre (Salmo XXI),» resulta para algunos en ruina y para otros en resurrección; de igual manera, su palabra se convierte en maná y dulzura de miel para los fieles; pero para los infieles y los que viven mal, se convierte en un gusano, no para alimentar el alma restaurándola, sino para roer y amenazar la conciencia.

CAPÍTULO XVII. En el sermón sobre la exaltación de la santa cruz.

Moisés, teniendo la vara en la mano, levantó los brazos en forma de cruz (Éxodo XVII): y así sucedió que las filas de los adversarios fueron superadas por la madera y la señal, es decir, por el pleno misterio de la cruz. Esto lo atestigua la sagrada historia cuando dice: «Mientras Moisés levantaba las manos, Israel prevalecía; pero si las bajaba un poco, Amalec prevalecía (Ibid.).» Este hecho claramente no solo nos trae el sacramento de la inteligencia espiritual, sino también un ejemplo muy saludable de virtud. Pues cuando tomamos la cruz tras el Señor; cuando levantamos nuestros corazones con las manos hacia el Señor, los gobernantes de las tinieblas caen inmediatamente y, postrados en lo más bajo, son derrotados con sus fuerzas quebradas. Pero si bajamos las manos y, olvidando las cosas celestiales, seguimos las terrenales, el enemigo victorioso nos persigue inmediatamente y, habiendo perdido la victoria, somos cortados por las espadas de los perseguidores. En toda lucha espiritual debemos llevar el estandarte de la cruz, que si lo levantamos visiblemente actuando, sin duda seremos victoriosos; de lo contrario, si lo bajamos viviendo perezosamente, es necesario que caigamos débilmente ante los primeros ataques de los perseguidores. Por eso, aquel insigne instructor de la milicia espiritual, Pablo, dice: «Levantad las manos caídas y las rodillas debilitadas, y haced caminos rectos para vuestros pies, para que el cojo no se desvíe (Hebreos XII).»

CAPÍTULO XVIII. En el primer sermón sinodal.

Así como en el monte Sinaí el Señor propuso a través de Moisés los edictos de la ley al pueblo israelita; así en la santa Iglesia, a través del ministerio de los sacerdotes, el mismo legislador y juez proclama al pueblo cristiano los mandatos de vida; pues Sinaí se interpreta

como zarza o tentación. De la zarza, como atestigua la Escritura, el Señor apareció y mandó a Moisés llevar los mandatos a los hijos de Israel (Éxodo III). Y en la Iglesia, sin duda, Dios es visto, como prometió a Moisés cuando le rogó que se le mostrara, diciendo: «He aquí un lugar junto a mí, estarás sobre la roca; y cuando pase mi gloria, verás mis espaldas (Éxodo XXXIII).» Pero que Sinaí también se llame tentación, ¿qué otra cosa debe entenderse por esto, sino que en la Iglesia, donde se da la ley, a veces surge pestilente la tentación del maligno espíritu, para que, al violar la regla del juicio recto, a veces se insinúe la esperanza de ganancia, a veces la alabanza o el favor humano suavicen el rigor de la justicia; a veces el impulso de la ira o el rencor del odio inciten a hacer daño; a veces el miedo reprima el corazón de la libertad de juzgar rectamente, a veces la crueldad exceda la medida de la venganza digna?

#### CAPÍTULO XIX. G. G.

«Dijo el Señor a los hijos de Israel: Haréis para mí un altar de tierra (Éxodo XX).» Hacer un altar de tierra para el Señor es esperar en la encarnación de nuestro Redentor. Pues se recibe un don de nuestro Dios cuando en este altar nuestra humildad, es decir, sobre la fe en la encarnación del Señor, ponemos todo lo que hacemos. Por lo tanto, ofrecemos el don sobre el altar de tierra si consolidamos nuestras acciones con la fe en la encarnación del Señor. De este altar se dice por Isaías: «En aquel día habrá un altar del Señor en medio de la tierra de Egipto, y un monumento junto a su dominio, y será por señal y testimonio al Señor de los ejércitos en la tierra de Egipto (Isaías XIX).»

#### CAPÍTULO XX. En la carta a los canónigos de Fano.

«Si me haces un altar de piedra, no lo construirás de piedras labradas, porque si levantas tu cuchillo sobre él, lo profanarás (Éxodo XX).» Las piedras labradas son, sin duda, aquellos que rechazan la compañía de la sociedad fraterna; que no quieren vivir y convivir en concordia con los hermanos. Tales personas, Cristo no las recibe en su cuerpo, porque las juzga separadas de la unidad de sus miembros. Del altar, por el contrario, debe fabricarse con aquellas piedras de las que el apóstol Pedro dice: «Y vosotros, como piedras vivas, sed edificados en casas espirituales (I Pedro II).» A esta casa, él es el fundamento, fuera del cual no se puede poner otro; él es la cima que se ha hecho cabeza del ángulo.

#### CAPÍTULO XXI. En el sermón sobre San Andrés apóstol.

«Harás, dice el Señor, bases de plata, y levantarás tablas doradas sobre ellas (Éxodo XXVI).» ¿Qué se significa por las bases de plata, sino el orden de los profetas? Que, siendo los primeros en hablar del sacramento de la Iglesia, los vemos surgir como ciertas bases desde el fundamento y sostener los pesos de la estructura superpuesta. ¿Y qué se figura por las tablas, sino los santos apóstoles, que, extendidos por el mundo con su predicación, han sido ampliamente dilatados? La doctrina de los apóstoles, como en ciertas bases de la predicación profética, se apoya en su autoridad y se solidifica firmemente en la fuerza de su estado. Por eso, se colocan dos bases unidas bajo cada tabla, porque cuando los santos profetas concuerdan entre sí en sus palabras sobre el sacramento de la Iglesia futura, edifican a los apóstoles que les siguen, y al no disentir en nada entre ellos, los fijan más firmemente en sí mismos. No sin razón se ordena que las bases, que significan a los profetas, deban ser de plata, pues la claridad de la plata se conserva con el uso, pero sin uso se vuelve negra. Las palabras de los profetas, antes de que la predicación apostólica las aclarara, al no estar en uso de la inteligencia espiritual, permanecían oscuras y no podían ser vistas, como si fueran negras; pero después de que la mano de la predicación apostólica limpió las profecías

oscuras, todo lo que de luz había en ellas se hizo claro y sus sentidos místicos se pusieron en uso, porque las palabras ya expuestas claramente anunciaron las cosas. Por lo tanto, se ordena hacer tanto las bases de plata como las tablas doradas; porque, en efecto, los preceptos apostólicos son mucho más claros que los oráculos de los profetas.

CAPÍTULO XXII. En el sermón sobre San Mateo evangelista.

«Harás cuatro columnas y sus bases revestidas de plata (Éxodo XXVII).» En la plata, ¿qué otra cosa se entiende sino la claridad del discurso divino? como está escrito: «Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego, probada en la tierra (Salmo XI).» Las bases revestidas de plata sostienen las cuatro columnas del tabernáculo, porque los predicadores de la Iglesia, adornados con el discurso divino, para que en todo se presenten como ejemplo, llevan las palabras de los cuatro evangelistas tanto en boca como en obras. Mateo ocupa el primer lugar, Juan el último. Que, sin duda, están constituidos en la cumbre apostólica, y de lo que escribieron, no solo están informados por el oído, sino más bien por la vista y el tacto, como uno de ellos dice: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto, lo que hemos contemplado con nuestros ojos, lo que nuestras manos han tocado del Verbo de vida (I Juan I).» Marcos y Lucas, que ocupan el medio del catálogo evangélico, no son apóstoles; sin embargo, han sido instruidos por las relaciones de los principales apóstoles, uno de Pedro, otro de Pablo. No obstante, todos los santos evangelistas son de una misma autoridad, de una misma fe, y no son dispares en nada al tejer las líneas de la verdad más sincera, y a lo largo de todo el artículo de su descripción, levantan igualmente una fortaleza inexpugnable contra todos los dardos de cualquier herejía.

CAPÍTULO XXIII. En el sermón sobre San Bartolomé.

Se ordenó que en el racional, que el sacerdote llevaba en el pecho cuando entraba en el Santo de los Santos, se colocaran doce piedras, tres por cada uno de los cuatro ángulos, incluidas en oro, porque, sin duda, los santos apóstoles predicaron la verdad de la fe católica sobre la Trinidad, que es Dios, a través del mundo dividido en cuatro partes. Estas piedras también se llevan incluidas en oro, porque los bienaventurados apóstoles permanecen inviolablemente confirmados en el arcano de la sabiduría celestial. Por lo tanto, es legítimo que el sacerdote, cuando entra en el santuario, lleve doce piedras preciosas en el racional del pecho, para que cualquiera que se acerque a los altares sagrados se proponga a sí mismo los ejemplos de la rectitud apostólica; para que, en la medida de lo posible, imite la vida de aquellos cuyo ministerio desempeñamos; y que, al llevar su oficio, fije su mirada en ellos con el estudio de la santa emulación.

CAPÍTULO XXIV. En el sermón sobre San Eleuchadio.

«Moisés, tomando el becerro de oro que habían hecho, lo quemó en el fuego, lo trituro hasta convertirlo en polvo, y esparciéndolo en el agua, lo dio a beber al pueblo israelita (Éxodo XXXII).» ¿Qué es, en figura, ese becerro fundido, sino el cuerpo del diablo, es decir, los hombres engañados en todo por el error de la infidelidad y la idolatría, y unidos bajo su pestilente cabeza, como diversos miembros en una sacrilega conspiración; sobre los cuales, sin duda, ese espíritu de iniquidad se erige insolentemente como autor y, como cabeza, domina tiránicamente su cuerpo? El becerro se describe como de oro, porque el rito de la idolatría parece haber sido instituido por sabios. Pues el oro designa la sabiduría, como se dice por Salomón: «Tesoro deseable en la boca del sabio (Proverbios II).» Así, el becerro fue de oro, porque los sabios del mundo antes de la gracia de la nueva fe se prueban como autores del culto demoníaco. De los cuales, sin duda, el Apóstol dice: «Porque habiendo

conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón se oscureció, profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos y de reptiles (Romanos I).» Por esta vanidad de la sabiduría insensata, los poetas, filósofos, magos, observadores de estrellas y todos los instruidos en las disciplinas liberales solían adorar las prodigiosas ficciones de los demonios. En el becerro, por lo tanto, se significó todo el cuerpo, es decir, toda la sociedad de los gentiles entregados a la idolatría. Moisés, pues, quemó el becerro en el fuego, porque nuestro Redentor, a quien él señalaba, encendió con la llama de su caridad los corazones malamente conspirados de los gentiles. Por eso él mismo dice: «He venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que se encienda? (Lucas XII)» Y el Profeta: «No hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII).» En la mente de los gentiles, de repente se enciende el fuego divino, para que en ellos se disuelva la forma irracional de la idolatría. Luego, todo el cuerpo de este becerro se tritura hasta convertirse en polvo, porque aquella sociedad gentil, unida en una conspiración diabólica, al advenimiento de Cristo, es triturada por el martillo de la corrección salvadora y, de la dureza de su rigidez, es triturada por la virtud de la palabra divina; pues al ser triturada salubrementemente por la palabra de la verdad, que parecía estar insensiblemente íntegra en la forma de su soberbia, se desmorona. Luego se esparce en el agua, para que el pueblo israelita beba de ella. El becerro triturado se arroja al agua, porque el pueblo gentil humillado debe ser lavado en el baño del fuente salvador. Que inmediatamente los israelitas beben, porque los santos predicadores del Evangelio, que son verdaderamente israelitas, transfieren a aquellos que son el cuerpo del Señor, que es la Iglesia, a sus miembros recibéndolos, como bebiéndolos los convierten; a quienes, en verdad, se les dijo primero: «Mata y come (Hechos X);» que es tanto como decir: Tritura y bebe. Así, así, ese becerro, por el fuego del cielo, y el filo de la palabra, y el agua del bautismo, fue más bien absorbido por aquellos a quienes intentó absorber; en ellos se transfundió a quienes intentó transferir a sus, es decir, diabólicos miembros.

#### CAPÍTULO XXV. En el mismo sermón.

Sin embargo, porque Moisés no fijó el fin de la venganza solo en destruir el ídolo, sino que además añadió que matara a veintitrés mil hombres, enseñó mística y claramente que no es suficiente si alguien se convierte del culto idolátrico o de la depravación de la vida, a menos que también intente mortificar sus propios vicios con la espada del espíritu. Por eso, el insigne predicador dice: «Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra, fornicación, impureza, lujuria, mala concupiscencia y avaricia, que es idolatría (Colosenses II; Gálatas V).» Y es de notar que, así como aquí los vicios se llaman nuestros miembros, así también allí los que fueron muertos estaban unidos por lazos de parentesco con sus asesinos; como se dijo por Moisés: «Así dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada uno su espada sobre su muslo, id y volved de puerta en puerta por medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su vecino (Éxodo XXXII).» Si, pues, a alguien le agrada levantarse en armas, si alguien anhela luchar contra las filas de los enemigos, vuelva su mano contra sí mismo y allí encontrará muchos adversarios que cortar. Por lo cual, después de la victoria, no incurrirá en el feo nombre de homicida, sino que aparecerá más bien como un glorioso triunfador; por lo cual, ciertamente, no merecerá ser excluido de los umbrales del santuario, sino que, consagrándose al Señor, será aumentado con las bendiciones de la gracia divina; como también se les dijo a ellos: «Habéis consagrado, dice, vuestras manos al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé bendición (Ibid.).» Pero que los que fueron muertos se refieren a veintitrés mil, el número de tres mil muertos indica la triple forma de los pecados. Pues todo pecado lo cometemos ya sea de hecho, de palabra o de pensamiento.

Pero porque allí también se duplica el número diez, se da a entender que así como despreciamos guardar el Decálogo de los mandamientos tanto del cuerpo como del alma, así también debemos mortificar y destruir los vicios de ambos con las armas de las virtudes.

CAPÍTULO XXVI. En el primer sermón sinodal.

«He aquí un lugar junto a mí, y estarás sobre la roca, y entonces verás mis espaldas (Éxodo XXXIII).» ¿Qué es este lugar, donde inmediatamente sobre la roca se ve al Señor, sino que se entiende como la santa Iglesia, donde, mientras nos apoyamos firmemente en la roca de la fe, junto con el Apóstol contemplamos la gloria del Señor? Esta es, en efecto, de la que se dice: «Sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mateo XVI).»

CAPÍTULO XXVII. En la carta a Damián sobre evitar la escurilidad.

«Moisés hizo en el tabernáculo siete lámparas con sus despabiladeras y los recipientes donde se apagan lo que se ha despabilado, de oro purísimo (Éxodo XXXVII).» Hacemos siete lámparas en el tabernáculo si en nuestra mente componemos los dones del Espíritu Santo por el don divino. Pero porque en las mismas obras santas, en las que ardemos por la inspiración del Espíritu Santo, se interponen algunas cosas superfluas de la corrupción terrenal, con las lámparas también se hacen despabiladeras necesariamente. ¿Qué se designa por las despabiladeras sino la severidad de la penitencia? pues con la despabiladera se quita lo superfluo de la lámpara y con la severidad de la penitencia se borra la culpa de la depravación humana. Por eso, Pedro dice a algunos que cometen cosas superfluas: «Arrepentíos, pues, para que sean borrados vuestros pecados (Hechos II),» como si dijera abiertamente: Apretad la despabiladera y cortad los excesos de la mala obra. Por lo tanto, se hacen correctamente las despabiladeras con las lámparas, porque aunque nos esforzamos por resplandecer con la luz de las buenas obras por la gracia del Espíritu Santo, sin embargo, mientras la corrupción humana genera cosas superfluas, necesitamos los remedios de la penitencia. Pero porque estas mismas cosas superfluas, que la disciplina de la penitencia corta, es necesario que las lágrimas del corazón contrito las extingan, no sin razón se recuerda que Moisés hizo también recipientes, además de las lámparas y las despabiladeras, donde se apagan lo que se ha despabilado. Nuestros recipientes son nuestros corazones, que siempre deben estar llenos de la inundación de lágrimas y llanto; en estos recipientes, sin duda, se guarda también aquel aceite del que se dice en el Evangelio que: «Las vírgenes prudentes tomaron aceite en sus vasijas con sus lámparas (Mateo XXV).» Si, pues, aquellos que resplandecen con obras claras aún necesitan lágrimas, ¿qué se debe pensar de mí, miserable, y de mis semejantes, que hemos cometido muchas cosas oscuras y no tenemos buenas obras que brillen? ¿Con qué ríos abundantes de lágrimas debemos siempre fluir, con qué continuo dolor debemos trabajar sin cesar?

Terminan los testimonios del libro del Éxodo.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL LEVÍTICO.

1. Ofrecerá un becerro macho, sin defecto, ante la puerta del tabernáculo del testimonio.
2. Que en todo sacrificio se mezcle sal; pero nunca levadura ni miel.
3. El sacerdote tomará un puñado de harina fina, que está mezclada con aceite, y todo el incienso que está sobre la harina, y lo quemará.
4. Moisés entraba y salía frecuentemente del tabernáculo del pacto.

5. Que Nadab y Abiú, hijos de Aarón, ofrecieron fuego extraño ante el Señor y fueron consumidos por el fuego divino.
6. Con qué vestiduras debe Aarón ser vestido cuando entra en el tabernáculo.
7. El sumo sacerdote ofrecerá un macho cabrío vivo, y poniendo ambas manos sobre su cabeza, confesará todas las iniquidades de los hijos de Israel.
8. Todo animal que tenga los testículos aplastados, magullados o cortados, no lo ofreceréis al Señor.
9. Que las siete lámparas ardan continuamente en el tabernáculo del pacto ante el Señor.
10. Comeréis lo más viejo de lo viejo y lo viejo, al llegar lo nuevo, lo desecharéis.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL LEVÍTICO.

CAPÍTULO PRIMERO. En el sermón sobre la invención de la santa cruz.

«Vitulum de armento masculinum immaculatum ofrecerá ante la puerta del tabernáculo del testimonio (Levítico I).» Por el becerro que se ordena ofrecer del rebaño, se figura a nuestro Redentor, que descendió de la progenie de los patriarcas. Este, ciertamente, con el arado de su cruz sometió la tierra de nuestra carne y nos enriqueció con el fruto de las virtudes del Espíritu Santo (Isaías LIII). Este becerro sin mancha no se ofrecía en el tabernáculo, sino ante su puerta por los hijos de Aarón, porque también el Señor, que está sin pecado, fue crucificado fuera de la puerta bajo Anás y Caifás. Él es el cordero que quitó los pecados del mundo (Juan I). Él es el cabrito que con la espada de la cruz degolló al autor del pecado, el diablo (Salmo III). Él es la paloma, en cuya especie el Espíritu Santo descendió sobre él en las aguas del Jordán. Él es también la tórtola, porque es el autor de la castidad perpetua, como le dice la esposa: «Tus mejillas son hermosas como las de la tórtola (Cantar de los Cantares I).»

CAPÍTULO II. En el sermón de las vírgenes.

«Toda ofrenda que se ofrezca al Señor se hará sin levadura, y no se quemará nada de levadura ni de miel en el sacrificio del Señor (Levítico II).» Porque quienquiera que parezca gastar en obras de piedad lo robado, o hacer algo bueno por vanagloria, no intenta ofrecer el pan ácimo de la sinceridad y la verdad, sino la levadura de la malicia y la iniquidad. El Señor tampoco aprueba el sacrificio de miel, porque condena todo placer de la lujuria y la dulzura de la tentación carnal. Se ordena que se añada sal a todas las ofrendas, para que todo lo que ofrezcamos al Señor sobre el altar de un corazón devoto, lo sazonemos siempre con el sabor de la razón y la inteligencia. Dice: «Todo sacrificio que ofrezcas lo sazonarás con sal, y no quitarás la sal del pacto de tu Dios de tu sacrificio (Levítico II).» Y para inculcar más estrechamente lo que decía, y para que nuestra mente no se vuelva insípida, repite: «En toda ofrenda tuya ofrecerás sal (Levítico II).» Esto es claramente la sal de la que el Apóstol dice: «Andad con sabiduría para con los de afuera, redimiendo el tiempo; vuestra palabra sea siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno (Colosenses IV).» De esta sal también dice el Señor: «Si la sal se desvaneciere, ¿con qué será

salada? (Mateo V).» Y hablando a los discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra (Mateo V).»

### CAPÍTULO III. En el sermón de San Donato.

«El sacerdote tomará un puñado de harina fina, mezclada con aceite, y todo el incienso que está sobre la harina, y lo quemará en el altar como memorial de olor suavísimo al Señor (Levítico VI).» ¿Qué se designa por la harina fina sino la santa Iglesia de los elegidos? Que ciertamente, al reunirse los miembros de los creyentes, se mezcla como harina de muchos granos de trigo. Y así como la harina se muele entre dos piedras para separar el salvado de la harina, así la santa Iglesia se comprime entre las dos piedras de la ley y el Evangelio, para que la superficie de la letra se distinga de la médula del espíritu. Esta Iglesia, como verdadera harina espiritual, al ser unida por el agua del Bautismo y mezclada con el aceite del crisma, es también solidificada por el fuego del Espíritu Santo, según el Apóstol: «Sacrificio agradable a Dios y perfecto (Romanos XIII).» El incienso que se dice colocado sobre la harina designa la oración de la misma Iglesia, como se muestra en el Apocalipsis de Juan, cuando dice: «Las copas llenas de incienso son las oraciones de los santos (Apocalipsis V).»

### CAPÍTULO IV. A Desiderio abad.

«Moisés entraba y salía frecuentemente del tabernáculo del pacto (Éxodo XXXIII).» ¿Qué significa que él entre y salga frecuentemente del tabernáculo, sino que ofrece un ejemplo; que quien es arrebatado a la contemplación interior, frecuentemente se ve urgido por los asuntos de los débiles en el exterior? Dentro considera los misterios de Dios; fuera lleva las cargas de los carnales. Quien también en asuntos dudosos siempre recurre al tabernáculo y consulta al Señor ante el arca del testimonio, sin duda ofrece un modelo a los rectores, para que, cuando duden en el exterior sobre qué disponer, siempre acudan a la mente como al tabernáculo, y como ante el arca del testimonio consulten al Señor, si en lo que dudan buscan en su interior las páginas de la sagrada escritura. Por eso también la misma Verdad, mostrada a nosotros por la asunción de nuestra humildad, pasa las noches en oración en el monte (Lucas VI); pero durante el día resplandece en las ciudades con señales de milagros; trazando así el camino de la imitación a los buenos rectores, para que, si ya desean contemplar las cosas supremas, se mezclen, sin embargo, compasivamente con las necesidades de los débiles, porque entonces la caridad se eleva maravillosamente a las alturas, cuando se atrae misericordiosamente a las profundidades de los prójimos, y cuanto más benignamente desciende a lo más bajo, más valientemente regresa a lo más alto.

### CAPÍTULO V. En la carta a Cuniberto, obispo de Turín, sobre la incontinencia de los clérigos.

«Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron sus incensarios, pusieron fuego en ellos y sobre él incienso, ofreciendo ante el Señor un fuego extraño, que no se les había mandado; y salió fuego de delante del Señor y los devoró, y murieron ante el Señor (Levítico X).» ¿Qué significa que los sacerdotes ofrezcan fuego extraño al Señor, sino que, inflamados por el ardor de la lujuria, se acercan a los sagrados altares? Y cuando la Escritura dice: «No apaguéis el Espíritu (I Tesalonicenses V);» estos, en cuanto a ellos, extinguen el Espíritu Santo, que debería arder en ellos, y ofrecen fuego extraño, cuando se acercan al altar del Señor ardiendo con la llama de la lujuria; pero de repente sobre ellos se enciende el fuego de la ira divina, con el que son terriblemente consumidos, como testifica la Escritura, que dice: «Y ahora el fuego consume a los adversarios (Hebreos X).» Y ciertamente es legítimo que quienes se acercan a los sagrados altares en suciedad perezcan por la espada de la venganza

divina; diciendo el Señor a Moisés: «Enseñarás a los hijos de Israel, para que eviten la inmundicia; y no mueran en sus impurezas, cuando contaminen mi tabernáculo, que está entre ellos (Levítico XV).»

#### CAPÍTULO VI. En el sermón de San Jorge.

«Se vestirá con una túnica de lino, cubrirá sus partes íntimas con calzoncillos de lino, se ceñirá con un cinto de lino, y se pondrá en la cabeza una mitra de lino. Estas son las vestiduras sagradas, con las que, después de haberse lavado, se vestirá (Levítico XVI).» Cualquiera que en el tabernáculo de Cristo, que es la Iglesia, intente sacrificarse a Dios, es necesario que, después de ser lavado en la fuente sagrada, se vista también con diversas vestiduras de virtudes, como está escrito: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Salmo CXXXI);» para que quien en Cristo renace por el bautismo como un nuevo hombre, ya no vista túnicas de piel, indicios de mortalidad, sino que, despojándose del hombre viejo, se vista del nuevo, y viva renovado en él por el esfuerzo de una conversación pura. Y es de notar que todas esas vestiduras se describen como de lino. El lino, ciertamente, se lleva al blanco con trabajo, y la vida de virtudes no se adquiere en la pereza de la desidia, sino más bien en el ejercicio laborioso de la disciplina.

#### CAPÍTULO VII. En el sermón de San Bonifacio.

El sumo sacerdote es ordenado por la ley a ofrecer un macho cabrío vivo de esta manera: colocando ambas manos sobre su cabeza, confesará todas las iniquidades de los hijos de Israel y todos sus delitos y pecados, que imprecando sobre su cabeza, lo enviará al desierto (Levítico XVI). ¿Qué significa que el macho cabrío se someta a ambas manos del sumo sacerdote, sino que el Hijo del Hombre, viniendo en semejanza de carne de pecado por la voluntad de Dios (Romanos VIII), sea gravado por la persecución de ambos pueblos, el judío y el gentil? Claramente quiso someterse a las manos de ambos, quien vino a liberar a ambos pueblos del yugo del diablo. ¿Qué significa que, después de la confesión e imprecación de todas las iniquidades de los hijos de Israel sobre su cabeza, el macho cabrío sea enviado al desierto, sino que aquel que llevó nuestros pecados, que soportó las maldiciones de la ley, inmediatamente en el desierto, donde había dejado a las noventa y nueve, llevó de vuelta a la oveja centésima? (Mateo XVIII.) Por eso también el Apóstol: «Para que nos redimiera de la maldición, él mismo se hizo maldición (Gálatas III).»

#### CAPÍTULO VIII. A Cuniberto, obispo de Turín, sobre la incontinencia de los clérigos.

«Todo animal que tenga los testículos aplastados, magullados, cortados o extirpados, no lo ofreceréis al Señor (Levítico XXII).» Ahora bien, si Dios tiene tanto odio a la esterilidad en los animales brutos, que se le ofrecen por el ministerio sacerdotal, cuánto más la aborrece en los sacerdotes, que se ofrecen a sí mismos en sacrificio, ciertamente para que, así como en aquellos se exige el fruto de la carne, así los sacerdotes germinen en otros brotes de castidad.

#### CAPÍTULO IX. En el sermón en la cena del Señor.

«Ordena a los hijos de Israel, dice el Señor a Moisés, que te traigan aceite puro de olivas para mantener las lámparas encendidas continuamente fuera del velo del testimonio en el tabernáculo del pacto; y Aarón las pondrá desde la tarde hasta la mañana delante del Señor, como un rito perpetuo en vuestras generaciones; se colocarán siempre sobre el candelabro más puro en la presencia del Señor (Levítico XXIV).» ¿Qué significan las siete lámparas en el tabernáculo, sino las siete Iglesias en un solo pueblo cristiano, en las que se ordena que el

aceite arda incesantemente, porque en ellas la caridad sincera, que se da por el Espíritu Santo, debe arder con el fuego del amor doble, y siempre resplandecer con obras claras y conspicuas? Pero siendo una sin duda la Iglesia católica y universal, como se dice por Salomón: «Una es mi paloma, única de su madre (Cantar de los Cantares VI).» ¿Qué significa que en las sagradas escrituras se refieran siete Iglesias, sino que, siendo una por la unidad de la fe, es septiforme por los siete dones del Espíritu Santo? Estas son las siete mujeres que, según la profecía, tomaron un solo hombre (Isaías IV). El hombre de la Iglesia, Cristo. Este es claramente el aceite del Espíritu Santo con el que se sazonan todos los alimentos de las sagradas Escrituras, para que se nutran las entrañas de nuestras almas. Este aceite, infundido en los banquetes vitales del discurso celestial, sabe en la boca del alma, recrea su estómago y endulza el gusto del que lo percibe. Pues está escrito: «La letra mata, pero el espíritu vivifica (II Corintios III).» Por lo tanto, es necesario saber que todas las páginas de los volúmenes sagrados están sazonadas con el aceite del Espíritu Santo.

CAPÍTULO X. En la carta a Hildebrando y Esteban.

«Comeréis lo más viejo de lo viejo, y lo viejo lo descharéis con la llegada de lo nuevo (Levítico XXVI).» Lo más viejo para nosotros es contemplar a los primeros hombres del Señor en el paraíso; lo viejo, observar el rito del pueblo israelita de la circuncisión y los mandamientos de los sacrificios y diversas ceremonias. Así pues, comemos con la boca de la mente lo más viejo de lo viejo, cuando, a semejanza del primer padre, contemplamos la imagen de Dios. Y desechamos lo viejo con la llegada de lo nuevo, cuando, brillando la gracia del Evangelio, no nos preocupamos por la observancia de la ley mosaica.

Explican los testimonios del libro de Levítico.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE NÚMEROS.

1. Acerca la tribu de Leví, y hazla estar ante Aarón, y darás a los levitas a Aarón y a sus hijos como don.
2. Que el pueblo recogía el maná, lo molía en molino o lo trituraba en mortero, y hacía de él tortas.
3. Reúne para mí setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo.
4. Los exploradores, al llegar al torrente de Escol, cortaron un sarmiento con su racimo de uvas, que llevaron dos hombres en un palo.
5. Lo mismo, de lo anterior.
6. Aarón, tomando el incensario, corrió por medio de la multitud, que era devastada por el incendio.
7. Ordena a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja, íntegra en edad, sin mancha, que no haya llevado yugo.
8. Abre tu tesoro, fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración.
9. Escuchad, rebeldes e incrédulos. ¿Podremos sacar agua de esta roca para vosotros?

10. Que el Señor envió serpientes al pueblo por su murmuración.
11. Que Israel envió mensajeros a Sehón diciendo: Te ruego que me permitas pasar por tu tierra.
12. Que la ciudad principal del reino de Sehón se llama Hesbón.
13. Toma a todos los príncipes del pueblo, y cuélgalos en patíbulos frente al sol, para que se aparte mi ira de Israel.
14. Que la tribu de Leví llegó a la tierra de la promesa, mientras las demás tribus cayeron en el desierto.
15. Que Salfaad, al morir, no dejó hijos, sino solo cinco hijas.
16. De las ocho festividades que el Señor mandó observar durante el ciclo de cada año.
17. Arma de entre vosotros hombres para la guerra, que puedan vengar al Señor de los madianitas.
18. Que los hijos de Israel, al llegar a la fuente del Juicio, que es Cades, mataron a todos los príncipes de Amalec y a los amorreos.
19. Que Israel, en cuarenta y dos estaciones, llegó al principio de la herencia.

Explican los capítulos.

## COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE NÚMEROS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta al papa Alejandro, para que quite la propiedad a los canónigos.

«Acerca, dice el Señor a Moisés, la tribu de Leví, y hazla estar ante Aarón el sacerdote, para que le sirvan.» Y más adelante: «Y darás a los levitas a Aarón y a sus hijos, a quienes han sido entregados por los hijos de Israel (Números III).» ¿Quién duda que Aarón y sus hijos tenían el derecho de los pontífices? ¿Y quién no sabe que la tribu de Leví tenía el orden de los clérigos? Los levitas, pues, son entregados a Aarón y a sus hijos por los hijos de Israel, cuando de todo el pueblo cristiano se asume el orden clerical para el servicio del culto eclesiástico y se ofrecen a sus pontífices para que asistan y sirvan. Pero quienquiera que sea siervo de Mamón, aborrece los ritos de la disciplina eclesiástica. No debe pasarse por alto lo que allí se añade: «Yo, dice el Señor, tomé a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todo primogénito que abre el vientre entre los hijos de Israel, y serán mis levitas (Números III),» para que quede claro que el orden de los clérigos es la propiedad del Dios todopoderoso, así como Dios mismo es la herencia especial de los clérigos. Pero a quien Dios no le basta como herencia, no sabe qué puede satisfacerlo, porque la furiosa codicia ciega el ojo de su mente.

CAPÍTULO II. En el sermón de la cena del Señor.

«El pueblo iba alrededor, recogía el maná, lo molía en molino o lo trituraba en mortero, lo cocía en olla y hacía de él tortas de sabor como pan aceitado (Números XI).» Sin embargo, como si hubiéramos pasado por muchos barriles en la bodega del Señor, hemos llegado al único aceitado, como a un pequeño vaso de aceite. El maná, que alimentaba al pueblo

israelita, designaba el sagrado discurso, con el que se nutre y se vigoriza la religión cristiana. Que ciertamente es aceitado, porque está mezclado con la unción mística del Espíritu Santo. Es de notar que el mismo maná, que en el libro de Números se dice aceitado, en Éxodo se lee que no tenía sabor a aceite, sino más bien a miel: «Su sabor era como de harina con miel (Éxodo XVI).» ¿Qué significa que aquel alimento angélico primero se dice que exhibió la dulzura de la miel, y luego no la dulzura de la miel, sino la suavidad del aceite, sino que nuestro Redentor, autor y creador de todas las sagradas Escrituras, a quien principalmente figuraba aquel maná, antes de la pasión exhibió la dulzura de la miel con sus milagros, y después de su ascensión derramó sobre sus discípulos el Espíritu Santo como aceite? (Hechos II.) Porque parece haber ofrecido la dulzura de la miel cuando resplandeció con señales y virtudes; y dio la suavidad del aceite cuando derramó los dones del Espíritu Santo Paráclito sobre sus apóstoles. Moisés siguió este orden adecuadamente, cuando en Deuteronomio cantó típicamente sobre la roca, que también era maná: «Chuparon miel de la roca, y aceite de la dura roca (Deuteronomio XXXII).» De este aceite de unción mística, la esposa dice al esposo en el Cantar de los Cantares: «Ungüento derramado es tu nombre (Cantar de los Cantares I).» El nombre del esposo se afirma como unguento derramado, porque así como de la unción se dice Cristo, así también de Cristo se dice cristiano.

### CAPÍTULO III. En el Libro Gratísimo.

«Reúne para mí, dice el Señor, setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y maestros, y llévalos a la puerta del tabernáculo del pacto, y hazlos estar allí contigo, para que descienda y hable contigo, y tome de tu espíritu, y lo dé a ellos (Números XI).» Donde es de notar que no dice, tomarás de tu espíritu y lo darás a ellos; sino más bien, tomaré y daré, para mostrar que no es el hombre quien da el Espíritu Santo al hombre, sino que solo él es quien, como quiere, distribuye los dones de su gracia. Por eso también se añade poco después: «Y descendió el Señor en la nube, y habló con él, tomando del espíritu que estaba en Moisés, y lo dio a los setenta hombres (Números XI).» Se dice que el Señor dio del espíritu de Moisés a los hombres, para enseñar claramente que los ordenadores y los ordenados deben tener un solo espíritu, para que los rectores de la Iglesia no sientan cosas diversas entre sí, de donde, ¡Dios no lo quiera!, surjan cismas o herejías pestilentes, sino que todos enseñen concordemente y vivan unánimemente en la unidad del espíritu. Sin embargo, así como aquellos setenta, que el Señor ordenó después de los apóstoles (Lucas X), y casi tantos como estos, que con Moisés quiso sostener la carga del pueblo, prefiguraban el tipo de los presbíteros; así también Moisés primero, y después los apóstoles, parecen haber obtenido la dignidad de los pontífices; y, así como ni aquellos pudieron recibir el Espíritu Santo de los apóstoles ni estos de Moisés, así también debe entenderse sin duda de los obispos y de los demás órdenes de dignidad eclesiástica: ciertamente porque un solo Dios todopoderoso, que los distinguió por diversos grados de órdenes en la disposición de su gobierno, también solo él, como sabe, derramó la gracia de su Espíritu en cada uno. Porque en aquella donación del Espíritu, Moisés no pudo atribuirse ningún privilegio propio más que lo que la voz divina le ordenó, a saber, que eligiera a los hombres y, llevándolos a la puerta del tabernáculo, estuviera con ellos; esta es la suma de la obra de Moisés. ¿Qué, pues, pudo reconocer Moisés de su propia virtud en este don de Dios, cuando además dos de los que habían sido designados, según testimonia la Escritura, permanecieron en el campamento y no vinieron al tabernáculo, y sin embargo, sin que él lo supiera, recibieron el espíritu igual que los demás? En verdad, en lo que se dice que se toma del espíritu de Moisés y se da a otros, no se debe creer que Moisés sufrió ninguna pérdida de su espíritu: así como cualquier materia toma luz de una lámpara ardiente, la lámpara no se disminuye en su propio esplendor por esto.

#### CAPÍTULO IV. En el segundo sermón sobre San Mateo.

«Los exploradores de Israel, al llegar al torrente de Escol, cortaron un sarmiento con su racimo, que dos hombres llevaron en un palo (Núm. XIII).» Estos dos hombres representan a dos pueblos, el judío y el gentil. Ellos colocaron el racimo en el palo, porque suspendieron al Salvador en la cruz. Pero el que iba delante no miraba lo que llevaba; el que seguía lo contemplaba. Y el pueblo judío, que nos precedió en el tiempo, no pudo ver al Señor, a quien había llevado en los profetas y la ley, porque siempre apartó su rostro de la obediencia; pero el gentil, que sigue, lo contempla continuamente como si estuviera ante sus ojos.

#### CAPÍTULO V. En el sermón sobre la natividad de Santa María.

Este mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, quien en el Evangelio testifica de sí mismo: «Yo soy la vid verdadera (Juan XV),» fue simbolizado por el racimo que los exploradores llevaban en una pértiga a los hijos de Israel desde la tierra prometida (Núm. XIII). Con dos portadores a cada lado, uno precediendo y otro siguiendo, el racimo era llevado en medio, porque nuestro Redentor, mientras los Padres del Antiguo Testamento predijeron que vendría, y los predicadores del Nuevo Testamento anunciaron que ya había venido, es llevado como un racimo en una pértiga, para encender el ánimo de los fieles hacia la posesión de la tierra de la promesa celestial. La pértiga llevada sobre los hombros de los portadores es la ley divina impuesta sobre los cuellos de los hombres, cuyas partes el racimo en medio unió; porque nuestro Salvador, «quien hizo de los dos uno (Efes. II),» unió los mandamientos de la ley y los profetas con la doctrina evangélica. Pero el que precedía no veía con sus ojos lo que llevaba sobre sus hombros; el que seguía siempre contemplaba su carga. Por el que precedía, se designa al pueblo judío; por el que seguía, no incongruentemente se designa a la multitud de los gentiles. Aquel, a través de las páginas de la Sagrada Escritura, llevó a Cristo sobre sus hombros, pero, porque no lo reconoció presente en la carne debido a la ceguera de su infidelidad, de alguna manera le dio la espalda; este que sigue lo ve, porque el pueblo gentil reconoce claramente a su Redentor, en quien cree fielmente. También puede entenderse por la tierra de la promesa el cuerpo de la bienaventurada Madre de Dios, del cual nuestro Redentor quiso nacer humanamente como un racimo singular, según lo que está escrito: «La verdad brotó de la tierra (Sal. LXXXIV).» Y bien se dice que la carne de la bienaventurada Virgen es la tierra de la promesa, que mucho antes de dar a luz al Salvador del mundo fue prometida de muchas maneras por los profetas. 126 Verdaderamente manó leche y miel, cuando en su inmaculada virginidad dio a luz a Dios y hombre. Por eso, también se dice por el profeta Isaías: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel; comerá mantequilla y miel, para que sepa rechazar el mal y elegir el bien (Isa. VII).»

#### CAPÍTULO VI. En la carta a Hermisinda la monja.

«Tomando Aarón el incensario, corrió en medio de la multitud que el incendio devastaba, y, estando entre los muertos y los vivos, ofreció incienso, y así cesó la plaga que se desataba (Núm. XVI).» ¿A quién representaba Aarón, sino a nuestro Redentor? Pues él, como un gigante, se alegró de correr su camino (Sal. XVIII), tomando el incensario de su pasión, se interpuso entre los muertos y los vivos, y con la interposición de su cruz, en la que se quemó el incienso de su sagrado cuerpo y se asó aquel Cordero celestial, separó a los vivos de los muertos, y como un muro interpuesto, excluyó de ellos la destrucción del fuego, para que la voraz llama devorara a todos los infieles, de quienes está escrito: «Ahora el fuego consume a los adversarios, y los justos, que viven por la fe, escapan del incendio de la condenación

(Heb. X).» De estos muertos y vivos ya se sabe que los ladrones fueron las primicias, entre quienes el Señor fue crucificado, de los cuales uno fue elegido, y el otro, por su perfidia, fue reprobado. Este incienso del sacrificio salvador y singular, que en el altar de la cruz fue ofrecido a Dios Padre, lo llevó aquel monte de fortaleza entre los muertos y los vivos, cuando difundió el aroma de su conocimiento entre fieles e infieles. De ahí lo que se dice en el Cantar de los Cantares: «Tu nombre es un unguento derramado (Cant. I).» Y el Apóstol: «Gracias sean dadas a Dios, que siempre nos lleva en triunfo en Cristo Jesús, y manifiesta el aroma de su conocimiento por nosotros en todo lugar, porque somos el buen olor de Cristo para Dios en los que se salvan y en los que se pierden; para unos, ciertamente, olor de muerte para muerte, para otros, olor de vida para vida (II Cor. II).»

CAPÍTULO VII. En el sermón sobre la invención de la santa cruz.

«Ordena a los hijos de Israel que traigan una vaca roja, de edad completa, sin defecto, que nunca haya llevado yugo (Núm. XIX).» La vaca roja, sin duda, es la carne del Salvador, roja por la sangre de la pasión. El Señor vino a la pasión en la plenitud de su edad; pero su cuello no fue sometido al yugo de ningún pecado. Los que ofrecen la vaca son impuros; y los que crucifican a Cristo, de quien el mundo es lavado, se contaminan condenablemente. Pero el que recoge las cenizas y las arroja fuera del campamento es puro; porque cualquiera que predica el misterio de la cruz del Señor y de su pasión por todo el mundo, se purifica del contagio de los pecados mediante el ministerio de la edificación fraterna.

127 CAPÍTULO VIII. En el sermón sobre la exaltación de la santa cruz.

«Abre, Señor, tu tesoro, la fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración (Núm. XX).» Pues no describiría con palabras tan magníficas y divinas un elemento que fluye de las cavernas de la tierra y que luego se canaliza en túneles subterráneos. ¿Acaso sería digno llamar tesoro de Dios a aguas viles? Pero sin duda llama tesoro de Dios a aquel de quien el Apóstol dice: «Porque en el pecho de Jesús están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II).» También lo llama fuente de agua viva, de quien se dice: «El que beba del agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente de agua que salta para vida eterna (Juan IV).» De lo contrario, ¿con qué lógica diría: «Para que, saciados, cese su murmuración,» cuando después el mismo pueblo murmurante dice: «¿Por qué nos sacaste de Egipto, para morir en el desierto? No hay pan, no hay agua (Éxodo XIV);» y muchas otras cosas que, con prodigiosa demencia, vociferaron tumultuosamente. Pero Moisés, cansado de la dura y sediciosa multitud, ansiosamente clama por la venida del Salvador: como también lo había pedido entonces, cuando decía: «Te ruego, Señor, envía a quien has de enviar (Éxodo IV).»

CAPÍTULO IX. En el mismo sermón.

«Reunida la multitud ante la roca, Moisés dijo: Escuchad, rebeldes e incrédulos, ¿acaso podremos sacar agua de esta roca? (Núm. XX).» Como diciendo: No podemos hacer lo que está más allá de las fuerzas humanas, porque vosotros no accedéis a cumplir lo que es humano. No podemos mostrar un signo de la virtud de la divinidad, porque nunca dejáis de oponeros a Dios con la contumacia de vuestra rebelión. Por los pecados del pueblo, lo que él mismo ya había hecho, cuando en Cades produjo abundantes aguas golpeando la roca, duda de poder hacerlo de nuevo: y por eso, por mandato del Señor, no introdujo al pueblo en la tierra de la promesa. «Pero aquella roca, según el Apóstol, era Cristo (II Cor. I).» Se acerca la vara a la roca, y se produce agua para el pueblo. Se aplica la cruz a Cristo, y todos los corazones de los creyentes son regados con la gracia del Espíritu Santo. Este es la piedra, de

la que se dice por Zacarías: «Sobre una piedra hay siete ojos (Zacarías III).» Pero al no creer, golpeó la roca, y por eso no llegó a la tierra prometida con el pueblo, lo que significa al pueblo judío, que, ciertamente, no creyendo que Cristo es el poder de Dios, lo suspendió en el madero, y por eso no mereció entrar en la tierra de los vivientes.

#### CAPÍTULO X. En el mismo sermón.

«Cuando el pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: No hay pan, 128 no hay agua, nuestra alma ya aborrece este alimento tan liviano; entonces el Señor envió serpientes ardientes contra ellos. Y cuando, llevados por el arrepentimiento, pidieron perdón, Moisés, por mandato del Señor, hizo una serpiente de bronce y la puso como señal; y todos los que habían sido mordidos, al mirarla, se sanaban de inmediato (Núm. XXI).» En verdad, por el consejo de la serpiente, el hombre cayó en la muerte; el bronce, sin embargo, se encuentra más duradero que los demás metales. La serpiente de bronce, por tanto, figuró al Señor, quien expulsó el veneno infundido en nosotros por la sugerencia diabólica. Y apropiadamente la serpiente de bronce, para que por la serpiente muriera el hombre, y por el bronce se significara al Señor eterno. Porque quien sufrió el suplicio de la cruz en su humanidad, vive perpetuo e impasible en su divinidad. Además, la serpiente de bronce tiene la apariencia de una serpiente, pero no tiene el veneno de la serpiente. Y nuestro Redentor apareció en semejanza de carne de pecado, pero el veneno del pecado no pudo tener lugar en él, ya que, «quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II).» No debe pasarse por alto que aquella estancia, donde sucedieron estas cosas, se llama Salmona, que se interpreta como pequeña imagen; porque allí, en la forma de esta serpiente de bronce, se expresa la imagen de nuestro Salvador. Por eso, el mismo Salvador dice: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (Juan III).» Por tanto, la serpiente de bronce se pone como señal, y el pueblo, al mirarla, se libera de la mordedura de las serpientes, porque todos los que miran al Salvador, que fue suspendido en la cruz, con el deseo de imitación, evitan de inmediato todo veneno y las mordeduras letales de la serpiente antigua. Y es de notar que aquella serpiente se dice que fue puesta como señal. Pues también aquel justo Simeón, cuando el Señor fue llevado al templo, profetizando, dijo: «He aquí, este está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (Lucas II).» En señal de contradicción fue puesto nuestro Redentor, porque en la cruz iba a sufrir por la salvación del género humano. A esta cruz, toda la sabiduría del mundo se opuso, pero al Rey que por ella triunfó en gloria, finalmente vencida, se sometió, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: «De esta secta sabemos que en todas partes se habla contra ella (Hechos XXVIII).»

#### CAPÍTULO XI. En el sermón de San Cristóbal.

«Israel envió mensajeros a Seón, diciendo: Te ruego que me permitas pasar por tu tierra; no nos desviaremos a los campos ni a las viñas; no beberemos agua de los pozos, por el camino real caminaremos hasta que pasemos tus límites (Núm. XXI).» Pero él no quiso permitir que Israel pasara por sus fronteras; más bien, como atestigua la sagrada historia, reuniendo un ejército, Seón salió al encuentro en el desierto, y llegó a Isaar [Jasa] y luchó contra Israel, quien lo derrotó a filo de espada, y la tierra de él fue poseída por Israel. Pero lo que entonces bajo Moisés fue hecho históricamente, bajo Cristo se hace diariamente por el sacramento de la milicia espiritual. Aquel pueblo prefiguraba esta lucha, porque ahora la santa Iglesia combate continuamente contra el diablo. Seón, en efecto, tiene una doble interpretación. Se dice que es un árbol infructuoso, y también se dice que es altivo. ¿Quién es este altivo, quién es este soberbio, sino aquel espíritu reprobado, que dice: «Subiré al cielo, sobre las estrellas

de Dios levantaré mi trono; subiré sobre las alturas de las nubes, y seré semejante al Altísimo?» (Isaías XIV.) ¿Quién, digo, es este altivo, sino aquel de quien la Escritura dice: «Porque él es rey sobre todos los hijos de la soberbia?» (Job XLI). Tanto que, según el Apóstol, «en el templo de Dios se sienta, haciéndose pasar por Dios (II Tes. II).» Que también sea un árbol infructuoso, no necesita explicación, ya que él mismo, como un leño seco, está destinado a los fuegos eternos. Este Seón, por tanto, es rey de los amorreos, quienes también se interpretan como los que llevan a la amargura. Porque todos los que se someten al espíritu maligno por una vida reprobada y obedecen a las leyes de su dominio, son habladores, pero no sabios. Muchos, ciertamente, de los amantes del mundo, mientras están vacíos de sabiduría terrenal, son elocuentes por el encanto del discurso exterior. De ellos se dice por Salomón: «Todo el trabajo del hombre es para su boca, pero su alma no se sacia (Ecles. VI).» Pero el reino de los santos no está en palabras, sino en poder. Pero los que son elocuentes, también son los que llevan a la amargura, porque, así como los santos destilan la miel del discurso celestial, así los reprobos ofrecen a sus oyentes el veneno de la astucia terrenal y la amargura. A estos, en la persona de la santa Iglesia, se les dice: «Tus labios, esposa, destilan como un panal (Cant. IV).» Quienes también, en figura de la misma Iglesia, cantan: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca!» (Sal. CXVIII.) De cuyo maestro también dice la esposa en el Cantar de los Cantares: «Su garganta es dulzura, y todo él es deseable (Cant. V).» De aquellos, en cambio, se dice lo contrario: «Porque con sus lenguas actuaban engañosamente; veneno de áspides hay bajo sus labios (Sal. XIII).» Donde inmediatamente sigue: «Cuyo boca está llena de maldición y amargura (Ibid.).»

Por eso, el Señor se queja a través del profeta de que aquella viña se ha convertido en amargura (Isaías V; Jer. II); que, habiendo recibido de él la tierra de leche y miel, después le ofreció amargura de vinagre y hiel (Deut. XI). De estos habladores, o de los que llevan a la amargura, Seón es el rey, quien se dice altivo, porque el diablo, autor de la soberbia, reina sobre los amantes del mundo vanos y amargos. Por eso, también se le llama príncipe de este mundo (Juan XII, XIV), de aquel de quien Juan dice: «El mundo está bajo el maligno (I Juan V).» Y el Señor promete enviar a sus discípulos el Espíritu, que este mundo no puede recibir (Juan XIV). Dice, pues, Israel a Seón: «Permítenos pasar por tu tierra; no nos desviaremos a los campos ni a las viñas (Núm. XXI).» Nosotros, ciertamente, somos los que deseamos pasar por este mundo hacia la tierra de los vivientes. Nosotros, digo, deseamos humildemente caminar por los límites del rey altivo hacia la patria de la promesa divina. Y porque Hebreo se interpreta como el que pasa, nosotros, que somos discípulos de aquel «que no habitó, sino que pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él (Hechos X),» prometemos que nunca habitaremos con el rey Seón, sino que solo caminaremos por el camino real. Pero, ¿cuándo prometimos esto al rey Seón? ¿Cuándo repudiamos su cohabitación? ¿Cuándo pactamos con él el pacto de la división eterna?

Recordemos, pues, el día del sagrado bautismo; traigamos a la memoria el inicio de la nueva regeneración, y allí sin duda encontramos que renunciamos al diablo y a todas sus pompas y obras. Que cada fiel recuerde cuando primero se acercó a la fuente del lavacro de salvación, cuando recibió los primeros signos de la fe. ¿No usó, a través del catecismo del oficio sacerdotal, estas palabras para significar que rechazaba las letales codicias de este mundo y profesaba repudiar completamente la compañía de la sociedad diabólica? Y esto es lo que se prefigura en los discursos de la historia, porque Israel no se desviará, ni al campo del rey Seón, ni a la viña, ni promete beber de su pozo de ninguna manera. Por el campo, se entiende el ejercicio de la obra; por la viña y el pozo, se entiende la copa de las artes vanas, la astrología, la magia, la nigromancia y cualquier cosa que enseñe algo vano o sacrilego contra

la piedad de la fe católica. De estas copas pestilentes, el Señor se queja contra el pueblo perverso por Jeremías, diciendo: «Dos males ha hecho mi pueblo; me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden contener agua (Jer. II).» De las cuales también se dice por Salomón: «Las aguas robadas son más dulces (Prov. IX).» Pero Israel tiene sus propias fuentes: «En las iglesias, dice, bendecid a Dios el Señor desde las fuentes de Israel (Sal. LXVII).» Por tanto, rechace las aguas del altivo Seón, desprecie los flujos de los dogmas heréticos, y «saque aguas con gozo de las fuentes del Salvador (Isaías XII).» Porque quien rompió las fuentes y los torrentes (Sal. LXXIII), dice en el Evangelio: «El que beba del agua que yo doy, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII).» Pero también camine por el camino real, como prometió: «Por el camino real caminaremos.» ¿Cuál es el camino real, sino aquel que dice: «Yo soy el camino?» (Juan XIV.) Quien también, en el mismo artículo de su pasión, se declara rey, cuando dice: «Tú dices que yo soy rey (Juan XVIII).»

Prometimos, pues, al altivo rey Seón no beber de sus flujos, no desviarnos a los campos o viñas, caminar por el camino real, esto es, apresurándonos hacia Cristo por él, abstenernos de todas las pompas y obras del diablo. Pero aquel altivo Seón reúne un ejército, y no permite a Israel tener paso por sus límites. ¿Quién es aquel pueblo que Seón reúne contra Israel, sino los reprobos que persiguen a la Iglesia? De estos son los tiranos, los duques y príncipes del mundo, que oponen obstáculos de contradicción a los hombres católicos por la depravación herética, o intentan infligir tormentos a los santos mártires. Pero, ¿qué hace Israel ante esto? Preguntemos a la historia: «Vino, dice, a Issar [Jasa], y luchó contra él (Núm. XXI).» Y Seón fue derrotado a filo de espada, y la tierra de él fue poseída desde Arnon hasta Laboch [Jeboc]. He aquí el altivo, he aquí el soberbio que se enfrentó, pero fue derrotado y perdió, se lanzó a las armas y sucumbió. Quien no quiso dar paso, perdió la vida, y al despreciar conceder el paso por el camino público, perdió su propio principado de gloria real. Pero Israel, que no obtuvo el paso, llegó a los derechos de la posesión hereditaria; y, a quien no se le permitió pasar, hizo de su camino su patria.

Pero, ¿dónde, os pregunto, hermanos míos, dónde se llevó a cabo esta victoria? ¡Feliz lugar, que mereció ver el triunfo de tanta gloria! ¿Dónde, digo, Israel venció al rey soberbio? En Issaar. Issaar se interpreta como el cumplimiento del mandato. Y nosotros, si llegamos a este lugar con Dios como guía, sin duda superamos al diablo, que es la cabeza y origen de la soberbia. Entonces vencemos al diablo cuando cumplimos los mandatos de nuestro Redentor, aunque vencer al diablo es en sí mismo cumplir los mandatos divinos. Pues, cuando rompemos las tentaciones de la carne, cuando resistimos las pasiones perversas de las entrañas, cuando nos sometemos al imperio de la orden divina y no seguimos nuestros deseos sino sus mandatos, entonces sin duda derrotamos al príncipe del mundo y al autor de toda maldad. Entonces se cumple en nosotros aquella oración apostólica que dice: «El Dios de la paz aplastará a Satanás bajo vuestros pies (Rom. XVI).» Y el Señor nos concede lo que prometió: «He aquí que os he dado poder para pisar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará (Luc. X).» Pero cuando Seon representa al antiguo enemigo, y su pueblo a los réprobos o perseguidores de la Iglesia, que son abatidos por las armas de Israel, es decir, por los santos predicadores, ¿con qué espada fueron heridos, con qué espada finalmente fueron muertos? Escucha al Apóstol, líder de la milicia espiritual y valiente guerrero de la batalla interna: «La palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que cualquier espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebr. IV).» Esta espada de división blandía el líder y autor de las batallas y Señor de los guerreros cuando decía: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino

espada (Mat. X).» Has oído la espada que divide; escucha también la división misma: «He venido a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Ibid.).» Con esta espada, Seon fue muerto, y todo su ejército fue abatido en una matanza común, porque con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ephes. VI), el diablo cae, y el pueblo sujeto a él perece de la vida de su infidelidad.

Así pues, cuando la Escritura afirma que fueron muertos a filo de espada, no es incongruente decir que estos fueron muertos por la espada de la boca. Y cuando el Señor dice «que el príncipe de este mundo será echado fuera (Joan. XII),» tan pronto como Seon es expulsado, inmediatamente Israel, es decir, la santa Iglesia, se propaga por toda la extensión del mundo; pues tan pronto como la infidelidad con su príncipe es extinguida y colapsa, la fe de la Iglesia triunfante se expande: y los que hasta entonces eran exiliados, se convierten en poseedores tras la victoria. Por eso, a la misma Iglesia se le dice por medio de Isaías: «Tu pueblo, todos justos, heredarán la tierra para siempre (Isai. XLVII).» Y de este pueblo dice más adelante: «Y habitarán, y plantarán viñas, y comerán sus frutos (Isai. LXV).» Aún más, el mismo profeta anuncia claramente que la santa Iglesia debe expandirse por los confines de las naciones: «Ensánchate, dice, el lugar de tu tienda, y extiende las cortinas de tus habitaciones; no escatimes, alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas (Isai. LIV).» Y explica por qué debe hacer esto, cuando añade: «Porque te extenderás a la derecha y a la izquierda, y tu descendencia heredará naciones (Ibid.).» Toda la tierra de Seon cayó en herencia de Israel, quien, mientras el príncipe de este mundo es herido por la espada de la palabra divina y sale, la santa Iglesia universal se expande por los confines de ese mismo mundo. No creo que deba pasarse por alto lo que se dice de que su tierra fue poseída desde Arnon hasta Laboch [Jaboc]. Arnon, que es el inicio del reino de Seon, se interpreta como las maldiciones de ellos. Pues todo el mundo, que antes de la venida del Salvador estaba oprimido bajo el dominio del diablo, tenía su origen en la maldición, porque ignoraba al autor de la bendición; de quien ciertamente se dice por el Profeta: «Dará bendición quien dio la ley (Psal. LXXXIII).» Por eso también el Apóstol dice: «Porque todos los que son de las obras de la ley están bajo maldición (Gal. III).» ¿No teníamos el inicio de la maldición, de quienes se dice: «Éramos, dice, por naturaleza hijos de ira, como los demás (Ephes. II).» Pero el fin de su reino es Laboch, que se interpreta como lucha. Pues es necesario que todos los que quieren salir del reino del diablo y evadir sus confines, soporten las pruebas de las tentaciones que se avecinan. Si alguien lucha legítimamente y vence con valentía, ya no será Laboch la ciudad de Seon, sino la ciudad de Israel; no ciertamente quien es Israel en la carne, ni judío en lo manifiesto, sino quien es Israel en Cristo, circuncidado de corazón, no de carne.

CAPÍTULO XII. En la carta al obispo V. y sus canónigos, sobre la contención de los cinco sentidos del cuerpo.

La ciudad principal del reino de Seon se llama Esebon, que se interpreta como pensamientos; por lo que se da a entender que la mayor parte del poder diabólico reina en los pensamientos. Pues Seon representa al espíritu de la maldad; pero Esebon se transfiere del dominio de Seon a los derechos de los israelitas, cuando nuestro pensamiento, que había crecido con la peste de la soberbia, se inclina al juicio de su propia reprehensión por la gracia de una severa humildad, de modo que, lo que antes se había elevado arrogantemente, ahora juzgándose a sí mismo y examinándose diligentemente, se reprende humildemente. En Cades, que es la fuente del juicio, derribamos a los amalecitas y amorreos con la espada devoradora; porque entonces abatimos la barbarie de todos los vicios, entonces vencemos invenciblemente a las potestades aéreas, si vivimos inocentemente, y sin embargo nos juzgamos a nosotros mismos como culpables y sujetos a pecados, diciendo con el Apóstol: «Si decimos que no tenemos

pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Joan. I).» Y entonces Esebon, que dijimos se interpreta como pensamientos, se ve obligada a pasar al dominio de los israelitas; cuando nuestra mente se transfiere de la soberbia o de toda concupiscencia terrena al amor del reino de los cielos. Pues la lucha de los pensamientos nunca puede faltar a los soldados de Cristo, ya que la rectitud de nuestra obra no nos libera, si la mente armada con virtudes no resiste a sus pensamientos perversos. Bastaba a los adoradores de la antigua ley que actuaran rectamente solo externamente; pero a nosotros, con el Evangelio resonando terriblemente, se nos ordena que, mientras nos despojamos de las obras perversas, también luchemos vigilantes contra los pensamientos. «Habéis oído, dice, que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Matth. V).» De ahí que Juan el Bautista, por quien se expresa la antigua ley, se dice que llevaba un cinturón de cuero en sus lomos (Matth. III). Nuestro Salvador, que es el autor del Evangelio, fue visto por Juan entre los siete candelabros de oro, vestido con una túnica y ceñido a la altura del pecho con un cinturón de oro (Apoc. I). ¿Qué es, pues, el cinturón de cuero alrededor de los lomos, sino lo que se dijo a los antiguos: «No cometerás adulterio?» (Exod. XX.) ¿Y qué es el cinturón de oro en el pecho, sino lo que se dice a los adoradores de la fe cristiana: «Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón?» (Matth. V.) Por eso también se ordena con voz divina a través del profeta: «Levanta, Jerusalén, tu corazón de la maldad. ¿Hasta cuándo morarán en ti pensamientos nocivos?» (Jer. IV.) Y en otro lugar: «Atendí, dice, y escuché, nadie habla lo que es bueno (Jer. VIII).» Y Salomón dice: «El espíritu santo de la disciplina huirá del engaño, y se apartará de los pensamientos que son sin entendimiento (Sap. I).» Tomemos, pues, la espada del espíritu, y luchemos sin tregua contra las huestes de pensamientos que nos asedian.

#### CAPÍTULO XIII. En la misma carta.

Cuando el pueblo israelita fue iniciado en Beelphegor en el desierto, y cayó vergonzosamente en la fornicación con las mujeres de Moab, el Señor, enfurecido contra Israel, dijo a Moisés: «Toma a todos los príncipes del pueblo y cuélgalos en patíbulos frente al sol, para que se aparte mi ira de Israel (Num. XXV).» ¿Qué significa que el pueblo cae en el abismo de la lujuria, y se castiga a sus líderes? Los súbditos pecan, y los príncipes son colgados en patíbulos. ¿Por qué esto, sino porque la culpa de los súbditos redundaba en el oprobio de los líderes, y lo que se yerra por las ovejas se atribuye a la negligencia del pastor? Y observa cuán temible es la condición de los que presiden, que no solo son castigados por sus propias ofensas, sino también por las de sus súbditos. Moisés los reprende, porque la ley de Dios los acusa de negligencia y pereza. Los cuelga al sol, porque son llevados a examen y son reprendidos por la luz: «Porque todo aquel, como dice el Señor, que hace lo malo, odia la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas; pero el que hace la verdad, viene a la luz (Joan. III).» Viene a la luz quien revela sus secretos a través de la puerta de una confesión pura.

#### CAPÍTULO XIV. En la carta a Alberto, en la que escribe sobre las mansiones de los israelitas.

«Este es el número de los hijos, que fue contado por Moisés y el sacerdote Eleazar, entre los cuales no hubo ninguno de los que antes fueron contados por Moisés y Aarón en el monte Sinaí. Porque el Señor había predicho que todos morirían en el desierto (Num. XXVI).» Con estas palabras de la historia se muestra claramente que, mientras los demás caían en el desierto, la tribu de Leví llegó intacta e ilesa a la tierra de la promesa. Por tanto, quien pueda establecerse en el orden de sacerdotes o levitas, quien no quiera adquirir una porción

hereditaria en la tierra con los demás hombres, sino que esté contento con poseer solo al Señor con la tribu de Leví, este ciertamente no muere en el desierto de este mundo; sino que merece entrar vivo e ileso en la tierra de la promesa. Quien, por tanto, desea llegar a las promesas de los Padres, debe despreciar poseer el cordel de la herencia en la tierra con la tribu de Leví. Pues quien se abate por las cosas terrenales, quien confía en disfrutar más tiempo donde se debe celebrar la Pascua con amargura y pasar rápidamente, «Alma, dice, tienes muchos bienes guardados para muchos años, descansa, come, bebe, regocíjate (Luc. XII);» no sin razón merece oír: «Necio, esta noche te pedirán tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién será?» (Ibid.) Así pues, este no muere de día, sino de noche, como los primogénitos de los egipcios. Ciertamente, quien no despreció Egipto, sino que prestó servicio a los gobernantes de las tinieblas, quienes también de noche reclaman su alma, porque odió la luz, ni alcanzó la verdad de la justicia.

CAPÍTULO XV. En la carta al obispo V. y sus canónigos, que trata sobre la contención de los cinco sentidos del cuerpo.

Quien, por el oficio de la predicación encomendada, incita a otros a luchar, pero él mismo no lucha, es semejante a quien hace sonar las trompetas, pero no se atreve a enfrentarse en combate. Este, por tanto, no engendra un sexo viril, siendo un padre cobarde. A este lo representa Salphaath, quien no dejó un hijo, sino cinco hijas al morir (Num. XXVII). Salphaath se interpreta como sombra en su boca. Pues quien predica cosas fuertes y vive débilmente, para no parecer deshonesto, se oculta bajo las hojas del discurso honesto; se esconde bajo la sombra de su propio discurso, mientras no sale al campo de batalla por la pereza de su torpeza. Este, por tanto, en cuanto a sí mismo, no engendra una descendencia viril, sino femenina, y esta bajo el número cinco, mientras no se preocupa por instruir a sus seguidores en la industria de la lucha espiritual, los obliga a servir en los asuntos exteriores, como los cinco sentidos del cuerpo.

CAPÍTULO XVI. En la carta al obispo V. y sus canónigos; que trata sobre las ocho festividades del Antiguo Testamento.

Se lee que el Señor instituyó ocho principales solemnidades a lo largo de cada ciclo anual en la ley antigua. Estas festividades son comunes tanto para nosotros como para ellos, por la diversidad de los tiempos. Son de ellos por el rito de la observancia carnal; también son nuestras por el sacramento de la inteligencia espiritual.

La primera de sus festividades es el sacrificio continuo, que se ordena ofrecer diariamente en las horas matutinas y vespertinas (Num. XXVIII). Aquel que celebra la solemnidad del sacrificio continuo al Señor es quien persevera asiduamente en las meditaciones del celestial discurso. Y porque la mañana de nuestra luz es la ley y los profetas; y la tarde de esta luz, en cuanto al orden de los tiempos, es el Evangelio; como dice el Apóstol: «Nosotros, sobre quienes han llegado los fines de los siglos (I Cor. X);» y el mismo David: «La elevación de mis manos, sacrificio vespertino (Psal. CXL).» Ofrece siempre al Señor el sacrificio matutino y vespertino quien, sacrificándose a sí mismo de los negocios seculares, se dedica asiduamente a las meditaciones de las Escrituras nuevas y antiguas. O bien ofrecemos continuamente al Señor el sacrificio matutino y vespertino, cuando le damos dignas acciones de gracias por nuestra redención, y temiendo su terrible juicio, ya como si estuviéramos ante los tribunales, temblando nos presentamos.

Después del sacrificio continuo, se coloca el Sábado, es decir, que se debe descansar de toda ejecución de obra servil. Para el cristiano, celebrar el sábado espiritual es descansar de la

laboriosa codicia de las cosas temporales, dedicarse solo a los estudios de oraciones y lecturas, arrojar de la cerviz de la mente el peso de los negocios seculares, vacar con toda la intención del corazón a la contemplación de las cosas celestiales, despreciar los placeres de la carne, regocijarse con júbilo espiritual solo en la esperanza de las cosas celestiales. De esto dice el Apóstol: «Queda, por tanto, un reposo sabático para el pueblo de Dios (Hebr. IV).» Aquel verdaderamente celebra el sábado del Señor, quien así descansa de las obras del mundo, que no cesa de las obras espirituales. Por eso la Verdad dice: «¿O no habéis leído que los sacerdotes en el templo violan el sábado y son sin culpa?» (Matth. XII.) Quien, pues, cesa de los trabajos de las acciones seculares, y se dedica a las obras del servicio divino, ese celebra el sábado de la religión cristiana, este no hace obra servil, porque se guarda de la perpetración del pecado. «Porque quien hace pecado, es esclavo del pecado (Joan. VIII).» Este no enciende fuego en su casa, porque extingue todos los incentivos de los vicios, y las chispas de ira y rencor del domicilio de su mente, cuidándose de aquel fuego del que está escrito: «Id en la luz de vuestro fuego y en la llama que habéis encendido (Isai. L).» Este, además, no lleva carga en el camino, porque aligera su corazón de los escombros de las iniquidades que lo inclinan, a través de la penitencia. De los cuales se dice por el Profeta: «Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como una carga pesada se han agravado sobre mí (Psal. XXXVII).» Y poco después: «Me he encorvado y he sido humillado en gran manera (Ibid.).» Este, además, permaneciendo en su lugar, no avanza más, porque pone a Cristo como su fundamento, en el cual construye la morada más firme de su descanso. Él es el lugar, del que está escrito: «Los hijos de tus siervos habitarán allí (Psal. CI).» Él es el fundamento, del que se dice que nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III).»

La tercera festividad es la Neomenia, es decir, la luna nueva. Entonces se dice que la luna se renueva cuando se une al sol, para ser restaurada por él en el esplendor que había perdido. «El sol de justicia es Cristo.» La luna es primero la santa Iglesia universal, luego cada alma fiel, iluminada por los rayos de aquel que es el esplendor de la gloria y la figura de la sustancia (Hebr. I). Cuando, pues, cualquier alma santa se une verdaderamente en amor a su Redentor, cuando se une a él como en el tálamo nupcial por el vínculo de la íntima delectación, entonces sin duda celebra la solemnidad de la Neomenia, cuando se presenta reformada por la luz celestial a la vista de sus hermanos, como dice el Apóstol: «El que se une al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI).» Pues si en todas estas cosas solo se toma el rito exterior de las solemnidades, ya no parece que pueda conferirse alguna utilidad a nosotros, sino que más bien se juzgarán supersticiosas y frívolas. De ahí que el Apóstol dice: «Nadie os juzgue en comida o bebida, o en parte de día de fiesta, o Neomenia, o en sábado, que son sombra de lo que ha de venir (Col. II).» Lo que entonces era sombra de lo que había de venir para el judío, ahora es la exhibición de lo presente para el cristiano; y lo que a ellos se les dio bajo ceremonias exteriores, a nosotros se nos ha hecho instrumento de inteligencia espiritual. Entonces celebramos la Neomenia, es decir, el nacimiento de la luna nueva, cuando despojamos al hombre viejo y nos vestimos de la novedad de la santa conversación.

En cuarto lugar se coloca la festividad pascual, en la cual ahora entre nosotros «el Cordero que quita los pecados del mundo (Joan. I),» es inmolado por la salvación de todo el siglo. Pues «nuestra pascua, Cristo, ha sido inmolado (I Cor. V).» A esta se le une la festividad que se llama de los Ázimos, en la cual se ordena que se arroje de todas las casas toda levadura; festividad que, ciertamente, debe decirse junto con la Pascua, la celebramos verdaderamente si arrojamos del tabernáculo de nuestro corazón la levadura de malicia y maldad, y guardamos los ázimos de sinceridad y verdad (Ibid.). Debemos, pues, evitar que haya en nuestras mentes la sombra del engaño, la corrupción de la levadura, la caverna de la mentira,

sino que más bien en la casa de nuestro pecho florezca la integridad de la pureza y la solidez de la verdad.

Después de esta, sigue aquella festividad que se llama de los Nuevos, cuando se ofrecen las primicias de los nuevos frutos. Pues cuando las cosechas llegan a su madurez, entonces, en la perfección de los buenos frutos, se celebra una festividad al Dios autor de los bienes. Nosotros también celebramos las solemnidades de los Nuevos, si primero aramos el campo de nuestro corazón con el arado de la disciplina, sembramos las semillas de las virtudes, para que después cosechemos los frutos de las buenas obras. Por eso se dice por el profeta: «Renovad para vosotros barbecho, y no sembréis entre espinas (Jer. IV).» Sobre el buen agricultor, Salomón dice: «El que cultiva su tierra, elevará un montón de frutos, y el que obra justicia, él será exaltado (Eclo. XX).» Sobre el obrero negligente, el mismo dice: «Pasé junto al campo del hombre perezoso, y junto a la viña del hombre insensato, y he aquí que todo estaba lleno de ortigas; las espinas cubrían su superficie, y el muro de piedras estaba destruido (Prov. XXIV).» Y de nuevo: «Prepara, dice, fuera tu obra, y diligentemente cultiva tu campo, para que después edifiques tu casa (Ibid.).» Pero quien renueva su hombre interior día a día, según la sentencia del Apóstol, quien surca su corazón con los azadones del divino temor, este no siembra sobre espinas, sino sobre barbechos, para que coseche la mies del ciento por uno. Por eso dice el Apóstol: «Porque el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna (Gal. VI).» Y los frutos que se recogen en esta vida del espíritu, él mismo los enumera diligentemente en otro lugar, diciendo: «El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad (Gal. V).» Quien recoge estos frutos en el granero de su mente, sin duda celebra saludablemente la solemnidad de los Nuevos.

Luego sigue la festividad del séptimo mes, que se llama del Clamor, o de las Trompetas. Así como entre los días el séptimo se llama Sábado, de igual manera entre los meses, el séptimo se llama Sábado de los meses, e incluso Sábado de sábados. ¿Qué es ese clamor de trompetas al que debemos rendir fiestas anuales, sino la doctrina evangélica y apostólica, que, como un trueno celestial y una trompeta terrible, nos llama al alistamiento de la milicia espiritual, y nos incita a luchar infatigablemente por los campamentos del Eterno Emperador contra los espíritus de la maldad? ¿Quién es, entonces, el que celebra legítimamente la fiesta de las trompetas o del clamor, sino aquel que estudia incluir las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento en el armario de su mente, y siempre encomienda los preceptos celestiales a su tenaz memoria? A estos que celebran estas fiestas correctamente, se les dice por el Profeta: «Tocad la trompeta al principio del mes, en el día señalado de vuestra solemnidad (Sal. LXXX).»

Después de esta, está también aquella festividad que se celebra el décimo día del séptimo mes, en la cual los judíos son mandados a afligir sus almas. Nosotros también celebramos esta solemnidad correctamente, cuando castigamos nuestra carne con la maceración del ayuno, cuando nos reprimimos bajo la estricta custodia de la disciplina, cuando finalmente crucificamos las tentaciones petulantes de las pasiones carnales, cuando desgastamos nuestro cuerpo por el Señor con trabajos y penalidades, cuando sacrificamos al hombre interior con los lamentos de la compunción y las lágrimas. A quienes celebran esta festividad de este modo, se les propicia aquel que Dios propuso como propiciación por la fe en su sangre.

La octava, que es la última solemnidad, se llama Scenopegia, es decir, de los tabernáculos, que comienza a celebrarse el decimoquinto día del mismo séptimo mes. Dios se alegra en ti, cuando te ve como un peregrino y exiliado, y no habitando en las casas de la patria, sino en

los tabernáculos del exilio. «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII).» Pues cuando aquí somos vistos por el peso del cuerpo, habitamos en el cielo por el estudio de la intención; cuando, como ciertos viajeros y forasteros, pasamos por alto todas las cosas presentes con desprecio de la mente, y nos apresuramos con ansiosos pasos de deseos hacia la patria celestial, entonces espiritualmente celebramos la Scenopegia, que antes se realizaba carnalmente entre ellos por las ceremonias del rito legítimo. Esta festividad comienza el decimoquinto día del séptimo mes, y, como se celebra durante ocho días, sin duda termina el décimo de las Calendas de octubre. Pues se dice en el libro de los Números: «El decimoquinto día del séptimo mes, que será para vosotros santo y venerable, no haréis en él ningún trabajo servil, sino que celebraréis una solemnidad al Señor durante siete días (Num. XXIX).» Y un poco después añade: «El octavo día, que es el más célebre, no haréis en él ningún trabajo servil (Ibid.).»

CAPÍTULO XVII. En la carta al obispo V. y sus canónigos, sobre los cinco sentidos del cuerpo.

«Armad, dice Moisés, de entre vosotros hombres para la batalla, que puedan exigir la venganza del Señor contra los madianitas. Y cuando lucharon contra los madianitas, como narra la sagrada historia, y vencieron, mataron a todos los varones y a sus reyes, Evi, Recem, Sur, Bur y Rebe, cinco príncipes de la gente (Num. XXXI)» Evi, claramente se interpreta como bestial o feroz. A este rey lo atravesamos en nosotros con la espada espiritual, cuando cortamos de nosotros las costumbres feroces, cuando eliminamos de nuestro pecho la rabia de la ira bestial. Pues cuando el Señor dice: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mat. V),» ¿cómo podrás obtener la bienaventuranza de los mansos, si no contienes en ti la ferocidad del espíritu bestial? Recem, o, como se dice en la antigua traducción, Rocon, se interpreta como vanidad. ¿Y qué es todo lo que se hace en el mundo por la concupiscencia del mundo, sino lo que dice la Escritura: «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad?» (Ecl. I). La vanidad ciertamente produce vanidades y esas vanidades hacen vanidad, mientras el mundo, que es transitorio, hace vanos a los hombres que engaña, y los hombres convierten en vanidad al mundo que aman insensatamente. Este rey, por tanto, el soldado de Dios lo mata, el verdadero israelita lo derriba, si no hace nada superfluo, nada vanamente, o que no pertenezca al asunto, sino que se esfuerza gravemente y razonablemente por cumplir los mandatos de la ley divina. El tercer rey de los madianitas se llama Sur; que ciertamente se interpreta como muro o robusto, o incluso angustia. ¿Qué debe entenderse verdaderamente por muro o robusto, sino la obstinación o terquedad de la mente dura? Lo que también se interpreta como angustia, y esto no se separa mucho del vicio de la dureza, porque quien es duro y obstinado para perdonar las deudas al prójimo, está constreñido por la angustia de la mente, mientras no se dilata con la amplitud de la caridad. De la cual ciertamente se dice por el Profeta: «Tu mandamiento es muy amplio (Sal. XI).» O también puede entenderse que a la dureza de la mente sigue la angustia de la condenación. Por eso se dice por Salomón: «Bienaventurado el hombre que siempre es temeroso; pero el que es de mente dura, caerá en el mal (Prov. XXVIII).»

El cuarto rey de los madianitas se llama Bur, que se interpreta como irritación. Ves, entonces, que los nombres de los reyes son sombras e imágenes de los vicios. Porque quienes introducen cargas pesadas por sus puertas, ciertamente transfunden en los secretos de sus pechos lo que resuena externamente, a través de las entradas de sus sentidos, irritan indudablemente a Dios, a quien provocan a dictar sentencia de venganza. Por eso está escrito: «Los simuladores y astutos provocan la ira de Dios (Job XXXVI).» Y de quienes a menudo se dice a Ezequiel: «Porque es una casa provocadora (Ezeq. II);» y el salmista: «¿Por qué, Dios, el enemigo ha insultado, el adversario irrita tu nombre hasta el fin?» (Sal. LXXIII.)

Rebe, que se dice ordenado, no procede aquí de otra manera, sino que se entiende dicho por ironía o antífrasis para que, quien se dice ordenado, al contrario sea inordenado y confuso. Pues cualquier vicioso, aunque superficialmente pretenda un orden de vida recta, sin embargo, en su corazón lleva la oscuridad de una confusa e inordenada cogitación. Por tanto, por los cinco reyes de los madianitas, se señalan los cinco sentidos del cuerpo; porque todo vicio que reina en el cuerpo, depende de estos cinco sentidos del cuerpo. Estos, por tanto, deben ser extinguidos y cortados con espadas cuando se levantan en guerra contra nosotros, cuando no cesan de escandalizarnos. ¿No manda el Señor extinguir y matar con la espada del espíritu a estos reyes, cuando ordena arrancar el ojo que escandaliza, cuando manda cortar la mano o el pie? «Es mejor, dice, entrar en la vida con un solo ojo, o lisiado, que teniendo dos ojos, pies y manos, ser arrojado al infierno (Mat. V).» Estos son claramente los reyes de los madianitas; Madian se interpreta como juicio. Pues quienes no son gobernados por el espíritu, sino que obedecen a los sentidos de la carne, testifican que pertenecen no a la misericordia sino al juicio, como se dice de cualquier incrédulo: «Pero el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III).» En cambio, de quien oye la palabra del Salvador, se dice: «Porque no viene a juicio, sino que pasa de la muerte a la vida (Juan V).» Más bien, cada uno debe esforzarse por ejercitarse en obras santas, para purificarse y santificarse en todo. Que no deje de juzgarse y condenarse a sí mismo. Pues quien se juzga perfectamente a sí mismo, no espera el juicio. Juzgarse perfectamente a sí mismo es no hacer cosas que deban ser reprendidas, y revisar con temor las que han sido hechas irreprensiblemente. Por tanto, quien hace esto, verdaderamente mata a los reyes de los madianitas, derriba a los príncipes de los amalecitas, y excluye de sí todas las plagas de los vicios.

#### CAPÍTULO XVIII. En la misma carta.

De aquí es que la misma sagrada historia testifica: «Porque los hijos de Israel salieron y llegaron a la Fuente del juicio, esto es, Cades: y mataron a todos los príncipes de Amalec y a los amorreos, que habitaban en Tharanssem.» Cades se interpreta como santificación. En Cades, por tanto, que es la Fuente del juicio, matamos espiritualmente a los amalecitas y amorreos, cuando nos esforzamos por santificar nuestra vida con obras piadosas, y sin embargo nos juzgamos a nosotros mismos como culpables y reprobables. Cuando nos esforzamos siempre por vivir irreprensiblemente, sin embargo, por la solicitud de un examen riguroso, no dejamos de acusar nuestras obras. Y es de notar que tanto la Fuente del juicio como Cades, que se llama santificación, son un mismo lugar, porque ciertamente cualquier justo, mientras vive santamente, se acusa a sí mismo, y al juzgarse o acusarse a sí mismo, se santifica más y más. De este modo, por tanto, la vida de los santos es reprendida en sus propios pensamientos, y sin embargo se encuentra irreprensible en sus obras.

#### CAPÍTULO XIX. En la carta a Hildebrando.

«En cuarenta y dos estaciones llegaron los hijos de Israel, hasta el principio de la toma de la herencia (Num. XXXIII).» El principio de la toma de la herencia fue donde Rubén y Gad, y la media tribu de Manasés, reciben la tierra de Galaad en posesión. Por otra parte, así como ellos ascendieron por cuarenta y dos estaciones, así nuestro Salvador descendió a Egipto de este mundo por el mismo número de padres. Si ya entendemos cuánto sacramento contiene este número, a saber, de la ascensión humana y la descendencia divina, comencemos ya a ascender por donde descendió Cristo, y a edificar para nosotros esa primera estación que él tuvo como última. Pues si alguien viene a nosotros por cualquier lugar, para que al regresar nos conduzca por los mismos lugares donde él termina, nosotros comenzamos el camino; y donde él comenzó, nosotros terminamos. La primera generación de Cristo comenzó en Abraham; la última, como última estación, terminó en la Virgen. Y puesto que Abraham se

interpreta como padre excelso, nosotros comenzamos este camino desde el parto de la Virgen, para que, recorriendo después los lugares de las estaciones siguientes, finalmente llegemos a Dios, al Padre excelso. Por tanto, el parto de la Virgen nos ocurre primero a nosotros que queremos salir de Egipto, cuando, creyendo que el Verbo de Dios se hizo carne y vino a este mundo, dejando todas las cosas caducas y transitorias, descansamos en ese lugar, colocamos en él la morada de nuestra quietud y esperanza. Después de esto, si ya nos esforzamos por perfeccionarnos, y ascender a cada uno de los grados de fe y virtudes, debemos permanecer tanto tiempo hasta que las virtudes puedan convertirse en costumbre. Y entonces no se nos ve como si estuviéramos apresurándonos a través de los desiertos de la vida espiritual, sino que se nos juzga que hacemos estaciones, o incluso que habitamos en los mismos progresos de las virtudes. Pues quien comienza una buena obra sin intención de perseverar, es como si recorriera apresuradamente el camino; pero quien permanece en la santidad que una vez emprendió, allí de algún modo edifica una estación. Y es de notar que, aunque ir y permanecer, y por esto, camino y estación, son completamente disonantes entre sí, y no se corresponden mutuamente, sin embargo, la Escritura confirma que ambos se unieron en aquel avance israelita, para que se diga que tuvieron tanto camino como estaciones en el desierto; porque ciertamente nosotros, que nos esforzamos por entrar en la tierra de los vivientes, debemos tanto permanecer por el firme propósito de nuestra profesión, como ir siempre por el aumento de la mejora de la conversación y la acumulación del progreso.

En primer lugar, los hijos de Israel parten de Ramese. Ramese, como parece a algunos, en nuestra lengua se dice conmoción turbulenta o conmoción de la polilla. En lo cual se da a entender que todas las cosas que son del mundo, se prueban estar sujetas a conmociones y perturbaciones y a la corrupción que la polilla designa. En las cuales ciertamente no debe residir el alma, sino salir sin demora. Algunos, sin embargo, han pensado que Ramese se interpreta como conmoción o trueno. Lo cual ciertamente no podrá aplicarse incongruentemente a nosotros, porque, cuando nos conmovemos por la predicación de la trompeta evangélica, o excitados como por el trueno de las nubes celestiales, salimos de Egipto de este mundo. Salieron, además, en el primer mes, el día quince de la luna, en el mismo plenilunio y comienzo de la primavera. Y nosotros, cuando somos iluminados por los rayos de la luz suprema, cuando en nosotros brotan las flores de la buena voluntad, cuando todo se renueva, cuando los prados de nuestros corazones se recalientan con el calor del sol supremo, entonces nos apresuramos a salir de las tinieblas de Egipto.

La segunda estación se hace en Sohot. Sohot se interpreta como tabernáculos. El primer progreso del alma es, por tanto, separarse de las conmociones terrenales, y para sí misma, como peregrina y extranjera, no fijar una morada, sino construir un tabernáculo de exilio, lamentándose con el profeta: «¡Ay de mí! porque mi estancia se ha prolongado (Sal. XI).»

Luego vienen a Ethan, o como dicen los setenta intérpretes, Buthan, que está en los confines extremos del desierto. Ethan significa fortaleza. Quienes, por tanto, ya peregrinan por Dios en el mundo, quienes se reconocen a sí mismos como extranjeros y exiliados, es necesario que cuanto más se muestran débiles en los actos terrenales, tanto más sean fuertes en humildad y paciencia. Buthan, sin embargo, se interpreta como valle, lo cual no discrepa en absoluto del mismo sentido. Es necesario, pues, que quien se apresura a la tierra de los vivientes, persista en el valle de la humildad y la paciencia para soportar los dardos de las tentaciones.

De allí partieron hacia Phiairoth, que mira hacia Beelphegor, y acamparon frente a Magdalum. Phiairoth se dice que se interpreta como boca de nobles, por lo cual se expresa la lengua de los doctores. En el valle de la paciencia, pues, constituido, cuanto más gravemente

es golpeado por los azotes de las persecuciones o de las tentaciones carnales, tanto más es necesario que se le socorra con la boca de los nobles, es decir, con las exhortaciones de los santos doctores. Si, sin embargo, no es Phairoth, sino Osirath, como atestigua otra edición, se debe saber que Irath se interpreta como aldea. Por tanto, se llega a la boca, es decir, a la primera entrada de esta aldea; lo cual significa el inicio de la nueva conversación. Por eso no llegan a la ciudad, sino a la aldea; porque es necesario que los novicios se contengan por el momento dentro del modo de vida suburbano, y no se atrevan precipitadamente a intentar el alto grado de la perfección senatorial. Por eso se dice bien que Airoth mira hacia Beelsephon. Beelsephon, en efecto, se interpreta como ascensión de la atalaya o torre. Pues se asciende de lo pequeño a lo grande. No fue esta estación en la misma atalaya, sino que miraba hacia la atalaya. Porque cualquier novicio, aunque ya tienda por deseo a la vida especulativa, sin embargo, aún no aspira a la cumbre de la perfección especulativa. Por lo cual se añade adecuadamente: «Y acamparon frente a Magdalum (Num. XXXIII).» Magdalum se dice que significa magnificencia. Pues quien viene recientemente al servicio de Dios, ya tiene en su vista por intención la ascensión de la atalaya y la magnificencia, pero aún no la posee por el efecto de la virtud; porque, aunque ya se alimenta y nutre con la esperanza de la contemplación y la perfección, aún no disfruta del esplendor de la pureza consumada o de la gracia celestial. Si Beelsephor se interpreta como señor del aquilón, como dicen algunos; ¿qué se expresa por este señor del aquilón, sino el antiguo enemigo, que reina en los corazones fríos y ajenos al amor de Dios? Por tanto, acampamos frente a él, es decir, contra él, cuando luchamos con una contienda infatigable.

De allí, partiendo por el mar Rojo, llegaron a Mara, que se interpreta como amargura. El orden correcto es, ciertamente, que quienes se apresuran a la tierra que mana leche y miel, en el desierto de esta vida beban la amargura del trabajo y la tentación, y a través de la aspereza de la disciplina presente lleguen a la dulzura de la recompensa interna. Por eso dice el Apóstol: «Toda disciplina, en el presente, no parece ser de gozo, sino de tristeza; pero después dará el fruto pacífico de justicia a los ejercitados en ella (Hebr. XII).» En el avance de la milicia espiritual, a veces se mezclan amargos con dulces, a veces dulces con amargos, para que por estas cosas se pruebe la condición humana, y qué sufre de su propia debilidad, y qué debe esperar de la virtud de Dios. Como se dice al mismo pueblo: «Te afligió y te alimentó con maná en el desierto, que no conocieron tus padres, hasta que se conociera lo que había en tu corazón (Deut. VIII).»

De donde se sigue que, partiendo de Mara, llegaron a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras. Ves, después de la amargura de la tentación, a cuánta dulzura de frutos y aguas fluyentes llegan. Por la lucha de la tentación son llevados a las palmas, y por la penuria de la sed intolerable llegan a la abundancia de aguas vivas. En efecto, el médico de las almas, Dios omnipotente, dispone todo ordenadamente, de modo que, como si se mezclara miel con especias, mezcla lo triste con lo alegre y lo alegre con lo triste, para que la mente débil y a veces golpeada nunca se enorgullezca de la prosperidad, y a veces reconfortada en las adversidades no sucumba. Además, Elim se interpreta como carneros, que son los líderes de los rebaños que siguen. ¿Y quiénes son los líderes del rebaño racional, es decir, del pueblo cristiano, sino los santos apóstoles? Estos son, sin duda, las doce fuentes, que riegan la aridez de las mentes con los flujos de la doctrina celestial. Pero como nuestro Salvador no eligió solo a esos doce apóstoles, sino que también estableció a otros setenta, por eso no solo se describen doce fuentes, sino que también se mencionan setenta palmeras. Pues también ellos son llamados apóstoles, como se reconoce en las palabras de San Pablo. Pues cuando hablaba de la resurrección del Salvador: «Fue visto, dice, por Cefas, y después por los once; luego

apareció a todos los apóstoles (I Cor. XV).» De estas palabras se deduce claramente que, además de esos doce, otros discípulos no inadecuadamente son llamados apóstoles.

Pero saliendo de Elim, fijaron sus tiendas junto al mar Rojo. Nota que no vuelven a entrar al mar, sino que fijan su tienda junto al mar, para que solo vean de lejos el mar y los montones de tormentas, pero de ninguna manera teman su movimiento o ímpetu. Nosotros también, después de las olas de las tentaciones, después de los naufragios terribles del mar resonante, ponemos ante nuestros ojos los mismos males que sufrimos, para que ya, como situados en la orilla, demos dignas gracias a nuestro Dios libertador.

Partiendo también del mar Rojo, llegaron al desierto de Sin. Sin se interpreta como zarza o tentación. Comienza, pues, a sonreír al soldado cristiano la esperanza de la prosperidad, a prometer las palabras de la conversación divina. Pues del zarzal apareció el Señor, y mandó a Moisés llevar los mandamientos a los hijos de Israel (Éxodo III). Allí, pues, se te da la señal de la clemencia esperada, donde se hizo el inicio de la visita israelita. Pero no sin razón Sin también se llama tentación. Pues suele intervenir a menudo en las visiones la tentación, cuando a veces el espíritu de iniquidad se transfigura en ángel de luz (II Cor. XI). Y por eso hay que actuar con sutileza, para discernir los tipos de visiones. Así como Josué, cuando vio al ángel, y no dudó en absoluto que a veces las tentaciones están presentes en tales visiones, inmediatamente preguntó al que aparecía, diciendo: «¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios?» (Jos. V.) Pues también por el Apóstol se enumera el discernimiento de espíritus entre los dones del Espíritu Santo (I Cor. XII). Pero que Sin también se dice que se interpreta como odio, tampoco esto se desvía del entendimiento espiritual. Pues quien llega a la visión o conversación de Dios, inmediatamente concibe odio al mundo.

Pero de allí avanzaron y llegaron a Deptheca, o, como dice otra traducción, Raphaca. Deptheca, en efecto, se dice que significa golpeo. Y nosotros, después de llegar a la Iglesia, que aquel zarzal significa, donde el hombre merece la conversación de Dios, donde se contempla la visión de los ángeles, entonces comenzamos a pedir, buscar y golpear los arcanos del reino celestial; con el Señor mandando y prometiendo, quien dice: «Llamad, y se os abrirá (Mat. VII; Luc. XI).» Si alguien prefiere admitir Raphaca, que se dice sanidad, este nombre se adapta convenientemente al alma que ya hace tiempo estaba enferma, pero que ya por el don de la santa Iglesia ha sido liberada de las ataduras de la enfermedad. Esta es el alma a la que se dice: «Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior, a su santo nombre (Sal. CII).» ¿A qué Señor, pregunto? «Quien sana, dice, todas tus enfermedades, quien redime tu vida de la destrucción (Ibid.).» La enfermedad del alma, ciertamente, son los vicios; la muerte del alma, son los pecados mortales. «Porque el pecado, cuando es consumado, engendra muerte (Sant. I).»

Luego llegan a Halus. Halus se interpreta como trabajos o fermento. Y ciertamente la sanidad sigue a los trabajos; porque para nada más debe desear la santa alma la sanidad, sino para poder soportar trabajos y presiones por Dios. Por eso la suegra de Pedro se recuperó de la fiebre, para servir al Señor con el servicio de la diligencia (Mat. VIII). Por eso Pablo fue sanado por Ananías, para que después sudara en continuos trabajos. De ahí que se le dijo a Ananías sobre él: «Porque yo le mostraré cuán grandes cosas debe padecer por mi nombre (Hech. IX).» Pero que Halus también se interpreta como fermento, de aquí se nos ofrece un entendimiento de significado congruente. Este es el fermento que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado (Mat. XIII), es decir, el santo Evangelio. En este desierto el pueblo murmuró, y recibió maná y codornices. Y como no solo el fermento, sino también el maná sagrado significa el Evangelio, de manera maravillosa

estas cosas coinciden en la décima mansión, para que después del Decálogo de la ley dada, parezca suceder el pan del Evangelio.

Después de esto llegan a Raphidin. Raphidin se interpreta como alabanza del juicio. Y ciertamente es bastante congruente que el trabajo preceda a la alabanza, y que la alabanza provenga después del trabajo. Pero no de cualquier cosa, sino que la alabanza del juicio, es decir, provenga del juicio de la razón; no la alabanza que procede de la vanidad del orgullo: «Porque el hombre espiritual juzga todas las cosas, y él no es juzgado por nadie (I Cor. II).» Se encuentran también otras interpretaciones de estos nombres. Pero si abrazamos todo lo que se nos sugiere en esta materia, ya no se mantendrá el orden de la epístola de resumen, sino que surgirá la enormidad de un libro oneroso. Por lo tanto, recorreremos brevemente las mansiones de los israelitas, no para escudriñar sus recámaras secretas, sino para mostrar simplemente en sus nombres como las paredes exteriores.

Luego llegan al desierto de Sinaí. Sin, que dijimos antes, y Sinaí no se duda que son un solo desierto; pero Sin se llama la llanura misma, y Sinaí es el monte que se eleva en esa soledad: en el cual el Señor promulga los edictos de la ley, y Moisés fabrica el tabernáculo (Éxodo XX, XXV y XXVI). Y esto se adapta muy bien, para que, después de que el alma racional comience a tener un juicio recto y por lo tanto loable, entonces construya en sí misma un tabernáculo para su Dios, y, digna ya de la conversación del Creador, perciba los misterios celestiales de los mandamientos.

Después de esto partieron hacia las sepulturas de la concupiscencia, donde ciertamente se teje un hermoso orden. Pues cuando el alma feliz se convierte en tabernáculo para su Creador, cuando, atenta a los mandamientos de la ley divina, ya comienza a contemplar las cosas celestiales, pronto se extingue el ardor de los vicios que hierven, y se entierra toda la concupiscencia de la atracción carnal; para que ya no la carne se mueva contra el espíritu, ni el espíritu concupisca contra la carne.

De allí se pasa a Aseroth, que se interpreta como atrios perfectos, o beatitud. Y, ¡oh, qué hermoso orden de misterio, qué decorosa serie de crecimiento espiritual, para que, después de haber sepultado las concupiscencias de la carne, inmediatamente llegues al atrio de la perfección y al premio de la beatitud! Feliz el alma que ya no es oprimida por ningún vicio de la carne, porque pronto entra en la beatitud de recibir la recompensa.

Después de esto llegaron a Rethma, o Pharam. Rethma, según creemos, se interpreta como visión consumada; Pharam, en cambio, como boca visible. ¿Qué otra cosa se entiende en esto, sino que cualquier alma santa, después de haber sepultado ya las concupiscencias de la carne, llevada ya al atrio de la perfección, segura del premio de la beatitud, llegue pronto a la visión consumada de Dios, y vea su boca visible, es decir, la presencia de Dios? «Porque ahora vemos, como dice el Apóstol, en un espejo y en enigma, pero entonces cara a cara; y ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido (I Cor. XIII).» Sin embargo, todas estas cosas, porque los santos, estando en la carne, no pueden tenerlas plenamente en realidad, ya las tienen en esperanza; esperanza que ciertamente tienen ya firmísima, porque tienen al Espíritu Santo, que los fortalece en los trabajos de esta vida, como prenda. Por lo cual también aquella interpretación, en la que Rethma se dice sonido o enebro, no se juzga incongruente. Pues dicen que esta madera conserva el fuego en sí durante mucho tiempo, de modo que si sus brasas están cubiertas de cenizas, permanecen encendidas hasta un año. Porque el Espíritu Santo, como se lee, tiene el conocimiento de la voz (Sab. I), y fue enviado a los apóstoles en forma de fuego (Hech. II), esta interpretación, en la que Rethma se dice sonido o enebro, parece convenir muy bien al Espíritu Santo.

De allí, pues, partieron y acamparon en Rhemon Phares; que en nuestra lengua se dice intersección excelsa. Pues cuando se aumenta el entendimiento del alma que regresa a Dios, pronto se le da un conocimiento perfecto, por el cual conoce excelsa y sublimemente separar las cosas terrenales de las celestiales, y cualquier cosa caduca y transitoria de las perpetuas. Si Rhemon Phares, como se encuentra en otro lugar, se dice división de la granada, por esto sin duda se designa la santa Iglesia, que como muchos granos cubiertos por una sola corteza, encierra a toda la multitud de creyentes en la unidad inseparable de la fe católica.

Luego pasan a Lebna, que se interpreta como blanqueamiento. No ignoramos que el blanqueamiento a veces se pone por crimen, como se dice de los sepulcros blanqueados y de la pared blanqueada; pero aquí ese blanqueamiento debe entenderse como el que se dice por Isaías: «Si vuestros pecados fueran como la grana, serán blanqueados como la nieve, y si fueran rojos como el carmesí, serán como lana blanca (Isaías I);» y en el Salmo: «Serán blanqueados con nieve en Selmón (Sal. LXVII).» Y en el Apocalipsis: «Los cabellos de Jesús se refieren como blancos como lana (Apoc. I).» Por lo tanto, aquí el blanqueamiento se entiende convenientemente como proveniente del esplendor de la verdadera luz y descendiendo de la claridad de la visión suprema. Pero si Lebna, como algunos dicen, se traduce como ladrillo, en el cual el pueblo israelita fue obligado a trabajar en Egipto, esto se da a entender porque, así como ellos después de lugares tan sublimes vuelven al ladrillo, así nosotros, mientras peregrinamos en el desierto de este mundo, por necesidad somos compelidos a veces a descender de las alturas a las profundidades, y a migrar de las obras espirituales a las obras de acción terrenal.

Después de esto llegan a Ressa, que se traduce como infrenos, y no incongruentemente. Pues si después de la cumbre de la perfección descendemos a obras lodosas, debemos ser frenados con los lazos de la disciplina y las riendas de la penitencia, para que no vaguemos precipitadamente por los abismos, sino que pronto regresemos a la pureza de la limpieza acostumbrada. Ressa también se interpreta como tentación visible o laudable. Aunque la mente de cualquier hombre justo ya progresa hacia las alturas, sin embargo, todavía es deprimida por la tentación en las profundidades, para que no se exalte por el orgullo de las virtudes. Pues el estímulo de la tentación se aplica para la custodia de la humildad. Por eso dice el Apóstol: «Para que la grandeza de las revelaciones no me exalte, me fue dado un aguijón en mi carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee (II Cor. XII).» Esta tentación, pues, es visible, porque es manifiesta; laudable, porque es saludable.

De allí avanzaron y llegaron a Ceelatha, que se interpreta como Iglesia; para que los inestables, que se precipitan imprudentemente por los abismos de los vicios, sean retraídos a la Iglesia con los frenos de la sagrada Escritura; o, como sostiene otra edición, Machebat, que es principado de la vara. Ambos expresan poder. Pues es necesario que el espíritu que preside gobierne la carne que es tentada, para que cuando ella rechace la lucha, él como desde arriba amenace con la vara, mientras aplica la disciplina del terror riguroso.

De allí se llega al monte Sepher o Sephar, que se llama trompeteo. La trompeta es señal de guerra. Pues el caballo de Dios «huele la guerra, y cuando oye la trompeta, dice ¡ay!» y el soldado de Cristo, cuando se siente rodeado por la tentación de los vicios que se avecinan, tomando inmediatamente las armas de las virtudes, sale a la guerra, y se enfrenta en combate cuerpo a cuerpo, para que, no disuelto por la pereza degenerada, no sea fácilmente destruido por los adversarios, y entonces podrá tocar la trompeta más gloriosamente, es decir, para provocar también a otros al combate espiritual.

De allí se dice que, partiendo de allí, llegaron a Harada, o, como se dice en otro lugar, a Charadath, que en nuestra lengua significa efecto idóneo, para que él mismo, ya hecho predicador, pueda con razón decir con el Apóstol: «Que nos hizo idóneos ministros del Nuevo Testamento (II Cor. III).»

Pero de allí partiendo, llegan a Macelot; que se interpreta como desde el principio. Pues quienquiera que aspire a la cumbre de la perfección, contempla el principio de todas las cosas, mientras convierte todos los deseos de sus entrañas a Dios. Y mientras dirige su corazón continuamente al Autor, no se aparta del principio de todas las cosas. O, si Maceloth, como algunos dicen, se llama reunión, se entiende por esto la Iglesia, en la cual se reúnen todos los fieles. Por eso se canta: «¡Mirad cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad!» (Sal. CXXXII.)

Luego se llega a Thaath, o como se lee en otro lugar, a Caath, que es paciencia o confirmación. Pues quien desee entrar en la tierra de los vivientes a través de los trabajos de la vida presente, es necesario que sea confirmado en la paciencia para soportar los peligros del mundo. O si Thaath, como algunos dicen, se traduce como temor, se dice a cada uno que lucha, o ya tal vez triunfante por la gracia divina: «No seas altivo, sino teme (Rom. XI).»

Pero, partiendo de allí, llegan a Thare, que en griego se interpreta como éxtasis, y en nuestra lengua se dice contemplación. Es consecuente que quien antes es probado por la paciencia, por lo tanto llegue a la gracia de la contemplación; y quien primero es deprimido en la tribulación, después sea elevado a la alegría de la visión íntima. Pero si Thare, como algunos piensan, debe entenderse como astucia o malicia, esto no sin razón parece poder referirse a los prelados de las Iglesias; para que ellos teman por sus oyentes, que trabajan en la tribulación de las tentaciones. Pues la astucia y malicia de aquel debe ser evitada, de quien se dice: «Porque nuestro adversario, como león rugiente, anda alrededor, buscando a quien devorar (I Pedro V).»

Luego proceden a Methca, o, como se lee en otro lugar, Maathica, que se interpreta como muerte nueva. Nunca se evita tan perfectamente la astucia diabólica, como si morimos con Cristo, para que como insensibles volvamos a las tentaciones del enemigo astuto. Esta nueva muerte la engendra la contemplación, que nos hace muertos al mundo y al mundo muertos a nosotros. Pero si Methca, como algunos prefieren, se traduce como dulzura; ¿qué maravilla si de la contemplación se llega a la dulzura, cuando la misma contemplación no es otra cosa que una dulzura inefable e inmensa?

Después de esto se llega a Hesmona, que se dice prisa. Pues, después de llegar a la dulzura de la contemplación, no soportamos la demora de la tardanza. ¡Oh, cuán molesta era la demora para aquel que decía: «¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras, y se derritieran los montes ante tu presencia!» (Isaías LIV.) ¡Cuán gravemente soportaba esta demora aquel que decía: «Deseo partir y estar con Cristo (Filip. I),» mucho mejor! Pero si de Senna se dice que significa huesos, esto pertenece a la fortaleza de la constancia, que es necesario que tenga el amante de Cristo, para que no se vuelva impaciente por el amor excesivo.

De aquí ya se pasa a Moseroth, que se cree que significa excluyente. Pues el alma que llega al perfecto amor de su Esposo, excluye de sí las tentaciones del corruptor astuto. Por eso el Apóstol dice: «No deis lugar al diablo (Efes. IV).» Pero si Moseroth, según algunos, se interpreta como cadenas, se ilumina un entendimiento sano y congruente: pues cualquier alma santa, que se une en amor al celestial Esposo, es necesario que se conecte inseparablemente con él mediante las meditaciones asiduas de las Escrituras, como con

ciertas cadenas. De estas cadenas se dice a Cristo por Isaías: «Los hombres sublimes pasarán a ti, y serán tuyos, y caminarán detrás de ti atados con cadenas (Isaías XLV).»

Por lo cual no sin razón ya se llega a Banacim, que significa fuentes o colaciones, es decir, donde el alma bebe y colaciona las fuentes de las Escrituras divinas, esto es, las trata y rumia sutilmente. Colaciona, digo, cuando guarda aquello evangélico: «Para que ni una jota ni una tilde de la ley pase, hasta que todo se cumpla (Mat. V).» Pero si bien Jaacan, como algunos dicen, se traduce como hijos de la necesidad o del crujir, esto significa que quienquiera que esté instruido en los divinos discursos y abundantemente instruido, es necesario que atraiga tras de sí a otros y engendre hijos, a quienes ciertamente, mientras les objeta amenazadoramente el llanto y el crujir de dientes, de algún modo les impone la necesidad de convertirse a Dios. Estos son, pues, los hijos de la necesidad o del crujir, de quienes se canta proféticamente: «Ofreced al Señor, hijos de Dios, ofreced al Señor hijos de carneros (Sal. XXVIII).»

Después de esto ascienden al monte Gadgad, que se interpreta como mensajero, o cinturón, o ciertamente corte. Pues a quienes anunciamos las palabras de Dios, sin duda debemos advertirles que se ciñan con las armas de las virtudes, y corten las espaldas de los enemigos invisibles con espadas espirituales. Lo cual, cuando no se les enseña perezosamente a hacer, con ellos subimos a las alturas. Pero si Gadgad, como algunos piensan, significa tentaciones, se da a entender que a quienes tienden a la patria celestial, no pueden faltarles las tentaciones. Y a menudo la tentación se mezcla con las virtudes, para que al soldado de Cristo laborioso se le adquiera una recompensa más abundante.

Y porque a través de los males de las tentaciones se pasa a los bienes de las recompensas, congruentemente sigue que, partiendo de allí, llegaron a Jetebatha, o, como se lee en otro lugar, Jatbatha, que se interpreta como bondad o bien. Por lo tanto, a través de las experiencias de las tentaciones se llega a la bondad, que sin duda es Cristo.

De allí partieron hacia Ebrona, que se llama tránsito. Pues todas las cosas deben ser transitadas con el ánimo, y solo debes fijar la mirada de la mente en aquel con quien puedas permanecer sin tránsito.

Después de esto, llegan a Asiongaber, que se interpreta como los consejos del hombre. Pues después de que nos arrojamos completamente en Cristo, después de que colocamos toda la confianza de nuestro corazón en Él, no debemos seguir siendo niños en nuestros sentidos, imitando al Apóstol, quien dice: «Cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño (II Cor. XIII);» y de nuevo: «No os hagáis niños en los sentidos (I Cor. XIV).»

Pero dado que quien añade conocimiento, añade dolor, nuevamente llegan al desierto de Sin, que es Cades. Sin, sin embargo, ya hemos dicho anteriormente que se interpreta como tentación. Pues así como el martillo golpea frecuentemente un vaso de oro o plata, y la lima lo rodea puliéndolo de aquí y allá para que brille más, así la tentación repetida purga el óxido del alma constante y que no cede. «Porque el horno prueba el vaso del alfarero, y la tentación de la tribulación prueba a los hombres justos (Ecli. XXVII).» Y porque Cades se dice fructificación santa, ves que los surcos de las tentaciones son seguidos por la fructificación santa.

Y de aquí también se dirigieron al monte Hor, en los confines de Edom. Hor se interpreta como montañoso. Pues quien es tentado y no cae, sino que fructifica de la tentación, es

consecuente que ascienda victorioso al monte, que es Cristo. Este es el monte aquel cuajado, monte pingüe (Sal. LXVII), del cual se dice por el Profeta: «En los últimos días será preparado el monte de la casa del Señor en la cima de los montes, y se elevará sobre las colinas, y fluirán hacia él todas las naciones (Isai. II).» Este monte se llama montañoso, porque donde está Cristo, allí sin duda está el cristiano: «Donde yo estoy, dice, allí también estará mi servidor (Juan XII).»

Luego llegan a Salmona, que se interpreta como sombra de la porción. Y con razón, después de que ascendemos al monte, que es Cristo, huyendo del ardor de los vicios, residimos bajo el cobijo de su defensa. De esta sombra se dice por Jeremías: «El espíritu de nuestro aliento, Cristo el Señor, fue capturado en nuestros pecados, a quien dijimos: En tu sombra viviremos entre las naciones (Lam. IV).» Y el Ángel a María: «La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I).» Salmona también, como se encuentra en algún lugar, se dice imaguncula; lo cual ciertamente no es incongruente con aquel lugar, ya que allí se colgó aquella serpiente de bronce, que representa la imagen del Salvador crucificado.

Además, se hace el tránsito a Phinon, que se interpreta como boca, o parquedad de la boca. Y boca, porque, tan pronto como conocemos los sacramentos de la pasión de Cristo, lo que creemos con el corazón, lo proclamamos con la boca, como está escrito: «Creí, por lo cual hablé (Sal. CXV).» Y el Apóstol: «Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X).» Se dice parquedad de la boca; porque, mientras no podemos penetrar los profundos misterios de la redención humana, es como si pusiéramos un dedo sobre nuestra boca, dejando la altura de la divinidad de Cristo a los mayores, para tratar solo de su cruz, como dice el Apóstol: «No juzgué saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II).»

Después de esto partieron hacia Oboth, que ciertamente se traduce como magos o pitones. Por lo cual se da a entender que después de la imagen de Dios, que se concibe en la razón del corazón, después de la fe recibida, que se profiere con la confesión de la boca, se levantan contra nosotros los herejes, dogmatizando el error de la perfidia venenosa, como pitones y magos esparciendo cánticos mágicos de encantamientos.

De aquí se pasa a Gebarim, que está en los confines de los moabitas. Gebarim significa montones de piedras de los que pasan. Estos son las piedras vivas, los santos, de los cuales no solo se construye la Jerusalén celestial, sino que también la Iglesia presente se adorna como con perlas resplandecientes. Que con razón se llaman transeúntes, porque pisan con la mente cualquier cosa terrena y transitoria, y se apresuran a pasar a las celestiales. Si no se dice Gebarim, sino Gai, como lo atestigua otra edición, tampoco se desvía del entendimiento de los que pasan. Gai, en efecto, se interpreta como caos. Dice Abraham al rico: «Porque entre nosotros y vosotros está firmada una gran sima (Luc. XVI).» Por lo tanto, los santos siempre desean pasar a él, para descansar felizmente en su seno, como el bienaventurado Lázaro.

De donde resulta bastante apropiado que después del caos de los pitones y magos, que es la astucia tenebrosa de los herejes, lleguen a Dibongad, que se dice significar colmena de tentaciones. Pues las abejas llevan miel en la boca, pero pican con agujijones; así también los herejes manifiestamente presentan halagos con palabras, pero como que ocultan tras de sí los agujijones del error. Primero destilan dulzura con la boca, pero luego esparcen el error de la falsedad agujijoneada. De donde el Profeta se queja, diciendo: «Me rodearon como abejas, y se encendieron como fuego en espinas (Sal. CXVII).»

De allí partieron hacia Helmondeblathaim, que se traduce como desprecio de paladares, es decir, de higos, o desprecio del oprobio. El higo es un fruto delicioso; por lo cual se entiende que es necesario que quienes ya se acercan a los dones celestiales, desprecien todos los halagos de la lujuria carnal. Si se admite más el desprecio del oprobio, por esto se nos instruye con duda que, si alguna vez somos deshonrados por las injurias de los herejes o de cualquier reprobado, no nos turbemos. Por lo cual se nos enseña saludablemente que no nos mueva la burla del desprecio deshonesto, ni nos relajen los placeres de ninguna dulzura terrena; para que podamos decir de este mundo con el Profeta: «Como sus tinieblas, así también su luz (Sal. CXXXVIII).»

De allí se trasladan a los montes Abarim frente a Nabo. Abarim se interpreta como tránsito, Nabo como partida; donde ciertamente el alma, como a través de todas las estaciones del viaje, así a través de todas las virtudes ha progresado, porque ya ha ascendido a la cumbre de la perfección, con la mente pronto pasa de este mundo, y se retira. Que aunque todavía parezca permanecer en el mundo, no caminando según la carne, ya ha partido del mundo. Como se dice de Enoc: «Y no se le halló, porque Dios lo trasladó (Gen. V).» Así cualquiera que es perfecto en santidad, y ya muerto al mundo, ha pasado por el mundo, y habita en la región de las virtudes.

La última estación es en las llanuras de Moab, sobre el Jordán frente a Jericó. Pues para esto se realiza el tránsito de un viaje tan largo, para esto se suspira con todas las penalidades y trabajos a través de la vasta soledad de este mundo, para que lleguemos al Jordán, es decir, nos acerquemos a la plenitud inagotable de la sabiduría celestial. Junto a la cual construyendo el tabernáculo de nuestra peregrinación, nos apresuramos a lavarnos de todas las inmundicias de Egipto con sus corrientes, para que purificados podamos entrar en la tierra de la promesa, para que seamos, como se dice de la esposa en el Cantar: «Sus ojos como palomas junto a los arroyos de aguas, que están lavadas con leche y se sientan junto a corrientes plenisimas (Cant. V).» Y es de notar que este viaje no termina en montes, sino en llanuras, porque los santos, cuanto más dotados están de la más alta perfección, tanto más están fundados en la mayor humildad. Que también construyen mansiones frente a Jericó, porque luchan infatigablemente contra el mundo, que por ella se designa. A quienes se dice: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero porque no sois del mundo, por eso el mundo os odia (Juan XV).»

Terminan los testimonios del libro de los Números.

## COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO.

1. Que la ley fue dada en el monte Horeb.
2. Dijo el Señor a Moisés: Ve, y di al pueblo: Regresad a vuestras tiendas; tú, sin embargo, quédate aquí conmigo.
3. Dijo Moisés al pueblo: El Señor te dio alimento, maná, que tú y tus padres no conocíais.
4. No es, dice Moisés, la tierra a la que entráis para poseerla, semejante a la tierra de Egipto, de la cual salisteis, sino que espera la lluvia del cielo.
5. Que el Señor manda que, acercándose ya la batalla, el sacerdote se ponga delante del ejército y exhorte al pueblo.

6. Que el hombre temeroso y de corazón cobarde no salga a la guerra; sino que regrese a su tierra, para que no haga temer a otros.
7. Que a la mujer capturada en la guerra y elegida para el matrimonio del vencedor se le corte la superfluidad del cuerpo.
8. Que si el hijo de la esposa odiada es primogénito, no pueda el hijo de la amada ser preferido a él, para que ocupe el lugar del primogénito.
9. Que si un hombre toma una esposa, y ella no encuentra gracia ante sus ojos, le escriba un libelo de repudio, y la despida de su casa.
10. Que si los jueces ven digno de azotes al que pecó, lo hagan postrar, y lo hagan azotar delante de ellos.
11. Sobre tener peso justo y medida igual.
12. Moisés sobre Aser: hierro, dice, y bronce será su calzado.

Terminan los capítulos.

## COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta al papa Alejandro, donde sobre la insolencia de los malos.

La mente humana, oscurecida por los asuntos terrenales, en vano intenta elevarse a la cumbre de la contemplación, mientras por el mérito de las acciones seculares se ve agobiada como por escombros de piedras amontonadas. Pues así como el cuero, después de pasar por los fangosos flujos del lodo, no admite grasa, así la mente humana, a menos que sea secada del humor del cuidado secular, no percibe la gracia de la unción celestial. Porque la piel seca absorbe la grasa, la humedecida la repele. Y el corazón humano, mientras se hincha con la humedad de las preocupaciones seculares, no admite las alimentaciones de la gracia interna. Por lo cual se lee que la ley fue dada en el monte Horeb (Éxodo XX), que ciertamente se interpreta como sequedad. Aquella mente que se eleva a lo alto por el amor del espíritu, es el monte en el que la ley irrepreensible del Señor, que sin duda es la caridad, se promulga divinamente. Y este monte es verdaderamente Horeb, que se dice sequedad, en el cual se seca el humor de todos los vicios, y a los rayos del sol de justicia se seca todo el reuma de la lujuria y la atracción carnal. De aquí que los vasos del templo en tierra arcillosa, que ciertamente absorbe el agua con sed, Hiram los fabricó por mandato de Salomón (III Reyes VII); de los cuales ciertamente es aquel que desea ser llenado con la lluvia celestial, diciendo: «Mi alma es como tierra sin agua para ti (Sal. CXLII);» por lo cual clama anhelante: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios?» (Sal. XLI).

CAPÍTULO II. En la carta a los hermanos de Cluny.

Cuiden aquellos que tal vez aún desean salir al público, no sea que, mientras ansían ver cosas vanas con ojos libres, extingan el ojo derecho, es decir, la fuerza de la contemplación interna. Ni su paladar anhele con aquel Israel carnal puerros, cebollas y ajos (Núm. XI), de las cuales hierbas la fuerte acrimonia turba los ojos y provoca lágrimas, porque ciertamente la acción secular, mientras está rodeada de muchas angustias de presiones, mientras es perturbada por

la frecuente perturbación de los trabajos que prometió alegrías, a menudo obliga a llorar. Claramente, si el ejercicio del trabajo deleita, la santa quietud tiene su trabajo. Por lo cual el Señor a Moisés: «Ve, dice, y diles: Regresad a vuestras tiendas; tú, sin embargo, quédate aquí conmigo, y te hablaré de todos los mandamientos, ceremonias y juicios (Deut. V).» Pues mientras los demás descansan deleitadamente en la tienda de su carne, el siervo de Dios no es mandado a residir, sino a estar con el Señor, para que cuanto más cesa de los trabajos del mundo, tanto más vigilante se ejercite en los servicios divinos con el fervor de la santa quietud.

### CAPÍTULO III. En la misma carta.

«El Señor te dio alimento, maná, que tú y tus padres no conocíais, para mostrarte que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor (Deut. VIII; Mat. IV; Luc. IV),» donde también añade: «Tu vestimenta, con la que te cubrías, no se desgastó con la vejez, y tu pie no se hinchó, ya es el cuadragésimo año: para que consideres en tu corazón, que así como un hombre educa a su hijo, así el Señor tu Dios te ha educado, para que guardes los mandamientos del Señor tu Dios, y andes en sus caminos, y le temas (Deut. VIII).» En estas palabras es más diligente atender a lo que dice: «Te dio maná, para mostrarte que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» Donde claramente se constata que aquel maná, con el que ellos se alimentaban carnalmente, significaba este alimento de la palabra divina, con el que ahora nos recreamos en el alma. Y es de notar que de este maná se lee en el libro del Éxodo: «Cuando lo vieron, dice, los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: Manhu? que significa: ¿Qué es esto?» (Éxodo XVI.) Por lo tanto, verdaderamente comen maná, es decir, ¿qué es esto?, quienes, mientras leen o escuchan, investigan diligentemente el misterio de la palabra divina, quienes ciertamente dentro de la cáscara de la paja literal buscan extraer la dulce médula de la inteligencia espiritual. Este ciertamente se alimenta verdaderamente de ¿qué es esto?, quien asiduamente se ocupa en la Sagrada Escritura con solerte meditación.

### CAPÍTULO IV. En el sermón de San Bartolomé.

Moisés dice mística sobre la santa Iglesia: «No es, dice, la tierra a la que entráis para poseerla, semejante a la tierra de Egipto, de la cual salisteis, donde al sembrar se conducen las aguas como en un huerto, sino que espera las lluvias del cielo, que su Dios visita en todo tiempo (Deut. XI).» Pues la prudencia secular se arrastra como una serpiente por el suelo y se inclina aquí y allá con resbaladiza variedad, pero la sabiduría divina truena desde lo celestial. Este huerto también tiene una significación siniestra. Pues parece designar la lascivia de la ciencia carnal; como allí, donde Acab pidió la viña de Nabot: «Dame tu viña, para que haga de ella un huerto de hortalizas (III Reyes XXI).» Pues aquel intenta convertir la viña en huerto, quien quiere cambiar el rigor de la virtud por la agradable amenidad de la atracción carnal. Y el salmista compara a los reprobos con hortalizas, diciendo: «Como la hierba se secarán rápidamente, y como las hortalizas de las hierbas caerán pronto (Sal. XXXVI).»

### CAPÍTULO V. En el sermón de San Anastasio.

«Acercándose ya la batalla, dice el Señor, se pondrá el sacerdote delante del ejército, y así hablará al pueblo: Escucha, Israel: hoy os enfrentáis a vuestros enemigos en batalla, no tema vuestro corazón, no temáis, no retrocedáis, ni os acobardéis ante ellos, porque el Señor vuestro Dios está en medio de vosotros, y luchará por vosotros contra los adversarios, para libraros del peligro (Deut. XX).» Y es de notar que el sacerdote que, ya inminente la guerra, predica, no se le manda estar en otro lugar, sino delante del ejército, para que ciertamente a

aquellos a quienes incita con exhortaciones a la lucha, él mismo también los preceda, no sea que mientras intenta empujar a otros a la guerra, él mismo se relaje por negligencia en el ocio de un torpor degenerado, como se dice de algunos que predicán grandes cosas, pero viven desidiosamente, por el Profeta: «Los hijos de Efraín, armados con arco y lanzando sus flechas, se volvieron en el día de la batalla (Sal. LXXVII).»

CAPÍTULO VI. En el sermón de San Jorge.

«El hombre temeroso y de corazón cobarde no salga a la guerra, sino que vaya y regrese a su tierra, para que no haga temer a los corazones de sus hermanos, como él mismo está aterrorizado (Deut. XX).» Con estas palabras claramente se nos enseña que no pueden luchar fuerte y adecuadamente por la defensa de la fe aquellos que aún temen ser despojados de las riquezas terrenales; es más tolerable que, de algún modo regresando a casa, vivan ignominiosamente e inermes, que aparten de la gloria del triunfo a sí mismos y a otros por el ejemplo de un temor degenerado.

CAPÍTULO VII. En el libro sobre la perfección de los monjes.

Por la ley de Moisés se decreta que a la mujer capturada en la guerra y elegida para el matrimonio del vencedor se le corte la superfluidad del cuerpo: «Que se afeite, dice, la cabeza y se corte las uñas y se quite el vestido en el que fue capturada; y sentada en su casa llorará a su padre y a su madre un mes, y después entrarás a ella y dormirás con ella, y será tu esposa (Deut. XXI).» A la mujer ciertamente le afeitamos la cabeza, cuando con la disciplina racional amputamos los sentidos superfluos. También le cortamos las uñas, cuando le quitamos las obras muertas de supersticiones. Que también se le ordena quitarse el vestido en el que fue capturada, para que se despoje de la superficie de fábulas y de cualquier ficción, y exhiba la sólida verdad de la razón verdadera. Lloro a su padre y a su madre, porque nuestra mente considera muertos a los autores de las artes liberales y los deplora compadeciéndose de que perecieron en el error. Es costumbre de las mujeres purificarse cada mes con la efusión de su sangre: después del mes, por lo tanto, se nos manda entrar a esta mujer, para que adquiramos cualquier arte de disciplina purgada de toda superstición como en matrimonio, para que ya hecha israelita pase consecuentemente al matrimonio del israelita y dé una descendencia fecunda de obras espirituales.

CAPÍTULO VIII. En la carta a Bonifacio, que trata de que la sabiduría espiritual debe ser preferida a la prudencia exterior.

«Si un hombre tiene dos esposas, una amada y otra odiada, y engendra de ellas hijos, y el hijo de la odiada es el primogénito, y quiere dividir su herencia entre sus hijos, no podrá hacer al hijo de la amada primogénito y preferirlo al hijo de la odiada, sino que reconocerá al hijo de la odiada como primogénito, y le dará de todo lo que tenga una doble porción; porque él es el principio de sus hijos y a él le corresponde el derecho de primogenitura (Deut. XXI).» Las dos esposas del hombre son, a saber, la virtud y el placer, que disienten entre sí con una especie de celos de envidia y odio; y el placer ciertamente pertenece a esta vida, la virtud a la gloria eterna. Aquella es claramente amada, porque acaricia a su esposo, es decir, al frágil espíritu de cada uno, con una seductora dulzura; esta, en cambio, se dice odiosa, porque establece que los hombres deben ir por un camino estrecho y angosto y siempre propone cosas ásperas y duras: pero el hijo de la odiada es para nosotros el primogénito, porque nuestro Creador nos infundió la virtud originalmente; el placer y cualquier atracción carnal surgieron del vicio de nuestra depravación. Pero como no es el momento de exponer

detalladamente la figura de cada palabra de este precepto, basta con decir brevemente que, si no podemos alejar de la sociedad de nuestro lecho a la esposa amada, que sin duda nos es nociva, al menos nos esforcemos por preferir en la dignidad del primogénito a la que es sobria y honesta, de modo que, si nos es difícil no sentir al menos una pequeña dulzura de esta vida, se otorgue sin embargo la palma del dominio a la virtud, y se deje la servidumbre al placer; que el hijo de aquella sobresalga en la dignidad del primogénito, y el hijo de esta permanezca siempre bajo la disciplina y el freno. ¿Quieres quizás aprender quiénes son los hijos de la esposa amada? Pregúntale al Apóstol Pablo: «Manifiestas son, dice, las obras de la carne, que son fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, rivalidades, disensiones, sectas, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas, de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho: que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gal. V).» ¿Quieres escuchar consecuentemente cuál es la descendencia de la odiada? Escucha lo que añadió: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, castidad (Ibid.).» Este hijo, por tanto, como primogénito, debe tener una doble porción de la herencia, a saber, que el fruto del Espíritu gobierne tanto el cuerpo como el alma y posea los derechos de ambas naturalezas, del hombre interior y exterior.

#### CAPÍTULO IX. En la carta al prefecto Cincio.

«Si un hombre toma una esposa, y la tiene y no encuentra gracia ante sus ojos, por alguna indecencia, escribirá un libelo de repudio, y lo dará en su mano y la despedirá de su casa (Deut. XXIV).» Esta, por tanto, nuestra esposa, es decir, la vida carnal, ojalá nunca encuentre gracia en nuestros ojos, sino que su abominable fealdad ofenda siempre, como es digno, las narices de nuestras mentes. La cual, una vez recibido el libelo de repudio por la ley de la penitencia, sea excluida de los umbrales de nuestro matrimonio de tal manera que no vuelva a nuestros abrazos. Por eso también el sabio dice: «Aparta tu rostro de la mujer adornada, y no mires la belleza ajena (Eccli. IX);» la cual, por ser llamada ajena, con razón se entiende como Agar, no esposa, sino concubina. Agar, en efecto, se interpreta como extranjera o residente. Y porque por Salomón esta misma mujer impúdica dice: «He rociado mi lecho con mirra, áloe y canela (Prov. VII);» con razón puede compararse con otra concubina de Abraham. Cétura, en efecto, se llama fragante. La vida carnal exhala los aromas de la mentira. Por eso también en los Proverbios se dice: «Guárdate de la mujer mala y de la lengua suave de la extraña; no codicie tu corazón su hermosura (Prov. VI).» Esta lengua suave, es decir, de la vida carnal, persuade a los hombres miserables a decir: «Venid, disfrutemos de los bienes que hay, y usemos de la creación como en la juventud rápidamente; llenémonos de vino precioso y ungüento, y no nos pase el tiempo de la flor,» etc. (Sap. II). Pero en cambio, de la mujer que significa la vida religiosa, está escrito: «Feliz el hombre de buena mujer, pues el número de sus años será doble; la mujer fuerte deleita a su marido, y llenará en paz los años de su vida (Eccli. XXVI).» ¿Cómo es doble el número de los años del hombre, sino porque vive aquí en santa conversación y allí vivirá en gloria? Estas dos vidas, espiritual y carnal, disienten entre sí con una especie de celos y atraen los corazones de los hombres a un fin diverso de vida. Esta, en efecto, cohibe la comezón de la gula, para que no exceda el modo de la sobria refección; aquella engulle los vientres y los relaja con los excesivos placeres de los alimentos. Esta se alimenta de suspiros y gemidos; aquella se deleita con risas y juegos necios. Esta eleva el espíritu hacia arriba y lo suspende en la cima del deseo celestial; aquella se ocupa en las preocupaciones seculares y en acumular riquezas. Esta soporta con ecuanimidad cualquier injuria, cualquier adversidad que se le imponga; aquella más bien recibe violencias más graves, impone juicios que deben soportarse.

#### CAPÍTULO X. En la carta al monje Pedro.

«Si los jueces consideran que el que pecó es digno de azotes, lo harán postrar y lo harán azotar en su presencia;» donde también se añade: «Por la medida del pecado será también la medida de los azotes, de modo que no excedan el número de cuarenta, para que no sea lacerado vergonzosamente ante tus ojos tu hermano (Deut. XXV).» Este precepto legal para aquel pueblo es para nosotros un misterio de alegoría. El número cuarenta, en efecto, significa el curso de la vida humana. De ahí que Israel camine cuarenta años por el desierto (Num. XIV, XXXII). De ahí que Moisés (Exod. XXIV) y Elías (III Reg. XIX), e incluso el mismo Señor (Matth. IV), prolongaron su ayuno por tantos días. Quien también, así como yació muerto en el sepulcro por cuarenta horas, así también después de su resurrección estuvo con sus discípulos por tantos días, para que el piadoso Maestro nos enseñe, a nosotros sus miembros, a caminar por las huellas de nuestra cabeza y, muertos al mundo y como peregrinos, seamos huéspedes en el siglo. Místicamente también, cuando al pecador en la ley se le ordena ser azotado, se prohíbe exceder el número de cuarenta azotes, porque quien en esta vida haya hecho una perfecta penitencia, no sentirá después ninguna pena por sus excesos.

#### CAPÍTULO XI. En el sermón de San Anastasio.

«No tendrás en tu bolsa pesas diversas, una mayor y otra menor, ni habrá en tu casa un modio mayor y otro menor. Tendrás un peso justo y verdadero, y un modio igual y verdadero será para ti (Deut. XXV).» En verdad, entonces no tenemos pesas diversas en la bolsa, si dentro del secreto de nuestra conciencia, no juzgando de una manera para nosotros y de otra para los demás, pesamos las mismas medidas de los preceptos legales, de modo que no nos esforcemos en imponer a los demás la regla de la severidad estricta, mientras que a nosotros mismos nos tratamos con la ley de la indulgencia más laxa. De esta fraude también dice Salomón: «Abominación es al Señor el peso doble y la balanza engañosa (Prov. XI).» Es necesario, por tanto, que los frutos de la palabra no se midan con pesas diversas, sino con las mismas, para que lo que mandamos a otros hacer, también nosotros lo cumplamos eficazmente con obras vivas.

#### CAPÍTULO XII. En el sermón de San Bartolomé.

El bronce a veces se encuentra que conviene a los santos apóstoles, de los cuales bajo la figura de Aser se dice por Moisés en el Deuteronomio: «El hierro y el bronce serán su calzado (Deut. XXXIII).» El calzado, en efecto, en la Sagrada Escritura se toma como el amparo de la predicación, como está escrito: «Calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz (Ephes. VI).» Porque, por tanto, por el hierro se expresa la virtud, y por el bronce la perseverancia de la longanimidad, se dice que el hierro y el bronce son el calzado de los apóstoles, y también de cualquier predicador santo. Por el hierro, en efecto, soportan pacientemente los males adversos; por el bronce, guardan con longanimidad los bienes propuestos. De estos apóstoles, o de los hombres apostólicos, es decir, de los predicadores santos, al mismo Aser, después de haber dicho: «El que sube al cielo es tu ayudador;» inmediatamente añadió: «Su magnificencia recorre las nubes (Deut. XXXIII).» ¿Quién es el que sube al cielo, sino nuestro Salvador, quien, después de haber destruido el imperio de la muerte muriendo, penetró el cielo, acompañado de ángeles y observado por los discípulos? Su magnificencia recorre las nubes, porque por su autoridad los doctores santos por el mundo llueven la lluvia de la predicación salvífica. De los cuales también el profeta dice: «¿Quiénes son estos que vuelan como nubes?» (Isa. LX). Estas nubes se disuelven en agua, cuando embriagan la tierra de nuestro corazón con los flujos de su doctrina, para hacerla fértil en la producción de los brotes de la obra piadosa.

Explican los testimonios del libro del Deuteronomio.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE JOSUÉ.

1. Que las aguas del Jordán se dividieron cuando Israel, guiado por Josué, cruzó.
2. Que el Señor ordenó que tomaran doce piedras del medio del Jordán, donde los sacerdotes se habían detenido, y las colocaran en medio del campamento.
3. Que Josué, por mandato del Señor, cruzó a Galgala con el pueblo y allí los circuncidó con cuchillos de piedra.
4. Que el Señor ordenó que el arca del pacto fuera precedida por hombres armados, y que los sacerdotes tocaran siete trompetas y así rodearan Jericó durante siete días.
5. Que en el Arca se contenían tres cosas: una urna de oro con maná, las tablas del testamento y la vara de Aarón.
6. Josué dijo al pueblo: Pero vosotros guardaos de tocar algo de las posesiones de Jericó.
7. Que, al ser destruida Jericó, la casa de Rahab la ramera, de la cual colgaba un cordón escarlata, se salvó.
8. Destruida Jericó, Josué maldijo, diciendo: Maldito sea ante el Señor el hombre que reconstruya y edifique Jericó en su primogénito.
9. Que los gabaonitas extorsionaron fraudulentamente un pacto de paz de los israelitas en la tierra de los ferezeos y los refaítas.
10. Josué dijo a los hijos de José: Si sois un pueblo numeroso, subid al bosque y cortad para vosotros espacios para habitar.

Explican los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE JOSUÉ.

CAPÍTULO PRIMERO. En el segundo sermón de San Juan evangelista.

«Cuando el pueblo entraba en el Jordán, por mandato de Josué, las aguas superiores se hinchaban como un monte, mientras que las inferiores descendían al mar Muerto (Jos. III).» Porque ciertamente de aquellos que son bautizados, unos perseveran en la dulzura de la gracia celestial recibida, mientras que otros no cesan de fluir en la amargura de los pecados viviendo reprobablemente, y caen como en la salinidad del mar muerto, mientras, saboreando las cosas terrenales, tienden a la muerte por las pendientes de la vida depravada. Pero nosotros no así, amadísimos, no así, sino transfiriendo el ánimo a la verdadera sabiduría, estudiemos por la misericordia de Dios en avanzar en las alturas de las virtudes, para que nos avergüence declinar en el abismo de los vicios. Así perseveremos siempre en apresurarnos hacia lo alto a donde tendemos, para que conservemos continuamente en nuestras mentes la dulzura del amor divino.

CAPÍTULO II. En el mismo sermón.

«Elige,» dice el Señor a Josué, «doce hombres, uno por cada tribu, y ordénales que tomen del medio del cauce del Jordán, donde los sacerdotes han fijado los pies, doce piedras muy duras que pondréis en el lugar del campamento, donde habéis fijado esta noche las tiendas (Jos. IV).» Pero para no discutir todas las palabras, aunque llenas de misterios, ¿qué se nos insinúa por este hecho, sino que después de que cruzamos las aguas del místico Jordán, después de que nos levantamos de la fuente del baño de salvación, estudiemos proponer para nosotros mismos como ejemplo las piedras durísimas de los apóstoles, es decir, los ejemplos firmísimos de los apóstoles? Ponemos las piedras donde los sacerdotes han fijado los pies en el lugar del campamento, si, en el campo de la milicia espiritual, mantenemos constante y firmemente las huellas de los apóstoles. Pues según la sentencia de Salomón: «El que es blando y disoluto en su obra, es hermano del que disipa su obra (Prov. XVIII).» Ciertamente, los que son blandos y fluidos en sus costumbres, como el agua, precipitadamente fluyen hacia abajo; pero los que son constantes y firmes, crecen diariamente en la cima de la virtud.

### CAPÍTULO III. En el primer sermón de San Bartolomé.

«Después de esto, Josué es inmediatamente ordenado a pasar a Galgala con el pueblo y allí circuncidarlos con cuchillos de piedra (Jos. V).» La roca, como dice el Apóstol, «era Cristo (I Cor. X).» Por los cuchillos de piedra, por tanto, somos circuncidados, cuando por Cristo cortamos de nosotros todas las atracciones de la carne y del espíritu. Y con esta circuncisión, como se dice allí, rechazamos el oprobio de los egipcios, porque eliminamos la petulancia de los vicios que nos engañan. «Hoy,» dice el Señor a Josué, «he quitado de vosotros el oprobio de Egipto (Jos. V).» No debe pasarse por alto que Galgala se interpreta como revelación. La vida carnal, en efecto, ciega los ojos de la mente, la espiritual los ilumina: «Revela, dice, mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Sal. CXVIII).» Porque cuando el hombre es circuncidado de sus vicios, la agudeza de la mente se revela para considerar los misterios de la ley divina. En ese lugar, el pueblo israelita celebra la Pascua y típicamente se come aquel Cordero que quita los pecados del mundo (Juan I). Y nota el orden de las cosas y considera el misterio de la salvación humana. Después de que salimos del bautismo como del torrente del Jordán, establecemos para nosotros las piedras de la virtud y constancia apostólica como testimonio de ejemplo, que contemplamos con el estudio de la emulación y somos circuncidados del prepucio de nuestra depravación, y así, con la oscuridad de los vicios alejada y borrada, con el rostro espiritual revelado, celebramos la Pascua de la alegría en la luz de las virtudes. Allí el pueblo primero come de los frutos de la tierra panes ázimos; y el maná, con el que hasta entonces solían alimentarse, ya no apareció. Porque después de que aquel pan vivo, que descendió del cielo (Juan VI), salió del campo del vientre virginal, después de que el grano de trigo, cayendo en tierra, murió, y produjo muchos frutos (Juan XII), inmediatamente cesó el maná de la ley típica. La tierra de la promesa es, en efecto, el vientre de la Virgen; de la cual tierra se dice por Isaías: «Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador (Isa. XLV).» Cuando, por tanto, se llega a este pan, ya no se busca el maná de la ley antigua.

### CAPÍTULO IV. En el sermón de San Andrés.

«El Señor ordenó a Josué que el arca del pacto fuera precedida por hombres armados, y que los sacerdotes tocaran siete trompetas, y así rodearan los muros de Jericó durante siete días. En el séptimo día, cuando la vociferación del pueblo se mezcló con el sonido de las trompetas, Jericó se derrumbó de inmediato desde sus cimientos (Jos. VI).» ¿Qué significa que para tomar la ciudad no se desenvaina la espada, no se lanzan dardos, no se arroja el jabalina, no se agrupan las cuñas militares para el asalto, sino que solo se tocan las trompetas sacerdotales, y así se obtiene la victoria no ya por derecho de guerra, sino más bien por la

virtud del sacramento sobre los enemigos vencidos? Ciertamente parecería una ineptitud delirante, si no hubiera seguido una victoria evidente. Pero por Jericó, que se llama luna, no incongruentemente se insinúa el mundo, que así se termina por los momentos transitorios del tiempo, como por las pérdidas mensuales. El arca santa era la Iglesia; las trompetas son los apóstoles, o cualquier santo doctor de la Iglesia, cuyas admoniciones, mientras nos esforzamos siempre por luchar contra las atracciones de la carne y las insidias del antiguo enemigo, nos incitan, como a la línea de batalla y a los combates, con los sonidos de las trompetas. Estas trompetas se dice que eran siete, porque los santos predicadores están llenos de la gracia del Espíritu septiforme. También por la vicisitud de los siete días se desarrolla todo el tiempo de nuestra mortalidad. Los sacerdotes, por tanto, llevando el arca y tocando las trompetas, rodean la ciudad de Jericó durante siete días, y sus muros caen por la presencia del arca y el sonido de las trompetas; porque en el transcurso de esta vida mortal, mientras la santa Iglesia se mueve y se dilata por todo el orbe de la tierra, por la insistencia de la santa predicación, se rompe toda la soberbia del mundo elevado y se derrumban todos los obstáculos de la infidelidad. Y es de notar que se ordena a los soldados armados ir con los sacerdotes, para que aquellos a quienes no se les ha encomendado el oficio de tocar las trompetas no se consideren alejados de la confrontación de las batallas, de modo que incluso aquellos que no predicán, contra las insidias del enemigo oculto, marchen siempre armados y circunspectos. Los líderes y príncipes de esta guerra son, por tanto, los santos apóstoles, que llevan el arca del pacto alrededor de los muros de Jericó con el sonido de las trompetas, porque por todo el círculo del mundo, con el oficio de la santa predicación, difunden los sacramentos de la Iglesia. «Porque en toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII).» Después de transcurridos seis días, en el séptimo día finalmente el rey de Jericó con todo su pueblo es consumido por la espada devoradora, porque en el último día el diablo, que es el rey de la soberbia, con todos sus seguidores es condenado a la muerte perpetua como por una espada de la sentencia divina. Entonces ciertamente se cumplirá lo que dice el Apóstol: «Porque, cuando haya destruido todo principado, y toda potestad y virtud, el último enemigo que será destruido es la muerte (I Cor. XV).»

#### CAPÍTULO V. En el sermón de San Bartolomé.

Aquel arca, en efecto, fue compuesta con arte mística de maderas incorruptibles de setim; también resplandecía con oro purísimo, dorada por dentro y por fuera. En ella también había una urna de oro, en la que se guardaba el maná, las tablas del Testamento, y la vara de Aarón que había florecido. ¿Qué es, pues, la urna de oro, sino la carne de Cristo pura, nítida, sincera, sin ninguna contaminación de culpa, purísima, que tiene el maná escondido, es decir, el pan angélico, esto es, la dulzura de la divinidad eterna? Las dos tablas de piedra significan la firmeza inviolable de ambos Testamentos. ¿Qué es, pues, la vara de Aarón, sino el estandarte salvador de nuestro verdadero Sumo Pontífice y el sacramento de la cruz vivificante? Que también en lo que se dice que floreció, prefiguró la santa cruz floreciendo con la verdor de la memoria inmortal. Estos son los sacramentos de la Iglesia universal, esta también es la instrucción salvadora de cualquier alma fiel cristiana. Porque lo que el arca prefiguraba por la imagen sombreada, esto ahora la Iglesia, o cualquier mente justa, posee por la verdad más eficaz y abierta. Estos alimentos de la rección mística llevaban los bienaventurados apóstoles, estos exponiendo como pan a los pequeños los partían. Porque después de que aquel sermón evangélico brotó: Porque «les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras (Luc. XXIV);» cesó la queja profética, que dice: «Los pequeños pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Thren. IV).» Este es el pan cotidiano, hermanos míos, que la Verdad nos

enseñó a desear con ansia; este es el alimento de la sabiduría celestial, que debemos siempre tener hambre.

CAPÍTULO VI. En el sermón sobre San Andrés. «Dijo Josué al pueblo: Pero vosotros tened cuidado de no tocar nada de las cosas consagradas de Jericó (Jos. VI).» También nuestro Jesús, verdadero Salvador, prohíbe que nadie ame las cosas del mundo: «No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra (Mat. VI);» y a través de su apóstol: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo (I Juan II).» No sigamos, pues, el ejemplo del infeliz Acán (Jos. VII) defraudando algo del anatema de Jericó, es decir, no introduzcamos en las disciplinas eclesiásticas nada de las costumbres disolutas de la vida mundana. No quitemos el manto, para que después de la vestidura de la fe no nos revistamos de las costumbres seculares; no tomemos los ciclos de plata, para que, habiendo guardado el tesoro eterno en el cielo, no depositemos ninguna riqueza temporal por ambición en un sudario; y finalmente, no tomemos la regla de oro, para que no introduzcamos en la Iglesia de Cristo doctrinas heréticas cuidadosamente elaboradas; ni los estudios de los filósofos que discuten agudamente, ni las elaboradas ficciones de los poetas. Esta es, en efecto, aquella regla de oro, dirigida con un discurso pulido y refinado, y vestida con el brillo dorado de una elocuencia resplandeciente. Esta regla fue robada por Arrio, Marción y Apeles, y las pestes de hombres perversos; quienes, al intentar introducir las sectas de los filósofos en la Iglesia, parecieron provocar de alguna manera la ira de Dios sobre el campamento de Israel. Pero ellos fueron sepultados con Acán bajo un montón de piedras, porque fueron oprimidos por el inmenso peso de sus pecados. Pero nosotros, hermanos amadísimos, ya que nuestra filosofía es Cristo y este crucificado, y por eso tenemos maestros no oradores, sino pescadores, no astutos y elocuentes, sino mansos y sencillos, despreciemos la sabiduría que ciega, y busquemos la necesidad que ilumina a los que aprenden. «Porque,» como dice el Apóstol, «ya que el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necesidad de la predicación (I Cor. I).»

CAPÍTULO VII. En el mismo sermón.

«Todos los habitantes de Jericó fueron consumidos por la espada; solo la casa de Rahab la ramera escapó, la cual fue distinguida por el cordón escarlata en la ventana (Jos. VI).» Aquella casa prefigura la única Iglesia, que ha sido purificada de la impureza de la fornicación por la ventana de la confesión en la remisión de la sangre. Esta ciertamente es liberada de la destrucción común del mundo que perece, porque ata un cordón escarlata en la ventana de su casa, mientras no cesa de llevar en la boca de su cuerpo el sacramento de la pasión del Señor: «Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación (Rom. X).» Además, aquel cordón estaba atado a la casa, pero se veía desde fuera, porque la fe de la cruz del Señor se retiene en el corazón, la cual se manifiesta con la confesión de la boca. Mientras los demás perecían, todos los que se encontraron en aquella casa escaparon del peligro de muerte; porque así como dentro de la Iglesia todos los elegidos son salvados, así fuera de la Iglesia nadie podrá ser encontrado salvo. Pero tal vez se pregunte cómo tanto el arca, que rodeaba la ciudad sitiándola, como la casa de Rahab, que estaba adherida a sus muros, ambas cosas designan una sola Iglesia, cuando el arca parece sitiar y conquistar, y la casa parece sitiada. Pero esta cuestión se resuelve fácilmente si se observa sutilmente cuál es la diversidad en los miembros de la Iglesia. La Iglesia, en efecto, combate a la Iglesia, cuando los predicadores, maestros y discípulos, los que presiden y los que obedecen, parecen proceder de una sola fuente de regeneración divina, y finalmente completar un solo cuerpo de la Iglesia como si fueran miembros diversos. A esta Iglesia se le dice por el Salmista: «En lugar de tus padres nacieron para ti hijos (Sal. XLIV);» ciertamente

los apóstoles, que lanzaron tan poderosos y robustos dardos de sus predicaciones fulminantes para capturar la Jericó de la soberbia humana, parecen ser de alguna manera tanto padres como hijos de una misma Iglesia, hijos de los patriarcas y profetas, y padres de todos los elegidos que les siguen.

Por eso es que a Moisés se le ordena por voz divina: «Que también funde las bases de plata, y erija las tablas doradas encima (Éxodo XXVI).» ¿Qué se significa por las bases de plata, sino el orden de los profetas, que al ser los primeros en hablar del sacramento de la Iglesia, los vemos surgir como ciertas bases desde el fundamento y sostener los pesos de la estructura superpuesta? ¿Y qué se figura por las tablas, sino los santos apóstoles, que al extender su predicación por el mundo han sido ampliamente dilatados? La doctrina de los apóstoles, como sobre ciertas bases de la predicación profética, se apoya, y se solidifica firmemente con la autoridad de ellos para la fortaleza de su estado. Por eso se colocan dos bases unidas bajo cada tabla, porque, mientras los santos profetas concuerdan entre sí en sus palabras sobre el sacramento de la Iglesia futura, los apóstoles que les siguen edifican edificando; y cuando no disienten en nada entre sí, los fijan en ellos más firmemente. No sin razón se ordena que las bases, que significan a los profetas, sean fundidas de plata. La claridad de la plata se conserva con el uso; sin uso, se vuelve negra. Las palabras de los profetas, antes de que brillaran con la predicación apostólica, porque no estaban en uso de la inteligencia espiritual, mientras no podían ser vistas por la oscuridad, permanecían como negras; pero después de que la mano de la predicación apostólica limpió las oscuras profecías, todo lo que de luz había en ellas se hizo claro y su sentido místico se puso en uso, porque las palabras ya expuestas claramente anunciaron las cosas. Por lo tanto, se ordena que se hagan tanto las bases de plata como las tablas doradas, porque los preceptos apostólicos son mucho más claros que los oráculos de los profetas.

Así que, para volver a lo anterior, no es incongruente que tanto el arca como la casa de la ramera, que es sitiada, parezcan expresar una misma Iglesia, ya que, como se ha dicho, los miembros de esta Iglesia son diversos: unos sitiando por el ámbito de la santa predicación; otros, por su infidelidad o depravación, deben ser derribados por los dardos de la doctrina salvadora; unos ya domésticos, otros aún ajenos por la aversión de su mala obra. Isaías ya había percibido este conflicto de lucha espiritual, cuando después de describir claramente la venida del Salvador, añadió: «Y el corazón de Egipto se derretirá en medio de él, y haré que los egipcios se enfrenten unos a otros; y peleará hombre contra su hermano, y hombre contra su amigo, y ciudad contra ciudad, reino contra reino; y se romperá el espíritu de Egipto en sus entrañas (Isa. XIX).» Así que, por el sitio de la predicación apostólica, hermanos amadísimos, hemos sido rescatados de las destrucciones de la Jericó que perece, más bien liberados divinamente de la ruina de la gentilidad subvertida, no nos pese seguir a nuestros líderes a donde nos preceden, no nos parezca oneroso lo que nos prescriben para nuestra salvación.

CAPÍTULO VIII. En la carta a B. Causídico, para que la sabiduría espiritual se prefiera a la prudencia exterior.

«Después de la destrucción de Jericó, Josué maldijo, diciendo: Maldito sea delante del Señor el hombre que se levante y reedifique esta ciudad de Jericó; en su primogénito eche los cimientos de ella, y en el más joven de sus hijos ponga sus puertas (Jos. VI).» Pues porque por Jericó, que se convierte en luna, se significa esta vida, aquel que levanta la ciudad de Jericó en su primogénito es quien ama principalmente los bienes de esta vida presente. Y porque la Verdad en el Evangelio ordena: «Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas (Mat. VI);» con razón se condena con maldición a quien se demuestra que se desvía de este precepto, como atestigua el Profeta, que dice: «Malditos los

que se desvían de tus mandamientos (Sal. CXVIII).» En cambio, aquel que pone las puertas de Jericó en el más joven de sus hijos, es quien usa los bienes temporales de tal manera que no los posee con amor, sino que arde profundamente en su corazón por el premio de la gloria celestial. Quien en su amor a las cosas celestiales subordina las terrenales, desprecia las transitorias. Haciendo esto, convierte al hijo de la esposa odiosa, según los mandamientos de la ley, en primogénito, y, según la sentencia de Josué, levanta las puertas de Jericó en el más joven de sus hijos. En cambio, Caín edificó una ciudad en su primogénito Henoc (Gén. IV), porque no esperaba una herencia futura; y porque se dedicó prematuramente como en la Jericó de este siglo, incurrió en el dictamen de una maldición perpetua. Por eso está escrito: «La herencia que se apresura al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XXVI).»

#### CAPÍTULO IX. En el libro sobre la perfección de los Monjes

Algunos, lo cual no puedo decir sin gemir, pasan al orden de la nueva religión de tal manera que nunca abandonan la antigüedad de la vida pasada. Estos son, sin duda, gabaonitas, no israelitas. Es bien sabido que los gabaonitas, aterrorizados por el miedo a la muerte, acudieron al pueblo israelita con fraude y astucia, de tal manera que se vistieron con ropas viejas, llevaron panes secos, odres, sacos, calzado y todo envejecido. A quienes, después de obtener un pacto, se les concedió la vida, y consecuentemente se descubrió también el fraude. Josué, al descubrir el engaño, los condenó bajo maldición, y los constituyó portadores de agua y cortadores de leña por derecho perpetuo (Jos. IX). ¿Quiénes son, pues, los gabaonitas que pasan a los israelitas por miedo a la muerte, sino aquellos que acuden al servicio divino no por amor a la perfección, sino aterrorizados por la enormidad de sus pecados? Pero algunos de ellos, cambiados de vestimenta, no de mente, llevan panes secos para comer, porque aún desconocen los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V). Se cubren con vestiduras viejas, porque aún permanecen en el hombre viejo y no saben revestirse del nuevo, que según Dios es creado en justicia y santidad de la verdad (Efes. IV). Finalmente, todo lo que llevan parece envejecido, porque perseveran en los vicios de la vida pasada, no obedeciendo al Apóstol que ordena: «Renovaos en el espíritu de vuestra mente (Ibid.).» Ni les conviene aquella sentencia que dice: «Las cosas viejas pasaron, y he aquí todas son hechas nuevas (II Cor. V).» Viniendo superficialmente a la novedad, en realidad persisten en la antigüedad, porque no muestran en sus costumbres enmienda y nueva conversación. Tales, por tanto, son castigados con maldición, y de ninguna manera se les admite a heredar con los israelitas. No son del número de aquellos a quienes se dice: «Para esto fuisteis llamados, para que poseáis la bendición por herencia (I Pedro III).» El agua es insípida y la madera dura. Se les ordena, pues, cortar leña y llevar agua, porque, ignorantes del gusto de la inteligencia espiritual, se ocupan en los duros e insensibles negocios del ejercicio exterior. Así, pues, parecen conferir alguna utilidad a la Iglesia sirviendo en lo exterior; pero porque viven servilmente, no pueden poseer herencia entre los israelitas.

#### CAPÍTULO X. En la carta a los hermanos de Camugni.

«Dijo Josué a los hijos de José: Si sois un pueblo numeroso, subid al bosque y cortad para vosotros espacios en la tierra de los ferezeos y de los refaítas, porque la posesión del monte de Efraín es estrecha para vosotros. Y cuando se quejaron diciendo: No podremos subir a las montañas, porque los cananeos que habitan en la tierra llana usan carros de hierro. Respondió Josué: Sois un pueblo numeroso y de gran fortaleza, no tendréis una sola suerte, sino que pasaréis al monte, y cortaréis y limpiaréis para habitar espacios; y podréis avanzar más allá cuando subyuguéis al cananeo, que decís que tiene carros de hierro, y es muy fuerte (Jos. XVII).» Estas cosas necesitarían muchas palabras para exponerlas, quizás, si no me detuviera la meta del compendio epistolar; baste con señalar brevemente que, cuando Josué ordena al

pueblo cortar la espesura de los bosques, insinúa que nuestro Jesús, del mismo nombre, ordena a los que le siguen arrancar los brotes malos de los vicios silvestres. Exhorta a que no hagan pactos, sino que luchen contra los cananeos, que suban a las montañas, para que se esfuercen en vencer la barbarie de los vicios y se apresuren a alcanzar la cumbre de las virtudes. Pero cuando ellos se quejan pusilánimemente de que no pueden levantarse contra aquellos que usan carros de hierro, esto es, que nosotros, débiles y frágiles, a menudo desconfiamos de poder soportar los ataques de los espíritus malignos como si fueran carros de hierro. Porque cuando la petulancia de la gula, el abismo de la lujuria, y las plagas de todos los vicios, como las filas de los cananeos rugientes, se agrupan en formaciones compactas contra nosotros, ¿qué otra cosa sino que los cananeos nos atacan con carros de hierro, y nos cierran el acceso a la salvación para que no podamos ascender de las llanuras de la vida carnal a las alturas de las virtudes? Pero el buen líder de nuestra milicia levanta nuestra debilidad a la constancia de actuar con valentía y nos impulsa contra los ataques de los enemigos para que avancemos a lo más alto.

Pero, ¿cómo podemos triunfar sobre nuestros enemigos, si siempre queremos yacer en banquetes, siempre en la embriaguez de copiosas bebidas? De los cuales, ciertamente, Salomón dice: «El que ama los banquetes, estará en pobreza; el que ama el vino y las cosas grasas, no se enriquecerá (Prov. XXI).» Y de nuevo: «El vino es cosa lujuriosa y la embriaguez tumultuosa; el que se deleita en ellas no será sabio (Prov. XX).» Acostumbrar el vientre al vino y a las comidas, ¿qué es sino abrir las puertas a los enemigos del alma para que entren? Por eso también dice el mismo Salomón: «El que cría delicadamente a su siervo desde la juventud, al final lo sentirá contumaz (Prov. XXIX).» Bien sujetaba este siervo con las riendas del ayuno quien decía: «Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre (I Cor. IX).» Contra este siervo disputaba cuando decía: «La comida es para el vientre y el vientre para la comida, pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas (I Cor. VI).» Significaba que este siervo debía ser frenado bajo los pies cuando decía: «Porque muchos andan, de los cuales os decía a menudo, y ahora os lo digo incluso llorando, enemigos de la cruz de Cristo; cuyo fin es la perdición, cuyo dios es el vientre, y su gloria está en su vergüenza (Filip. III).» Es de notar aquí que se dicen dos cosas terribles, y el mismo Apóstol pronuncia una sentencia temible contra los enemigos de la cruz de Cristo, diciendo: «Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema Maran Atha (I Cor. XVI).» Quien venera al vientre como a un dios, de alguna manera se demuestra que niega a Dios, y por lo tanto estas dos cosas, llenas de terror, parecen ser una, a saber, que, Dios no lo quiera, ser enemigo de Cristo y adorar a otro dios.

Terminan los testimonios del libro de Josué.

167-168 COMIENZAN LOS CAPÍTULO DEL LIBRO DE LOS JUECES.

1. Que a Adonibézec se le amputan las extremidades de las manos y los pies cuando es capturado.
2. Era Débora profetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo.
3. Que a Gedeón se le ordena ir a la guerra contra los madianitas con solo trescientos hombres que lamieron el agua con las manos.
4. Sobre aquel que en los campamentos de Madián contaba a su compañero que había visto en sueños un pan de cebada rodando.

5. Que el racimo de Efraín es mejor que las vendimias de Abiezer.
6. Abimelec, hijo de Jerobaal, mató a sus hermanos, setenta hombres, sobre una misma piedra.
7. Joatán se puso en la cima del monte Garizim, y levantando la voz clamó: Escuchadme, hombres de Siquem, para que Dios os escuche.
8. Abimelec, al oír que los hombres de la torre de Siquem estaban reunidos, subió al monte Salmón con todo el pueblo.
9. Que cuando Abimelec intentaba prender fuego a la puerta de la torre que estaba en medio de Tebes, una mujer arrojó un fragmento de molino desde arriba y golpeó su cabeza.
10. Que algunos del pueblo de Efraín, al llegar a los vados del Jordán, al no saber pronunciar Shibboleth, fueron muertos por las espadas de los galaaditas.
11. Sansón capturó trescientas zorras, ató sus colas, unió antorchas a las colas y las encendió en medio.
12. Que Sansón, tomando una quijada de asno, mató con ella a mil hombres de los filisteos.
13. Que el Señor, consultado dos veces para emprender la batalla contra Benjamín, dio su consentimiento, y finalmente Israel derrotó a Benjamín con la espada.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS JUECES.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta al abad V.

«Huyendo Adonibézec ante los hijos de Israel, lo persiguieron y lo capturaron, cortándole las extremidades de las manos y los pies (Jue. I).» Adonibézec, en efecto, es privado de la extremidad de las manos y los pies, cuando el maligno espíritu entre los santos hombres es privado de la virtud de caminar y obrar. Quien, sin duda, mientras sufre sus heridas, se gloria de haber infligido las mismas a otros: «Setenta reyes, dice, con las extremidades de las manos y los pies amputadas, recogían las migajas debajo de mi mesa; como hice, así me ha pagado el Señor (Ibid.).» Setenta reyes, es decir, setenta son las naciones de lenguas diferentes, a quienes hasta la venida del Salvador el antiguo enemigo les había quitado por completo la facultad de caminar rectamente y de hacer el bien. A cuyas dos heridas gemelas cura el médico de las almas, Pablo, cuando dice: «Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas rectas para vuestros pies, para que lo cojo no se desvíe, sino que más bien sea sanado (Heb. XII).» Adonibézec, en efecto, se interpreta como señor del rayo, o señor contento con lo vano. El rayo, tan pronto como comienza a brillar, desaparece de repente. Por lo cual puede entenderse al pueblo judío, que ciertamente brillaba con un cierto fulgor cuando decían: «Todo lo que el Señor nos ha mandado, lo escucharemos y lo haremos (Éxodo XXIV);» pero pronto esta luz se apagaba, cuando inclinaban sus cuellos a los oscuros demonios. Por lo que se dice, contento con lo vano, se designa a la gentilidad, que contenta con los ídolos visibles no se preocupaba de volver a la misericordia del Creador, y mientras ignoraba el culto de la verdad, se dedicaba a las vanas ceremonias de los ídolos. De los cuales dice el Apóstol: «Porque no glorificaron a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos (Rom. I).» De estos dos pueblos, en su mayor parte, dominó

Adonibézec, es decir, el espíritu reprobado de la maldad; porque este comenzó a brillar como un rayo y cesó, y aquel, mientras estaba contento con la vanidad de los demonios, no buscó la ayuda de su propio Creador.

## CAPÍTULO II. En el sermón sobre San Casiano.

«Erat autem Débora prophetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo, y se sentaba bajo la palmera que llevaba su nombre, entre Rama y Betel en el monte de Efraín, y los hijos de Israel subían a ella para todo juicio (Jue. IV).» Pero se llega más rápidamente al final si, mientras se teje la historia, se expone por partes. Por Débora, que se interpreta como palabra o abeja, se puede entender la profecía sin inconvenientes. La abeja produce miel; y sobre la profecía dice el salmista: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, Señor, más que la miel a mi boca!» (Sal. CXVIII). No quiero que os pase desapercibido, amadísimos, que esta historia, que hemos asumido tratar por ocasión, necesita de muchas palabras, porque está llena de misterios; pero la contraemos en brevedad para no agobiar vuestra devoción con el tedio de la prolijidad. Consideremos, pues, dónde se describe que tiene su sede la profecía, a saber, bajo la palmera, porque a quienes la doctrina profética instruye con sus enseñanzas, los conduce a la palma de la vocación suprema, y mientras a través de ella los hombres aprenden el orden de vida, se convierten en vencedores de los vicios rebeldes. No debe pasarse por alto que se dice que se sentaba entre Rama y Betel: Rama, en efecto, se interpreta como elevada; Betel, como casa de Dios, como ya hemos dicho. Por tanto, correctamente se describe que la profecía habita entre Rama y Betel, porque quien se dedica a estudiar las doctrinas proféticas, quien sinceramente se entrega a las palabras de las Sagradas Escrituras, habita en la casa de Dios por el deseo de la mente, de modo que no busca lo bajo y momentáneo, sino lo elevado y celestial. Esta llamó a Barac. Por cierto, Barac se interpreta como relámpago. El relámpago tiene luz, pero no permanece por mucho tiempo; pues tan pronto como comienza a brillar, inmediatamente se apaga. Así, este Barac representa la figura del pueblo israelita: que primero de todos, instruido por los oráculos proféticos, brilló un poco en la ley recibida, pero resplandeció por poco tiempo. En la ley, de la cual se ha dicho: «Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor, y luz para mis caminos» (Sal. CXVIII), aquel antiguo pueblo comenzó a brillar, pero cesó. Produjo un resplandor de vida clara, pero no permaneció en obras luminosas. Pues cuando decían: «Todo lo que el Señor nos ha mandado, lo escucharemos y lo haremos», he aquí que surgía como la luz del relámpago; pero cuando de repente doblaban las rodillas ante Baal, he aquí que el relámpago parecía extinguirse. Entonces Débora dijo a Barac: «El Señor, Dios de Israel, te ha mandado: Toma contigo diez mil guerreros y ve al monte Tabor: yo atraeré hacia ti al torrente de Cisón a Sísara, jefe del ejército de Jabín, y sus carros y toda su multitud, y los entregaré en tu mano (Jue. IV).» Como si a través de la doctrina profética Dios omnipotente dijera al pueblo anterior: Toma los diez mandamientos de la ley y asciende a la cumbre de las virtudes, y así, con mi fuerza administrándote, derriba al príncipe de los réprobos y al autor de toda iniquidad.

No debe pasarse por alto que aquel príncipe del ejército, Sísara, que estaba destinado a la perdición inminente, se prometía que sería conducido al torrente de Cisón. ¿Qué debe entenderse por el torrente de Cisón, sino el bautismo? Pues cuando el catecúmeno es sumergido en el baño de la fuente sagrada, como Sísara con su ejército, así el espíritu malvado con todos los vicios que le sirven debe ser destruido. Pero Barac respondió a Débora: «Si vienes conmigo, iré; si no quieres venir, no iré (Ibid).» Como si aquel Israel carnal respondiera a la profecía: A menos que, según las letras y como según el entendimiento femenino, te tenga siempre conmigo, no me atrevo a emprender la lucha espiritual. A lo que Débora respondió: «Iré contigo, pero la victoria no se te atribuirá a ti,

porque Sísara será entregado en manos de una mujer (Ibid).» Como si aquel antiguo pueblo escuchara: Contigo estará la profecía exterior, como pides, pero el triunfo espiritual sobre el antiguo enemigo no lo obtendrás tú, sino más bien la santa Iglesia. Ciertamente, a ella le corresponderá la victoria, que en los misterios de la Escritura, mientras busca la médula de la inteligencia espiritual, no presta gran atención a la paja de la letra que mata. Así, una vez comenzada la batalla, Sísara huyó a la casa de Jael, una mujer extranjera. Ella, ciertamente, abrió un odre de leche al sediento y le dio de beber; luego clavó un clavo en su cerebro a través de ambas sienes, y así, en la figura de un hombre, mató al diablo, cabeza de los hombres perversos. ¿Qué significa Jael, que se interpreta como ascensión, sino la santa Iglesia, por la cual solamente se asciende a la bienaventuranza celestial? Por eso la Sinagoga dice de la misma Iglesia en los Cantares: «¿Quién es esta que sube del desierto, rebotante de delicias, apoyada en su amado?» (Cant. VIII). Esta mujer era extranjera, porque la santa Iglesia surgió de la gentilidad. Esta primero dio leche al enemigo de los israelitas, luego le clavó un clavo en la cabeza, porque al enemigo del género humano, a quien la santa Iglesia primero alimentó viviendo carnalmente, luego lo extinguió viviendo espiritualmente con cierta agudeza y virtud de la cruz. Pues si el insaciable homicida no ansiara con avidez insaciable la perdición del género humano, ciertamente la Escritura no diría de él: «Absorberá el río, y no se maravillará; y tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca» (Job XL). La leche es fruto de la carne, y significa los halagos del placer carnal. Mientras el pueblo gentil vivió voluptuosamente según la ley de la carne, como leche, así ofreció la blandura de su vida al diablo sediento de nuestra muerte. Pero después de que se sometió a la disciplina del espíritu, inmediatamente tomó las armas de la cruz invicta, y al enemigo de la salvación humana, a quien antes había dado de beber la leche del placer, ahora, armado con el auxilio de la penitencia, lo atravesó con la madera. Así, aquel a quien el pueblo israelita no pudo superar, una mujer extranjera, es decir, la Iglesia gentil, lo derribó solo con el signo de la cruz.

### CAPÍTULO III. En el sermón sobre la exaltación de la Santa Cruz.

Este estandarte de la cruz lo presentó Gedeón de manera simbólica para sí y sus compañeros de armas, quien abandonó las armas contra las armas, invadió desarmado a los armados y, para derrotar a la multitud de los madianitas, dejó a la multitud y vino con pocos. Por divina advertencia se le ordenó (Jue. VII) que al llegar al río apartara de los combates a todos aquellos que viera beber agua de rodillas. Y sucedió que solo trescientos hombres, que recogieron el agua con las manos estando de pie, permanecieron. ¿Qué significa que Gedeón, contento con trescientos soldados, avanza a la batalla, sino que este número está contenido en la letra Tau, que expresa la figura de la cruz? A esta letra, si se le añadiera sobre la línea transversal lo que sobresale en la cruz, ya no sería la figura de la cruz, sino más bien la cruz misma. Porque el número trescientos está contenido en la letra Tau, que exhibe la figura de la cruz, no sin razón en estos trescientos que siguen a Gedeón, se designan a todos aquellos a quienes se dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Luc. IX). Estos, al seguir al Señor, tanto más verdaderamente toman la cruz cuanto más se afligen a sí mismos, y se consumen en el fuego de la compasión piadosa hacia los prójimos que delinquen o están necesitados. Por eso se dice a través de Ezequiel: «Marca con una Tau las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones que se cometen en medio de Jerusalén» (Eze. IX). O ciertamente en estos trescientos, que están contenidos en la letra Tau, se expresa que el hierro de los enemigos es superado por la madera de la cruz.

### CAPÍTULO IV. En el sermón sobre las santas vírgenes.

«Cuando Gedeón, por orden del Señor, se dirige al campamento de Madián para escuchar, un madianita confiesa a otro que ha visto un sueño. Me parecía, dice, que un pan de cebada cocido bajo las cenizas rodaba y descendía al campamento de Madián; y cuando llegó a la tienda, la golpeó y la derribó, y la igualó completamente con el suelo. El oyente respondió: Esto no es otra cosa que la espada de Gedeón, hijo de Joás, varón israelita: porque el Señor ha entregado en sus manos a Madián y todo su campamento (Jue. VII).» Por Gedeón, que se dice no circundado, sino circundante en el vientre, se designa con razón a aquel que, mientras estaba encerrado en el seno virginal, abarcaba y disponía con su imperio toda la máquina del mundo. Por Madián, que se interpreta como juicio, se entiende al pueblo infiel, del cual el Señor dice: «El que no cree, ya ha sido juzgado» (Juan III). Pero hasta la venida del Salvador, al modo de la cebada, bajo las cáscaras de las letras, se ocultaban los preceptos de la ley y los oráculos de los profetas; pero después de que él vino y partió los panes de cebada, y los dio a los discípulos para que los pusieran ante las multitudes. La explicación de esta obra es lo que dice el evangelista: que «les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras» (Luc. XXIV), ya se dignó hacer pan de cebada, que parecía adecuado para los animales brutos, para las almas. Así como la cebada se tritura entre ambas muelas para separar el salvado de la harina; así, como entre dos piedras, la ley y el Evangelio, se muele la doctrina de la santa Iglesia, para que la superficie de la letra se distinga de la médula del espíritu. Pero para no detenernos más en estas palabras, esta harina de cebada, mezclada o amasada con el agua del sagrado bautismo, y cocida al fuego del Espíritu Santo, se convierte en pan; que derriba el campamento de Madián, porque destruye todas las maquinaciones de los infieles. Este pan, según la conjetura del verdadero intérprete, es la espada de Gedeón, porque como dice el Apóstol: «La espada del Espíritu es la palabra de Dios» (Efes. VI). Con esta espada del Espíritu Santo, el rey de los ejércitos, Cristo, arma a sus soldados; con ella también ciñe y fortalece a sus combatientes. De ambos sexos instruye las filas de su milicia y compone sus escuadrones, porque admite indistintamente a hombres y mujeres al premio del bienaventurado combate.

#### CAPÍTULO V. En el sermón sobre San Mateo.

«¿No es,» dice Gedeón, «mejor el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer?» (Jue. VIII). Pues como Efraín, que significa fecundidad, expresa a la Iglesia, ¿qué se entiende por el racimo de Efraín, sino a Cristo? ¿Qué por las vendimias de Abiezer, sino la multitud de sacerdotes judíos; o incluso por el racimo, el pequeño número de fieles de la Iglesia primitiva, y por la vendimia, la multitud de la Sinagoga? Es mejor, pues, el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer; porque fue más bienaventurada la Iglesia primitiva, que hasta el fin del mundo se fecunda con la descendencia de los renacidos; que la Sinagoga, que poco a poco va disminuyendo diariamente. Por eso se dice también por Isaías: «Alégrate, estéril, que no das a luz; canta alabanza e himnos, tú que no parías, porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido; ensancha el lugar de tu tienda y extiende las cortinas de tus habitaciones; no escatimes, alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas; porque a la derecha y a la izquierda penetrarás, y tu descendencia heredará las naciones» (Isa. LIV). Esta ciertamente, cuyo linaje hereda las naciones, es la Iglesia, que diariamente llama al género humano a la unidad de la fe a través de sus hijos. Esta es de la que se dice en los salmos: «Por ella, que obtiene la herencia» (En el título del Sal. V). Esta es la viña que se le manda cantar alabanzas; como también se encuentra en el mismo profeta en otro lugar: «En aquel día la viña de vino puro cantará para él: Yo soy el Señor, que la cuido» (Isa. XXVII). De esta viña también el bienaventurado Mateo recuerda que el Señor dijo: Porque «un hombre era padre de familia que plantó una viña, y la cercó con un seto, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a labradores y se fue lejos» (Mat. XXI). Esta viña surgió de aquel racimo,

que fue pisado en el lagar de la cruz por los pies de los judíos y gentiles, de donde brotó la ola de la preciosa sangre, que embriagó saludablemente las mentes de los hombres mal sobrios con el vino de la gracia espiritual. De este vino, cuando los apóstoles hablaban en diversas lenguas por el Espíritu Santo, se dijo: «Están llenos de mosto» (Hech. II).

CAPÍTULO VI. En la carta a Pedro el archipresbítero sobre la incontinencia de los clérigos.

«Abimelec, hijo de Jerobaal,» a quien la Escritura refiere como nacido de una concubina que tuvo en Siquem, «mató a sus hermanos, los hijos de Jerobaal, setenta hombres sobre una misma piedra» (Jue. VIII, IX). ¿Qué significa por setenta hombres, sino que se señala la balanza de los predicadores de la Iglesia, de los cuales dice el evangelista Lucas: Porque «designó el Señor a setenta y los envió de dos en dos delante de su rostro a toda ciudad y lugar a donde él había de ir?» (Luc. X). Este orden de predicadores ya se figuraba en aquellos de los que el Señor dijo a Moisés: «Reúne para mí setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y maestros, y llévalos a la puerta del tabernáculo del pacto» (Num. XI). ¿Qué se entiende por Abimelec, que era su hermano, pero espurio, sino a los clérigos lujuriosos y carnales, que son hermanos de los pontífices católicos y santos por el orden eclesiástico recibido, y sin embargo se juzgan espurios por la depravación de su vida degenerada y sus obras innobles? Estos matan a sus hermanos cuando destruyen los juicios de los santos Padres, cuando confunden perversamente las sanciones y decretos de ellos viviendo de manera perversa. Y esta matanza se realiza sobre una misma piedra. Esta piedra es la Iglesia del Salvador, de la cual se dice por Zacarías: «He aquí que yo traigo a mi siervo el Renuevo, porque he aquí la piedra que he puesto delante de Josué; sobre esta única piedra hay siete ojos» (Zac. III). Esta piedra se llama con razón única en ambos casos, para que se recomiende la unidad de la Iglesia; de la cual el esposo dice en los Cantares: «Una es mi paloma, una es la única de su madre» (Cant. VI). ¿Qué son los siete ojos sobre una misma piedra, salvo, si hay un misterio más alto, aquellos setenta hombres, es decir, los santos doctores unidos en la unidad de la paz eclesiástica e iluminados por los carismas del Espíritu Santo? Por estos ojos, la santa Iglesia ve por medio de ellos dónde poner el pie de la obra recta y, caminando por el camino de los mandamientos de Dios, no tropieza en la norma de la rectitud. Abimelec, pues, bastardo y espurio, mata a setenta hermanos legítimos sobre una misma piedra, cuando parte de los clérigos, degenerando de la nobleza de la castidad eclesiástica, se somete a las leyes de la lujuria obscena, y mientras juzga que los sagrados cánones deben ser rechazados, de alguna manera impía destruye a sus autores, es decir, a los santos y por tanto nobles hijos de Gedeón, es decir, del Salvador y de la Iglesia. Aunque no ignoramos que no es absurdo que se pueda significar por Jerobaal a Cristo; por Abimelec, al Anticristo: que ciertamente, así como aquel es hijo de la concubina, así este será hijo de la Sinagoga rechazada; por los setenta hermanos, que se narra que Abimelec mató, las setenta naciones de lenguas que el Anticristo perseguirá al final del mundo.

CAPÍTULO VII. En la carta a Bonifacio el obispo sobre los obispos cortesanos.

«Jotam se puso en la cima del monte Garizim, y alzando la voz clamó: Escuchadme, hombres de Siquem, así os escuche Dios: Fueron los árboles a ungir sobre sí un rey, y dijeron a la oliva: Reina sobre nosotros. La cual respondió: ¿Puedo acaso dejar mi aceite, con el que se honra a dioses y hombres, y venir a ser promovida entre los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: Ven y toma el reino sobre nosotros. La cual les respondió: ¿Puedo acaso dejar mi dulzura y mis frutos deliciosos, y venir a ser promovida entre los demás árboles? También hablaron los árboles a la vid: Ven y reina sobre nosotros. La cual respondió: ¿Puedo acaso dejar mi vino, que alegra a Dios y a los hombres, y ser promovida entre los demás árboles?» Luego la Escritura añade: «Y dijeron todos los árboles al espino: Ven y reina sobre nosotros.

El cual respondió: Si de verdad me constituís rey sobre vosotros, venid y refugiaos bajo mi sombra (Jue. IX).» Sería largo decir que Gedeón tiene el tipo del Salvador; que por sus muchas esposas deben entenderse las diversas naciones que se unieron a él por la fe; por los setenta hijos, los pueblos de tantas lenguas; por la concubina, la Sinagoga; por Abimelec, el Anticristo, que será hijo de la Sinagoga. Por eso en el Apocalipsis se dice a los que van a creer: «Que dicen ser judíos y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás (Apoc. II).» Y así como aquel mató a setenta hermanos; así este perseguirá a todas las naciones que no le consientan. Omitiendo, digo, estas cosas que parecen requerir un tratamiento de estilo más extenso, en cuanto lo permite el compendio epistolar, así como parece congruente con la disputa comenzada, brevemente esbozamos la figura de la historia extensa. ¿Qué, pues, debemos entender por Jotam, que se interpreta como consumado o perfecto, sino a algún predicador santo y docto? Este subió al monte Garizim y clamó con gran voz. Primero subió y luego clamó. Antes se levanta al monte y así eleva la voz. Porque si el doctor no asciende primero a la cumbre de las virtudes, clama en vano; como se dice por Isaías: «Sube a un monte alto, tú que evangelizas a Sion; alza con fuerza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Isa. XL).»

Per Garizim, sin embargo, se designa la santa Iglesia, que es escuela de todas las virtudes y fecunda en la abundancia de las cosechas celestiales. Este es el monte que fue asignado para las bendiciones dadas por Moisés. Y la Iglesia es el monte de la bendición, a cuyos hijos se les dice por el Apóstol: «En esto fuisteis llamados, para que poseáis la bendición como herencia (I Pedro III).» Esta herencia la hemos recibido de una madre viuda, por la cual su esposo se dignó morir, de la cual también se dice por el Salmista: «Bendiciendo bendeciré a su viuda (Salmo CXXXI).» Y adecuadamente Garizim, que se interpreta como división o extranjero, figura la santa Iglesia, ya que la Iglesia de los gentiles, que antes estuvo completamente dividida de la ley de Dios, en su primera vocación se convirtió en extranjera y ya por el incremento de la gracia se ha hecho completamente doméstica. Por lo cual, ya firmemente arraigados y como establecidos en la ciudad, Pablo dice: «Ya no sois huéspedes ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (Efesios II).» Pero para que, omitiendo muchas cosas, recorramos rápidamente lo propuesto: Los árboles del bosque son hombres vanos e infructuosos, y merecidamente sujetos a las llamas vengadoras por su esterilidad. «Porque todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mateo III).» ¿Qué se designa por el olivo, que muestra el signo de la paz y derrama la unción del aceite, sino aquellos que, ungidos con la unción del Espíritu Santo, reconciliando a los hombres con el Creador, evangelizan la paz? «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz (Romanos X)!» La higuera, sin embargo, mantiene la imagen de la ley sagrada. Por eso también en el Evangelio se dice que «cierto padre de familia plantó una viña, en la cual plantó también una higuera (Mateo XXI). La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaías V);» en la cual ciertamente la mano divina plantó el Decálogo de la ley. Pero esta higuera produjo y arrojó al pueblo anterior como sus higos, secos e inútiles; sin embargo, llevó el nuevo brote de la fe cristiana a la madurez de la suavidad de la unción interna. De los cuales Jeremías dice: «Veo higos buenos, muy buenos; y malos, muy malos, que no se pueden comer, porque son malos (Jeremías XXIV).» Por lo tanto, por la higuera pueden entenderse sin inconveniente aquellos que están suficientemente instruidos en la enseñanza de la Ley sagrada. La vid también parece significar casi lo mismo que la higuera. Porque el Señor dice: «Yo soy la vid verdadera, y vosotros los sarmientos (Juan XV).» Y dado que de los sarmientos se hacen las vides, ¿qué maravilla si también se afirma que los santos doctores son vides, para que lo que el Salvador del mundo tiene por naturaleza, ellos se gloríen de tenerlo por gracia? Quienes, ciertamente, mientras no cesan de predicar el

triunfo de la pasión del Señor, como por los racimos de su doctrina embriagan nuestros corazones áridos con el vino de la bienaventurada sangre.

De este vino se dice alegóricamente por Jacob sobre nuestro Salvador: «Lavaré en vino su vestidura y en sangre de uva su manto (Génesis XLIX).» La vestidura de Cristo fue en los apóstoles, y en los demás creyentes la Sinagoga; cuyo manto también es el pueblo gentil. De los cuales se dice por el profeta: «Vivo yo, dice el Señor, que con todos estos te vestirás como con un ornamento (Isaías XLIX).» A estos, pues, Cristo los lavó en la sangre de la uva, que exprimió de sí mismo triturado en el lagar de la cruz. Por lo cual también Juan dice: «Quien nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apocalipsis I).» Por tanto, cuando la oliva, la higuera y la vid, es decir, los hombres espirituales, no consienten en absoluto presidir sobre los árboles silvestres, es decir, sobre los hombres terrenales y carnales, se ofrece el espino, tanto para ser consumido por ellos como para consumirlos con el ejemplo de su mala conversación o con el incendio de su doctrina errónea. Porque el espino se horroriza con sus espinas crecientes; por el cual ciertamente se insinúa cualquier perverso que así se densifica con la aspereza de los pecados como de zarzas. Por lo cual también al primer hombre se le dijo: «Tu tierra te producirá espinas y cardos (Génesis III):» es decir, tu cuerpo estará sujeto a las punzadas espinosas de los vicios. Y por el profeta el Señor dice: «Me rodearon con las espinas de sus pecados (Lamentaciones III).» Por lo tanto, cuando los árboles piden un rey, es decir, cuando los perversos eligen carnalmente un prelado, el espino se presenta en medio, es decir, cualquier réprobo, que aumenta en sí el fuego de la condenación por sus maldades; y los consume viviendo perversamente o enseñando, con una combustión recíproca. Por lo cual también allí se dice: «Salga fuego de él, para consumir a los habitantes de Siquem y la ciudad de Mello, y salga fuego de los hombres de Siquem y de la ciudad de Mello y devore a Abimelec (Jueces IX).» Estas cosas las pronuncia Joatán desde la cima del monte; porque por los santos predicadores en la Iglesia aprendemos cómo resistir a los perversos y réprobos que piden vanamente.

CAPÍTULO VIII. En la carta a Pedro el archipresbítero sobre la incontinencia de los clérigos.

«Abimelec, al oír que los hombres de la torre de Siquem estaban reunidos, subió al monte Selmón con todo su pueblo y, tomando un hacha, cortó una rama de árbol, y llevándola sobre su hombro, dijo a sus compañeros: Lo que me veis hacer, hacedlo pronto.» Luego sigue: «Así que, cortando ramas de los árboles, seguían al líder; rodearon la fortaleza y la incendiaron, y así sucedió que mil hombres, tanto hombres como mujeres, habitantes de la torre de Siquem, murieron por el humo y el fuego (Jueces IX).» No es el lugar aquí para exponer diligentemente las figuras de la historia sagrada; nos basta, en cuanto al propósito, esbozar brevemente el asunto. Las ramas de los árboles son las sentencias de las Escrituras, que cuando los impúdicos las tuercen violentamente para fortalecer su alegato, extinguen con humo y fuego a numerosas multitudes de hombres: con el humo del error y el fuego de la lujuria; de modo que la llama de la lujuria enciende las mentes de los que aprenden mal y la oscuridad de la doctrina perversa las confunde. Estas son las recompensas que se vieron salir de Sodoma y Gomorra después de su destrucción. «Abraham, dice la Escritura, levantándose de mañana, donde antes había estado con el Señor, miró hacia Sodoma y Gomorra y toda la tierra de aquella región; y vio que subía humo de la tierra, como el humo de un horno (Génesis XIX).»

CAPÍTULO IX. En la misma carta.

Por otra parte, mientras también sitiaba Tebes con sus tropas, Abimelec parece figurar el mismo conflicto contra la castidad. «Había una torre alta,» como testifica la Escritura, «en

medio de la ciudad, a la cual habían huido hombres y mujeres, y todos los príncipes de la ciudad, cerrando firmemente la puerta, y estaban sobre el techo de la torre por las almenas (Jueces IX).» La ciudad es la Iglesia universal; la torre es la eminencia de la castidad; a la cual habían huido hombres y mujeres, fuertes e infirmos; también los príncipes de la ciudad, es decir, el orden de los clérigos, que tiene el principado de la Iglesia. «Abimelec, acercándose a la torre, comenzó a luchar con más insistencia, y acercándose a la puerta intentaba prenderle fuego (Ibid.).» De esta manera, los clérigos petulantes e imprudentes intentan incendiar la torre de la castidad, cuando exhortan a muchos al ejemplo de su lujuria y locura ardiente. Armados con fuegos atacan la torre de la castidad, cuando incitan a los castos con la llama de la persuasión pestilente de la lujuria. Pero, ¿qué fin se le pone a este conflicto? ¿Qué títulos de victoria obtiene esta lucha? «He aquí, dice, una mujer arrojando un fragmento de molino desde arriba golpeó la cabeza de Abimelec y le rompió el cráneo. Él llamó rápidamente a su escudero y le dijo: Desenvaina tu espada y mátame, para que no se diga que fui muerto por una mujer. El escudero, cumpliendo la orden, lo mató (Jueces IX).» Para no detenernos más en estas palabras, este fragmento de molino que rompió el cráneo de Abimelec no es otra cosa que aquella piedra que Daniel vio cortada sin manos del monte (Daniel II); es decir, el mismo Señor, que de sí mismo dice en el Evangelio: «El que caiga sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien caiga, lo desmenuzará (Mateo XXI).» La mujer, de cuyas manos se lanza, es la ley sagrada, que amenaza con el juicio repentino de Cristo a los impúdicos despreciadores de la castidad. De lo cual se dice por Jeremías: «¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra? (Jeremías XXIII).» El escudero de Abimelec es el diablo, que ciertamente suministra a todos los que atacan la torre de la castidad las armas de la lujuria y los agudos dardos de la lascivia. De los cuales dardos dice el Apóstol: «En todo, tomando el escudo de la fe, con el que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno (Efesios VI).» Y el profeta: «Allí está Asur con sus armas (Ezequiel XXXII).» A quien la mujer golpeó con el fragmento de molino, el escudero lo mató con la espada, porque a los adversarios de la castidad, a quienes la Escritura sagrada amenaza con el juicio de la divina retribución, el diablo los mata con la destrucción de la muerte eterna; para que a quienes fue ministro en la lucha, sea después torturador en el castigo, y las mismas armas que les sugirió contra la castidad, las vuelva entonces contra su cuello, según sus méritos.

## CAPÍTULO X. En el sermón sobre San Antimo.

La fe de algunos es ciertamente vana, flácida, mostrando en la superficie una similitud, pero no teniendo en su interior la verdad. Estos, por cierto, tomaron la figura de aquellos que, viniendo del pueblo de Efraín a los vados del Jordán, al no saber pronunciar sebbolth [schibboleth], sino jebboleth [sibboleth] más bien, como si lo pronunciaran con lengua extranjera, fueron muertos por las espadas de los galaaditas (Jueces XII). ¿Qué se entiende por el Jordán, en el cual nuestro Salvador se dignó ser bautizado, sino el bautismo? ¿Qué se entiende por sebbolth, que se interpreta como espiga, sino la fe? Porque así como la espiga proporciona alimento a los hombres, también se dice de la fe que «el justo vivirá por la fe (Habacuc II; Romanos I).» Y así como la espiga encierra muchos granos en sus aristas, también el símbolo de nuestra confesión recoge en sí muchas semillas de fe. Los que vienen al Jordán, los efrimitas, son consultados por los galaaditas sobre cómo pronuncian la espiga: también los catecúmenos que vienen al lavacro del bautismo son interrogados por los sacerdotes sobre cómo creen. Y porque Galaad se interpreta como montón de testimonio, correctamente por los galaaditas se entienden los sacerdotes de la Iglesia que testifican las obras divinas con sus predicaciones. Por Efraín, que significa fecundidad, se designan aquellos que por eso llegan a la espiga de la fe para producir el fruto de la fecundidad por la

cosecha de la buena obra. Así como aquellos que vienen al Jordán entienden la espiga, pero, porque no saben pronunciarla, mueren: así también los que buscan la fuente del bautismo, caen completamente de la vida, a menos que se esfuercen por pronunciar también con la enunciación de buenas obras la fe misma que han sido enseñados a creer. Así, ciertamente, una cosa depende de la otra, de modo que la semilla de la fe debe surgir en la espiga de la operación. Lo cual también nuestro Salvador mostró claramente. Pues cuando ordenó a los discípulos, diciendo: «Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;» inmediatamente añadió: «Enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado (Mateo XXVIII).» Como si dijera abiertamente: Sembrad la semilla de la fe en los corazones de los hombres, y enseguida enseñadles cómo deben pronunciar la espiga de los mandamientos germinantes de la operación, para que no cometan un solecismo en la espiga de la obra, quienes se testifican a sí mismos ser del monte Efraín, es decir, de la altura de la fecundidad eclesiástica. Por lo tanto, amadísimos, cuidemos de que nuestra fe no nos engañe con el color superficial de la sola profesión, y como espiga vana, con cañas vacías, se hinche sin la médula de la caridad. Imitemos la fe de los mártires, por la cual, venciendo, obtuvieron las recompensas prometidas de los cielos (Hebreos XI). Sea, pues, nuestra fe sólida, sea verdadera, sea robusta, para que ahora, yendo por la fe, lleguemos a la visión, viendo por el espejo enigma, cuando alguna vez seamos llevados a la contemplación de la suma verdad (I Corintios XII).

CAPÍTULO XI. En la carta a Adelaida la condesa, en la que la confedera con el obispo por la incontinencia de los clérigos.

Como narra la antigua historia: «Sansón tomó trescientas zorras, y ató las colas de ellas a las colas, y puso antorchas en medio; las cuales, encendidas con fuego, soltó para que corrieran de aquí para allá: y enseguida se dirigieron a las cosechas de los filisteos. Y al ser incendiadas, tanto las mieses ya recogidas como las que aún estaban en la espiga, fueron quemadas de tal manera que también las viñas y los olivares fueron consumidos por la llama (Jueces XV).» Esta historia claramente, aunque principalmente designa a los herejes, que como en número de trescientos están contenidos, porque confiesan verbalmente la fe de la santa Trinidad, pero mientras bajo el velo de la fe ortodoxa se ocultan en la primera parte de su discurso, ocultan el fuego de la doctrina perversa en las partes posteriores, para que se quemem los frutos de todas las buenas obras; aunque, digo, por estas zorras se designan los herejes, sin embargo, a los clérigos incontinentes con sus concubinas se les puede aplicar no inconvenientemente, que como si caminaran con los pies sueltos, a veces pretenden simular la apariencia de honestidad; pero cuando se combinan con las antorchas encendidas en las colas, porque como si, dejando de lado, y en cuanto pueden, se pegan con el fuego oculto del amor impúdico. Estas zorras, pues, unidas por el fuego y combinadas con las antorchas de la lujuria, consumen todas las mieses de los filisteos: porque destruyen los frutos espirituales de la Iglesia, y en cuanto a ellos, incendian con el fuego de la indignación divina las buenas obras del pueblo fiel. De lo cual se dice místicamente por el Salmista: «Entregó sus bestias al granizo, y sus posesiones al fuego (Salmo LXXVII).» Porque así como los buenos sacerdotes encomiendan a Dios las ofrendas y votos de cualquier fiel, así a menudo los que son indignos de los sagrados altares, horriblemente los agravan. Que los malos sacerdotes sean comparados con zorras, también lo testifica el profeta Ezequiel, diciendo: «Como zorras en los desiertos fueron tus profetas, Israel (Ezequiel XIII).»

CAPÍTULO XII. En el sermón sobre las santas vírgenes.

Nuestro Salvador, viniendo al campo de este mundo para derrotar a las potestades aéreas, no eligió a retóricos y filósofos, sino a simples e ignorantes de la industria literaria; porque,

como dice el Apóstol: «Lo que es necio en el mundo eligió Dios, para confundir a los sabios; y lo débil, para confundir a lo fuerte (I Corintios I).» Esto lo figuró bien aquella victoria de Sansón, cuando tomando la quijada de un asno caliente, mató a mil hombres filisteos. ¿Qué se designa por la quijada de un asno, que ciertamente es un animal simple, sino las bocas inexpertas de los hombres simples? Sansón, pues, no con armas, no con diversos géneros de armas, sino con la quijada de un asno mató a mil hombres, porque nuestro Redentor, a quien él señalaba, con hombres inexpertos y rudos extinguió el número perfecto de infieles de la vida del antiguo error. ¿Qué maravilla, pues, si el sagrado discurso designa a los santos predicadores por la quijada del asno, cuando también a veces anuncia la palabra de la predicación por la cebada, que es ciertamente el alimento de los animales? Lo cual ciertamente no solo se reconoce por los cinco panes evangélicos (Juan VI), sino también por aquello que aquel que en los campamentos de Madián decía haber soñado, refería a su compañero: «Me parecía, dice, que un pan de cebada cocido bajo las cenizas rodaba, y descendía a los campamentos de Madián: y cuando llegó a la tienda, la golpeó y la derribó (Jueces VII).»

CAPÍTULO XIII. En la carta a los canónigos de Fano.

Quien debe instruir a otros en el camino de la rectitud, debe tener mucho cuidado de no parecer él mismo, Dios no lo quiera, errar en algo. De ahí que el pueblo israelita, inflamado con el celo de la rectitud para vengar el crimen de Benjamín, sin embargo, el mismo pueblo es abatido por las espadas de Benjamín (Jueces XX). ¿A quién no conmueve que el Señor, interrogado dos veces, dio su consentimiento dos veces para emprender la batalla contra los hijos de Benjamín, y sin embargo, en la primera batalla cayeron veintidós mil de los israelitas, y en la segunda dieciocho mil? ¿Qué se debe entender, pues, en esto, qué se debe pensar, sino que primero deben ser curados del tumor de su propia herida quienes desean golpear las enfermedades de la depravación ajena, para que ellos mismos, ya limpios, vengan por la venganza de sí mismos, quienes se apresuran a golpear los males de otros, como se dice en el Evangelio: «El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella (Juan VIII).» Por lo cual, correctamente, cuando ellos consultan al Señor, dicen: «¿Quién será el príncipe de la batalla contra los hijos de Benjamín en nuestro ejército? Respondió: Que Judá sea vuestro líder (Jueces XX).» Porque Judá se interpreta como confesión, correctamente el líder de esa guerra es constituido juez, para que primero se esfuerzen por corregir sus propios errores por la confesión, quienes desean ayudar a otros confesando sus errores.

Explican los testimonios del libro de los Jueces.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

1. De Elí, que no corrigió dignamente los pecados de sus hijos.
2. Que, mientras los ciudadanos de Jabes Galaad pedían un pacto a Naás el amonita, que la sitiaba, Naás respondió que haría un pacto con ellos en esto, que arrancaría el ojo derecho de todos.
3. Saúl tenía un año cuando comenzó a reinar: y reinó dos años sobre Israel.
4. Que cuando Saúl comenzó a reinar, no se encontraba herrero en toda la tierra de Israel.
5. De Merab y Mical, hijas de Saúl, que él prometió a David como esposas; pero una fue retirada, y David se unió a la otra como esposa.

6. Que David, huyendo de la presencia del rey Saúl, se fingió loco ante Aquis, rey de Gat.

7. De la pitonisa que, devolviendo bien por mal al rey Saúl, coció un becerro y preparó un manjar.

Explican los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta a Nicolás el papa, sobre la incontinencia de los obispos.

Helí, quien conocía los pecados de sus hijos, pero no los corrigió con la severidad que merecían, al ser sus hijos muertos por los filisteos en la batalla, él también cayó hacia atrás desde su silla y murió con el cuello roto. Además, el arca del Señor fue capturada por los enemigos, y primero cuatro mil, luego treinta mil hombres fueron abatidos por los filisteos. Y ciertamente los reprendió, y ciertamente los corrigió; pero con la suavidad y mansedumbre de un padre, no con la severidad o autoridad de un pontífice: «¿Por qué, dijo, hacéis tales cosas, que yo oigo, cosas malas de todo el pueblo? No lo hagáis, hijos míos; no es buena la fama que oigo (I Sam. II).» Pues había oído, según testimonia la Escritura, que dormían con las mujeres que servían a la puerta del tabernáculo. Sin embargo, a quienes vio como enemigos de Dios, reconoció como sus hijos para su propia ruina, y a quienes debía herir con la espada hostil, los acarició con la suavidad de las caricias paternas. No así aquel fiel siervo en la casa del Señor, Moisés, maestro del noble Finees. Pues estando en la puerta del campamento dijo: «Si alguien es del Señor, únase a mí; y se congregaron a él todos los hijos de Leví, a quienes dijo: Así dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada uno su espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su vecino y a su amigo. Habiendo sido muertos veintitrés mil hombres, dijo Moisés: Habéis consagrado hoy vuestras manos al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé bendición (Éxodo XXXII).» Claramente, así como son dignos de bendición quienes corrigen las culpas, igualmente están sujetos a maldición quienes adulan a los pecadores. Como se dice por el profeta: «Maldito el que impide su espada de derramar sangre (Jer. XLVIII).» Pues impide su espada de derramar sangre quien se abstiene de imponer a los reprobos la sentencia digna de corrección. En efecto, tiene culpa de omisión quien descuida corregir lo que puede (S. Gregorio). Por eso, al mencionado Helí, el hombre de Dios, quien se cree que fue Finees, le dijo: «Así dice el Señor: ¿Por qué pisoteáis mi sacrificio y mis ofrendas, que mandé que se ofrecieran en el templo, y honraste más a tus hijos que a mí? (I Sam. II).» Si, por tanto, Helí, por tan solo dos hijos, a quienes no corrigió con la severidad que merecían, pereció junto con ellos y con toda la multitud de hombres, ¿qué sentencia creemos que merecen aquellos que presiden en la corte eclesiástica y en los tronos de los jueces y callan sobre los crímenes notorios de hombres perversos; quienes, por temor a deshonorar a los hombres en público, confunden los mandatos de la ley divina en deshonor del Juez supremo, y mientras preservan el honor de los hombres perdidos, cruelmente deshonoran al mismo Autor de la dignidad eclesiástica? Por eso, a ese mismo Helí, que despreció a Dios honrando a sus hijos, la voz divina le dijo: «Cualquiera que me glorifique, lo glorificaré; pero los que me desprecian serán despreciables.» Y enseguida se añade: «He aquí vienen días, y cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre (I Sam. II);» como si dijera abiertamente: Porque yo te di el brazo de fortaleza a través de la dignidad del oficio pastoral contra mis enemigos, pero tú no quisiste ejercitarlo para su venganza, ya cortaré el brazo de ti, es decir, te quitaré el vigor del culmen

sacerdotal, para que quien había sido designado para luchar por mí, ya no tenga mano para defenderse.

## CAPÍTULO II En la carta a los hermanos de Cluny.

Debe huirse del mundo, que engendra tinieblas; buscarse el retiro, donde como en el desierto surge la verdadera luz. Debe ser rechazado de nuestra amistad, quien, al insertar las sombras de las tinieblas en las que siempre está, extingue la luz a los que le consienten y obedecen; más bien debemos mantener con él una guerra inflexible, quien ciega los ojos de sus amigos. De aquí que aprendemos de la sagrada historia de los Reyes: Que «cuando Naás el amonita subió para atacar a Jabes de Galaad con sus tropas, todos los hombres de Jabes dijeron a Naás con una sola voz: Haz un pacto con nosotros y te serviremos. A lo que él respondió: Haré un pacto con vosotros, que saque el ojo derecho de todos vosotros, y os ponga como oprobio a todo Israel. Y los ancianos de Jabes le dijeron: Concédenos siete días, para que enviemos mensajeros a todos los confines de Israel; si no hay quien nos defienda, saldremos a ti. Al oír esto, Saúl reunió a la multitud del ejército, tomó las armas y, habiendo golpeado a los amonitas con una gran matanza, triunfó con gloria (I Sam. XI).» ¿Qué entendemos, pues, por Naás el amonita, el rey soberbio, sino al mundo rebelde a su Creador, o al diablo, su príncipe? De quien se dice: Que «él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job XLI).» Y porque Naás se interpreta como serpiente, correctamente se expresa por él el venenoso y resbaladizo dragón. ¿Qué se insinúa, pues, por Jabes, que era una ciudad israelita, sino el alma cristiana, dedicada a ver a Dios a través del estudio de la contemplación? Y porque Jabes se interpreta como seca o desecada, adecuadamente se entiende por Jabes el alma que abandona la grasa de la gracia celestial y se seca en el ardor de la concupiscencia carnal. Pues al apartarse de anhelar el rocío del don divino, se vuelve seca, que antes, al recibirlo, florecía saludablemente irrigada, como dice el Señor por Isaías: «Derramaré agua sobre el sediento y corrientes sobre la tierra seca (Isa. XLIV).» Pero Naás se niega a hacer un pacto con Jabes de otra manera, a menos que se comprometa a sacar el ojo derecho. Porque cualquiera que se somete al antiguo enemigo en una sugerencia perversa, o se implica en las inquietas acciones de este mundo, mientras se alía vergonzosamente con el rey soberbio, es necesario que pierda el ojo derecho, es decir, la luz de la contemplación, y así se pone como oprobio en Israel, porque al descender de la cima de la contemplación para ejecutar cosas terrenales o inmundas, es consecuente que en la Iglesia sea mordido por las detracciones de la burla deshonrosa. Pero ellos piden un plazo de siete días, y porque se lee que Dios descansó el séptimo día de todas sus obras (Gén. II), ¿qué se designa por el número siete, sino el descanso? Este número Saúl, desobediente, ignoró, cuando por él se le mandó esperar a Samuel. «Siete días, dijo, esperarás, hasta que venga a ti y te muestre lo que debes hacer (I Sam. X).» Pero porque el hombre reprobado despreció el descanso espiritual, un espíritu maligno lo atormentó (I Sam. XVI). Por tanto, por el número de siete días, la ciudad de Jabes es liberada del rey iniquo, porque cualquier alma que el mundo, persuadida por el diablo, intenta atraer hacia sí y cegar con las tinieblas de los negocios seculares, conserva ileso el ojo de la contemplación si resiste completamente y persevera en el propósito de su descanso, y nuestro Redentor la libra de la tentación que sufre, cuando la encuentra descansando en el retiro de su juicio. Por eso está escrito allí: «Cuando llegó el día siguiente, Saúl dispuso al pueblo en tres partes, y entró en medio del campamento en la vigilia de la mañana y golpeó a Amón hasta que el día se calentó (I Sam. XI).» ¿Qué se insinúa por Saúl, que era llamado el ungido del Señor, sino aquel que es el verdadero Rey de Israel, mediador entre Dios y los hombres? ¿Qué significa que dispuso al pueblo en tres partes, sino que hay tres virtudes principales del alma, a saber, la fe, la esperanza y la caridad? En las tres partes de los guerreros se obtiene la victoria del combate, porque con estas tres virtudes, bajo la guía de

Cristo, se vence toda tentación diabólica. Además, tampoco carece de misterio el número de los combatientes, que la Escritura pronuncia. «Fueron, dice, trescientos mil hijos de Israel, y treinta mil hombres de Judá (Ibid.).» El número mil y el diez, porque son números perfectos, significan la perfección de los santos; pero trescientos o treinta, porque se originan del tres, significan la divina Trinidad. ¿Qué se entiende, pues, por los trescientos mil o treinta mil combatientes, sino los santos doctores de la Iglesia, que son ortodoxos en la fe y consumados en obras religiosas? Con estos, pues, Saúl supera las filas del rey enemigo Naás, porque con los doctores de su Iglesia, Cristo triunfa sobre la astuta maquinación de la vieja serpiente. Pues cuando se atienden sutilmente sus preceptos o ejemplos, pronto los corazones entorpecidos, que ya había invadido el nocivo letargo, se recalientan y el espíritu se inflama como con una espada desenvainada para cortar las filas de los vicios que atacan. Por eso los mismos combatientes de Israel y Judá dicen a los mensajeros que vinieron a ellos: «Así diréis a los hombres que están en Jabes de Galaad: Mañana tendréis salvación, cuando el sol se caliente.» Pues cuando la mente, primero debilitada por la desidia, ya recobrada, se recalienta en el deseo de su Creador, cuando abandona el letargo de la negligencia y el frío de la insensibilidad pasada se enciende con la llama del santo amor, entonces, como cuando el sol se calienta, se obtiene la victoria sobre los enemigos, y la ciudad sitiada es liberada de las manos del rey soberbio. De aquí que está escrito sobre Abraham que «el Señor se le apareció en el valle de Mambré en el calor del día (Gén. XVIII).» De aquí que Lot dice: «El sol salió sobre la tierra, y Lot entró en Segor (Gén. XIX).» Por tanto, correctamente despreciamos las amistades del mundo o de su príncipe, y con ellos rechazamos tener un pacto de sociedad, no sea que, mientras nos unimos a las tinieblas, seamos privados de la luz. Y es de notar que el rey iniquo no exige sacar dos ojos a los enemigos, sino solo uno, para ponerlos como oprobio en Israel, porque a menudo el enemigo maligno quita a cualquier hombre reprobado que le consiente la mejor parte de la santidad y de la obra luminosa: pero deja la menor con una cierta industria artificiosa de su astucia, para que en lo que se quita haya ocasión de condenación, para que perezca; pero en lo que queda, se presume de la esperanza de confianza, para que el pecador no recurra a la penitencia, sino que de los mismos restos de la santidad perdida, en los que el transgresor se apoya como en un bastón; por aquellos que saben que ha caído, sea lacerado por la infamia; y así la pérdida de la obra piadosa se convierte en el oprobio de una digna burla.

CAPÍTULO III. En la carta a Alberico, en la que responde sobre diez cuestiones.

«Saúl tenía un año cuando comenzó a reinar; y reinó dos años sobre Israel (I Sam. XIII).» Algunos piensan que esto se entiende así, porque al comienzo del reinado de Saúl, su hijo tenía un año, que aún lloraba en la tierna infancia de un año, a saber, Isboset, y este reinó dos años sobre Israel después de la muerte de su padre. Pero como este sentido es rechazado por hombres más doctos, busquemos también otro. Así enseña San Jerónimo a entenderlo: Porque «era tan inocente como un niño de un año cuando comenzó a reinar, y permaneció dos años en la simplicidad de esa misma inocencia. Pero quien entonces era hijo por humildad, después por soberbia se hizo siervo.»

CAPÍTULO IV. En la carta a Aliprandus; que trata sobre la corrección, cuán útil es en la disciplina del santo orden.

Ciertamente, cualquier comunidad espiritual, si no usa la frecuente corrección del celo fraterno, sufre la mística escasez del pueblo israelita; que al comenzar el reinado del rey Saúl no tenía herrero en toda la tierra de Israel. Dice la Escritura: Porque «no se encontraba herrero en toda la tierra de Israel (I Sam. XIII).» Pues así como el hierro doma fuertemente los demás metales, así el martillo de la corrección reprime los vicios de los delincuentes y

como golpeando rompe la dureza de la mente rígida. De aquí que se dice por Isaías sobre el mismo príncipe de los herreros espirituales: «He aquí que yo he creado al herrero que sopla en el fuego de las brasas y saca un instrumento para su obra (Isa. LIV).» También sobre el hierro dice el Eclesiastés: «Si el hierro se embota y no se afila como antes, se afilará con mucho trabajo, y después de la industria sigue la sabiduría (Ecl. X).» Pero los filisteos quitan los herreros de la tierra de Israel, cuando los espíritus malignos, bajo el pretexto de una falsa piedad, quitan de los labios de los hermanos el celo de la corrección. Por eso se añade allí: «Porque los filisteos temían que los hebreos hicieran espada o lanza (I Sam. XIII).» Por eso poco después: «Estaban embotadas las hojas de los arados, y de las azadas, y de los tridentes y de las hachas hasta para corregir el aguijón (Ibid.).» Mientras los filisteos temen las espadas, quitan los herreros, para que, mientras se detiene la fabricación de armas, no haya tampoco quien fabrique los demás utensilios necesarios para el trabajo. Pues según testimonia el Apóstol: «La espada del espíritu es la palabra de Dios (Ef. VI).» Esta espada, porque los espíritus perversos la temen, quitan los herreros de la tierra de Israel, cuando a aquellos que debían reprender los errores de los delincuentes, los detienen de mantener la disciplina de la censura; y por esta negligencia de la disolución sucede que en las reuniones de los siervos de Dios, no solo cesa de oírse la palabra de la sagrada predicación, sino que también dejan de frecuentarse los ejercicios de las artes honestas. Pues porque la estricta disciplina del magisterio no los reprime, entregados a sus propias voluntades, no saben escribir; no aprenden los ejercicios honestos de las manos, cuando el Apóstol dice: «El que no trabaja, que no coma (II Tes. III).» Estas cosas, que son necesarias para ellos, acuden a los hombres seculares, o incluso a los reprobos, porque no pueden encontrarlas entre ellos. Por eso se dice allí: «Descendía, pues, todo Israel a los filisteos, para que cada uno afilara su arado, y su azada, y su hacha, y su azadón.» Israel, pues, no asciende a los filisteos, sino que desciende, para afilar los utensilios de su necesidad, cuando los hombres del santo orden descienden a las profundidades de los seculares, para adquirir de ellos alguna utilidad conveniente. Ves, pues, que si se quita del sagrado convento la censura de las correcciones, el vigor de la disciplina se debilita completamente y toda la religión se destruye, porque mientras cada uno sigue el juicio de su propia voluntad, regresando a lo secular, viola el instituto de la observancia espiritual. Por eso, cualquiera que sea, en quien arde el fervor de la vida regular, abraza las correcciones con gusto, y aun cuando es inocente, se deleita con sus reprensiones, no porque su conciencia le remuerda de haber pecado, sino porque espera que esto sea útil para los demás oyentes, para que de allí, mientras él es reprendido inocente y puro, otros, que quizás han caído o están por caer, sean corregidos.

CAPÍTULO V. En la carta a Hermisindus, sobre que el edificio de la soberbia humana se destruye rápidamente.

«Saúl había prometido dar a David su hija mayor Merob como esposa; pero cuando llegó el tiempo en que debía serle dada, no se le dio, sino que fue unida a otro hombre. Pero Micol, la otra hija de Saúl, amó a David y se unió a él como esposa (I Sam. XVIII).» Merob se interpreta como de la multitud; Micol, sin embargo, como de quién, o de todos. ¿Y qué se significa por Merob, sino esa multitud de infieles que es de la multitud, que es rechazada? «Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mat. XX).» ¿Qué se figura, sin embargo, por Micol, sino la santa Iglesia, de la cual nacen todos los elegidos, o que consiste en todos los elegidos, que aunque no ha engendrado hijo, sin embargo, su esterilidad no se opone a esta inteligencia? Pues es otro misterio, porque está unida en matrimonio al rey David; otro, porque permaneció infecunda; otro, porque ha sido unida al matrimonio de Cristo el Señor; otro, porque no mereció el don de la fecundidad, sino que soportó en Israel el oprobio de la esterilidad. Esta ciertamente David, el fuerte de mano y deseable por mérito, la unió a sí

como hija del soberbio rey Saúl, al sustraerla del servicio del príncipe de este mundo soberbio y unirla a sí con el vínculo de la íntima alianza. A esta Micol, que es la santa Iglesia de los elegidos, el soberbio Saúl, es decir, el espíritu maligno, no puede quitársela como hizo con Merob, porque el fiel guardián la ha atado irrevocablemente con los abrazos de su amor; quien clama en el Evangelio: «Mis ovejas oyen mi voz, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano (Juan X).»

#### CAPÍTULO VI. En el sermón sobre San Columba.

Cuando nuestro Redentor entra en el campo de este mundo para luchar, el fuerte guerrero se arma para derrotar las maldades de este aire; porque debía instruir una nueva batalla, se revistió de un nuevo tipo de armas, a saber, para que lo que es débil lo pusiera encima, y lo que es robusto lo ocultara. En efecto, se revistió de la coraza de la carne débil y ocultó la insuperable fortaleza de la divinidad. Así, así, por la carne el diablo es destruido por el segundo hombre, quien por la carne había vencido al primer hombre, y ahora la misma causa que fue materia de victoria sobre el primer padre se convierte en causa de ruina. Esto lo prefiguró por el misterio de la alegoría el hecho de que David, huyendo de la presencia del rey Saúl, se fingió loco ante el rey Aquis de Gat. Dice la Escritura: «Porque la saliva le corría por la barba (I Sam. XXI).» Ciertamente, porque la barba es propia del hombre, ¿qué es en el entendimiento místico, sino indicio de virtud? ¿Qué, pues, se insinúa por las salivas, que ciertamente son fluidas y fugaces, sino la debilidad de la carne? ¿Qué, sin embargo, se insinúa por la barba sino la fortaleza de la divinidad? La barba, pues, se cubre con las salivas que fluyen porque la virtud de la divinidad se reviste con el velo frágil de la carne. Pero lo que David hacía por la industria de la dispensación, esto era considerado locura por los ignorantes. Por eso Aquis dijo a sus siervos: «¿Habéis visto al hombre loco, por qué lo habéis traído a mí? ¿Acaso me faltan locos para que hayáis traído a este, para que se vuelva loco en mi presencia? (Ibid.)»

¿No le ocurrió algo similar a nuestro Redentor, David, que fue considerado loco por los que enloquecían y se decía que realizaba milagros por medio de demonios por los poseídos? De ahí que el evangelista Marcos diga: «Y cuando lo vieron los suyos, salieron para detenerlo; porque decían que estaba fuera de sí (Marcos III).» A estas palabras añadió inmediatamente: «Y los escribas que habían descendido de Jerusalén decían: Tiene a Beelzebub, y por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios (Ibid.).» Además, porque frecuentemente la saliva corre de la boca de los niños, ¿no parecían palabras infantiles cuando decía: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros? (Juan VI.)» Al oír esto, los discípulos decían: «Dura es esta palabra, ¿quién puede escucharla?» Y como refiere el evangelista, «ya no andaban con él (Ibid.).» Pero estas salivas cubrían la barba de David porque bajo estas palabras infantiles se ocultaba la virtud divina. Así, nuestro Redentor se hizo débil para hacernos fuertes; fue visto como necio para llamarnos a la verdadera sabiduría. De ahí que el Apóstol diga: «Porque lo que es necio de Dios es más sabio que los hombres.» Y un poco más arriba: «Porque el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (I Cor. I).» No es indigno que sobre nuestro Señor Salvador se diga debilidad o necedad, cuando incluso no se desdeñó de ser figurado místicamente por un leproso o por una serpiente.

CAPÍTULO VII. En la carta al abad Desiderio, donde se dice que es más digno de honor quien renuncia a la dignidad que quien persiste en ella.

¿A quién no edifica y excita a la perfección de la caridad, a quién, digo, no solo para ejercitar el estudio de la piadosa humanidad, sino también para devolver bien por mal, no provoca esto que se lee de aquella pitonisa digna de gran alabanza, que, a imitación de Dios, trató tan bien a Saúl, no solo ya desesperado del culmen regio, sino también destinado a ser muerto al día siguiente por las espadas de los filisteos (I Reg. XXVII): y como prudente, según el Evangelio, serpiente (Mat. X), le prestó beneficio, de quien no esperaba recibir ningún provecho. Además, como ella misma se queja, él había eliminado de la tierra de Israel a todos los adivinos y magos, y por ello le había quitado a esta mujer toda ganancia de la acostumbrada adivinación. Ella coció un becerro pascual, que apenas le quedaba de su consumida pobreza, y mezclando panes ácimos de escasa harina, se los ofreció para que comiera. Cuando él, lúgubre y aterrorizado por la muerte inminente, lo rechazaba y se negaba rotundamente a tomar alimento, ella, al contrario, insistía incesantemente con súplicas y ciertos argumentos, para que devolviera el favor a quien le rogaba. Y así como ella había obedecido al que mandaba, él accediera a las súplicas de la que rogaba: «He aquí, dijo, tu sierva ha obedecido a tu voz, y he puesto mi vida en tu mano, y he escuchado tus palabras que me has dicho; ahora, pues, escucha tú también la voz de tu sierva, y pondré ante ti un bocado de pan, para que comiendo te fortalezcas y puedas continuar tu camino (I Reg. XXVIII).» ¿Quién haría esto bajo el resplandor del Evangelio, que se describe que esta mujer hizo bajo la sombra de la ley, especialmente cuando el Antiguo Instrumento ofrece: «Amarás a tu amigo y odiarás a tu enemigo,» mientras que la trompeta evangélica resuena terriblemente: Porque «ni vuestro Padre os perdonará vuestros pecados, si no perdonáis cada uno a su hermano de vuestros corazones (Mat. VI; Marc. XI).» Saúl, en efecto, fue tan enemigo de los adivinos y hechiceros que los mataba a todos, y apenas alguno de ellos, salvo esta pobre mujer, había quedado; esta misma, que sobrevivía, estaba tan constreñida por la inmensidad de la persecución real que, al no atreverse a usar la adivinación, había perdido por completo la acostumbrada ganancia de su arte. Sin embargo, ella, devolviendo bien por mal, ofreció con alegría lo que le quedaba, y alimentó a su enemigo, como ya lo mandaba el Apóstol (Rom. I). Y esta mujer lo hizo en un tiempo en que sabía que él moriría inmediatamente, y por eso no esperaba ya su favor, ni temía su ira. Los hombres usan argumentos para expulsar a los huéspedes de sus casas y enviarlos a tabernas o mercados cercanos. Este lugar se deprecia, aquel se prefiere; aquí se dice que la cosecha enferma por la inclemencia de la tempestad del año pasado niega el sustento a los agricultores; allí se dice que la abundancia de frutos fértiles ha prosperado. A veces se elogia la brevedad del viaje, a veces se dice que el sol ocupa los espacios más altos del cielo. Con esta precisión de palabras, no se hace otra cosa que obligar a los que llegan a buscar otro alojamiento. Pero esta mujer prudente y noble usa la retórica, por así decirlo, y emplea los discursos de los oradores, para que su enemigo, mientras rechaza y se resiste, sea incitado a comer.

Terminan los testimonios del primer libro de los Reyes.

189-190 COMIENZAN LOS CAPÍTULO DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES.

1. De cómo David maldijo que no faltara en la casa de Joab quien sufriera flujo de semen y leproso sosteniendo un huso.
2. Esta es la ley de Adán, dice David, Señor Dios.
3. David se hizo un nombre cuando regresó, después de capturar Siria, habiendo matado a doce mil en el valle de la Sal.
4. Quiénes eran los Cereteos y los Peleteos.

5. De cómo se dice que los hijos de David fueron sacerdotes.
6. Que Amón, hijo de Naás, rasgó las vestiduras y afeitó la mitad de las barbas de los mensajeros enviados por David para consolarlo por la muerte de su padre.
7. De la penitencia de David, que fue aceptada; Saúl, en cambio, fue rechazado.
8. De cómo David obtuvo victorioso la ciudad de Rabá, que Joab asediaba.
9. De cómo David, huyendo de Absalón, dejó diez concubinas para guardar la casa.
10. Que Absalón, persiguiendo a su padre, deshonoró a las concubinas que su padre había dejado en casa, siguiendo el consejo de Ajitofel.
11. De cómo Sobi, Maquir y Barzilai el Galaadita ofrecieron a David en el campamento de Madián lechos, tapetes, vasijas y todo lo necesario para los alimentos.
12. De cómo se dice que el bosque consumió a más del pueblo que los que devoró la espada.
13. Que Barzilai el Galaadita, llegando con el rey David hasta el Jordán, se negó a ir con él a Jerusalén.
14. Que David, al regresar, puso bajo custodia a las diez concubinas que había dejado en casa, y no volvió a entrar a ellas.
15. Lo mismo que arriba.
16. De cómo se dice que hubo una tercera guerra en Gob contra los filisteos, en la que Adeodato, hijo del bosque, el polimitario de Belén, mató a Goliat el Geteo.
17. David, sentado en la cátedra, el príncipe más sabio entre los tres; él, como un tierno gusano de madera, mató a ochocientos de un solo golpe.
18. Que David compró la era de Ornán el jebuseo y los bueyes para ofrecer en holocausto a precio tasado.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES.

CAPÍTULO PRIMERO. En el libro Gomorrhiano.

«No falte, dice David, en la casa de Joab quien sostenga Gomorrhian (II Reg. III).» Para lo cual la segunda traducción tiene quien sufra flujo de semen y leproso sosteniendo un huso, y caiga por la espada y necesite pan. Pues quien es manchado por la lepra es quien está contaminado por la mancha de un grave pecado, y sostener un huso es abandonar los hechos fuertes de la vida viril y exhibir la seductora blandura de la conversación femenina. Cae por la espada quien incurre en la furia de la indignación divina. Necesita pan, quien por la pena de su propia culpa es cohibido de la percepción del cuerpo de Cristo. «Porque él es el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI).» Si, pues, después del flujo de semen te has convertido en leproso y por mandato de la ley eres obligado a permanecer fuera del campamento, ¿por qué aún en esos campamentos pretendes obtener el primado del honor?

¿Acaso no el rey Ozías, cuando quiso soberbiamente ofrecer incienso sobre el altar del incienso, después de reconocer que había sido golpeado por la plaga de la lepra desde el cielo, no solo soportó pacientemente ser expulsado del templo por los sacerdotes, sino que él mismo se apresuró a salir rápidamente? Pues está escrito: «Y cuando lo miraron Azarías el sumo sacerdote y todos los demás sacerdotes, vieron la lepra en su frente, y apresuradamente lo expulsaron.» Y enseguida se añade: «Pero él mismo, aterrorizado, se apresuró a salir, porque había sentido inmediatamente la plaga del Señor (II Par. XXVI).» Si el rey, golpeado por la lepra corporal, no despreció ser expulsado del templo por los sacerdotes, ¿por qué tú, leproso en el alma, no permites ser removido del altar sagrado por el juicio de tantos santos Padres? Si él, dejando de lado el imperio de la dignidad real, no se avergonzó de habitar en una casa privada hasta su muerte, ¿por qué tú te avergüenzas de descender de la cumbre del oficio sacerdotal, para que, encerrado en la sepultura de la penitencia, te esfuerces por considerarte entre los vivos como muerto? Y para volver a aquella historia mística de Joab, si tú mismo has caído por la espada, ¿cómo resucitarás a otro por la gracia sacerdotal? Si tú mismo, por tus méritos, necesitas pan, es decir, has sido separado del cuerpo de Cristo, ¿cómo podrás saciar a otro con los manjares de la mesa celestial? Si tú has sido golpeado por la lepra de Ozías en la frente, es decir, deshonrado en el rostro por la nota de la infamia, ¿cómo podrás purificar a otro con el olvido del crimen cometido? Que, pues, la soberbia hinchada se avergüence, y no pretenda elevarse vanamente sobre sí misma, a quien la carga de su propia culpa no poco gravemente oprime.

191 CAPÍTULO II. En el sermón sobre San Mateo.

Cuando David, por el profeta Natán, la divina clemencia prometía que de su descendencia nacería quien construiría un templo a su santo nombre y, anunciando claramente a Cristo, añadía: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo (II Reg. VII);» y enseguida describía cómo sería la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, diciendo: «Y será fiel tu casa, y tu reino hasta la eternidad ante mi rostro, y tu trono será firme para siempre.» Él, dando gracias, entre otras palabras de su oración, dijo: «Pero también fue poco a tus ojos, Señor Dios mío, porque me amaste, si no hablaras también de la casa de tu siervo en el futuro;» y enseguida añadió: «Porque esta es la ley de Adán, Señor Dios (Ibid.).» Como si dijera claramente: Así como en el principio de este mundo terrenal constituíste a Adán como padre de la posteridad futura, y de esta raíz decretaste que brotara la descendencia de todo el género humano, así ahora, cuando dispones renovar el mundo, me haces como un nuevo Adán, al prometer que de mi descendencia nacerá Cristo, quien es el autor y cabeza de la Iglesia. «Esta es, dice, la ley de Adán;» porque así como él iba a poseer este mundo visible en sus hijos, así yo me convierto en padre del pueblo espiritual en Cristo, reinando perpetuamente con él, que está en los cielos. Pues así como de su costado fue formada Eva, madre de los vivientes (Gén. II), así de la herida del costado de Cristo, que ha de nacer de mí, surge la Iglesia que vivirá eternamente. De este nuevo y espiritual mundo está escrito: «Del Señor son los pilares de la tierra, y sobre ellos ha puesto el orbe (I Reg. II).» Pues el orbe se pone sobre los pilares de la tierra, cuando la santa Iglesia se solidifica como sobre bases con las doctrinas evangélicas.

CAPÍTULO III. En la carta a B., que es para que la prudencia espiritual se prefiera a la prudencia exterior.

«David se hizo un nombre cuando regresó, después de capturar Siria, habiendo matado a doce mil en el valle de la Sal (II Reg. VIII).» En verdad, David, Cristo, fuerte en fuerzas y hermoso en apariencia, en el valle de la Sal mató a doce mil hombres, porque por sus apóstoles triunfó sobre la sabiduría salada, o más bien falsa, de este mundo. Pues quien tuvo doce guerreros de la batalla espiritual, como si por ellos hubiera matado a tantos miles de

hombres, al convertir a los que neciamente sabían de la vanidad de la sabiduría frívola. Uno de estos guerreros dice a los corintios: «Porque aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios, para la destrucción de fortalezas, destruyendo consejos del cuerpo, y toda altitud que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo (II Cor. X).»

192 CAPÍTULO IV. En la carta a Alberico, donde responde sobre diez cuestiones.

Preguntas quiénes eran los Cereteos y los Peleteos, que se dice que eran guerreros de David (II Reg. VIII, 20). Se lee en el libro de los Números que el Señor dijo a Moisés: «Reúne para mí setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y maestros, y los llevarás a la puerta del tabernáculo del pacto y los harás estar allí contigo; y tomaré del espíritu que está sobre ti y lo pondré sobre ellos, para que lleven contigo la carga del pueblo y no te agobies tú solo (Num. XI).» De esta estirpe, pues, surgieron dos familias, una de las cuales se llamaba Cereteos, y la otra Peleteos. Y Cereteos, en efecto, significa dando juicio, Peleteos castigando; para que aquellos a quienes los primeros condenaban a muerte promulgando sentencia, los segundos castigaran infligiendo venganza.

CAPÍTULO V. En la misma carta.

«Pero los hijos de David eran sacerdotes (II Reg. XVIII).» ¿Por qué se dice que los hijos de David fueron sacerdotes, si no tenían ninguna consanguinidad con los hijos de Aarón, salvo como las demás tribus? Pero debe saberse que cuando los sacerdotes son constituidos venerables y maestros en el pueblo, a veces se designan con el nombre de sacerdotes a los príncipes o doctores, como se encuentra en otro lugar: «Ira Jarites [Ira Jairiles] era sacerdote de David (II Reg. XX),» es decir, maestro. Así también cuando se dice: «Pero los hijos de David eran sacerdotes,» debe entenderse como si dijera: Porque eran maestros de sus hermanos, o ciertamente príncipes entre los demás, como tiene la antigua traducción. Pues donde la nueva edición dice: Los hijos de David eran sacerdotes; en la antigua se lee: Pero los hijos de David eran príncipes de la corte real.

CAPÍTULO VI. En la carta a los hermanos de Cluny.

«Haré, dice David, misericordia con Hanón, hijo de Naás, como su padre hizo misericordia conmigo. Entonces David envió a consolarlo por medio de sus siervos por la muerte de su padre,» y para resumir la historia con una breve relación «Hanon tomó a los siervos de David, les afeitó la mitad de la barba, y les cortó las vestiduras por la mitad hasta las nalgas y los despidió (II Reg. X).» ¿Qué se entiende por Hanón, sino el espíritu de la maldad? ¿Qué se entiende por la barba, que es propia de los hombres, sino la fortaleza de las santas virtudes? ¿Qué se entiende también por las vestiduras, sino el vestido de la santidad? Según el salmista que dice: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Sal. CXXXI).» Hanón, pues, al reclamar el pacto de amistad, afeita la mitad de la barba, porque el enemigo antiguo a veces disminuye la fuerza del que obra con fortaleza, pero después de afeitar la barba, también corta las vestiduras, porque tan pronto como el espíritu maligno quita la fortaleza interior, también despoja la honestidad exterior de la conducta conspicua. ¿Qué es, pues, cortar las vestiduras de los hombres hasta las nalgas, sino desnudarlos del manto de justicia hasta la obscenidad y la vergonzosa obra de la indecencia?

193 CAPÍTULO VII. En la carta a Marino.

Cuando David es acusado de su culpa cometida, tan pronto como estalla en voz de confesión, diciendo: «He pecado contra el Señor,» inmediatamente escuchó de la boca del profeta: «El Señor ha perdonado tu pecado, no morirás (II Reg. XII).» Y porque se presentó la ocasión, tampoco te privaré de esto, porque no pocos, desde niños constituidos en el orden de la religión, perecen solo por la desobediencia mezclada con soberbia, mientras que en el mundo muchos, después de haber cometido enormes crímenes, por el estudio de la humildad obtienen el perdón. He aquí que David cometió adulterio y homicidio (II Reg. XI); Saúl, en cambio, fue desobediente a Samuel (I Reg. XIII, XV). Pero ¿qué, que aquel sin intervención alguna, o en un instante obtuvo el perdón; mientras que al otro ni su propia confesión, ni la tan lúgubre y amarga y prolongada súplica del profeta lo reconciliaron? Ciertamente, si se examina la serie de las Escrituras en ambos casos, se encuentra que Saúl es más copioso que David en palabras de penitencia. Este, en efecto, solo pronunció lo que se ha dicho: «He pecado contra el Señor (II Reg. XIII);» pero aquel dijo: «He pecado, porque he transgredido los mandamientos del Señor, y tus palabras, temiendo al pueblo, y obedeciendo a su voz (I Reg. XV);» y repitiendo lo mismo después, dijo: «He pecado.» Además, se añadió la oración muy paciente de Samuel, de quien se dice: «Y Samuel se entristeció y clamó al Señor toda aquella noche (Ibid.).» Pero la voz divina respondió: «¿Hasta cuándo llorarás por Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? (I Reg. XVI.)» ¿Qué es, pues, que la penitencia de uno fue piadosamente aceptada, mientras que la del otro fue rechazada bajo el examen de la verdad estricta, sino que aquel, despreciando el pecado de la desobediencia con el espíritu de soberbia, no se arrepintió de corazón pleno; mientras que este, aunque pronunció pocas palabras, sus entrañas fueron traspasadas por el gladio del temor divino y llenas de la amargura del verdadero luto? Que, por favor, no descuiden considerar esto aquellos que, mientras obedecen a la desobediencia, se jactan procazmente de la enormidad de los crímenes más graves. De los cuales, en efecto, vemos a no pocos frecuentar a menudo el juicio de la confesión, postrarse devotamente, acusarse con palabras sonoras y precisas más ingeniosamente que humildemente, y por eso nunca sus costumbres avanzan hacia los beneficios de una corrección adecuada, porque, evidentemente, como Saúl, se arrepienten de palabra, pero en su corazón se enorgullecen.

#### CAPÍTULO VIII. En la carta a los obispos cardenales.

Así como en tiempos antiguos los cónsules romanos traían victorias de diversas partes del mundo tras haber derrotado a sus enemigos, así ahora deben estos liberar las almas de los hombres de la mano del diablo. A estos títulos de victorias, a estos triunfos deben siempre aspirar, es decir, arrebatarse las presas al antiguo ladrón de las almas perdidas y regocijarse en llevar a su Rey Cristo las insignias victoriosas. Este conflicto fue señalado por David cuando conquistó la ciudad de Rabbath (II Sam. XII). Rabbath se interpreta como multitud o grande, lo cual no es inconveniente para significar la universalidad de este mundo. Así, David conquistó la ciudad de Rabbath cuando Cristo sometió a la gran y copiosa multitud de este mundo a sus leyes. David tomó la corona de la cabeza de su rey y, como testifica la Escritura, se la puso; esto lo cumplió el verdadero David, Cristo, cuando arrebató a los sabios del mundo, con los que de algún modo el diablo se adornaba, y los convirtió en la diadema de su decoro y gloria. La multitud de fieles no solo se considera la corona de Cristo, sino también de cada doctor, por cuya predicación se convierten, como Pablo dice a los Filipenses: «Así que, hermanos míos amados, gozo mío y corona mía, estad así firmes en el Señor» (Filip. IV). Y también se llevó un gran botín, según la Escritura. El botín se toma de Rabbath cuando de este mundo los fieles y devotos se convierten al servicio del Dios omnipotente. Vosotros, digo, oh santos pontífices, vosotros principalmente debéis ser tales saqueadores, que diariamente os esforzáis por arrebatarse las almas de los hombres de las manos del poseedor

reprobado y llevar a vuestro Rey David los trofeos triunfales. Sin embargo, no basta con que, arrebatado del diablo, alguien se convierta a Dios con piadosa devoción, a menos que también sea quebrantado de la dureza de su estado como con el martillo de la santa predicación. Por eso, a través de Jeremías: «¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra?» (Jer. XXIII). Las palabras del Señor son como fuego, porque expulsan el frío, infunden calor en las mentes; son como martillo, porque ablandan la dureza de la obstinación y la terquedad.

Convenientemente, la historia sagrada añade: «Llevando también a su pueblo, los aserró, y los hizo pasar por carros de hierro, los dividió con cuchillos y los hizo pasar por el horno de ladrillos» (II Sam. XII). ¿Qué debemos entender por los carros de hierro, que ciertamente son un tipo de carruajes, sino la suerte y el carro inexpugnable de los santos evangelistas, y por tanto, el discurso de todas las Escrituras divinas? Pues, como ya dijimos en otro lugar: Aunque el hierro es vil, domina sobre todos los metales. Así como el hierro domina sobre todos los metales, así se conoce que la doctrina evangélica ablanda las mentes duras. ¿Qué es entonces hacer pasar los carros de hierro sobre los hombres capturados, sino trillar el campo de las mentes humanas con el rocío de la Sagrada Escritura, para que en ellas la palabra divina aplaste los terrones de los vicios que se resisten, y se esfuerce por allanar y nivelar para recibir las semillas de los mandamientos celestiales? ¿Y qué es dividirlos con cuchillos, sino abrir la conciencia de los hombres pecadores a la confesión mediante las predicaciones de la palabra divina? De la cual palabra dice el Apóstol: «La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Efes. VI); pues entonces el hombre es dividido como con cuchillos espirituales, cuando es cortado con la espada de la palabra divina para descubrir las heridas de su alma. ¿Por qué se dice que los hizo pasar por el horno de ladrillos, sino porque los ladrillos son terrenales y cocidos? Entonces el pecador se convierte en un ladrillo cuando, a la voz de la predicación, concibe el ardor del Espíritu Santo y, verdaderamente humillado, se percibe a sí mismo como tierra y barro. Así, cualquiera que se convierte y se arrepiente se forma en la imagen de un ladrillo, cuando se humilla por el barro de su fragilidad y, como si enrojeciera o ardiera en amor divino, al considerar que es polvo terrenal, enciende su corazón para dar gracias a Dios, quien lo ha llamado de nuevo. Por eso, Adán se interpreta como tierra roja, para que cada uno aprenda del nombre del primer padre, tanto lo que es originalmente como lo que le conviene ser actualmente. A estos sacerdotes de las Iglesias, a estas victorias debieron aspirar los santos pontífices, no con costosos banquetes de manjares, no con la lujuria de la voluptuosidad. Pues después del inicio del mundo naciente, por casi mil seiscientos años, el género humano vivió sin la bebida del vino y el consumo de carne; y sin embargo, ninguno, que la Escritura mencione, languideció hasta la muerte por enfermedad.

CAPÍTULO IX. En la carta a Alberico, en la que también responde sobre diez cuestiones.

«Salió el rey David de Jerusalén, huyendo de Absalón, y dejó a diez concubinas para guardar la casa» (II Sam. XV y XVI). David, huyendo de Absalón, deja diez concubinas en la casa, a las que Absalón deshonor torpemente por incesto. Porque nuestro Redentor, al ser expulsado de la ciudad judía hacia el desierto de los gentiles, dejó en la casa de la ley a los judíos que no caminaban virilmente, sino que vivían con una conducta femenina; quienes, sin duda, se figuran no incongruentemente por las diez concubinas, porque, al guardar débilmente los preceptos de la ley, no merecen ascender al lecho casto del matrimonio, sino que, sin el anillo de la fe, obtienen por matrimonio la concubinato. Absalón las deshonor lujuriosamente, porque el espíritu maligno corrompe las almas reprobadas de los impíos como prostituyéndolas, porque con los excesos de diversos crímenes fornicaba con tales, y las abraza como prostíbulos sometidos a él, violador incestuoso, mientras se deleita en sus obras adúlteras.

CAPÍTULO X. En la carta al abad Desiderio sobre que es más digno de honor quien rechaza la dignidad que quien persiste en ella.

Absalón, en efecto, se interpreta como paz del padre (II Sam. XIII), por quien se designa al pueblo de los judíos, que persiguió a Cristo hasta la muerte. De este pueblo se dice por Isaías: «Hijos crié y engrandecí, pero ellos se rebelaron contra mí» (Isa. I); quien con razón se llama paz del padre, porque en ese pueblo en particular, por la ley dada, por los sacrificios de las víctimas, por el tabernáculo y el templo, Dios parece haber descansado. Como David: «Conocido es Dios en Judá, grande es su nombre en Israel» (Sal. LXXV). Y para que este pueblo parezca ser la paz del padre, escucha lo que sigue: «Y fue hecho en paz su lugar» (Ibid.). O por Absalón se designa a Judas el traidor, quien también con razón se llama paz del padre, como el mismo Cristo se queja de él en el salmo, diciendo: «Incluso el hombre de mi paz, en quien confiaba, que comía mi pan, levantó contra mí el talón» (Sal. XL). Pues Cristo no incongruentemente se afirma como padre, como testimonia el Profeta: «Será llamado Dios fuerte, padre del siglo venidero, príncipe de paz» (Isa. IX). Este, por tanto, se llama príncipe de paz y aquel paz del padre. A quien incluso, a saber, a Judas, en el mismo momento de la persecución, no negó el beso de paz (Mat. XXVI). Y no es de extrañar si Absalón tomó la figura de Judas el traidor, a quien no solo expresó en la persecución de David, sino también en el mismo género de su muerte (II Sam. XVIII). Pues aquel se aferró a una encina cuando quiso pasar; este se ahorcó, como testimonia la Escritura. Para que, ya que ambos, rebosantes de la hiel de la maldad víbora, eran indignos de la tierra y del cielo, suspendidos entre ambos, perdieran la tierra y de ningún modo aspiraran al cielo. Pues también Ajitofel, quien no disimuladamente quiso perseguir a David, eligió el mismo género de muerte por sus méritos (II Sam. XVII); pues este dio consejo a Absalón, que perseguía a David, para que deshonrara sacrílegamente a las concubinas de su padre, que había dejado para guardar la casa, y deshonrara torpemente a sus madrastras para deshonrar a su padre (I Sam. XVI). ¿Qué se expresa por las diez concubinas de David, sino esa parte del pueblo judío que no sigue a Cristo, el verdadero David, huyendo a los desiertos de la gentilidad, porque se glorían de tener el Decálogo de la ley? Por el número de concubinas se expresa el número de mandamientos; las concubinas, por tanto, que no siguen a David y guardan la casa, son aquellos que perseveran en la custodia de la ley antigua. Absalón, por tanto, entra a estas concubinas de David porque el diablo, que estaba en Absalón, fornicaba con tales por los excesos de diversos crímenes. Y se dice bien: Porque David las dejó para guardar la casa; pues por la providente dispensación de nuestro Redentor se actúa divinamente para que, como para guardar la casa de la ley, se reserven las reliquias de los judíos; para que aquellos que ahora son nuestros escribas, y llevan los libros del discurso celestial en la misma lengua en que fueron escritos por toda la tierra, para que aquellos que son nuestros enemigos, si alguna vez surge una duda, nos quiten toda ambigüedad. Por eso se dice por el Salmista: «Dios mío, muéstrame el bien entre mis enemigos, no los mates, no sea que olviden tu ley» (Sal. LVIII). Pues la lengua hebrea, que se dispersa por todo el mundo, ayuda mucho a la autoridad de la fe cristiana. Por eso también se añade claramente allí: «Dispérsalos con tu poder, y humíllalos, protector nuestro, Señor» (Ibid.).

CAPÍTULO XI. En la misma carta.

«Y cuando David llegó al campamento de Madián, Sobi hijo de Naás, y Maquir hijo de Amiel, y Barzilai el Galaadita le ofrecieron lechos, tapetes, y vasijas de barro, etc.» (II Sam. XVII). Los madianitas que ofrecieron al rey David lechos y tapetes, ¿qué otra cosa significan sino a los gentiles convertidos a la fe? quienes, mientras insisten incesantemente en piadosas acciones, preparan como lienzos de obra textil en los que el Señor descanse suavemente.

Estas son las vestiduras evangélicas que los apóstoles ponen sobre el asno y hacen que Jesús se siente sobre ellas (Mat. XXI). Lo que sigue, «porque dieron a David también vasijas de barro, trigo y cebada, harina, habas, lentejas, garbanzos tostados, miel, mantequilla, ovejas y terneros gordos» (II Sam. XVII); las diversas especies de alimentos son las diversas costumbres de los hombres santos, con las que ciertamente David se alimenta con sus compañeros de armas; porque nuestro Redentor con sus santos se deleita como hambriento en las obras justas de los justos.

CAPÍTULO XII. En la carta a Alberico, en la que responde sobre diez cuestiones.

«Y hubo allí una batalla dispersa sobre la faz de la tierra, y muchos más fueron los que el bosque consumió del pueblo que los que devoró la espada» (II Sam. XVIII). De esta sentencia en el libro de las cuestiones hebreas, estas son las palabras de San Jerónimo: Este bosque, dice, que se lee que consumió a más que los que devoró la espada, los hebreos afirman que eran bestias feroces que estaban en el bosque, por las cuales más fueron consumidos que devorados por la espada. Pero este, como se dice, fue el entendimiento de los hebreos. A nosotros nos parece que algunos insensatos y frenéticos, que se habían rebelado con Absalón, cegados por el abandono de Dios, tropezaban con los arbustos, y por eso se dice que más cayeron consumidos por el bosque que devorados por la espada. Esto no se duda que debe entenderse así, si se atiende siquiera superficialmente a la misma secuencia del estilo. Pues después de que se dice: «Muchos más fueron los que el bosque consumió del pueblo que los que devoró la espada en aquel día;» inmediatamente se añade: «Y sucedió que Absalón se encontró con los siervos de David montado en un mulo; y cuando el mulo entró bajo una espesa y grande encina, su cabeza se enredó en la encina, y, estando él suspendido entre el cielo y la tierra, el mulo en que iba pasó» (Ibid.).

CAPÍTULO XIII. En la carta al abad D., que está un poco más arriba.

«Y Barzilai el Galaadita, muy anciano, es decir, de ochenta años, como testifica la historia sagrada, descendiendo de Rogelim, hizo pasar al rey David el Jordán; a quien el rey dijo: Ven, para que descanses conmigo en Jerusalén. Pero él, rehusando, presentó la excusa de su vejez, y, dejando al rey, pronto regresó a sus propios lugares» (II Sam. XIX). Hay algunos que, siguiendo al rey David, es decir, a nuestro Salvador, cruzan las aguas del Jordán; esto es, o reciben el sacramento del bautismo, o, lo que es segundo, toman el propósito espiritual. Pues porque en el Jordán el autor del bautismo, Cristo, fue bautizado (Mat. III), correctamente se entiende por él el bautismo. Pero estos, cambiando de vestimenta, no de mente, cambiando de hábito, no de ánimo, regresan a sus antiguos hábitos y repiten las acciones mundanas; y porque no pueden descansar de la perturbación de los negocios mundanos, no quieren habitar en Jerusalén, es decir, en la visión de la paz con el rey; pues son ancianos, y envejecidos, y por eso no pueden cambiarse de la antigua a la nueva conversación. Pues cruzan el Jordán y son octogenarios, porque son bautizados y creen en la resurrección futura, que se designa por el número octonario. Pero estos, aunque hablen al Rey humildemente y con dulzura, sin embargo, abandonan al Rey y regresan a la costumbre de su conversación habitual. ¿Qué es hablar al Rey con palabras dulces, sino como se dice en el Evangelio, excusarse más astutamente que humildemente? «Te ruego, dice, que me tengas por excusado» (Luc. XIV). Decía Barzilai al rey: ¿Por qué ha de ser tu siervo una carga para mi señor el rey? Un poco pasaré tu siervo del Jordán contigo, y no necesito esta recompensa.

Cuyo ejemplo tienen aquellos que a un hombre espiritual cualquiera, que los incita a cosas más altas, casi humildemente le dicen: Somos pecadores y te obedecemos, padre, pero no podemos guardar la regla de un instituto más estricto; somos débiles y frágiles, y por eso

juzgamos mejor vivir de alguna manera sin gloria bajo un yugo ligero que perecer como fuertes bajo el peso de una carga pesada. Pues lo que el mismo Barzilai dijo antes, no está en desacuerdo con la vejez interior de estos hombres: «¿Cuántos son, dice, los días de los años de mi vida, para que suba con el rey a Jerusalén?» y añadió: «¿Acaso mis sentidos están vigentes para discernir lo dulce y lo amargo? ¿O puede deleitar a tu siervo la comida y la bebida? ¿O puedo escuchar la voz de los cantores y cantoras?» (II Sam. XIX).

Verdaderamente, los sentidos internos de tales hombres están embotados, porque no discernen los alimentos espirituales de la mente, ni los órganos de la íntima jubilación; pues no les sabe el alimento celestial, al que el Profeta invita a los comensales espirituales: «Gustad, dice, y ved que el Señor es bueno» (Sal. XXXIII). Ni sus fauces discernen aquellas mieles, de las que decía: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, Señor, más que la miel a mi boca!» (Sal. CXVIII). Aún no se han sentado en aquel banquete de la Sabiduría, del que se dice en el libro de los Proverbios: «Porque la sabiduría ha sacrificado sus víctimas, ha mezclado su vino y ha puesto su mesa.» Donde también sigue: «Envió a sus criadas para que llamaran a la altura y a las murallas de la ciudad: Venid, comed de mi pan, y bebed del vino que he mezclado para vosotros» (Prov. IX). Estos tampoco oyen las voces de los cantores y cantoras, porque no comprenden en absoluto qué modulación de los santos mártires, qué de las santas vírgenes ante Dios. Pues porque, viviendo carnalmente, no elevan sus corazones al Señor en contemplación, ignoran los módulos de la armonía celestial y las dulzuras melifluas del concierto angélico.

Por eso no sin razón se dice que aquel anciano Barzilai era de Rogelim, que se interpreta como pies. Pues tales caminan a pie, y porque no saben suspenderse del camino de la conversación terrenal, no se elevan para comprender los cánticos de la melodía celestial, pues no quieren sino siempre andar a pie y por eso no pueden penetrar las altas alegrías de la íntima jubilación. Y porque los actos terrenales, en los que están dispersos, los hacen duros e insensibles, no pueden contemplar las sutilezas de la alegría espiritual. De ahí que también se dice que aquel Barzilai era Galaadita, que se interpreta como montón de testimonio, y porque aquel montón de testimonio, que se llama Galaad, se reconoce que fue hecho de piedras por Labán y Jacob (Gén. III), bien se designan por este Galaadita los hombres duros y pétreos, que, al no ablandar su corazón al amor de la vida espiritual, como hechos piedras, se endurecen en la vigorosa persistencia de los negocios mundanos. A esta dureza pertenece que también se dice que Barzilai se interpreta como mi hierro. ¿Qué es más duro que el hierro? ¿Y qué más obstinado que un corazón perverso? «Porque en un alma maliciosa nunca entrará la sabiduría» (Sab. I). Y congruentemente dice mi hierro, como si cualquier hombre duro y obstinado dijera de sí mismo, porque mientras decide perseverar en su propia dureza, nunca se proyecta en los consejos ajenos, y porque rígido e inflexible no camina hacia la Jerusalén celestial con el rey David, es devuelto del camino que había comenzado con Barzilai, a la tierra de Madián, es decir, a los principios de la vida antigua.

CAPÍTULO XIV. En la misma carta.

«Y cuando el rey David llegó a Jerusalén, tomó a sus diez concubinas, que había dejado para guardar la casa, y las puso en custodia; y no entró a ellas, sino que estuvieron encerradas hasta el día de su muerte, viviendo en viudez» (II Sam. XX). Las concubinas que no siguen a David y guardan la casa, son aquellos que perseveran en la custodia de la ley antigua. De estas concubinas se dice: «Que de ahí en adelante David no entró a ellas: Sino que estuvieron encerradas hasta el día de su muerte, viviendo en viudez.» Los judíos claramente ahora están encerrados y viven en viudez porque no se acercan al esposo de la santa Iglesia, ni aquel celestial Esposo entra a ellos, porque como mujeres prostitutas por el diablo, se digna a despreciar su compañía y, porque están contaminados por adulterio, les da carta de repudio.

Y estas que no siguen al esposo con razón se llaman concubinas, y no esposas, porque, indignas del pacto dotal y del vínculo nupcial, no engendran aquella descendencia que posea la herencia de la bendición paterna. Pero a nosotros, por el contrario, se nos dice: «En esto fuisteis llamados, para que poseáis la bendición por herencia» (I Pedro III). Pues el mismo Apóstol dice: «Así que los que son de fe, serán bendecidos con el fiel Abraham. Pero todos los que son de las obras de la ley, están bajo maldición» (Gál. III).

CAPÍTULO XV. En la carta a Alberico, en la que responde sobre diez cuestiones.

«David posteriormente no entró a ellas, sino que permanecieron cerradas hasta el día de su muerte, viviendo en viudez (II Reg. XX).» Pues perdieron al esposo, de quien se dice por Isaías: «Porque tomaron siete mujeres a un solo hombre (Isa. IV).» De las cuales también se dice por Salomón: «Porque setecientas son las reinas (III Reg. XI).» Tomaron, pues, siete, que perdieron diez. La Iglesia santa, llena del don septiforme del Espíritu, se unió a sí misma al Esposo celestial. La Sinagoga, que había recibido los mandamientos del Decálogo, perdió a este Esposo y permaneció viuda, porque mientras permaneció inmóvil en la casa del rito acostumbrado y de las ceremonias legales, despreció salir con el rey David al desierto de los gentiles.

CAPÍTULO XVI. En la misma epístola.

«También hubo una tercera guerra en Gob contra los filisteos, en la cual Adeodato, hijo del bosque, el polimitario de Belén, mató a Goliat de Gat (II Reg. XXI).» Esto, sin duda, es fácil de entender. Pues Gob se interpreta como lago. Y así como pelagra quien es arrojado al lago de los leones, así David se entregó a los dientes del león, cuando se sumergió para luchar contra la furia de Goliat. El mismo David es llamado Adeodato con razón; porque fue elegido por Dios para el reino. También es llamado hijo del bosque, porque se le reconoce como sacado de los pastizales de los bosques, donde apacentaba ovejas. No sin razón el mismo David es llamado polimitario; porque su madre era del linaje de Beseleel, quien construyó el tabernáculo del pacto en el desierto, en el cual también tejió algunas cosas con operación polimitaria. Tampoco es incongruente que se le llame belenita, porque descendía de Noemí, y de Belén habían salido en tiempo de hambre y fueron llevadas de nuevo a la misma Belén cuando la abundancia floreció nuevamente. Que Adeodato con todos sus adjetivos sea sin duda David, lo declaran las siguientes palabras, donde se dice: «Estos cuatro nacieron de Arapha en Gat, y cayeron en manos de David y de sus siervos (Ibid.).» Ciertamente, explicaría lo que también se significa místicamente por estas cosas, si no fuera porque la brevedad epistolar me lo impide. Según el entendimiento místico, todas estas cosas se refieren a Cristo. Él es Adeodato, de quien se dice por Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado (Isa. IX).» No es incongruente que se le llame hijo del bosque, porque se dignó nacer de los judíos según la carne, quienes, al no haber producido ningún fruto de germen espiritual, como árboles silvestres no plantados en un huerto, sino nacidos estériles en un bosque, existieron. De donde se lee: «Voz del que clama en el desierto (Isa. XL);» esto es, al pueblo infructuoso de los judíos. También con razón se llama polimitario a nuestro Redentor, porque se dedica al estudio de la obra textil, mientras se viste a sí mismo con sus fieles y de ellos teje vestiduras de justicia. De sus vestiduras se dice por el Apóstol: «Para presentarse a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (Ephes. V).» Y por el profeta: «Con todos estos te vestirás como con un ornamento (Isa. XLIX).» De los fieles de Cristo canta el salmista: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Psal. CXXXI).» Y por Ezequiel el Señor reprocha al alma, que adornó decentemente con vestiduras espirituales, pero que ella misma, contaminada por las inmundicias de la fornicación, lo abandonó: «Te vestí, dice, con

colores variados y te calcé con jacinto, y te ceñí con lino fino, y te vestí con telas finas y te adorné con ornamento.» Y poco después: «Y estabas vestida de lino fino, y polimito y muchos colores (Ezech. XVI).» ¿Qué maravilla, pues, si nuestro Redentor es llamado polimitario, quien viste con el adorno de la virtud polimito al alma que adquiere por derecho esponsal? Él es la sabiduría de Dios, de la cual se dice por Salomón: «Porque buscó lana y lino, y trabajó con el consejo de sus manos (Prov. XXXI).» Cuyos dedos tomaron el huso, cuyos domésticos están vestidos de dobles, cuya carne también se hizo vestidura de estrado en la pasión. Pero el mismo lino fino y la púrpura real son su vestidura en la resurrección; quien también con razón es llamado belenita, porque se reconoce que nació en Belén de la Virgen. Lo que se dice: «Porque la tercera guerra fue en Gob,» se entiende porque el verdadero David, Salvador de Israel, antes de la ley y bajo la ley, y después en la gracia evangélica, siempre tuvo fieles guerreros, por quienes luchó contra los filisteos, es decir, contra los espíritus malignos. Por tanto, David vino a esta tercera guerra en Gob, que se interpreta como lago, porque nuestro Redentor, al venir como más fuerte que el hombre fuerte armado (Luc. XI), él mismo descendió incluso hasta los infiernos. De donde dice por el salmista: «Me pusieron en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de muerte (Psal. LXXXVII).» Allí hirió a Goliat de Gat, porque al liberar las almas de los elegidos de las prisiones del infierno, hirió con una herida mortal al antiguo enemigo, que ejercía tiranía sobre ellos.

## CAPÍTULO XVII. En el sermón sobre las vírgenes.

«David sentado en la cátedra, príncipe sapientísimo entre tres. Él como un tierno gusano de madera, que mató a ochocientos de un solo golpe (II Reg. XXIII).» ¿Qué es lo que David es exaltado con tan nuevo y tan inaudito elogio? ¿Quién es este tan humilde y tan sublime? ¿Quién, digo, es este David tan débil y despreciado que lleva la apariencia de un gusano? tan fuerte y poderoso, que de un solo golpe mata a ochocientos hombres? En la paja de la letra parece ridículo, si no se oculta el sacramento en la médula del espíritu. ¿Quién, pues, es este gusano, sino aquel que canta por el mismo David en el salmo: «Pero yo soy un gusano, y no un hombre (Psal. XXI).» Así como el gusano se genera solo de la materia de la madera, así la fe católica confiesa que Cristo fue engendrado sin semilla viril del solo vientre virginal. Pero aunque el gusano sea tierno y débil, y la dureza de la madera fuerte y sólida, el gusano sin embargo convierte la madera en caries y la hace cavernosa y hueca. Así nuestro Redentor, verdaderamente fuerte y deseable, quien se vació a sí mismo, quien no tenía apariencia ni hermosura, apareció débil y despreciado, suavizó poco a poco al género humano, del cual nació, de su rigidez, y procuró para sí un gran espacio de habitación en sus elegidos. Así pues, este David se sienta en la cátedra, porque constituido en la gloria de la majestad paterna juzga todo. A quien el Padre dice: «Siéntate a mi derecha (Psal. CIX).» Es sapientísimo, porque es la misma sabiduría del Padre. Pero, ¿cómo se dice que David es príncipe entre tres, cuando él no tenía un principado entre otros cualquiera, sino que más bien tenía el imperio del cetro real sobre todos? Pues esta alabanza deprecia, no exalta; deprime, no eleva, cuando él no estaba tanto entre tres, como sobre todos. Pero aunque esta sentencia parezca diferir de aquel David, hay a quien puede convenirle muy bien. Bienaventurado y singular es aquel hombre, que místicamente fue llamado gusano, tan pronto como es asumido por el Verbo en la unidad de persona, en la santa Trinidad no principia desigualmente. Es príncipe, pues, entre tres, porque está unido al Verbo, que es persona en la santa Trinidad. Este mató a ochocientos de un solo golpe. El número ocho se refiere a la resurrección, el centenario a la perfección. David, pues, mató a ochocientos de un solo golpe, porque nuestro Salvador mató con la espada de su espíritu a todos los que desean la perfección de la fe o anhelan la gloria de la resurrección, cuando por el misterio de su encarnación y cruz los hizo muertos al amor de

este mundo, y esto lo hizo de un solo golpe, es decir, en un solo advenimiento de su encarnación. «Porque una vez murió por nuestros pecados, ya no muere más (Rom. VI).» ¿No se llama con razón su advenimiento impulso, del cual dice Salomón: «He aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas (Cant. II).» Y David: «Se regocijó, dice, como un gigante para correr el camino (Psal. XVIII).» Porque quien corre, sin duda hace un impulso. Pues también el Verbo de Dios vino como un río de aguas vivas con ímpetu, y como un torrente subvirtió todas las inmundicias de doctrinas ardientes. De donde también en el Cantar de los Cantares se dice: «Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, que fluyen con ímpetu desde el Líbano (Cant. IV).» A este Rey tan humilde y tan sublime, tan débil, pero tan fortísimo, demos gracias, quien por eso se dignó hacerse gusano en la madera, para constituirnos ciudadanos en el cielo. Por eso permitió que el antiguo enemigo del género humano se levantara contra él, para que después no solo por hombres, sino también por mujeres triunfara.

CAPÍTULO XVIII. En la epístola a Alberico en la que responde sobre diez cuestiones.

Preguntas por qué en las Sagradas Escrituras hay esta diversidad, que en el libro de los Reyes (II Reg. XXIV) se lea que David redimió la era de Ornán el jebuseo, junto con los bueyes que debían ofrecerse en holocausto, por solo cincuenta siclos de plata; cuando en las Crónicas se narra que por la sola era dio seiscientos siclos de oro (I Paral. III). Pero es necesario saber sin duda que en el libro de los Reyes se lee que David compró solo los bueyes por cincuenta siclos de plata, pero no se dice cuánto pagó por la era. El libro de las Crónicas, por el contrario, guarda silencio sobre los bueyes, pero afirma que la era fue comprada por seiscientos siclos de oro. Esto se ve fácilmente si en ambos libros se atiende diligentemente al orden de las palabras. Pues en el libro de los Reyes este es el orden de las palabras: «Compró, pues, David la era, y los bueyes por cincuenta siclos de plata.» Donde se debe distinguir así, que primero la Escritura diga: «Compró David la era,» sin expresar cuánto; luego sigue: «Y los bueyes por cincuenta siclos de plata.» En el libro de las Crónicas se lee así: «Dio, pues, David a Ornán por el lugar seiscientos siclos de oro de justo peso, y edificó allí un altar al Señor.» Así, pues, cada Escritura dividió para sí misma, de modo que aquella cuenta el precio de los bueyes, y esta el de la sola era. Las cosas, pues, a las que se les asigna una medida de precio, difieren, pero las santas Escrituras no se contradicen entre sí.

Terminan los testimonios del segundo libro de los Reyes.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL TERCER LIBRO DE LOS REYES.

1. De Abisag la sunamita que servía al rey David, y durmiendo con él calentaba sus miembros seniles, y sin embargo permaneció íntegra.
2. Que David, mientras vivía, perdonó tanto a Joab como a Semei; pero muriendo mandó que fueran eliminados.
3. Que se dice que Salomón tuvo cuarenta mil establos de caballos de carros, doce mil de caballos de montar.
4. Que se dice de él: que habló tres mil proverbios, y sus cánticos fueron cinco mil; y que también discutió sobre los árboles, y sobre los animales, y las aves, y los reptiles, y los peces.
5. Que Salomón erigió dos columnas a la derecha y a la izquierda en el vestíbulo del templo, llamando a una Jaquín y a la otra Booz.

6. Que los vasos del templo del Señor fueron fundidos en la región campestre del Jordán en tierra arcillosa entre Socot y Sartan.
7. De que cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de Dios, de modo que los sacerdotes no podían estar cerca por la nube.
8. Que se dice que no había plata ni se consideraba de ningún valor en el tiempo de Salomón.
9. Que Salomón tenía esposas como setecientas reinas y trescientas concubinas.
10. De la mujer de Sarepta, a la que fue enviado Elías, encontrándola recogiendo dos leños, para cocer y hacer pan para ella y su hijo.
11. De que, al orar Elías, apareció una pequeña nube como la huella de un hombre subiendo del mar.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL TERCER LIBRO DE LOS REYES.

CAPÍTULO PRIMERO. A C. prefecto, donde lo desafía a un combate.

«Buscaron para el rey David sus siervos una joven hermosa en todos los confines de Israel, y encontraron a Abisag la sunamita, y la llevaron al rey; quien dormía con el rey, y le servía, y el rey no la conoció (III Reg. I).» ¿Quién es, pues, esta joven, que de todos los confines de Israel es elegida como singular, y se une al rey David, para que duerma con él y caliente sus miembros fríos? Pregunta a Salomón y él te revelará el sacramento de esta joven: «Posee, dice, sabiduría, posee inteligencia (Prov. IV).» ¿Quieres también escuchar los abrazos de esta virgen? dice: «No la abandones y te tomará; ámala, te exaltará; rodéala, y te glorificará; hónrala, y te abrazará (Ibid.).» Abracemos, pues, la sabiduría, esto es, la vida santa, como esposa, para que engendremos una descendencia digna de herencia. No es que de esta esposa nos suceda una posteridad que muera, sino que viva perpetuamente. Pues lo que nace de la corrupción, necesariamente se corrompe; pero lo que la virginidad engendra no conoce la muerte: ni está sujeto al vicio de la corrupción lo que ha sido engendrado de la incorruptibilidad. Pero veamos la interpretación de estos nombres, para que podamos comprender el sacramento. Abisag se interpreta como mi padre es superfluo, o, el rugido de mi padre. Este superfluo no significa superfluidad, como si no fuera necesario, sino la gracia más abundante del Padre de Dios; el rugido, sin embargo, indica el vehemente clamor de la santa predicación, para que el león de la tribu de Judá resuene, como por el clamor de la santa predicación, quienquiera que yace en los abrazos de Abisag, es decir, de la vida religiosa. Sunamita, en nuestra lengua, se dice escarlata. El alma santa, pues, así como se enrojece con el misterio de la sangre del Señor, así también arde con el fuego del Espíritu Santo. De donde también en la mano de Fares se ata el escarlata, quien dividió la pared bajo la mística separación de los dos pueblos. Y Rahab la ramera, en tipo de la Iglesia, colgó un cordón escarlata para que su casa se salvara cuando Jericó pereciera. De aquí también, y en otro lugar, la Escritura menciona a los santos varones: Estos son los que vinieron del calor de la casa de Rahab. Y la misma Verdad en el Evangelio: «Fuego, dice, vine a traer a la tierra (Luc. XII):» que ciertamente ardía en los corazones de los discípulos, obligándolos a decir: «¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y nos abría las Escrituras?» (Luc. XXIV.) Este, pues, matrimonio místico y espiritual, concibe en la Sunamita el fervor de la gracia, y en Abisag engendra la descendencia de la santa predicación; para que quien lleva en las entrañas del corazón, no omita parir por el oficio de

la boca; y lo que concibe en el corazón por el escarlata, lo engendre en la boca por el rugido de la santa predicación. Concibamos, pues, el fervor de la divina caridad en la Sunamita, para que engendremos el rugido de la predicación en Abisag como descendencia.

CAPÍTULO II. En la epístola a Alberico, donde trata sobre diez cuestiones.

Confieso que muchas veces he dudado por qué David perdonó a Joab y a Semei, a quienes estaba enojado, mientras aún vivía; pero muriendo mandó a Salomón, quien le sucedía en el reino, que fueran eliminados. «Tú, dice, sabes lo que me hizo Joab hijo de Sarvia, lo que hizo a dos príncipes del ejército de Israel, Abner hijo de Ner y Amasa hijo de Jeter, a quienes mató y derramó sangre de guerra en paz.» Y poco después añadió: «Harás, pues, según tu sabiduría, y no harás descender su canicie en paz al sepulcro.» De Semei también dice: «Tienes a Semei contigo, hijo de Gera, hijo de Geminí de Baurim, quien me maldijo con una maldición terrible cuando iba al campamento.» Finalmente, después de interponer algunas cosas, añadió: «Y harás descender sus canas con sangre al sepulcro (III Reg. II).» ¿Qué es, pues, que David los condena muriendo a quienes perdonó viviendo, cuando ciertamente el orden de la razón exige que en los traidores, o en cualquier enemigo, ejerciera la sentencia de venganza viviendo, y muriendo les perdonara misericordiosamente? Pero es necesario saber que por el reino de David, quien fue afligido por tantas persecuciones y miserias, y con sus compañeros de armas fue afligido por tantas adversidades y privaciones, se designa este presente siglo, en el cual Cristo es afligido con sus miembros y la Iglesia es lacerada por muchas tribulaciones. El reino de Salomón, quien con riquezas y gloria superó todos los derechos de las dignidades reales, superó todas las cumbres del imperio principal, anuncia la gloria de la vida futura, en la cual Cristo verdaderamente pacífico disfruta con los suyos de eterna quietud y se deleita solemnemente en el banquete del festín celestial.

Un mismo Redentor nuestro es ahora David, y entonces será Salomón; porque ahora como fuerte de mano no cesa de luchar contra el diablo por medio de sus miembros, y entonces, con toda controversia de carne y espíritu completamente apagada, reinará con su cuerpo, que es la Iglesia, como verdaderamente pacífico en eterna tranquilidad. Ahora en sus elegidos es como David oprimido por los fardos de calamidades, urgido por las presiones de persecuciones y diversas adversidades, triturado por tribulaciones y miserias, después como Salomón poseerá la abundante riqueza de inmortales riquezas. David, pues, viviendo tolera a quienes al final condena, porque el juez del género humano, Cristo, a quien él significaba, ahora misericordiosamente perdona a quienes al final del siglo inflige la sentencia de justa condenación. David, pues, prolonga la misericordia, Salomón juzga con justicia, porque un mismo Redentor nuestro ahora como David tolera equitativamente las iniquidades de los réprobos, y después como Salomón, viniendo en su gloria, los mata como con la espada de su juicio. Esta alternancia del juicio divino se encuentra frecuentemente en los mismos discursos, como allí: «Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Psal. C):» Y: «Dios ama la misericordia y la verdad (Psal. LXXXIII): La misericordia y la verdad se encontraron (Psal. LXXXIV).» Así, pues, mientras la misericordia se antepone a la verdad, como David a Salomón; para que a quienes David piadosamente soporta por misericordia, Salomón los condene justamente por juicio. Y es de notar que por Joab, quien perpetró homicidio con sus manos, se designan aquellos que hacen el mal; por Semei, quien solo maldijo al rey, se figuran aquellos que hablan mal. Pues tanto los que actúan malvadamente, como los que insisten en discursos reprobos y falsos, sin duda serán condenados en el examen de la discusión final; como dice el mismo David: «Odias a todos los que hacen iniquidad; destruirás a los que hablan mentira (Psal. V).»

CAPÍTULO III. En la epístola a Inés la reina.

«Y Salomón tenía cuarenta mil establos de caballos para sus carros y doce mil jinetes (III Reyes IV).» ¿Qué se prefigura por el número cuatro, sino el carro de los evangelistas? ¿Y qué se expresa por el número doce, sino el senado de los apóstoles? Pues por la doctrina evangélica y apostólica el Señor es llevado por toda la extensión del mundo. «Porque los carros de Dios son diez mil veces múltiples, millares de los que se alegran; el Señor está en ellos, en Sinaí en el santuario (Salmo LXVII).» Pues porque Sinaí se interpreta como mandato, es evidente que el Señor es llevado solamente donde se observa el mandato celestial. Sin embargo, es de notar que así como David, quien está oprimido por tantas presiones, representa al Señor trabajando aún en el estadio de la vida mortal, así la incomparable gloria de Salomón prefigura al mismo Señor reinando en la majestad del pináculo paterno después del fin del mundo. Y la sabiduría de Salomón precedía a la sabiduría de todos los orientales y egipcios, porque ciertamente nuestro Redentor supera el entendimiento tanto de ángeles como de hombres.

207 CAPÍTULO IV. En la misma epístola.

También se dice de él: «Porque habló tres mil parábolas, y sus cánticos fueron cinco mil;» donde se añade inmediatamente: «Porque también discutió sobre los árboles desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale del muro, y disertó sobre los animales, las aves, los reptiles y los peces (III Reyes IV).» No se duda que todo esto conviene a nuestro Redentor, quien se ocupa en tratar estas cosas con diligente consideración. Él, ciertamente, habló tres mil parábolas, quien tanto por los hechos místicos de los precedentes como por los oráculos alegóricos de los profetas, o incluso por los documentos resplandecientes del Evangelio, al disertar casi todo bajo el velo de las figuras, como si numerara tres mil parábolas en sus palabras. De donde también en el Evangelio Mateo dice: «Todo esto habló Jesús en parábolas a las multitudes, y sin parábolas no les hablaba (Mateo XIII).» Sus cánticos también son cinco mil, porque el coro de vírgenes, que se describe bajo el número cinco ante su trono, como dice Juan en el Apocalipsis: «Canta un cántico nuevo continuamente (Apocalipsis XIV).» O porque son cinco las heridas del cuerpo del Señor, por las cuales se proclama su gloria triunfal por todo el mundo, se cuentan los cánticos bajo el mismo número bajo el cual se tienen las heridas, por las cuales se merece la gloria de la alabanza eterna de una victoria singular. De donde cuando en los Cánticos se dice: «Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en las hendiduras de la roca y en la caverna del muro;» se añade inmediatamente: «Muéstrame tu rostro; que suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce (Cantar de los Cantares II):»

Ciertamente, porque no tratamos estas cosas con exactitud, sino de manera sucinta y rápida, basta con decir: Porque siendo Cristo la roca, las hendiduras de la roca son sin duda las cicatrices del cuerpo del Señor. Pero cuando después de estas hendiduras de la roca, se ordena que la dulce voz de la esposa suene en los oídos del esposo, ¿qué otra cosa se sugiere sino que cualquier alma piadosa, o la santa Iglesia universal, es exhortada a devolver cánticos de alabanza bajo el mismo número cinco de las heridas, para que de algún modo refiera cánticos del mismo número que las heridas que no ignora que ha recibido, y dedique todos los sentidos de su cuerpo a aquel que ve herido por tantas heridas por ella? Ciertamente, las cinco heridas de nuestros sentidos son sanadas por esas cinco cicatrices del cuerpo del Señor. Pero lo que se dice que Salomón discutió sobre los árboles desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale del muro; aquí necesariamente se remite al entendimiento espiritual, ya que de ninguna manera puede sostenerse la superficie de las letras. Pues el hisopo no se ve salir de los muros, sino que se ve germinar de las montañas rocosas. Por lo

tanto, nuestro muro es la misma condición de nuestra mortalidad, que nos divide como un obstáculo de la contemplación del Creador, como una casa oculta, y nos obliga a declinar más fácilmente hacia lo bajo. «Porque el cuerpo que se corrompe, grava el alma; y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX).» De este muro, por tanto, sale el hisopo, porque de la fragilidad de nuestra mortalidad brota lo que siempre es necesario cortar con el hierro del arrepentimiento. Ciertamente, con el hisopo se purifican las entrañas, por lo cual no incongruentemente se designa la confesión de los pecados. Por lo tanto, nuestro Salomón discutió sobre los árboles, es decir, sobre los hombres enraizados dentro de los miembros de la Iglesia germinante, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale del muro, es decir, desde los mismos santos eminentes, resplandecientes en la justicia, hasta los pecadores y caídos, y finalmente convertidos a los lamentos del arrepentimiento. De aquí que sigue: «Disertó también sobre los animales,» es decir, los ayudantes de los santos, los hombres católicos; «y sobre las aves,» es decir, los hombres, suspendidos por santos deseos hacia lo alto; «y sobre los reptiles y los peces,» es decir, sobre aquellos que arrastran el pecho de la concupiscencia por la tierra y los que vagan por las corrientes de los negocios seculares.

CAPÍTULO V. En la epístola a Alberico, donde se habla de las mansiones de los israelitas.

«Salomón erigió dos columnas en el pórtico del templo del Señor, una a la derecha y otra a la izquierda: a la que estaba a la derecha la llamó Jaquín, que significa firmeza: y a la que estaba a la izquierda, Booz, que significa en fortaleza (III Reyes VII; II Crónicas III). ¿Qué se entiende por la columna que está a la derecha y se llama firmeza, sino el amor de Dios; y qué por la que está a la izquierda y se llama en fortaleza, sino el amor al prójimo? Pues una cosa es la firmeza, es decir, la misma fortaleza, y otra cosa es en fortaleza, ya que una cosa es amar al mismo Señor, y otra cosa es amar al prójimo en Dios. En el amor al prójimo se pone una medida; pero se nos manda amar al Señor sin ninguna medida. Por lo tanto, erigimos la columna que se llama firmeza en el pórtico del templo, cuando en esta presente Iglesia, que es el pórtico de aquella Iglesia celestial, amamos al Señor firmemente y constantemente con todas nuestras fuerzas. Pues el mismo amor, como testimonia el evangelista Juan, es Dios (I Juan IV). Y el Profeta canta de Dios: «Dios mío, y mi fortaleza (Salmo XLII).» Y erigimos la columna que se llama en fortaleza en la parte izquierda del mismo pórtico, cuando amamos a nuestro prójimo en Dios como a nosotros mismos. Donde se debe notar lo que la Escritura prosigue: «Y también como cadenillas en el oráculo, y las puso sobre las cabezas de las columnas (II Crónicas III).» En el oráculo de nuestra mente ponemos cadenillas sobre las cabezas de las columnas, con las cuales conectamos mutuamente ambas columnas, porque ni amamos verdaderamente a Dios sin el prójimo, ni al prójimo sin Dios.

CAPÍTULO VI. En la epístola a A. P. P. donde se queja de la insolencia de los hombres perversos.

De los vasos que Hiram hizo por orden del rey Salomón en la casa del Señor está escrito: «Porque el rey los fundió en la región llana del Jordán en tierra arcillosa entre Socot y Sartan (III Reyes VII).» Socot se traduce como tabernáculos, y Sartan se interpreta como tribulación de ellos, o de los demolidos o de los que coartan. ¿Qué se entiende, pues, por Socot, que dijimos se interpreta como tabernáculos, sino los hombres santos, que dicen: «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura? (Hebreos XIII)» Y Pedro: «Estoy seguro, dice, que la deposición de mi tabernáculo es inminente (II Pedro I).» ¿Y qué se entiende por Sartan, que se dice tribulación de ellos, sino la persecución de los réprobos que nos tribulan? Estos ciertamente son demolidores y coartadores, porque mientras intentan demoler y destruir el edificio de nuestra fe o de la buena obra, nos coartan con las duras

calamidades de las injurias y presiones. Por lo tanto, los vasos del templo, es decir, todos los elegidos, se funden en la región llana del Jordán, es decir, en la humildad del bautismo; entre Socot y Sardan, es decir, entre justos y perversos, para que se proponga a ellos la forma de los buenos como ejemplo a imitar de recta conversación, y la persecución de los perversos les sirva para el cúmulo de méritos. «El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación a los hombres justos (Eclesiástico XXVII).»

Por lo tanto, en tierra árida se funden los vasos del templo, porque la mente del hombre no es apta para recibir el don de la gracia celestial, a menos que primero haya sido secada de todo humor de la lujuria carnal. Pues los corazones secos emiten un sonido claro de armonía, los húmedos emiten un sonido obtuso. También el tambor suena sordo si cualquier líquido lo humedece. Así es necesario que la mente del hombre esté seca de la voluptuosidad de la carne, para que su oración sea aguda en los oídos de Dios omnipotente. Pues así como el ojo, cuando se expone a los rayos del sol, intenta en vano ver, y aunque se esfuerza por abrir las órbitas huecas y las pupilas vacías, no puede contemplar el esplendor con el que está bañado, así se eleva en vano para desear la luz de la contemplación, quien ha perdido la agudeza del corazón por el mérito de la vida secular. Pues si cualquier desconocido irrumpe en la cámara del rey y se presenta ante él como un familiar, no disfruta del discurso del rey, porque no es querido por él por la gracia del conocimiento anterior, así nosotros, infelices y miserables, lo cual digo de mis semejantes, a menudo estamos solos en la reclusión de una celda estrecha, temblando ante la majestad divina, pero, debido a los pecados que nos obstaculizan, no merecemos ni el resplandor del fuego interior ni la gracia de la compunción. Así, pues, parecemos estar ante la presencia del rey, pero porque no somos conocidos por él por la rectitud de la vida, no gustamos de la dulzura de la conversación interna. Pero, ¡oh dulzura meliflua, cuando el Señor se deleita en el siervo, y el siervo se deleita en el Señor! De donde el Salmista: «Sea dulce para él mi alabanza; yo, en cambio, me deleitaré en el Señor (Salmo CIII).»

## CAPÍTULO VII. En el sermón sobre la natividad de Santa María

«Sucedió que cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa del Señor, y los sacerdotes no podían permanecer cerca a causa de la nube; porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor (III Reyes VIII).» «Todo esto,» como dice el insigne predicador, «les sucedía en figura (I Corintios X).» La gloria del Señor se entiende como Cristo, cuya fe ha llenado el mundo; de esta gloria, cuando Moisés intercedía ante el Señor por el becerro adorado para que perdonara al pueblo pecador, el Señor respondió: «Seré propicio a él; sin embargo, vivo yo, y vive mi nombre, porque toda la tierra se llenará de mi gloria (Números XXIV).» Pero que la nube llenó la casa de Dios, y los sacerdotes no podían ministrar a causa de la nube, esta sentencia insinúa a los soberbios pontífices y doctores de los judíos, quienes, al despreciar investigar los sacramentos de la encarnación de Cristo, pierden el debido ministerio de su fe por la nube del error: pues así llenó la oscuridad de la infidelidad sus mentes, que, por sus propios méritos, no reconocen el culto de la credulidad. Por lo tanto, el Señor descendió en una nube a aquel templo, para designar la ceguera de la oscuridad de la infidelidad judía. En esto está escrito: «En el sol puso su tabernáculo (Salmo XVIII), para iluminar a los que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte (Lucas I).» Aquel templo, pues, Dios omnipotente le confirió la gloria de su advenimiento, pero no recibió nada de él en su naturaleza. Sin embargo, en el vientre de la beatísima Virgen, no solo se dignó descender, sino que también unió a sí mismo la perfecta sustancia de nuestra mortalidad. Cuanto mayor es, por tanto, la dignidad de nuestro templo, tanto más gloriosa debe ser su solemnidad. Aquel cuerpo de Cristo, que la beatísima Virgen engendró, que sostuvo en su regazo, que crió con pañales, que nutrió con cuidado materno, eso, digo, sin

ninguna duda, no percibimos ahora de otro modo del sagrado altar, y bebemos su sangre en el sacramento de nuestra redención. Esto lo sostiene la fe católica, esto enseña fielmente la santa Iglesia.

#### CAPÍTULO VIII. En la epístola a Inés la reina.

«No había plata, ni se consideraba de ningún valor en los días de Salomón (III Reyes X).» Lo cual, ciertamente, ¿cómo se sostendrá según la letra, para que se pueda creer que en el tiempo de Salomón la plata o bien no existía en absoluto, y por lo tanto fue completamente eliminada de la tierra, o bien no tenía ningún valor, o al menos era de escaso valor? Pues si no tenía ningún valor, como se dice, entonces mil talentos de plata no podrían ser considerados ni siquiera del valor de una sola oveja; lo cual, ciertamente, creerlo, cuán frívolo, cuán inepto parece, lo refuta el mismo texto y el orden de las palabras, que después de afirmar: «No había plata, ni se consideraba de ningún valor en los días de Salomón,» añade inmediatamente: «Porque la flota del rey, junto con la flota de Hiram, iba una vez cada tres años a Tarsis, llevando de allí oro y plata.» ¿Por qué, entonces, esa flota llevaría este metal a través de tantos peligros marinos, si no tuviera ningún valor? Y poco después se dice: «Porque se le ofrecían vasos de oro y plata;» luego se añade: «Salía un carro de Egipto por seiscientos siclos de plata y caballos por ciento cincuenta (Ibid.).» Por lo tanto, la plata no carecía de valor, con la cual se compraban los vehículos de los caballos, sino que la plata designa la claridad de la predicación eclesiástica, de la cual se dice: «Las palabras del Señor son palabras puras, plata (Salmo XI).» No la consideraremos, por así decirlo, de ningún valor, ni seremos en absoluto necesitados de ella, después de que hayamos sido trasladados al reino del verdadero Salomón desde esta calamidad; pues no necesitaremos entonces del discurso de la predicación, donde se nos da ver al rey de la gloria en su esplendor cara a cara, a quien acostumbramos escuchar en todas partes de la boca del predicador. Así lo promete el Señor por el profeta, diciendo: «Nadie dirá: Conozco al Señor; porque todos me conocerán, desde el mayor hasta el menor, dice el Señor (Jeremías III, XXXI).» Pero tal vez alguien afirme que forzamos las palabras de la Escritura a nuestro entendimiento, y que lo que Salomón parece afirmar de sí mismo, lo atribuye especialmente en todo al Salvador. Que diga, pues, el asertor de la objeción cómo puede Salomón competir en razón con lo que parece decir de sí mismo: «Porque el Señor me dio el verdadero conocimiento de estas cosas, para que sepa la disposición del orbe de la tierra y las virtudes de los elementos, el principio y el fin y la mitad de los tiempos, la vicisitud, las permutaciones de los hombres, y aprendió todo lo que está oculto e imprevisto (Proverbios VII).» Pues, para no hablar de las demás cosas por el momento, ¿cómo pudo Salomón conocer los pensamientos de los hombres, cuando él mismo dice a Dios en otro lugar: «Tú solo conoces los corazones de todos los hijos de los hombres?» (II Crónicas VI.) Pero, ¿quién aprendió todo lo oculto e imprevisto, sino nuestro Redentor, en cuyo pecho están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Colosenses II), quien ciertamente por la humanidad aprendió lo que por la divinidad conocía naturalmente.

#### CAPÍTULO IX. En el sermón sobre San Antimo.

Se lee que «Salomón tuvo esposas como reinas setecientas y concubinas trescientas (III Reyes XI).» Pero, ¿qué tengo yo que ver con el harén de Salomón? Pero, sacudiendo la paja de las palabras, se encuentra el misterio en la médula. ¿Qué se entiende por las setecientas, que se mencionan como esposas y reinas, sino aquellas almas que tienen el Espíritu de gracia septiforme y obtienen como un principado real sobre los movimientos de los vicios que resuenan? ¿Y qué se entiende por las trescientas, y también concubinas, sino aquellas almas que, por la sola fe en la Santísima Trinidad, han entrado en el tálamo del rey, pero no

teniendo la limpieza de la conversación casta y de una especie de pudor matronal, no merecen las tablas dotalicias de las esposas? Estas ciertamente están unidas a Salomón por comercio, porque perciben los sacramentos de nuestro Salvador, el verdadero pacífico, y sin embargo, por la degenerada pereza de una vida lisonjera, no teniendo afecto de pudor para un solo esposo, no ascienden al dotalicio del pacto nupcial. En verdad, aquellas almas son dignas del nombre de esposas y reinas, que descansan en el solo deseo del esposo celestial, que luchan infatigablemente contra las tentaciones de los espíritus malignos. Así testifica la Escritura sobre el mismo Salomón, porque «también hizo tributarios a los extranjeros; pero de los hijos de Israel no constituyó el rey a ninguno para servir; sino que eran hombres de guerra, y sus ministros, y príncipes, y capitanes, y prefectos de carros y caballos (III Reyes IX),» donde se muestra claramente cuál es la diferencia entre concubinas y reinas; qué diferencia hay entre aquellos que pagan los tributos de la dura servidumbre del pecado, y aquellos que, por las guerras apaciguadas, obtienen las insignias del principado de los combates.

CAPÍTULO X. En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Dijo la mujer de Sarepta a Elías, a quien el Señor había enviado para ser alimentado por ella: He aquí que recojo dos leños, para que entre y haga para mí y para mi hijo un poco de harina y aceite que tengo, para que comamos y muramos (III Reyes XVII).» Esta mujer recogía dos leños, con los cuales pudiera proveer alimento escaso para sí misma y para su hijo; pero la harina y el aceite de esta viuda son bendecidos para la abundancia de los frutos de la caridad y la alegría ya entonces en el sacramento de la Iglesia: «Porque Dios ama al dador alegre (II Corintios III).» Esta viuda era la santa Iglesia, de la cual se dice: «Bendeciré abundantemente a su viuda (Salmo CXXXI).» A quien le era lícito unirse a quien quisiera después de la muerte de su esposo, porque, al cesar la ley, inmediatamente la Iglesia mereció unirse a Cristo, quien es el fin de la ley para justicia a todo creyente (Romanos X). Ella anhelaba un alimento que fuera cocido con dos leños, y la santa Iglesia tiene hambre del pan vivo del cielo, que está asado en el altar de la cruz.

CAPÍTULO XI. En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«He aquí que una pequeña nube como la huella de un hombre subía del mar (III Reyes XVIII).» Porque no se dice como un hombre, sino como la huella de un hombre, correctamente se designa por esto la cruz, que está adaptada a los miembros del Señor. Y bien se dice que la cruz es la huella de un hombre, porque por ella Dios hombre hizo su tránsito, cuando regresó al Padre. Como se dice por Juan: «Sabido Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre (Juan XIII).» La Pascua, en efecto, se llama tránsito. Y este tránsito se hizo por la cruz, como dice el Apóstol: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolada (I Corintios V).» Así como por la Virgen descendió a lo nuestro, así por la cruz regresó a lo suyo. Lo cual expresó congruentemente aquel milagro hecho bajo Eliseo. Pues cuando junto al Jordán se cortaban leños, de repente el hacha de uno que cortaba la madera cayó al agua (IV Reyes VI).

Terminan los testimonios del libro tercero de los Reyes.

213 214 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO CUARTO DE LOS REYES. 1.  
Cómo Eliseo sanó las aguas de Jericó con la adición de sal.

2. De cómo los niños se burlaban de Eliseo cuando subía a Betel, diciendo: Sube, calvo, sube, calvo.

3. Te ruego, dijo Naamán a Eliseo, concede a tu siervo que tome la carga de dos mulas de tierra.

4. De cómo, cuando Eliseo arrojó un madero al agua, el hacha que había caído volvió al mango.

5. De cómo Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez líneas en los grados del reloj de sol, como señal de su recuperación.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO CUARTO DE LOS REYES.

CAPÍTULO PRIMERO. En el sermón sobre la exaltación de la Santa Cruz.

Cuando los hombres de Jericó se quejaron a Eliseo de que las aguas eran malas y la tierra estéril, dijo: Traedme un vaso nuevo y poned sal en él; luego sumergió la sal en la fuente de las aguas y así sanó las aguas de toda muerte y esterilidad (IV Reg. II).» Esto, en resumen, no insinúa otra cosa sino que el Verbo se haría carne y habitaría entre nosotros (Juan I). ¿Qué son las aguas sino los pueblos del mundo? ¿Qué es el vaso nuevo sino el cuerpo del Señor, no manchado por la iniquidad de la transgresión, ni desgastado por el abuso del hombre viejo? ¿Y qué es la sal sino la sabiduría celestial? La sabiduría del Padre descendió al cuerpo humano, y así convirtió las mentes de todos los fieles a la fertilidad y dulzura de la inteligencia vital. Esta dulzura permaneció oculta hasta que la sal se sumergió en el agua, es decir, hasta que Él colgó en la cruz, quien dice: «Sálvame, Dios, porque las aguas han llegado hasta mi alma (Salmo LXVIII).» Desde entonces, el hombre aprendió qué debía desear y qué evitar.

CAPÍTULO II. En el sermón sobre San Casiano.

Cuando Eliseo subía por el camino que lleva a Betel, unos niños pequeños salieron de la ciudad y se burlaban de él, diciendo: «Sube, calvo, sube, calvo. Él, al mirarlos, los maldijo en el nombre del Señor.» Y enseguida la Escritura añade: «Salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos de ellos (IV Reg. II).» ¿Qué debe entenderse por Eliseo sino el Mediador entre Dios y los hombres? ¿Y qué se expresa por Betel, que se interpreta como casa de Dios, sino la bienaventuranza celestial? Por el camino que lleva a Betel, nuestro Redentor ascendía cuando se acercaba a la pasión; como ya en la misma cena sacrosanta y mística dice a los discípulos: «Voy al que me envió (Juan XVI).» Pero mientras subía a Betel, es decir, mientras por el misterio de su santísima pasión se esforzaba por regresar al Padre, los niños pequeños que salieron de la ciudad se burlaban de él, diciendo: «Sube, calvo, sube, calvo,» porque los judíos, vacíos de toda gravedad y sabiduría, con esa puerilidad de la que se dice: «Maldito el niño de cien años (Isaías LXV),» lo arrastran al lugar llamado Calvario, y arden contra él con las furias viperinas de las burlas y los oprobios. El lugar del Calvario se llamaba así por las calvas cortadas, porque allí solían decapitar a los condenados. Y es de notar que se dice que los niños salieron de la ciudad, porque, como dice el Apóstol: «Para santificar al pueblo con su propia sangre, el Señor sufrió fuera de la puerta (Hebreos XIII).» Además, lo que sigue: «Porque salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos de ellos,» por el número de los niños, se señala el número de años; en el año cuarenta y dos después de la pasión del Señor, como relatan las historias, Tito y Vespasiano, dos reyes, salieron de los bosques de las naciones como dos osos feroces del bosque de las fieras, y despedazaron a los niños, porque viniendo a la destrucción de Jerusalén derrotaron a los judíos en su furia.

CAPÍTULO III. En la carta a Hildebrando y Esteban, donde se dice cómo el alma racional llega a la perfección.

«Te ruego, dijo Naamán, concede a tu siervo que tome la carga de dos mulas de tierra (IV Reg. V).» ¿Qué designa Naamán el sirio por alegoría, sino el género humano? Así como Naamán, antes leproso, tan pronto como se lavó siete veces en el agua del Jordán, fue purificado de toda lepra; así el pueblo mundano, recibiendo los siete dones de aquella paloma que descendió sobre el Señor en el Jordán (Mateo III; Marcos I; Lucas III; Juan I), a través del lavacro del sagrado bautismo, dejó atrás las manchas de los pecados. ¿Qué significa la tierra que pide Naamán, sino la encarnación del Redentor? Esta es, por el misterio, aquella tierra de promesa que se dice que fluye leche y miel. La leche fluye de la carne, la miel viene de lo alto. Porque en un solo Mediador entre Dios y los hombres se reconoce que hay tanto la leche de la humanidad como la miel de la divinidad, correctamente por la tierra que mana leche y miel se figura el misterio de su encarnación. Y lo que pide de esta tierra la carga de dos mulas, ¿qué otra cosa significa sino los documentos de los dos Apóstoles, Pedro y Pablo? De donde uno de ellos dice: «El que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí entre los gentiles (Gálatas II).» Y porque no solo los apóstoles, sino todos los predicadores deben tener conocimiento y acción, el Señor envió a dos discípulos al castillo que estaba frente a él; y, como testifica Lucas, envió gemelos a cada ciudad y lugar a donde él mismo había de ir (Lucas X). Por lo tanto, lo que Naamán pide en la tierra santa la carga de dos mulas sobre la encarnación del Señor, parece que el género humano solicita la doctrina apostólica, para que estos cargadores traigan al mundo la tierra de la cual se haga un altar para ofrecer sacrificios ante el Creador. De donde manda a los hijos de Israel, diciendo: «Haréis para mí un altar de tierra (Éxodo XX).» Y lo que Naamán no pidió la tierra al profeta por otra razón, sino para construir un altar al Señor, lo muestra en sus propias palabras, cuando allí mismo añade: «Porque tu siervo no ofrecerá más holocausto ni sacrificio a dioses ajenos, sino al Señor (IV Reg. V).»

CAPÍTULO IV. En el sermón sobre el hallazgo de la Santa Cruz.

«Cuando los hijos de los profetas cortaban madera junto al Jordán, de repente el hacha de uno de ellos cayó al agua; entonces el profeta arrojó un madero al agua, y enseguida el hierro flotó y volvió al mango (IV Reg. VI).» ¿Qué es el hacha sino la sabiduría de Dios obrando a través del cuerpo? ¿Qué es el hierro sino la divinidad? ¿Qué es el madero sino la humanidad? Y correctamente se llama madero al cuerpo de Cristo, que colgó en el madero. El hacha, pues, cortaba árboles junto al Jordán, porque la sabiduría de Dios, junto al curso fluido de nuestra mortalidad, se dignó corregir a los impíos judíos con la severidad de su predicación y cortar como árboles infructuosos del estado de rígida soberbia. De donde Juan dice: «Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego (Mateo III; Lucas III).» Así que mientras se cortaban los árboles, el hierro cayó al agua desde el mango, porque mientras la Verdad corregía las mentes salvajes de los judíos, la divinidad, sin abandonar la carne, descendió a las profundidades del infierno acompañada del espíritu. Pero el madero se arroja al agua y el hierro regresa, porque el cuerpo del Señor, que había colgado en el madero, se coloca en el sepulcro y luego, desde las profundidades del infierno, resucita con el espíritu que regresa. De donde es de notar y considerar diligentemente que nuestro Redentor pasó primero por la cruz, y así elevó su humanidad a la gloria de la diestra del Padre. Nos dio un ejemplo, para que donde se sabe que la cabeza ha precedido, por el mismo camino los miembros que siguen avancen.

216 CAPÍTULO V. En el sermón sobre San Bonifacio.

«El rey Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez líneas en los grados del reloj de sol, por los que ya había descendido (IV Reg. XX).» ¿Qué insinúan mística estos grados de aquel reloj de sol, en el que el rey Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez líneas, sino que nuestro Salvador descendió a las profundidades de nuestra mortalidad en igual número de grados, cuando vino a redimir al género humano? Pues exhibió ciertos grados cuando vino del cielo al vientre de la Virgen, del vientre al pesebre, del pesebre a la circuncisión, de la circuncisión al templo, del templo al bautismo, del bautismo a la cruz, de la cruz a la muerte, de la muerte al sepulcro; finalmente descendió al infierno, para liberar de allí a los santos, a quienes devolvería a la gloria celestial, habiendo vencido el dominio de la muerte. Claramente, para hacernos correr tras él, dispuso estos grados por nosotros, la Verdad manifestada en la carne descendiendo hacia nosotros; y de alguna manera el sol de justicia, Cristo, distinguió estos momentos inclinándose hacia nosotros. «Quien ciertamente se alegró como un gigante para correr el camino (Salmo XVIII);» para que le dijéramos de corazón: «Atráeme tras de ti, correremos en el aroma de tus ungüentos (Cantar de los Cantares I).» Así que el sol había descendido ya por diez grados del reloj de sol, pero volvió por esos mismos grados; lo cual era una señal de que el rey Ezequías confiaba en ser restaurado a su salud anterior. En verdad, el género humano no recuperó la integridad que había perdido por la erosión de su debilidad, cuando la verdadera luz, Cristo, recorrió esos diez grados del reloj místico humillándose hacia nuestro ocaso, aunque por la sombra de los diez grados también podemos entender de otra manera el sacramento de la disposición celestial. Las diversidades de los tiempos son como ciertas distinciones en el reloj de las líneas. Para el sol de justicia, Cristo, el primer grado de descenso hacia nosotros fue de Dios a Ángel. De donde se dice por Isaías: «Ángel del gran consejo (Isaías IX).» Y el que hablaba con Jacob es llamado ángel. De ahí que por el mismo Jacob se dice: «El ángel del Señor me dijo en sueños: Yo soy el Señor de Betel, donde ungieste la piedra y me hiciste un voto (Génesis III);» evidentemente para mostrar que el mismo que habla es a la vez Dios y ángel. El segundo grado de descenso fue en los patriarcas, por quienes el mismo Señor estableció el culto de un solo Dios y los fundamentos de la verdadera fe. El tercero en la promulgación de la ley, que él mismo primero pronunció ante el pueblo, y luego escribió en tablas de piedra con su propio dedo. El cuarto en Josué, en quien, como en el nombre, así también en la obra, condujo al pueblo a la tierra prometida. El quinto grado fue en los jueces, por quienes ciertamente él mismo gobernaba al pueblo israelita. El sexto en los reyes de los judíos, porque en ellos principalmente él reinaba. El séptimo en los profetas, porque por ellos él mismo fue anunciado y habló. El octavo en los pontífices, en quienes él mismo, que es el sumo Pontífice, figuró el misterio de su verdadero y eterno sacerdocio. El noveno grado fue designado en el hombre. El décimo en la pasión. Por estos diez grados, como por la sombra del antiguo testamento, el Sol de justicia, Cristo, descendió al ocaso de nuestra mortalidad; y por ellos, después de su resurrección, ascendió victorioso al cielo e iluminó toda aquella sombra de la antigua ley con los rayos de su verdad y nueva gracia, revelando lo oscuro, descubriendo lo cerrado y desnudando todo lo recto bajo el velo de la letra. Y así como entonces el sol había avanzado línea por línea y lentamente, pero de repente regresó a la fuente de su origen; así ciertamente, así nuestro Redentor había señalado las cosas que sobre el misterio de su encarnación a través de largos intervalos de tiempo de repente reveló en la sola gloria de su resurrección y ascensión.

Terminan los testimonios del libro IV de los Reyes.

DEL LIBRO DE ESDRAS.

En la carta a Cuniberto, obispo de Turín.

«Que algunos sacerdotes buscaron la escritura de su genealogía. Por lo cual, al no encontrarla, fueron expulsados del sacerdocio.»

Es piadoso creer que cualquiera que, reconociendo y abandonando ahora sus propios pecados, se reprime humildemente de su ministerio, en el día del juicio obtendrá el mismo orden del que se privó voluntariamente. Lo cual parece significarse en el libro de Esdras, donde se describe la genealogía de los sacerdotes. Allí, en efecto, la sagrada historia narra que «algunos sacerdotes buscaron la escritura de su genealogía, y como no pudieron encontrarla, fueron expulsados del sacerdocio (II Esdr. II).» Claramente, son verdaderamente sacerdotes aquellos que viven sacerdotalmente. Estos guardan la línea del género sacerdotal que ofrecen su vida al Señor como sacrificio y testifican religiosamente que descienden de la estirpe sacerdotal, mientras imitan los ejemplos de los santos sacerdotes que leen, entonces en las sagradas escrituras se reconocen como hijos de los sacerdotes. Pero aquellos que viven carnalmente, y siguiendo las huellas de los perversos como si descendieran de la generación de los seculares, merecidamente son expulsados del orden de los sacerdotes, de quienes por su vida reprobable no pueden encontrarse como hijos. Y es de notar lo que sigue allí: «Athersatha les dijo que no comieran de las cosas santas de los santos, hasta que se levantara un sacerdote de Dios docto y perfecto (Ibid.).» En esta prohibición, ¿qué otra cosa debe entenderse por el misterio de la alegoría, sino que quien es digno del sacerdocio, se abstenga de recibir los sacramentos y de la administración del orden sacerdotal, hasta que Cristo en el juicio, que es verdaderamente Sacerdote docto y perfecto, se levante? Como se dice por el Salmista: «La tierra tembló y se aquietó, cuando Dios se levantó en el juicio (Salmo LXXV),» para que aquel, por cuyo temor cualquiera que haya caído aquí se privó voluntariamente de su dignidad, en el juicio lo restituya con grata reciprocidad al culmen del orden perdido, diciendo: «Amigo, sube más alto, y entonces tendrás gloria ante los que se sientan contigo (Lucas XIV).» Pero hay algunos, lo cual no debe pasarse por alto, que, según el Apóstol, «desesperando se entregaron a la inmundicia (Efesios IV);» pues desesperando completamente de la continencia se reprimen de la administración del orden recibido; y así confían en pecar como si fuera impunemente, como si un siervo dijera a su señor: Porque no puedo cumplir lo que mandas, me transfiero a los campamentos de tus enemigos y me entrego a ellos como rendido para luchar contra ti; como si pudiera aplacar a su señor por huir, y no pudiera irritarlo por levantarse en armas contra él. A estos les anuncio con firmeza y sin ninguna ambigüedad que se engañan con una promesa vana y frívola, si confiando en no cumplir el oficio creen estar exentos del oficio. Aunque cese la frecuencia o ejecución del orden o del oficio en el ordenado, sin embargo, permanece no menos el sacramento del orden. Y así como un hombre, aunque cese de la obra conyugal, de ningún modo se libera de la unión del matrimonio; así el clérigo, aunque no ejerza el oficio de su orden, no se despoja del sacramento de ese orden. Deben cuidarse, pues, de que no les sobrevenga aquella temible sentencia, por la cual el Apóstol dice: «Es imposible, dice, que aquellos que una vez fueron iluminados, gustaron también el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, gustaron igualmente la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero y cayeron, sean renovados de nuevo para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a la vergüenza (Hebreos VI).» Así claramente parecen actuar como si alguno de los israelitas, queriendo fornicar con los ídolos, dijera: porque no puedo observar la dura y rígida ley de Dios, pasaré al rito gentil como si al apartarse de la ley, no fuera deudor a la ley y de este modo aunque no sea digno de premio por haber guardado la ley, sin embargo, no esté sujeto a la venganza por haberla despreciado. Pero escuchemos lo que la severidad divina dice a tales en el Deuteronomio: «Y cuando alguno oyere las palabras de este juramento, se bendecirá en su corazón, diciendo: Tendré paz, aunque ande en la perversidad de mi corazón, y el ebrio se lleve al sediento y el Señor le perdone; pero entonces el humo de

su ira se encenderá y su celo contra aquel hombre, y caerán sobre él todas las maldiciones que están escritas en este libro, y borraré su nombre de debajo del cielo, y lo consumirá en perdición de entre todas las tribus de Israel conforme a las maldiciones que están contenidas en el libro de esta ley y pacto (Deut. XXIX).» Y también el Salmista dice, «Malditos los que se desvían de tus mandamientos (Salmo CXVIII).» Y por Ezequiel el Señor dice: «Ni se hará el pensamiento de vuestra mente diciendo: Seremos como las naciones y como las familias de la tierra, para servir a la madera y a la piedra. Vivo yo, dice el Señor Dios, que con mano fuerte y brazo extendido y en furor derramado reinaré sobre vosotros y os sacaré de entre los pueblos, y os reuniré de las tierras en las que estáis dispersos, y os someteré a mi cetro (Ezequiel XX).»

## 219 DEL LIBRO DE TOBÍAS.

Recuerda lo que la Escritura testimonia sobre Tobías, el hombre justo: «Sucedió, dice, que un día, fatigado por la sepultura, al llegar a casa, se recostó junto a la pared y se durmió, y mientras dormía, excrementos calientes de golondrinas cayeron sobre sus ojos y quedó ciego (Tob. II).» Fatigado por la sepultura, al lanzarse como si sus fuerzas estuvieran quebrantadas, pierde la vista. Quien persevera incansablemente en las buenas obras, guarda intacto el ojo del corazón, pero cuando se quiebra con pusilanimidad, no es injusto que se le prive de la luz. Por eso está escrito: «¡Ay de los que han perdido la paciencia (Eccli. II)!» De ahí que Pablo diga: «Velad, estad firmes en la fe, comportaos varonilmente (I Cor. XVI).» ¿Qué significan las golondrinas que vuelan ligeramente, sino las costumbres ligeras de los aduladores y de los que hablan con halagos? que mientras con su suavidad halagan con palabras melosas, mientras ungen la cabeza del oyente con el aceite de la adulación, ciegan los ojos interiores para que no disfruten de la luz habitual. «Me corregiré, dice, el justo con misericordia y me reprenderá; pero que el aceite del pecador no unja mi cabeza (Psal. CXL).» Y como si se arrojara estiércol a los ojos, cuando las palabras del adulador untan a cualquiera con su verbosidad halagadora, de quienes a menudo se dice: Vive mientras vivas, recrea el cuerpo con manjares, no sea que si se mortifica demasiado, la carne frágil, oprimida por tantos trabajos, sucumba pronto; que tu persona se adorne con vestiduras más excelsas, para que se conserve la dignidad del espíritu que posee; que se aglomere a tus lados una multitud de clientes, para que mientras la multitud de los que te rodean te adorne, el honor se devalúe. Pero si se nos revela esta amargura de la malicia diabólica, las tinieblas de la tentación desaparecen por completo. Por eso también se dice allí: «Entonces Tobías, tomando la hiel del pez, ungió los ojos de su padre, y enseguida comenzó la nube a salir de sus ojos como una membrana de huevo, y al instante recobró la vista (Tob. XI).» La hiel del pez es la malicia de Behemot, que es el principio de toda iniquidad. Así, el ciego es ungido con la hiel del pez y de inmediato la ceguera se disipa, porque cuando se nos muestra la amargura de la astucia diabólica, la oscuridad de las tinieblas se disipa de inmediato, y la luz interior, que había sufrido un eclipse, se restaura. Y es de notar que se dice que primero salió la nube de sus ojos y así la luz fue restaurada de inmediato. Quien lleva una nube en los ojos es aquel que tiene de sí mismo una opinión de santidad. Por tanto, quien quiera recuperar la luz, primero debe cortar de sí la nube de la estimación afectada, para que no se niegue a sí mismo como pecador, quien desea escapar de la ceguera del pecado. «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Matth. V).» Estos son los ojos de los que se dice en el Cantar de los Cantares: «Tus ojos son como palomas, sin lo que se oculta en el interior (Cant. IV).

## DEL LIBRO DE JOB.

Del sermón sobre San Jorge.

«¿Quién encerró con puertas el mar, cuando brotaba como saliendo del vientre?» Y poco después: «Lo rodeé con mis límites, y puse cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás más allá, y aquí romperás tus olas hinchadas (Job XXXVIII).» En verdad, correctamente se designa por el mar el corazón del hombre perverso, que está turbado por la furia, amargo por las disputas, hinchado por la soberbia de la arrogancia, oscuro por la maliciosa fraude. Entonces Dios separó el mar y contuvo las olas amenazantes de inundar la tierra, para que la tierra produjera hierbas verdes y árboles frutales y luego diera frutos de las cosechas. También ahora separa de sus elegidos los torbellinos de los réprobos que los persiguen y, como si fueran tempestades furiosas, los contiene; y aunque permite que se enfurezcan hasta infligir tormentos a los cuerpos, no obstante, protege sus almas invictas con la protección vigilante de su brazo, diciendo de alguna manera al mar: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá, y aquí romperás tus olas hinchadas.» Como si dijera claramente: Te permito llegar hasta infligir tormentos a los cuerpos; pero para que no fluyas hasta el alma con tus cúmulos hinchados, te opongo la playa de mi ley, para que mientras se opone la playa a la furia de tus olas, la tierra del corazón quede libre para producir los brotes de los frutos.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS SALMOS.

1. Del impío exaltado y abatido.
2. De los impíos puestos como ovejas en el infierno.
3. Dios mío, muéstrame el bien sobre mis enemigos; no los mates, para que no olviden tu ley.
4. De los holocaustos con médula.
5. No me sumerja la tempestad de agua, etc.
6. De la exaltación de los réprobos.
7. Los hijos de Efraín tensando el arco.
8. Los montes altos para los ciervos, la roca refugio para los erizos.
9. De lo que se dice: Dije en mi exceso de mente: Todo hombre es mentiroso.
10. De lo que se dice: Sea tu mano para salvarme.
11. Como el ungüento en la cabeza que desciende, etc.
12. No inclines mi corazón a palabra mala.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS SALMOS.

PRIMER CAPÍTULO. En la carta al abad Desiderio, donde se discute sobre la omnipotencia de Dios.

«Vi al impío superexaltado, y elevado sobre los cedros del Líbano; pasé, y he aquí que no estaba (Psal. XXXVI).» Quizás aún se banquetaba espléndidamente, sostenido por grupos de

servidores, rodeado de tropas de guerreros, a quien el Profeta vio superexaltado y elevado; y al pasar a contemplar las cosas supremas, lo que tal vez había creído grande, reconoció que no era nada. Entonces, cuando se hinchan con riquezas, cuando se elevan arrogantemente sobre otros, cuando finalmente oprimen a los inferiores con la violencia de la tiranía, entonces, digo, son tanto más nada cuanto más lejos están de aquel que verdaderamente y sumamente es.

#### CAPÍTULO II. En la carta a Hermisindo.

«Como ovejas en el infierno están puestos, y la muerte los pastoreará (Psal. XLVIII).» Cristo tiene ovejas, que introduce en los verdes pastos celestiales; también las tiene aquel león rugiente, que con insaciable boca sangrienta las devora. Bien se le llama muerte, porque, siendo autor de la muerte, se lanza cruelmente para infligirnos la destrucción: de donde Juan: «Y he aquí un caballo pálido, y el que lo montaba se llamaba Muerte (Apoc. VI).»

CAPÍTULO III. En la carta al abad Desiderio, donde se dice que es más digno de honor quien rechaza la dignidad que quien permanece en ella.

«Dios, Dios mío, muéstrame el bien sobre mis enemigos; no los mates, para que no olviden tu ley (Psal. LVIII).» Con la providente disposición de nuestro Redentor, se actúa divinamente para que, como para guardar la casa de la ley, se reserven las reliquias de los judíos; para que ellos sean de alguna manera nuestros archivistas y lleven los libros del celestial discurso en la misma lengua en que fueron escritos, por todo el mundo, para que ellos, que son nuestros enemigos, si alguna vez surge una duda, nos quiten toda ambigüedad. Por eso el salmista dice: Dios mío, muéstrame el bien entre mis enemigos, para que no olviden tu ley.» La lengua hebrea, que se dispersa por todo el mundo, ayuda mucho a la autoridad de la fe cristiana. Pues si no se añadiera ese testimonio que se escribe entre nosotros, podría pensarse que es una invención. Pero cuando se añade ese testimonio, de inmediato se elimina la duda. Por eso también se añade adecuadamente: «Dispersa a ellos (Psal. LVIII);» disemina por todo el mundo a los que han quedado del pueblo de los judíos, para que ellos den testimonio de los libros antiguos a la verdad de la nueva fe.

CAPÍTULO IV. En el libro sobre el desprecio del mundo.

«Holocaustos con médula te ofreceré con incienso y carneros (Psal. LXV).» David promete ofrecer a Dios sacrificios con médula como gran ofrenda, diciendo: «Holocaustos con médula te ofreceré con incienso y carneros.» En primer lugar, es necesario saber que Dios no manda ofrecer en sacrificio las pieles de las víctimas, sino más bien las entrañas interiores con las médulas mismas. Por eso, mostrando el mismo rito de los sacrificios, Moisés ordena, diciendo: «Quitada la piel de la víctima, cortará los miembros en trozos (Levit. I).» Quien siempre derrama con deleite las ocupaciones de los negocios seculares, quita las médulas de su holocausto con las entrañas y se esfuerza por ofrecer a Dios, a quien se prohíbe, solo la piel de la víctima. Pero quien desea ofrecer a Dios un sacrificio agradable, busque el retiro, persiga lo interior, guarde su alma íntegra e intacta en su propia virginidad, para que no, corriendo por los burdeles del mundo, se someta a los corruptores inmundos, como una prostituta. Para que, pues, agrade a la vista del Esposo interior, no se cubra con los adornos de la pompa secular, sino que unja todos los sentidos de su mente con el unguento inmortal de la castidad, para que no, cayendo en la muerte por la incontinencia, se pudra en el hedor de la lujuria. En el aposento de la santa Iglesia, el alma casta se encierre y así descansa perpetuamente en el tálamo del Rey eterno.

## CAPÍTULO V. Al papa Alejandro, sobre los canónigos.

«No me sumerja la tempestad de agua, ni me absorba el pozo, ni cierre sobre mí el pozo su boca (Psal. LXVIII).» Cuando el hombre peca, es como si cayera en un pozo; pero cuando defiende sus pecados, la boca del pozo se cierra sobre él, para que no haya salida. Así, el hombre cae en el pozo cuando peca; pero cierra sobre sí mismo la boca del pozo cuando se excusa. De esta defensa o excusa nace el crimen de la herejía. Herejía significa elección, y cuando alguien elige defender lo que ha elegido, dejando el camino de la verdad, necesariamente cae en la herejía. Esto es lo que distingue al pecador del hereje, porque el pecador es quien peca, pero el hereje es quien defiende el pecado con una doctrina perversa.

## CAPÍTULO VI. Al abad Desiderio, donde se discute sobre la omnipotencia de Dios.

«Los derribaste cuando se elevaban (Psal. LXXII).» Cuando el Profeta narra la caída de los réprobos que se exaltan a sí mismos, no dice: Después de que se elevaron, los derribaste, Señor; sino, «cuando se elevaban,» porque por lo que se hinchan, se vacían; de donde se elevan, de allí caen.

## CAPÍTULO VII. En el sermón sobre San Anastasio.

De algunos que predicán grandes cosas, pero viven desidiosamente, se dice por el Profeta: «Los hijos de Efraín, tensando el arco y lanzando sus flechas, se volvieron en el día de la batalla (Psal. LXXVII).» Quienes provocan a otros al conflicto contra las tentaciones de los vicios, pero ellos mismos rehúsan luchar bajo la ignoble languidez de la desidia, ciertamente dirigen flechas, pero al volverse de espaldas no merecen los títulos de victoria consumada, ni les aprovecha lo que bien comenzaron, porque no perseveran magnánimamente hasta el fin. Por eso, de ellos se dice de inmediato: «No guardaron el pacto de Dios, y no quisieron andar en su ley (Ibid.).» Como si dijera: Recibieron el pacto, pero no lo guardaron; pusieron el pie en la ley al principio, pero no mantuvieron el paso de la perseverancia. Por tanto, quien provoca a otros al combate espiritual, quien incita las mentes de los prójimos a actuar con fortaleza, debe hacer concordar su vida con su lengua, para que, mientras propone cosas excelsas a otros, él mismo no se contente con las bajas y sea oprimido por la inercia. De ahí que en la ley se ordena: «No tendrás en tu bolsa pesas diversas, una mayor y otra menor; ni habrá en tu casa medida mayor y menor; tendrás un peso justo, y una medida igual y verdadera (Deut. XXV).»

## CAPÍTULO VIII. En la carta a Blanca, condesa.

«Montes altos para los ciervos, la roca refugio para los erizos (Psal. CIII).» ¿Qué se entiende aquí por montes, sino las altas profundidades de las Escrituras? Aquellos que ya saben dar saltos de contemplación, ascienden a las altas cumbres de las sentencias divinas como a cimas montañosas, a las cuales ciertamente los débiles no pueden llegar, por lo que se añade correctamente: «La roca refugio para los erizos,» porque a los débiles no los ejercita la inteligencia sublime, sino que solo la fe en Cristo los contiene humildemente.

## CAPÍTULO IX. Al abad Desiderio, donde excusa su exceso.

«Dije en mi exceso de mente: Todo hombre es mentiroso (Psal. CXV).» A lo cual se puede responder: Si todos, también tú; y ya será falsa la sentencia que tú, siendo mentiroso, has pronunciado. Pero si tú no eres mentiroso, ya no será verdadera la sentencia, porque, siendo tú veraz, no se reconoce que todo hombre es mentiroso. Pero para que la Escritura sagrada no esté sujeta a calumnia como las escrituras de los gentiles, sino que se defienda con su propia

autoridad, es de notar lo que se prefiere: «Dije en mi exceso de mente.» Por el exceso de mente, pasó incluso sobre sí mismo, cuando definió sobre la cualidad del hombre, como si dijera claramente: De la falsedad de todos los hombres, de allí pronuncié una sentencia verdadera, de donde yo mismo fui más allá del hombre. En tanto es mentiroso, en cuanto hombre; pero en tanto no es mentiroso en absoluto, en cuanto en el exceso de mente ascendí sobre el hombre para contemplar las cosas supremas.

CAPÍTULO X. En el sermón sobre San Columba.

«Sea tu mano para salvarme (Psal. CXVIII),» como si dijera: Sea aquel por quien fueron hechas todas las cosas, para que mientras él es creado, la criatura sea liberada de la mancha de su culpa.

CAPÍTULO XI. En el sermón sobre San Cristóbal.

«Como el unguento en la cabeza, que desciende sobre la barba, la barba de Aarón; que desciende hasta el borde de sus vestiduras (Psal. CXXXII).» El unguento en la cabeza es el Espíritu Santo en el Salvador, que ciertamente se designa mística por Aarón, que se llama monte de fortaleza. Así pues, siendo Aarón un monte de fortaleza, la barba también es signo de virilidad. Por tanto, la barba de este Aarón son los santos apóstoles, que con la fortaleza de su virilidad, que concibieron de la unción del Espíritu Santo, vencieron todas las guerras de los perseguidores furiosos y triunfaron gloriosamente sobre el príncipe del mundo, que rugía como un león contra las ovejas de Cristo. Por eso Pedro dice: «Resistid, firmes en la fe (I Petr. V).» También Pablo dice: «Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios, para la destrucción de fortalezas, destruyendo consejos del cuerpo y toda altitud que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo (II Cor. X).» De esta barba del sumo pontífice Aarón, el unguento se destila hasta el borde de sus vestiduras, porque por los bienaventurados apóstoles, consecuentemente también los santos mártires y luego toda la Iglesia es irrigada por el flujo del Espíritu Santo.

CAPÍTULO XII. En la carta al papa Alejandro, sobre la eliminación de la propiedad a los canónigos.

En la medida de nuestra inteligencia, no hay en el género humano mal de crimen más pernicioso que la defensa de la maldad. Por eso David dice: «No inclines mi corazón a palabra mala, para excusar excusas en pecados (Psal. CXL).» La ofensa a Dios merece ira; la excusa provoca venganza. Este vicio, como brotó de la raíz del género humano, diariamente brota y, como ramas de un árbol que brotan, no cesa de germinar. Consultado Adán sobre por qué comió del fruto prohibido, dijo: «La mujer que me diste por compañera, me dio del árbol, y comí (Gen. III);» también la mujer, preguntada por qué lo hizo, dijo: «La serpiente me engañó, y comí (Ibid.).» Como si ambos indirectamente dirigieran el crimen al Creador y lo acusaran, diciendo: No a nosotros, sino a ti sin duda debe atribuirse esta culpa, que uniste a la mujer con el hombre y decretaste que la serpiente viviera en el paraíso entre los hombres. De los cuales ambos, como discípulo primogénito, era aquel que respondió al Señor que le preguntaba por Abel: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? (Gen. IV.)»

Terminan los testimonios del Salterio.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS PROVERBIOS.

1. De la mujer, que se llama ajena.

2. De la mujer buena.
3. La sabiduría inmoló sus víctimas, mezcló su vino y puso su mesa.
4. De la diferencia entre ambas mujeres.
5. Ejercita diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa.
6. De los malos predicadores.
7. Como quien lanza una piedra en un montón de Mercurio, así quien otorga honor al insensato.
8. La sanguiuuela tiene dos hijas, que dicen: Dame, dame.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS PROVERBIOS.

PRIMER CAPÍTULO. En la carta al prefecto Cincio.

«La prudencia te guardará, para que te libres de la mujer ajena, y de la extraña que suaviza sus palabras.» Y poco después: «Todos los que entran a ella no volverán, ni alcanzarán las sendas de la vida (Prov. II).» ¿Quién es la ramera, o la mujer ajena, cuyo acceso se nos prohíbe, sino la vida secular, la vida carnal y terrena, en cuyos placeres los hombres miserables se lanzan, en cuya engañosa alegría se disuelven y se sumergen en sus abrazos adúlteros, por así decirlo?

De una buena mujer, escucha lo que el mismo Salomón dice: «Sea bendita tu fuente, y alégrate con la mujer de tu juventud (Prov. V).» La mujer de nuestra juventud, sin duda, es la vida santa, a la cual nos unimos desde entonces como por arras y promesa, cuando prometimos en el bautismo renunciar al diablo y a todas sus pompas. Donde inmediatamente se añade: «Cierva amada y gracioso cervatillo, sus pechos te embriaguen en todo tiempo y en su amor deléitate siempre (Ibid.).» ¿Qué se designa por la cierva, que asciende a las alturas de los montes, sino la santa Iglesia, que se eleva en el amor de la patria celestial? ¿Qué significan los pechos de esta cierva, sino los dos Testamentos? Nos embriagamos con estos pechos cuando nos llenamos de las fuentes de la Sagrada Escritura y saciamos nuestra sed con la bebida de la sabiduría espiritual. En esta mujer, por tanto, se nos manda deleitarnos, para que nos saciemos con la abundancia de las palabras celestiales. Sigue: «¿Por qué te seduces, hijo mío, con una extraña y te abrazas en el seno de otra?» (Proverb. V.) Se seduce con una mujer extraña quien se deleita con las seducciones de la vida carnal. Y no sin razón se dice extraña, porque nos está prohibida por la sanción de la ley divina. Nuevamente habla sobre ambas mujeres, diciendo: «Di a la sabiduría: Eres mi hermana, y llama a la prudencia tu amiga, y guárdate de la mujer extraña y de la ajena, que ha hecho dulces sus palabras.» Y enseguida añade: «Desde la ventana de mi casa, por las celosías miré, y vi a los pequeños; observé a un joven insensato, que pasaba por las calles cerca de la esquina, y caminaba cerca del camino de su casa (Prov. VII).» Donde se debe notar que la vida carnal, que se llama prostituta, se dice que no puede engañar a otros sino a los pequeños y a los insensatos. Por eso, en otro lugar, el mismo Salomón dice: «La mujer necia y ruidosa, llena de seducciones y que nada sabe, se sienta a las puertas de su casa sobre un asiento en un lugar alto de la ciudad,

y llama a los que pasan por el camino y a los que siguen su camino: ¿Quién es pequeño? Que se desvíe hacia mí, y al insensato le habló (Prov. IX).» Pues quien es un hombre perfecto y de mente sana no podrá ser engañado por el halago de la seducción carnal, ni ser vencido por la lucha de las pasiones que brotan, por más que arremetan. Esta mujer solo vence a aquellos sobre quienes la vida carnal y terrena triunfa, a quienes la intención de la voluntad perversa y el humo fétido de la concupiscencia terrena ciegan. Por eso, allí se añade adecuadamente: «En la oscuridad, al anochecer, en las tinieblas y la oscuridad de la noche, he aquí que la mujer le sale al encuentro con atuendo de prostituta, preparada para capturar almas (Prov. VII).» La vida carnal embriaga el corazón entregado a la lujuria y lo hace oscuro como por una niebla nocturna, mientras no levanta los ojos interiores al cielo, sino que los fija en la tierra. Luego añade: «Charlatana, errante e impaciente de reposo, sin poder permanecer en su casa con sus pies; ahora fuera, ahora en las calles, ahora acechando cerca de las esquinas (Ibid.).» Aquí, por tanto, se expresa la inconstancia de los hombres carnales, sometida al vicio de la ligereza, vergonzosamente ajena a la gravedad. Lo que se añade: «He tejido con cuerdas, he tendido mi lecho con tapices pintados de Egipto (Ibid.).» ¿Qué otra cosa se insinúa con esto, sino que el deleite de la carne, en el que cualquier lujurioso se postra como en un lecho, está atado con los lazos entrelazados de los pecados? Y que ese lecho esté tendido con tapices pintados de Egipto, ¿qué es sino que la vida de los lujuriosos no se apoya en el fundamento de la verdad sólida, sino que se colorea con los engaños del engaño y las imágenes sombreadas? Lo que esta prostituta dice: «Ven, embriaguémonos con los pechos, y disfrutemos de abrazos mutuos, hasta que amanezca el día; porque mi marido no está en su casa, se ha ido por un camino muy largo (ibid.);» es como decir: El esposo de cada alma fiel es Cristo, quien no está en su casa, sino que se ha ido por un camino muy largo, cuando ve la conciencia de cualquiera contaminada, y por eso se aleja de inmediato de él; luego añade: «Se llevó consigo un saco de dinero, volverá en el día de la luna llena (Ibid.).» Nuestro Redentor se llevó consigo un saco de dinero, cuando ascendiendo al cielo, llevó consigo las ganancias de nuestra fe. Quien volverá en el día de la luna llena, es decir, en la consumación de la Iglesia universal; porque el Señor vendrá al juicio, cuando se haya completado el número de los elegidos. Pero aunque dice muchas cosas sobre la astucia pestilente de esta mujer, con las que caza las almas de los hombres perdidos, que no consideramos necesario insertar por su extensión, al final añade: «Muchos, dice, ha derribado heridos y los más fuertes han sido muertos por ella, penetrando en los caminos del infierno hasta las profundidades de la muerte (Ibid.).»

### CAPÍTULO III. En el sermón sobre San Bartolomé.

Escuchemos, pues, a través de la boca de Salomón, a la Sabiduría invitándonos con claras voces a la mesa del alimento espiritual: «La Sabiduría, dice, ha inmolado sus víctimas, ha mezclado su vino y ha puesto su mesa; ha enviado a sus doncellas para que llamen a la fortaleza y a las murallas de la ciudad: Si hay algún pequeño, que venga a mí. Venid, comed mi pan y bebed el vino que he mezclado para vosotros (Prov. IX).» Cristo, quien es la Sabiduría del Padre, inmoló víctimas, cuando permitió que los bienaventurados mártires fueran muertos como ejemplo de nuestra imitación; mezcló el vino, porque ofreció el Espíritu Santo a los creyentes; puso la mesa, porque preparó la gloria celestial para los hombres; envió a sus doncellas, es decir, a los santos ministros de la palabra, que se declaran a sí mismos débiles y frágiles. ¿Qué queda, entonces, sino que, dejando el hambre del mundo, nos apresuremos a la mesa de Dios? Pero no podemos encontrar la entrada para ingresar a esta mesa, sino a través de los santos apóstoles, a quienes se les confiaron las llaves del reino de los cielos (Mat. XVI). Por eso está escrito: «La Sabiduría predica afuera, da su voz en las plazas, clama en la cabeza de las multitudes, en las puertas (Prov. I).» Ellos también son la

cabeza de las multitudes y las puertas de las puertas, porque son los príncipes de los pueblos y los porteros de la suprema Jerusalén por el privilegio de una excelencia más sublime.

CAPÍTULO IV. En la carta a Cincio prefecto, sobre la exhortación a la castidad.

Escucha de nuevo bajo la figura de las mujeres, qué diferencia hay entre la vida espiritual y la carnal: «La mujer, dice, diligente es corona para su marido, y la que actúa con cosas dignas de confusión es podredumbre en sus huesos (Prov. XII).» En los huesos de esta mujer hay podredumbre, porque mientras cualquiera unido a la vida carnal se esfuerza por superar a otros, mientras se gloria de hacer algo que los huesos significan, se difunde una fama vergonzosa entre el pueblo y se exhala como el hedor de una podredumbre fétida. De estas mujeres, ciertamente, otro Sabio dice: «Si tienes una mujer según tu alma, no la rechaces, y no confíes en la odiosa en todo tu corazón (Eccli. VII).» La mujer según el alma es la vida de virtudes, la conversación santa; la mujer odiosa, en cambio, es la vida carnal, que ciertamente debe ser odiada, a la cual si creemos con todo el corazón, será necesario que, como Sansón por Dalila (Jud. XVI), así también nosotros caigamos en manos de los enemigos por esta. De esta mujer odiosa está escrito en el Deuteronomio: «Si un hombre toma una esposa, y la tiene y no encuentra gracia ante sus ojos por alguna indecencia, escriba un libelo de repudio, y lo dé en su mano y la despida de su casa (Deut. XXIV).»

CAPÍTULO V. En la carta a los hermanos de Gamugnio, donde trata sobre la transgresión de sus mandamientos.

Quien se apresura a construir un atrio sublime con piedras de virtudes, primero debe purgar los matorrales de las deleitaciones carnales. Por eso, correctamente se dice por Salomón: «Ejercita diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Prov. XXIV).» Porque quien bien edifica la casa de la mente, primero purga el campo del cuerpo de las espinas de los vicios; de lo contrario, si se permite que los abrojos de los deseos y pasiones carnales broten en el campo de la carne, con el aumento del hambre de lo bueno, toda la estructura de las virtudes colapsa interiormente. Por eso, nuevamente dice: «Pasé por el campo del hombre perezoso y por la viña del hombre insensato, y he aquí que todo lo habían llenado las ortigas, cubrieron su superficie las espinas y la cerca de piedras estaba destruida (Ibid.).» ¿Qué es el campo o la viña del hombre perezoso, sino la carne de cualquiera que no quiere sudar en los trabajos de la agricultura espiritual? ¿Qué son las ortigas, sino los pruritos de la gula y las seducciones carnales? ¿Qué son las espinas, sino las punzadas de las pasiones carnales? ¿Qué es la cerca de piedras, sino la estructura de virtudes unida con la caridad en medio? El campo del hombre perezoso e insensato se llena de ortigas y espinas, cuando la carne de alguien que vive ociosamente no se cultiva por la disciplina de un trabajo continuo, sino que se ablanda y nutre en el deseo de la voluptuosidad y la lascivia. También se derrumba la cerca de piedras, porque toda la estructura de las virtudes se disipa como si fuera golpeada por los arietes de la incontinencia. «El príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén (IV Reg. XXV).» El príncipe de los cocineros se dice con razón que es el vientre, al que ciertamente se sirve con el laborioso trabajo de los cocineros. Quien desee enriquecerse con la abundancia de las cosechas espirituales, sude ahora arando el campo de su cuerpo con el arado de la disciplina y la continencia en un trabajo continuo, y, como si rompiera los terrones de sus campos, los rompa con el azadón de la sabiduría, mientras lo que encuentre duro, lo que encuentre infecundo en sí mismo, lo triture con las contusiones de una penitencia continua; y no deje de arrancar de raíz las ortigas de la gula pruriente y los abrojos de los deseos carnales que se erizan, para que los campos de su corazón puedan producir abundantes cosechas espirituales. Por eso, el mismo Salomón dice: «El que trabaja su tierra se saciará de pan; el que sigue la ociosidad se llenará de pobreza (Prov. XII).»

## CAPÍTULO VI. En la carta al papa Alejandro sobre los canónigos.

«Cojo de pies y bebiendo iniquidad es quien envía palabras por un mensajero necio (Prov. XXVI).» Con estas palabras, ¿qué otra cosa se expresa, sino que a quien es carnalmente sabio y por tanto necio no se le debe confiar el oficio de la predicación? De los santos predicadores se dice: «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!» (Isa. LII; Rom. X.) Así que cualquier ordenante de la Iglesia, si establece a dignos e idóneos en la dignidad, camina con pies rectos. Porque a través de ellos, al esparcir la palabra, discurre por todas partes, y lo que no puede hacer por sí mismo, se esfuerza por cumplirlo eficazmente a través de ellos. Pero si se atreve a ordenar a cualquiera carnal y reprobado, este camina cojo de pies. También se dice que bebe iniquidad, porque, al enviar las palabras de la santa predicación por un mensajero necio y, contra el Apóstol, impone las manos rápidamente (I Tim. V), participa en pecados ajenos. Pues aunque alguien hable prudentemente, si no hace lo que dice, se juzga con razón cojo en el camino espiritual. Por eso, allí se añade adecuadamente: «Como el cojo tiene hermosas piernas en vano, así es indecente la parábola en la boca de los necios (Prov. XX).» Ciertamente, se apoya en hermosas piernas quien brilla con la claridad del discurso. Pero, mientras sin buenas obras pronuncia un elocuente discurso, como sin paso avanza con las piernas rectas de las palabras. Así que tiene hermosas piernas para ver, pero no útiles para caminar, quien, atado por los lazos podágricos de los vicios, él mismo cojea torpemente, mientras invita a otros a caminar ágilmente. En la boca de estos necios, la parábola es indecente, porque, mientras suenan espiritualmente y viven carnalmente, su vida no concuerda con sus labios; a quienes, ciertamente, hablando honestamente pero viviendo deshonestamente, la predicación recta no los libera, sino que la mordaz conciencia los acusa vehementemente. Por eso, allí no incongruentemente se añade: «Como si una espina naciera en la mano del borracho, así es la parábola en la boca de los necios (Ibid).» Porque una espina nace en la mano del borracho, cuando al que está ebrio del amor de esta vida se le genera en la mente el agujijón de la reprensión. Así que en la boca de los necios, la parábola es como una espina, porque mientras dicen una cosa y hacen otra, su mente a veces se redarguye a sí misma y se perfora con un agujijón como de espina punzante; ciertamente, la conciencia del que vive mal y dice bien pica como una espina, mientras en lo que dice exteriormente se hiere interiormente con un cierto agujijón de pudor y temor.

## CAPÍTULO VII. En la misma carta.

«Como quien lanza una piedra en un montón de Mercurio, así quien otorga honor al insensato (Prov. XXVI).» Porque Mercurio, entre los gentiles, se decía dios del Sacello [f., Lucello], o del dinero, el montón de Mercurio es un cúmulo y conjunto de monedas. Y porque a la moneda se le imprime la regla monetaria, ¿qué se designa por el montón de monedas, sino la asamblea de clérigos que muestran la imagen de la regla y de la verdadera santidad? ¿Qué se entiende por la piedra, sino la mente dura, estúpida e insensible de aquel que, mientras no cree con fe indudable que Dios existe, pone su esperanza en cualquier posesión terrena? De quien se dice por el Profeta: «Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios (Sal. XIII).» A este insensato se le otorga honor cuando alguien, no dedicado a Dios sino al dinero, es promovido al ápice del grado eclesiástico. Pero así como se disipa el montón de monedas si se lanza una piedra encima, así por el acceso de un pastor indigno o pétreo, se destruye como si fuera un orden constipado de clérigos que caminan regularmente y obedecen en caridad; porque se agrava bajo la sombra del mal pastor y, como un cúmulo de monedas celestiales, se derrumba bajo el peso de la piedra tartárea. Por tanto, al insensato y necio se le debe negar el honor eclesiástico, para que no se hunda el montón de clérigos santos como monedas

espirituales. De este insensato, poco antes, el mismo Salomón dice: «Cojo de pies y bebiendo iniquidad es quien envía palabras por un mensajero necio (Prov. XXVI).»

CAPÍTULO VIII. En la carta al papa Alejandro, sobre la insolencia de los hombres malos.

«La sanguijuela tiene dos hijas, que dicen: Trae, trae (Prov. XXX).» Porque cuanto más se come desmesuradamente, tanto más es necesario que se encienda con más ardor hacia la bebida. Y mientras la masa acumulada se cuece en el caldero hirviente del estómago, es necesario que se riegue con frecuentes tragos. Pero cuando el vientre se hincha con alimentos y bebidas, es consecuente que, por los conductos de uno y otro lado, tanto las heces se expulsen por el ano en túneles como el humor se derrame del receptáculo genital por las partes pudendas. Así como en los lagares se separa el vino del vinario, así en las ingles se separa el estiércol del varón. Por tanto, la sanguijuela, que es la glotonería, tiene dos hijas, la ebriedad y la lujuria, porque mientras una plaga concibe deleitablemente, necesariamente engendra una descendencia gemela; que ciertamente dicen: «Trae, trae,» porque, siendo insaciables, también son exigentes violentas.

Terminan los testimonios del libro de los Proverbios.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL ECLESIASTÉS.

1. Que todos los ríos entran en el mar y el mar no se desborda.
2. Las moscas muertas pierden la dulzura del unguento.
3. Del Espíritu que tiene poder.
4. De lo que se dice: Da parte a siete, y también a ocho.
5. El fin de hablar, todos escuchemos juntos.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL ECLESIASTÉS.

CAPÍTULO PRIMERO. En el libro GRATÍSIMO.

«Todos los ríos entran en el mar y el mar no se desborda; al lugar de donde salen los ríos, allí vuelven para fluir de nuevo (Eccle. I).» Este curso y recurrir de los ríos espirituales lo describe místicamente el evangelista Lucas, cuando dice: «Porque convocando Jesús a los doce apóstoles, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a predicar el reino de Dios (Luc. IX).» He aquí la salida de los ríos; y después añade: «Y regresaron los apóstoles y le contaron todo lo que habían hecho (Ibid.).» He aquí el regreso de los ríos. Al lugar de donde salen los ríos, allí vuelven, porque los elegidos no dudan en reconocer que son deudores a aquel de quien ciertamente han recibido todo lo que fluye espiritualmente. Por eso, Pablo dice: «Hay diversidad de dones, pero el mismo Señor; y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que opera todo en todos (I Cor. XII).» Pues al poner primero al Espíritu, luego añadir al Señor, y finalmente a Dios, muestra que la santa Trinidad, un solo Dios, es indudablemente el autor de todas las gracias. Él distribuye sus dones, quien con previsión oculta discierne los méritos de cada uno y las diversidades de las obras.

## CAPÍTULO II. G. G.

«Las moscas muertas pierden la dulzura del ungüento (Eccle. X);» porque los pensamientos superfluos, que continuamente nacen y mueren en el alma que piensa carnalmente, pierden esa dulzura con la que cada uno ha sido ungido interiormente por el Espíritu. Por eso, cuando la Verdad viene con una obra admirable de piedad al corazón, primero expulsa de él el ardor de los pensamientos carnales, y luego dispone en él los dones de las virtudes. Lo que se nos insinúa bien, cuando se dice en el Evangelio que el Señor, llevado para resucitar a la hija del príncipe, «Y cuando la multitud fue echada fuera, entró, y tomó su mano, y la niña se levantó (Mat. IX).» Por tanto, la multitud es echada fuera para que la niña sea resucitada, porque a menos que primero se expulse de los secretos del corazón la importuna multitud de las preocupaciones mundanas, el alma, que yace muerta interiormente, no resucita. Pues mientras se dispersa en innumerables pensamientos de deseos terrenales, no se recoge en la consideración de sí misma. Nadie, en efecto, percibe plenamente la sabiduría, que es Dios, a menos que se esfuerce por abstraerse de toda fluctuación de acciones carnales. Por eso, en otro lugar se dice: «Escribe la sabiduría en tiempo de ocio, y quien se reduce en la acción, él la percibe (Eccle. XXXVIII).»

## CAPÍTULO III. A Mainardo abad.

«Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no dejes tu lugar (Eccle. X).» Como si dijera abiertamente: Si consideras que el espíritu del tentador prevalece en algo, no abandones la humildad de la penitencia. Y en otro lugar está escrito: «No seas altivo, sino teme y busca el último lugar en las bodas espirituales (Rom. XI).»

CAPÍTULO IV. En la carta a Bonifacio Causídico, para que la sabiduría espiritual se prefiera a la prudencia exterior.

«Da parte a siete, y también a ocho (Eccle. XI).» Así recorre la vida presente, que se designa por el número siete, que ya en el amor de la futura, que expresa la gloria de la resurrección por el número ocho, te esfuerces por habitar con todas tus entrañas. A aquella ofrécele un cuidado superficial y volátil; en esta, perseverante y perpetua, como es eterna, fija la sentencia de una atracción indeficua.

CAPÍTULO V. En la carta al papa Alejandro, contra el papa para que no juzgue.

«Finem loquendi pariter omnes audiamus: Deum time et mandata ejus observa, hoc est enim omnis homo (Eccle. XII).» ¿Quién es, sin embargo, el fin de hablar, sino aquel de quien dice el Apóstol: «Fin de la ley para justicia, Cristo, para todo creyente?» (Rom. X.) En efecto, el fin de la ley para justicia es Cristo, porque todo lo que dice la ley, ya sea antigua o nueva, sin duda se refiere a Él. Y no se dice en vano para justicia, porque la palabra de la ley divina justifica y limpia el alma de impurezas. Como la Verdad dijo a los discípulos: «Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado (Juan XV).» Temer a Dios, en verdad, es despreciar con abominación todo lo que Dios prohíbe. Observar sus mandamientos es practicar con obras todo lo que Él ordena. Por tanto, teme a Dios quien se esfuerza por evitar lo que Él prohíbe; observa sus mandamientos quien se esfuerza por cumplir lo que Él manda. «Teme, pues, a Dios y observa sus mandamientos; esto es todo hombre.» Como si dijera claramente: Quien no se esfuerza por evitar lo prohibido, quien descuida cumplir los preceptos, carece de razón, tiene el nombre de hombre, pero no tiene la esencia de hombre, porque no usa verdaderamente la virtud del nombre por el cual es llamado. Sin duda, aquel que reconoce al

Autor de los hombres debe creerse verdaderamente hombre; de lo contrario, «quien ignora, será ignorado (I Cor. XIV).» ¿Y qué es el hombre sin estas cosas? La Escritura lo define claramente cuando dice: «Las estrellas no son puras a sus ojos, ¡cuánto menos el hombre, que es podredumbre, y el hijo del hombre, que es un gusano!» (Job XXV.)

Por eso, cuando Abraham es elevado a la cumbre de la más alta conversación, cuando merece especialmente la gracia de la divina familiaridad, se humilla recordando esta humildad, cuando dice: «Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gen. XVIII).» Pues entre los griegos se dice que existe esta costumbre, que cuando alguien es creado en la dignidad de emperador, tan pronto como es coronado con las insignias imperiales, decorado con la gloria de la corona y el cetro, rodeado por la obediencia de los nobles, recibido por los coros modulantes de los cantores; alguien se le presenta, quien, con una mano, le ofrece un vaso lleno de huesos y cenizas de muertos, y con la otra, una estopa de lino finamente peinada y suavemente desmenuzada, a la cual se le aplica fuego y de repente, en un abrir y cerrar de ojos, es consumida por la llama voraz: para que en una cosa considere lo que es, y en la otra vea lo que tiene. En las cenizas, ciertamente, se reconoce ceniza, en la estopa ya recoge cómo el mundo arderá rápidamente en el día del juicio, para que, mientras considera tanto a sí mismo como a sus posesiones tan vanas, tan despreciables, no se ensoberbezca por la elevación al pináculo del poder imperial; y mientras el poseedor y la posesión se someten al común destino de todos, no se infle como si fuera de un ápice singular de dignidad, quien ha sido promovido a lo más alto. Por tanto, el hombre debe considerar el hermoso orden de la condición mundana, y mientras ve que todo se le atribuye para su uso, no a sí mismo, sino a su Creador, debe dar gracias; debe pisotear bajo sus pies la gloria engañosa del mundo: debe creer que el verdor de la carne es ya polvo seco, debe siempre anteponer ante sus ojos el día de su vocación como un espejo, debe temer el juicio severo de la última discusión, para que, mientras ahora se somete a las leyes de su Creador, quien entre las criaturas terrenales parece insigne, también en la gloria celestial sea verdaderamente sublime.

Explican los testimonios del Eclesiastés.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL CANTAR DE LOS CANTARES.

1. Del aceite derramado.
2. De la negrura de la esposa.
3. Del ramillete de mirra.
4. Del lirio de los valles.
5. Del amor ordenado.
6. De ambas vidas.
7. De las hendiduras de la roca.
8. Del lecho de Salomón.
9. De los ojos de las palomas.
10. De los dientes de la Iglesia.

11. De los dos pechos.
12. De la belleza de la amiga.
13. De la corona del alma, o de la santa Iglesia.
14. Del norte y del sur.
15. De lo que dice la Iglesia: Yo duermo, pero mi corazón vela.
16. Que el amado es llamado blanco y rubicundo.
17. De los santos doctores.
18. Del vientre de Cristo de marfil.
19. De la garganta de Cristo.
20. De la granada.
21. De los carros de Aminadab.
22. Del ombligo de Cristo.
23. De los cabellos de la cabeza de Cristo.
24. De la belleza de la esposa.
25. Del fruto de la cruz.
26. Del árbol del manzano.
27. Del sello del corazón y del brazo.

Explican los capítulos del Cantar de los Cantares.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL CANTAR DE LOS CANTARES.

CAPÍTULO PRIMERO. Del sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Tu nombre es como aceite derramado (Cant. I).» Chrisma en griego, en latín se dice unción. De la unción, pues, se dice Cristo, y de Cristo se dice cristiano. Por el aceite, sin embargo, debe entenderse el Espíritu Santo, como dice el salmista a nuestro Salvador: «Te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría sobre tus compañeros (Sal. XLIV).» Por tanto, el nombre de Cristo es aceite derramado, porque se propaga en la gracia del Espíritu Santo en tantos como son los que verdaderamente obtienen el nombre de Cristo.

CAPÍTULO II.

«Soy negra, pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón (Cant. I).» Cedar se interpreta como tinieblas; estos son los infieles que no tienen la luz de la fe. Soy negra, dice, por el calor de la persecución, por las adversidades que sufro de los hijos de las tinieblas; pero interiormente soy hermosa, porque el rey deseó mi belleza, y toda mi gloria es interior. Soy hermosa, dice, como la piel, es decir, el tabernáculo de

Salomón. Así como el tabernáculo se hace de las pieles de animales muertos, así también son morada de Dios (Efes. II) aquellos que han muerto con Cristo y están muertos a los vicios y concupiscencias de la carne (Efes. II). Sigue: «No me miréis porque soy morena, porque el sol me ha bronceado, oh hijas de Jerusalén (Cant. I).» Lo mismo dicen las almas fieles, ya constituidas en la gloria celestial por el deseo: No me miréis porque soy morena, es decir, no desesperéis ni temáis demasiado porque las tribulaciones me oprimen, porque las persecuciones me afectan, porque en este naufragio de tempestades y tormentas las olas me golpean; porque el sol me ha bronceado, ya que el calor de la persecución ha brillado sobre mí y ha oscurecido la belleza de mi hermosura. Como si dijera: No miréis tanto lo que me aflige interiormente, sino pensad en la belleza floreciente de mi interior. Es como lo que dice el Apóstol: «No desmayéis en mis tribulaciones por vosotros, que son vuestra gloria. Porque las aflicciones de este tiempo no son comparables con la gloria venidera que se revelará en nosotros (Rom. VIII).» Esta belleza interior y negrura exterior la comprende brevemente Jeremías, diciendo: «Sus nazareos eran más blancos que la nieve, más resplandecientes que la leche, más rubicundos que el marfil antiguo, más hermosos que el zafiro (Lam. IV).» He aquí la belleza; pero escucha la negrura, pues inmediatamente sigue: «Su rostro se ha ennegrecido más que el carbón, y no se les reconoce en las calles; su piel se ha pegado a sus huesos: se ha secado y se ha convertido en madera (Ibid.).» Pero miremos la negrura exterior, que ella misma abra, de dónde viene la belleza interior: «Dime, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía (Cant. I).» Como si dijera: Oh esposo celestial, a quien mi alma ama inefablemente, en quien por deseo reposa continuamente, a quien abraza con los brazos del amor íntimo, en quien se deleita con todas sus entrañas; dime dónde pastoreas; esto es: Tú que eres el buen pastor, dónde haces pastar a tus ovejas; también dónde descansas, es decir, dónde reposas en el calor de nuestra persecución y en el fervor de nuestra tentación, ¿dónde, sino en aquellos que no ceden a la furia desenfadada, y no sucumben débilmente a los esfuerzos de la malicia creciente? No sin razón esta esposa se decía hermosa, porque Él, en el mismo momento de la persecución, descansaba deleitosamente en ella, quien con la serenidad de su rostro ilumina todo.

### CAPÍTULO III. En el sermón de las santas Flora y Lucila.

«Un ramillete de mirra es mi amado para mí: entre mis pechos descansará (Cant. I).» La mirra es ciertamente una especie aromática, de gran amargura, con la que se embalsaman los cadáveres para que no se descompongan fácilmente. De ahí que el cuerpo del mismo Esposo, bajado de la cruz por Nicodemo y José, sea embalsamado con mirra y aloe, y envuelto en lienzos, sea entregado a la sepultura (Juan XIX). ¿Qué se designa, pues, por el ramillete de mirra, sino una múltiple mortificación? No dice: Un brote de mirra, sino, un ramillete de mirra es mi amado para mí. Como si dijera: Porque en toda mi vida me mortifico y ya no vivo en las obras de mi propia voluntad, mi amado no se ha convertido para mí en una simple rama, sino en un ramillete de mirra. Por eso también el predicador eminente dice: «Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús (Gal. VI).» A esta múltiple mortificación nos exhorta también con él, diciendo: «Llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (II Cor. IV).» Porque de lo que llevamos en nuestro cuerpo, no reservamos ninguna parte del cuerpo vacía. Por tanto, lleva la mortificación de Jesús en su cuerpo quien no se deja nada para sí mismo, quien no vive para sí, sino para Cristo en todo, a quien ciertamente se crucifica por todas partes de sus propias voluntades. Así, este amado se convierte en un ramillete de mirra, porque en todas sus acciones, presentándose como muerto, recoge de algún modo un manojo múltiple de la mortificación de Cristo. Donde también se añade apropiadamente: «Entre mis pechos descansará.» Nadie duda de que entre los pechos está el lugar del corazón. Por tanto, el

amado descansará entre los pechos de la esposa, porque su amor y deseo inagotable no se borran de su memoria. Entre mis pechos descansará, como si dijera: Quien para mí se ha convertido en un ramillete de mirra por la amargura de la pasión, entre mis pechos descansará continuamente por la dulzura del corazón: y quien exteriormente me amarga por el ejemplo de la muerte sufrida, me endulza interiormente por la gracia infundida de la suavidad íntima.

#### CAPÍTULO IV. Del sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Yo soy el lirio de los valles (Cant. II).» El Esposo ciertamente se llama a sí mismo lirio por la blancura nivea de la castidad purísima. Lirio no de las montañas, sino de los valles, porque elige las mentes piadosas de los humildes, no habita en los escollos de los soberbios.

#### CAPÍTULO V.

«El rey me introdujo en la bodega, ordenó en mí la caridad (Cant. II).» No dice: Dio lo que no encontré, sino «ordenó,» lo que encontró desordenado. Algunos, en efecto, tienen en el lugar principal de su corazón a sus esposas, hijos, propiedades o honores: y en segundo lugar, de algún modo, ponen a Dios, mientras lo aman menos. Estos, sin duda, parecen tener caridad, pero desordenada; ni guardan aquel orden de caridad que la misma Verdad dispuso, cuando dice: «Amarás a Dios con todo tu corazón, este es el máximo y primer mandamiento, y el segundo es semejante a este, que amarás a tu prójimo (Mat. XXII).» Por tanto, no se jacte nadie de tener caridad, si no está ordenada; así como tampoco de tener fe, si está sin obras, y por tanto es ociosa.

#### CAPÍTULO VI.

«Su izquierda está bajo mi cabeza y su derecha me abrazará (Cant. II).» La izquierda, en verdad, se dice que está bajo la cabeza, cuando la vida presente es despreciada y pisoteada por la mente, que es la cabeza de los pensamientos. Pero se abraza con la derecha, porque se deleita por todas partes solo en los deseos de la vida eterna.

#### CAPÍTULO VII.

«Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en las hendiduras de la roca, y en la caverna de la pared; muéstrame tu rostro, que suene tu voz en mis oídos. Porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso (Cant. II).» El alma santa, con razón, es llamada amiga y esposa de Cristo; porque se une a Él por la fe y el amor. Pero esta esposa yace como aún, mientras está implicada en las acciones mundanas; se levanta entonces, cuando se erige al servicio divino. Como si dijera: Tú que yaces en la blandura de la vida secular, levántate ya, y elévate a la familiar compañía de mi contemplación. «Paloma mía, en las hendiduras de la roca.» Si, según el Apóstol, «la roca es Cristo (I Cor. X),» las hendiduras de la roca son las heridas del Redentor; que ciertamente no son cinco por casualidad, a saber, de la lanza y los clavos; sino porque habíamos sido heridos por las cinco heridas de los sentidos, por estas cinco llagas hemos sido restituidos a la salvación perpetua. Estas, sin duda, eran las puertas, por las cuales el profeta prohibía que se introdujeran cargas pesadas en el día de reposo. En estas hendiduras, pues, la paloma de Dios se posa, porque cualquier alma santa pone toda la esperanza de su salvación en la pasión de su Redentor. Allí se defiende como del ataque del halcón, porque se guarda de todas las insidias de los espíritus malignos. Allí ciertamente anida, porque allí acumula el fruto de las buenas obras. De esta roca se dice por el salmista: «Los montes altos son para las cabras montesas, la roca es refugio para los erizos (Sal. CIII).» Lo que se añade: «En la caverna de la pared,» las paredes suelen hacerse de piedras para la

protección de las viñas; como dice Isaías: «Mi amado tenía una viña en una ladera fértil, y la cercó con una pared y la cavó (Isa. V).» ¿Qué entendemos, pues, por la pared de piedras, sino la protección y vigilancia de los ángeles, con los cuales el alma en lucha, mientras es rodeada y cercada, es guardada de todas las tentaciones de los espíritus adversarios? Lo que sigue: «Muéstrame tu rostro,» entonces se dice que el alma muestra su rostro al esposo celestial, cuando contempla su belleza con los ojos internos como con el rostro revelado: «Que suene, dice, tu voz en mis oídos: porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso.» ¡Oh, qué dulce comercio! más bien, qué inenarrable dulzura surge en las entrañas humanas, cuando el Creador y la criatura se deleitan mutuamente con afectos alternos, como se dice por el Profeta: «Sea dulce para Él mi alabanza, yo me deleitaré en el Señor!» (Sal. CIII.)

## CAPÍTULO VIII.

«He aquí el lecho de Salomón, sesenta valientes lo rodean de los más fuertes de Israel (Cant. III).» Los valientes rodean el lecho de Salomón, mientras los santos, con la incansable diligencia del deseo, custodian la íntima paz del descanso de nuestro Redentor.

## CAPÍTULO IX.

«Tus ojos son como palomas, sin lo que está oculto en el interior (Cant. IV).» Estos son los ojos de los que el Señor en el Evangelio dice: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V).» Sin lo que está oculto en el interior. Porque aunque los santos doctores ahora ven a su Creador por la gracia de la contemplación, todavía está oculto algo grande, a lo que en esta carne corruptible la mente humana no aspira. Donde sigue: «Tus cabellos son como rebaños de cabras, que suben de Galaad (Cant. IV).» Así como por los ojos se entienden los doctores de la Iglesia, que son preeminentes para ver las cosas superiores en los miembros inferiores, así también por los cabellos y los rebaños de cabras se designan los simples y sujetos; que, aunque por su simplicidad no penetran los misterios y las cosas superiores, sin embargo, por su multitud y comparación adornan la santa Iglesia como los cabellos adornan la cabeza, porque a menudo se quita la figura del pecado por el pecado. Galaad es un montón de testimonio. Por Galaad, pues, entendemos a Cristo, a quien toda la multitud de los santos da testimonio. Por los cabellos, o los rebaños de cabras, entendemos la multitud de los sujetos. Los rebaños de cabras suben del monte Galaad, porque toda la multitud de los santos se esfuerza por ascender a las alturas de las virtudes desde Cristo, a quien se hacen fundamento. De donde podemos concluir que, así como hay una diferencia entre los ojos y los cabellos, así también debe haber una diferencia en el estudio de la contemplación entre los preladados y los sujetos, para que aquellos a quienes se les ha confiado sean diligentes en los estudios espirituales, y vean no solo por sí mismos, sino también por ellos.

## CAPÍTULO X.

«Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas, que suben del lavadero (Cant. IV).» Por tanto, los dientes de la Iglesia se conocen como los santos doctores; a quienes primero se les dijo: «Mata y come (Act. II).» Como si dijera: De lo que son, mátalos con la espada del Espíritu, es decir, con la palabra de la predicación, y transfíerelos al cuerpo de la Iglesia. Los dientes de la esposa, pues, son los santos doctores, que, como son simples por su inocencia, y han dejado todo, despojados de los vellones de sus bienes, y purificados por el agua del sagrado bautismo, son como un rebaño de ovejas esquiladas, que suben del lavadero.

## CAPÍTULO XI.

«Tus dos pechos son como dos cervatillos gemelos de una gacela (Cant. IV).» Así como los dos pechos son los dos Testamentos; así también los dos cervatillos son los dos pueblos, los hijos de la Iglesia, a saber, el judío y el gentil.

CAPÍTULO XII. Del sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Toda hermosa eres, amiga mía; toda hermosa (Cant. IV),» interiormente y exteriormente. Fuera en la perfección de la obra clara, interiormente en la pureza de la más pura cogitación.

CAPÍTULO XIII. En el sermón de las santas Flora y Lucila.

«Serás coronada desde la cima de Sanir, desde la cabeza de Amana y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos (Cant. IV).» Amana es, sin duda, un monte de Cilicia, que también es llamado Taurus por muchos. Sanir y Hermón son montes de la tierra de Judá, en los cuales se cree que habitan leones y leopardos. Por estos montes, pues, se entienden los reyes y príncipes y las diversas potestades de este mundo; que, como montes, se elevan a la cumbre de la soberbia y son morada de espíritus malignos como leopardos y leones. Los espíritus perversos, en efecto, son llamados leones por su crueldad; leopardos, porque este animal es de color variado, por la variedad múltiple de engaño y fraude. De estos montes, pues, o cualquier alma fiel, o la santa Iglesia es coronada, cuando convierte a los príncipes del mundo a la fe, o los dirige a la rectitud de la santa conversación. Es coronada, además, o porque es recompensada por Cristo por el lucro que les aporta, o es honrada en el mundo por los mismos que antes la oprimían. Es coronada, digo, desde las guaridas de los leones y los montes de los leopardos, cuando convierte a los soberbios y engañosos de su maldad, y por la corrección de sus costumbres recibe premios eternos.

CAPÍTULO XIV. Del sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Surge, Aquilo, et veni, auster, perfla hortum meum, et fluent aromata illius (Cant. IV).» ¿Qué se designa por el Aquilón, que es un viento frío, sino la aspereza de la persecución? ¿Y qué se designa por los tiempos del austro, sino la indulgencia de los que halagan maliciosamente? Pero entre ambos tipos de persecución, entre ambos argumentos del espíritu maligno, se ordena que fluyan los aromas del jardín eclesiástico, porque el alma fuerte, descubierta en estas luchas, revela cualquier fuerza, cualquier fe, cualquier fortaleza invicta que hasta entonces había ocultado, y como los aromas fluyen hacia afuera, las virtudes se manifiestan al conocimiento humano y los olores de la piadosa opinión se difunden ampliamente.

CAPÍTULO XV.

«Yo duermo, pero mi corazón vela. Voz de mi amado que llama: Abre, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis rizos de las gotas de la noche (Cant. V).» Dice la Iglesia: «Yo duermo, pero mi corazón vela;» porque, en efecto, cuanto más la mente santa se aparta del ruido de la concupiscencia temporal, más verdaderamente conoce lo interno; y tanto más vela hacia lo íntimo, cuanto más solícitamente se oculta de la inquietud exterior. Así, la esposa duerme de los negocios y la concupiscencia del mundo, pero mantiene los ojos abiertos y vigilantes en el ardor del amor de Dios. Pero como este no es tiempo de plena quietud, sino más bien de trabajo y lucha, de repente el amado llama a la puerta y la exhorta con sus palabras a prepararse para la batalla: «Voz, dice, de mi amado que llama.» El amado llama cuando Cristo provoca a sus fieles ya sea al

incremento de sus virtudes, o ciertamente a ganar las almas de los prójimos. «Ábreme, hermana mía.» Hermana, ciertamente, porque has sido hecha coheredera de mi reino y adoptada en la fraternidad. «Amiga mía,» porque liberada del yugo de la servidumbre, has conocido los secretos de mi verdad. «Paloma mía,» porque estás vacía de la amargura de la hiel y enriquecida con el don de mi Espíritu, que descendió en forma de paloma. «Inmaculada mía,» porque has sido purificada de toda mancha de tus pecados por la efusión de mi sangre. Ábreme, es decir, sal de la quietud y el ocio de la contemplación que te es querida, y dedícate fervientemente y con constancia a dar testimonio de mi verdad. «Porque mi cabeza está llena de rocío y mis rizos de las gotas de la noche.» La cabeza de Cristo es Dios, como dice el Apóstol (I Cor. XI); y los rizos son las íntimas reflexiones de los santos; que no fluyen sueltas y disolutas, sino que están atadas con el vínculo del temor y el amor de Dios. En verdad, ¿qué entendemos por el rocío y las gotas de la noche, sino las mentes oscuras y frías de algunos réprobos? Así, la cabeza del esposo está llena de rocío en los réprobos, cuando los mundanos se enfrían en el amor de Dios y se desbordan en la lascivia de sus placeres, según lo que dice el Señor: «La iniquidad abundará, y el amor de muchos se enfriará (Mat. XXIV).» De esta manera, cuando persiguen y odian a los santos de Dios, en sus corazones los rizos del esposo están llenos de las gotas de la noche; y cuando tales se multiplican y agobian a la Iglesia con persecuciones, entonces el Esposo exhorta a la esposa a levantarse y valientemente resistir la transgresión. Y la esposa le responde: «Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la volveré a poner?» (Cant. V.) Como si dijera: Me he despojado de las preocupaciones y ocupaciones del mundo y me he constreñido solo en el amor de tu contemplación, ¿cómo ahora emprenderé el camino de la dispersión? ¿Cómo soportaré el ruido y la lucha de los que hablan en contra? Que la túnica signifique preocupaciones y ansiedades lo muestra el Señor cuando dice: «El que esté en el tejado, no descienda a tomar su túnica (Mat. XXV),» que es decir claramente: El que se apoya en la alta torre de la contemplación no descienda para volver a implicarse en las ocupaciones del negocio secular. «He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré?» (Cant. V.) es decir, he lavado los pasos de mi obra de la aspersion del polvo terrenal con dignas lágrimas de penitencia, ¿cómo podré ahora, si no meditar en las cosas celestiales a las que estoy acostumbrada? Sin embargo, pospone el descanso de la contemplación y, encendida interiormente por el fervor de la obediencia, pronto responde, diciendo: «Mi amado metió su mano por la abertura y mi vientre se estremeció al contacto de él (Ibid.).» El amado ciertamente mete la mano por la abertura y toca el vientre, cuando el Creador visita el corazón con inspiración oculta y lo inflama para la lucha del combate y el trabajo santo. Pues que el vientre significa el corazón, lo muestra el profeta cuando dice: «Me duele el vientre (Jer. IV);» lo cual explica claramente cuando añade: «Los pensamientos de mi corazón están dispersos. Me levanté para abrir a mi amado (Cant. V).» Se levanta para abrir, porque con ánimo dispuesto y humildemente obediente pisa su propia voluntad, para que la mente santa cumpla con todas sus fuerzas la voluntad divina.

CAPÍTULO XVI. En la carta a Blanca y en el sermón sobre los santos Flora y Lucila.

«Mi amado es blanco y rubicundo, escogido entre mil; su cabeza es oro puro (Cant. V).» El amado es ciertamente blanco por la virginidad, rubicundo por la pasión. Blanco, porque dice: «Yo soy el lirio de los valles (Cant. II);» rubicundo, de quien Juan dice: «Porque nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apoc. I).» Escogido entre mil, porque de entre la multitud de todos los santos, él solo es digno de escuchar: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, XII, XVII).» De quien también Salomón dice: «He hallado un hombre entre mil (Ecl. VII).» El número mil debe entenderse como la perfección de todo el género humano, en el cual el Salvador es como un gorrión único en el edificio: «Su cabeza es oro

puro;» porque «la cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI);» quien, como el oro entre los metales, así, aunque incomparablemente, supera a todas las criaturas.

## CAPÍTULO XVII.

«Sus ojos son como palomas junto a los arroyos de agua, que están lavadas con leche, y se posan junto a corrientes abundantes (Cant. V).» Los santos doctores de la Iglesia residen junto a las corrientes abundantes de las Escrituras, de las cuales extraen el caudal exuberante de la verdadera sabiduría, y transfunden a sus oyentes los secretos del misterio celestial.

## CAPÍTULO XVIII. En el sermón sobre San Juan apóstol y evangelista.

«Su vientre es de marfil, adornado con zafiros (Cant. V).» En los miembros del cuerpo humano, apenas se encuentra algo más frágil o tierno que el vientre; por lo tanto, por el vientre, se entiende correctamente la fragilidad de la humanidad asumida por Cristo. El marfil es el hueso del elefante, que se dice que es un animal castísimo y de naturaleza muy fría. Así, el vientre del esposo es de marfil, porque la humanidad asumida por el Redentor permaneció completamente casta e inviolada de toda contaminación de pecados. En efecto, «no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Pedro II).» El zafiro es una piedra que tiene el color del cielo sereno. Por eso, en la visión del Señor se dice: «Bajo sus pies había como un pavimento de zafiro, y como el cielo cuando está sereno (Éxodo XXIV).» Por los zafiros se entienden las obras de la divinidad, que el Señor mostraba en la carne. Así, el vientre del esposo estaba adornado con zafiros, porque la humanidad de Cristo resplandecía con virtudes divinas. No se dice que esté lleno de zafiros, sino adornado; de modo que entre los zafiros aparezca el brillo del marfil, porque así el Señor, en parte de la humanidad asumida, realizaba obras humanas, mientras que en parte de la deidad mostraba también las divinas. Pues tener hambre, llorar, finalmente ser crucificado y morir, eran obras de la humanidad; pero hacer milagros, y no solo resucitar a otros, sino también a sí mismo de entre los muertos, eran indicios evidentes de la divinidad.

## CAPÍTULO XIX.

«Su garganta es suavísima (Cant. V),» porque con la dulzura meliflua de sus palabras, las mentes de los oyentes son endulzadas. «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras; más que la miel a mi boca!» (Salmo CXVIII.) También es todo deseable; porque en él, según testifica Pedro, los ángeles desean mirar (I Pedro I):» o porque todo el misterio de su humanidad enciende el deseo en las mentes de los elegidos; de modo que no solo la gloria de la resurrección los incite, sino que también la ignominia de la pasión los invite a seguir su ejemplo. Es deseable, porque es ilustre y conspicuo en su nacimiento singular, en su muerte vivificante, en su gloriosa resurrección, en su ascensión triunfal; es deseable cuando habla, cuando obra maravillas.

## CAPÍTULO XX. En la homilía sobre la natividad de la bienaventurada Virgen María.

«Descendí al jardín de los nogales, para ver los frutos del valle, y para ver si florecía la viña y si brotaban las granadas (Cant. VI).» La granada está cubierta de una corteza amarga, pero en sus granos se oculta una dulzura suave. Hay algunos que, mientras sufren continuamente en el cuerpo la cruz de Cristo por la amargura de la aflicción, son refrescados en la mente por la dulzura de la contemplación íntima. Así, la viña del esposo produce granadas, porque la santa Iglesia nunca cesa de engendrar tales. De esta misma viña, en los mismos Cánticos, la esposa habla al esposo, diciendo: «Levantémonos temprano para ir a la viña, veamos si florece la

viña, si los capullos producen frutos, si florecen las granadas (Cant. VII).» De esta viña fue el vendimiador, quien, prensado en el lagar de su pasión, nos reveló los sentidos místicos de la palabra divina, y nos dio a beber el vino de la gracia evangélica. De este vino se dice nuevamente con la voz de la esposa al esposo: «Tu garganta es como el mejor vino, digno de mi amado para beber (Ibid.).»

#### CAPÍTULO XXI. En el sermón sobre San Marcos evangelista.

«No lo supe; mi alma me turbó por las cuadrigas de Aminadab (Cant. VI).» Es la voz de la Sinagoga que, al ver que tanta gracia ha sido concedida a la santa Iglesia, se lamenta de haber recibido la fe tardíamente, porque no reconoció la verdad del Evangelio. Aminadab se conoce como bisnieto de Judá; quien se cuenta entre los padres en la genealogía del Señor. Aminadab se interpreta como espontáneo de mi pueblo; por lo tanto, no incongruentemente significa a Cristo, quien fue espontáneo de su pueblo, porque, siendo Dios, voluntariamente se hizo hombre; quien no por necesidad, sino por pura bondad nos creó, y también por su propia voluntad nos redimió. Por eso, Santiago dice: «Voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad (Santiago I).» Así, se hizo espontáneo de su pueblo, porque quien fue rechazado por la depravación humana, fue devuelto por la sola voluntad de la gracia divina. La cuadriga de Aminadab es el Evangelio de Cristo, compuesto por la diversidad concordante de los cuatro evangelistas. Esta cuadriga la dispone Cristo como auriga y recorre con la ágil celeridad de la predicación la máquina cuatripartita del mundo, como se dice por el salmista: «Envía su palabra a la tierra, su palabra corre velozmente (Salmo CXLVII).» Al ver, pues, la Sinagoga que de repente la gracia de la predicación evangélica irrumpe y recorre ágilmente todas las provincias del mundo, turbada de repente se queja de que sola en su infidelidad, mientras las naciones se convierten a la fe, es abandonada: «No lo supe, dice, mi alma me turbó por las cuadrigas de Aminadab.»

#### CAPÍTULO XXII.

«Tu ombligo es una copa torneada que nunca carece de bebida (Cant. VII).» El ombligo es la parte más frágil del cuerpo. ¿Qué se designa, pues, por el ombligo de la Iglesia, sino el conjunto de los débiles y frágiles? ¿Y qué entendemos por copa, sino el orden de los predicadores? Quienes, en efecto, ofrecen a las mentes de los oyentes los vinos de la doctrina celestial y las embriagan con las copas de la santa predicación. Así, el ombligo de la Iglesia se compara con una copa, porque a menudo cualquier débil y frágil se convierte en un vaso de la doctrina celestial, que no carece de bebida, porque no cesa de ser irrigado por los manantiales del elocuente celestial. Por eso, esta copa se llama torneada; porque con el torno se trabaja más fácilmente. A menudo, en efecto, discurren más expedita y sin tropiezos en la santa predicación aquellos que han recibido la gracia de la predicación no por su propio estudio, sino divinamente. Esta gracia de la predicación a hombres simples, o a santas mujeres, la figuró aquella victoria de Sansón, cuando, encendido, tomando la quijada de un asno, mató a mil hombres filisteos.

#### CAPÍTULO XXIII.

«Los cabellos de tu cabeza son como púrpura del rey, unidos a los canales (Cant. VII).» Así como por la cabeza entendemos la mente, así por los cabellos de la cabeza no inadecuadamente entendemos las reflexiones. Así como los cabellos salen de la cabeza, así las reflexiones proceden de la mente. El color púrpura, porque tiene la apariencia de la sangre, ¿qué insinúa por el misterio, sino la pasión del Señor? ¿Y qué significan los canales, sino las mentes de los santos? Así como en los canales se vierte la sangre de los moluscos

para convertir la lana en color púrpura, así en las mentes de los santos se recuerda la sangre de la pasión del Señor por la meditación continua, y así de algún modo cualquier alma piadosa se tiñe con la sangre, para imitar la púrpura del Rey eterno. De esta manera, ciertamente, nos hacemos conformes a nuestro Salvador, para que también mercedamente seamos después coherederos.

#### CAPÍTULO XXIV.

«¡Cuán hermosa y encantadora eres, amada mía, en tus delicias; tu estatura es semejante a la palmera (Cant. VII).» La mente santa es llamada amada en las delicias, porque, mientras es afligida externamente por las persecuciones, se recrea con la dulzura de la intimidad de los deseos piadosos. Su estatura se dice semejante a la palmera, porque así como no se inclina ante los vientos de las tentaciones, tampoco se inclina ante los terrores de cualquier persecución; y mientras la rabia de los perseguidores la golpea, como si fuera con arietes de amenazas, ella, firmemente apoyada en el fundamento de la fe invicta, realmente de pie y sobresaliente, permanece insuperable. No es en absoluto semejante a aquella a quien se dice por el profeta de los espíritus malignos: Porque, «te han humillado y han dicho a tu alma: Inclínate para que pase (Isa. LI);» sino que guarda más bien aquello que el Señor dijo a los hijos de Israel: «Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la esclavitud de Egipto, para que anduvieras erguido.» Y puesto que la palmera suele adornar la mano victoriosa, correctamente se dice que el alma santa e insuperable es semejante a la palmera, porque a lo largo de todo el curso de su lucha medita en la recompensa de la victoria lograda, y por eso desprecia todo lo que sufre en los débiles, porque, erguida como una palmera, espera firmemente lo que contempla en las cosas celestiales.

#### CAPÍTULO XXV. En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Dije, dice el esposo a la esposa: Subiré a la palmera y tomaré sus frutos, y tus pechos serán como racimos de uva; tus aromas, como manzanas; tu garganta, como el mejor vino (Cant. VII).» Los frutos de la cruz son todos los elegidos. Así, el Señor sube a la palmera y toma sus frutos, porque tan pronto como colgó en la cruz por nuestra salvación, atrajo hacia sí a todos los elegidos por el deseo del amor. Y entonces la santa Iglesia comenzó a fluir los vinos de la alegría espiritual a través de los pechos de los dos Testamentos, y a inspirar el aroma de la concupiscencia celestial a las narices de las mentes humanas; para que incitada a seguir, nuestra mente se diga a sí misma con gratitud: «Atráeme tras de ti, correremos en el aroma de tus ungüentos (Cant. I).

#### CAPÍTULO XXVI.

«Te desperté bajo el manzano (Cant. VIII).» Cuando el esposo había dicho a su amada: «Te desperté bajo el manzano:» añadió consecuentemente: «Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Ibid.);» como si dijera: Porque yo te amé tanto que te resucité de la muerte por la muerte de la cruz, tú también ámame de igual manera, y ponme como un sello de amor íntegro y perfecto no solo en tus pensamientos, sino también en tus obras. Pues debemos entender el manzano como la cruz del Señor; a la cual, en efecto, en otro lugar compara a Cristo, diciendo: «Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos (Cant. II).» Así, el manzano es la cruz de Cristo, por la cual el alma fue resucitada, liberada de las cadenas de la muerte eterna. «Ponme, dice, como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant. VIII).» ¿Qué entendemos por corazón, sino el pensamiento? ¿Y qué por brazo, sino la fortaleza de la obra? Debemos imprimir a Cristo como un sello en nuestro corazón, para que ninguna irrupción hostil pueda violarlo.

También debemos inscribir a Cristo en nuestras obras, para que, por todo lo que hacemos, demos ser discípulos de nuestro maestro crucificado.

CAPÍTULO XXVII. En la carta a Blanca, y en el sermón sobre San Casiano.

«Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant. VIII).» A menudo, para recordar algo que no queremos olvidar, hacemos un nudo o un signo en nuestro dedo o brazo, para que, al ver frecuentemente el signo, recordemos continuamente lo que podría haber caído en el olvido. Pero quien ama a Cristo solo de palabra, pero no se esfuerza en obrar el bien, ya ha puesto al esposo como un sello sobre su corazón. Quien parece estar dedicado a las buenas obras, pero se enfría en el fuego del amor divino, ya ha puesto la imagen de la santidad sobre su brazo, pero aún no ha expresado el sello de Cristo en su corazón. Para que el alma santa esté marcada con el carácter de Cristo en ambos lugares, ponga a Cristo como un sello en su corazón, para que arda profundamente con las llamas de su amor. También lo ponga consecuentemente en su brazo, para que insista valientemente en las obras piadosas. Pablo había puesto a Jesús como un sello en su cuerpo, como en su brazo, cuando decía: «Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús (Gál. VI).» Había puesto el sello sobre su corazón, cuando en otro lugar decía con gratitud: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Ibid.).» Ciertamente llevaba las marcas de Cristo impresas en su cuerpo, y se gloriaba de tener su sello en su mente. Además, el mismo Esposo celestial pone a cada uno de sus elegidos como un sello para sí mismo y lo observa con gratitud para que no sea borrado de su memoria: Según lo que promete a Zorobabel, príncipe de Judá, diciendo: «En aquel día te tomaré, Zorobabel, siervo mío, y te pondré como un sello ante mí (Ageo II).» Y en contra de cierto rey réprobo, el Señor dice: «Aunque Jeconías fuera un anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancaré (Jer. XXII).»

Terminan los testimonios de los Cantares de los Cantares.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA.

1. Que el espíritu de sabiduría es benigno.
2. Mientras todo estaba en silencio.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA.

CAPÍTULO PRIMERO. En el libro GRATISSIMO.

«Benignus est enim Spiritus sapientiae, et non liberabit maledictum a labiis suis (Sap. I).» Benigno se llama al Espíritu Santo de manera adecuada, porque devuelve bien a quienes merecen mal, y otorga el don de su gracia a quienes merecen castigo. ¿Quién, entonces, debe entenderse aquí por el nombre de maldito, sino nuestro Redentor, quien, para liberarnos del vínculo de la maldición, no rechazó someterse a las maldiciones? Por eso Pablo dice: «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero (Gal. III), para que en las naciones la bendición de Abraham se hiciera en Cristo Jesús, para que recibamos la promesa del Espíritu por la fe (Deut. XXI).» Por lo tanto, el Espíritu Santo benigno no liberó al maldito de sus labios, porque todos los sufrimientos de la pasión y muerte del Señor, que había predicho de Cristo a

través de los profetas, los cumplió eficazmente en el tiempo adecuado mediante la manifestación de los hechos. Pues entonces, de alguna manera, lo liberaría de sus labios si lo que había anunciado de él en los oráculos proféticos no se hubiera cumplido en el orden de los hechos. Aquí se debe notar cuán profundamente, cuán místicamente, concuerdan las sentencias de ambos doctores. Porque lo que uno dijo, que el Espíritu no liberará al maldito de sus labios, es lo que el otro afirmó, para que recibamos la promesa del Espíritu por la fe; y para mostrar el Sabio de quién hablaba al referirse a la maldición, añadió inmediatamente la sentencia: «Porque Dios es testigo de sus riñones, y verdadero escudriñador de su corazón y oyente de su lengua (Sap. I).» Porque la unidad del Padre y del Hijo es inseparable y coesencial, el Padre es justamente llamado testigo de los riñones del Hijo y escudriñador de su corazón, cuya virtud y sabiduría es el mismo Hijo, sin ninguna desigualdad o separación de él. También es oyente de su lengua, como él mismo testimonia: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado, yo sabía que siempre me escuchas (Juan XI).» Por lo tanto, el espíritu no liberó al maldito de sus labios, porque Dios es testigo y escudriñador de su corazón y oyente de su lengua. Como si dijera claramente: Por eso el Hijo de Dios soportó los sufrimientos de la pasión, porque el mismo Hijo, con el Padre y el mismo Espíritu Santo, una voluntad, una providencia, decretó que esto se hiciera para la salvación del género humano. De lo cual el Apóstol dice: «Quien me amó, y se entregó a sí mismo por mí (Gal. II).»

CAPÍTULO II. En el segundo sermón sobre San Bartolomé apóstol.

«Mientras todo guardaba un profundo silencio y la noche en su curso recorría la mitad del camino, tu omnipotente palabra, Señor, vino del cielo desde los tronos reales (Sap. XVIII).» En la venida del Señor, todo estaba en medio del silencio, porque ya los profetas habían cesado, y aún no venían los apóstoles a predicar la gracia de la nueva fe. El mundo estaba claramente en un cierto punto medio, ya que no quedaban oráculos de los profetas y aún no brillaba la predicación apostólica. ¿Y qué se entiende aquí por noche, sino el diablo, que es el autor de las tinieblas? Quien de alguna manera camina cuando no puede fácilmente cumplir lo que desea; pero corre cuando realiza los deseos de su malicia sin ningún obstáculo de contradicción, y ya no toma el borde del camino, sino el camino medio, cuando no ve nada que pueda retardar el ímpetu de su carrera. Así, cuando el mundo callaba bajo tan nocivo silencio, y esta ocasión llamaba al diablo a perder a los hombres, él no solo tenía el camino medio, sino que también corría, porque eficazmente cumplía todo lo que había concebido en su mente maliciosa. Pues ya todo el imperio romano lo ocupaba, y era necesario que aquellos que hasta entonces habían mantenido de alguna manera la ley de Dios, ahora estuvieran sujetos a las leyes de los paganos. Bajo este silencio del mundo pereciente, la palabra del Señor vino de los tronos reales, porque de los corazones apostólicos, que son verdaderamente tronos del Rey eterno, brotó la palabra de la predicación evangélica. Ellos son ciertamente los tronos reales que Dios habita, ellos son los reyes y Padres de la Iglesia, como se dice: «Toda la gloria de la hija del rey es interior (Sal. XLIV).» Estos reyes, armados con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI), derrotaron al príncipe del mundo. De cuya espada de los apóstoles se lee: «Un duro guerrero saltó al medio de la tierra de exterminio, una espada afilada llevando tu imperio sin mancha, y de pie llenó todo de muerte, y hasta el cielo llegaba estando en la tierra (Sap. XVIII).»

Terminan los testimonios del libro de la Sabiduría.

COMIENZA EL CAPÍTULO DEL LIBRO DEL ECLESIAÍSTICO.

CAPÍTULO ÚNICO. En el segundo sermón sobre San Mateo apóstol y evangelista.

«Moisés mandó la ley en preceptos de justicia, y herencia a la casa de Jacob y a Israel las promesas (Ecli. XXIV).» Pero para no detenernos más en estas palabras, esa ley, que se llama herencia de la promesa, es el santo Evangelio, que fue prometido a los antiguos Padres, pero a nosotros nos fue otorgado por derecho hereditario con la venida de Cristo; donde se añade inmediatamente: «David puso a su siervo para levantar un rey de él, el más fuerte sentado en el trono de honor para siempre. Quien llena como el Fison la sabiduría, y como el Tigris en los días de los nuevos; quien llena como el Éufrates el sentido; quien multiplica como el Jordán en tiempo de la cosecha; quien envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Geón en el día de la vendimia (Ibid.).» Estas cosas, hermanos míos, se han dicho tan claramente, tan abiertamente de Cristo y de los santos evangelistas que no necesitan ser explicadas para insinuarlas, pero cuando en las santas y místicas palabras escucháis el nombre de vendimia, quienes por la ocasión del tiempo tenéis vendimias terrenales a mano, debéis recurrir a lo interior y vuestra prudencia debe pensar en la santa vendimia espiritual. Dice al final de la sentencia: «Quien envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Geón en el día de la vendimia (Ibid.).» ¿Quién es aquel que envía la disciplina como la luz, sino aquel que, después del rostro velado de Moisés, al mundo poseído por las tinieblas, introduce la claridad resplandeciente de su Evangelio? Asiste, pues, como el Geón, del cual también se dice por el Profeta: «El Señor nuestro Dios es un río glorioso que salta a la tierra sedienta (Ibid.).» ¿Y cuál es la viña a la que asiste como el Geón, y no cesa de regar con los rocíos de su predicación, sino aquella de la que se dice por el Profeta: «La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel?» (Isa. V.) Esta viña el Señor la trasladó de Egipto de la antigua ley, y la introdujo en la tierra del Evangelio, que mana leche y miel.

Terminan los testimonios del libro del Eclesiástico.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL PROFETA ISAÍAS.

1. De lo que se dice: Y forjarán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces.
2. Que el día del Señor será sobre todo soberbio.
3. Que los Serafines, teniendo seis alas, volaban ante el rostro de Dios.
4. Los ladrillos cayeron, pero edificaremos con piedras labradas.
5. Pondré sobre los que fueron de Moab un león. Envía el Cordero, Señor, el Dominador de la tierra, desde la roca del desierto al monte de la hija de Sion.
6. Que la visión de todos será como las palabras de un libro sellado.
7. Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di en el desierto aguas.
8. Por el pecado de mi pueblo lo herí, y dará al impío por sepultura y al rico por su muerte.
9. ¿Quién es este que viene de Edom con vestiduras teñidas de Bosra?
10. ¿Acaso yo, que hago parir a otros, no pariré yo mismo, dice el Señor?

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS.

## CAPÍTULO PRIMERO.

«Y forjarán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces (Isa. II).» Para los que no soportan las correcciones, son como espadas, pero si quieren que estas espadas se conviertan en hoces, los ásperos matorrales de sus vicios, de los que se horrorizan, se transforman en cosechas. Por eso el profeta, después de haber dicho de nuestro Salvador «que juzgará a las naciones y reprenderá a muchos pueblos,» añadió inmediatamente: «Y forjarán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces (Ibid.).» Es un orden adecuado, ya que primero el pecador es reprendido, y luego las espadas se forjan en rejas de arado y las lanzas se convierten en hoces. Pues cuando alguien impaciente se hace más dócil por la disciplina, como un campo llano es arado con el cuchillo de la reprensión, luego es sembrado con la semilla suave de la santa predicación, y así finalmente se viste con la fecunda cosecha de buenas obras, a este ciertamente las espadas se le han convertido en rejas de arado y las lanzas se convierten en hoces; porque quien antes consideraba ser herido como con una espada al ser reprendido, ahora soporta con gusto la reja de la doctrina sagrada para dar frutos y espera la hoz de la cosecha celestial para llenar el granero del cielo.

## CAPÍTULO II. En la carta a Blanca.

«El día del Señor será sobre todo soberbio y elevado, sobre todo arrogante y será humillado, y sobre todos los cedros del Líbano altos y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán, y sobre todos los montes altos, y sobre todas las colinas elevadas, y sobre toda torre alta, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis y sobre todo lo que es hermoso a la vista (Isa. II).» Se dice que el día del juicio divino se cierne sobre las cosas insensibles, pero a través de las figuras de cosas sin razón, se entiende la necedad de los hombres reprobados. Los cedros del Líbano altos y erguidos son los poderosos de este mundo, elevados por la excelencia de la sublimidad terrenal, pero infecundos en los frutos de las buenas obras. Las encinas, sin embargo, producen frutos, pero no de los que el hombre se alimenta, sino de los que alimentan a los cerdos. Los cerdos, sin embargo, deben entenderse como espíritus inmundos, que se alimentan de los hombres inmundos. Por otra parte, los montes altos y las colinas elevadas son los soberbios, como extendidos en lo alto por el cúmulo de pensamientos altivos, pero ajenos al grano con el que abundan los valles (Sal. LXIV) y a todos los frutos de los estudios espirituales. Ahora bien, la torre alta y el muro fortificado insinúan a aquellos que, siendo pecadores, se colocan a sí mismos en una especie de fortaleza de inocencia y, cubriéndose con el escudo de la defensa, no permiten que las flechas de sus censores lleguen a ellos. Tarsis, sin embargo, significa exploración de alegría; pues quien en este mundo explora de qué puede alegrarse, a este el día del Señor que se le avecina le impone molestias de tristeza y aflicción perpetuas. También viene el día del Señor, no sobre todo lo que es hermoso, sino sobre todo lo que es hermoso a la vista, porque en el día del juicio divino se oprime con peso a quien interiormente se confunde con la deformidad de los vicios que le asaltan ocultamente; pero exteriormente se cubre con una cierta belleza de virtud simulada, o más bien de honestidad.

## CAPÍTULO III. A Olderico, obispo de Firmino.

Cualquier mente humana que esté fortalecida por un sano consejo, si se examina a sí misma con sutileza y habilidad, apenas encuentra en sí misma, con sus propias facultades, de qué pueda merecidamente esperar alabanza. La condición mortal, de hecho, está constreñida y limitada por todas partes, ¿qué sabe de lo que pueda enorgullecerse? ¿Quién sabe qué fue en la eternidad, antes de que Dios creara este mundo? Pero aunque ignore qué fue antes del principio del mundo, tal vez sepa qué será después de su fin; si, por ejemplo, los astros

seguirán sirviendo en el ministerio de su curso, y si, después de lo que ahora existe, sucederán otros elementos. Por eso los Serafines, que el profeta Isaías vio de pie ante el Señor, se describen con seis alas: «Con dos, dice, cubrían el rostro, y con dos cubrían los pies, y con dos volaban (Isa. VI).» Cubrían, pues, el rostro o los pies, no los suyos, sino los de Dios. ¿Y qué se debe entender por el rostro de Dios, sino el principio del mundo? ¿Qué por los pies, sino el fin del mismo mundo? Las alas de los serafines son más las que cubren y menos las que vuelan, porque de la altura de las obras divinas, aunque pocas se nos permiten volar a nuestro conocimiento, muchas se guardan ocultas en los tesoros de los secretos celestiales. Pues que ignoremos completamente qué fue antes del principio del mundo y qué será después de su consumación, lo mismo lo atestigua Isaías: «Anunciadme las cosas anteriores y las últimas que serán, y diré que sois dioses (Isa. XLI).» De las cosas intermedias, sin embargo, conocemos algunas de alguna manera, que se nos revelan por el testimonio de las Escrituras. Pero incluso en estas mismas cosas, cuánta escasez de conocimiento sufrimos, el más sabio entre los hombres no se avergonzó de confesarlo. Pues Salomón dice: «Hay justos y sabios, cuyas obras están en la mano del Señor; y sin embargo, el hombre no sabe si es digno de amor o de odio, sino que todo se guarda incierto para el futuro (Ecli. IX).» Donde se debe notar que, aunque llama justos y sabios a quienes debían saber más sutilmente, también afirma que ellos mismos ignoran lo que será.

CAPÍTULO IV. En la carta a Hermisindim, que la construcción de la soberbia humana se destruye rápidamente.

Quienes, despreciando la estructura de la concupiscencia y la conversación terrenal, construyen la fábrica del edificio espiritual, estos convierten los ladrillos en piedra; y no en la arena de la esperanza mundana, sino en la roca de la fe, que es Cristo, construyen atrios que nunca caerán. Por eso se dice por Isaías: «Los ladrillos cayeron, pero edificaremos con piedras labradas; cortaron los sicomoros, pero los cambiarán por cedros (Isa. IX).» Quien edifica con ladrillos candentes y piedras labradas es quien castiga la lascivia de los vicios y placeres con el rigor de una vida más estricta, quien supera la ley de la carne con la ley del espíritu, quien cambia la fortaleza del cuerpo por la virtud del alma. Por eso se dice de nuevo por Isaías: «Los que confían en el Señor cambiarán su fortaleza (Isa. XL).» Pues cuando dijo que no la asumirán, sino que la cambiarán, claramente mostró que hay una fortaleza que se depondrá y otra que se comenzará de nuevo. De ahí que a los elegidos se les dice por el Salmista: «Actuad con valentía y fortalécense vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor (Sal. XXX).» De ahí que Salomón diga: «He aquí el lecho de Salomón, sesenta valientes lo rodean de los más fuertes de Israel (Cant. III).»

CAPÍTULO V. En el libro contra los judíos.

Isaías dando testimonio de Cristo: «Pondré, dice, sobre los que fueron de Moab un león, y sobre los restantes de la tierra. Envía el Cordero, Señor, el Dominador de la tierra, desde la roca del desierto al monte de la hija de Sion (Isa. XV, XVI).» Pues de esta gente de los moabitas salió el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, que domina en el orbe de la tierra. Pues quien se llama león por su fortaleza, se llama cordero por su mansedumbre. La roca del desierto se entiende como Rut, quien, desierta por la muerte de su primer esposo, engendró a Obed de Booz (Mat. I); de cuya descendencia viene Cristo.

CAPÍTULO VI. En el sermón sobre San Lucas evangelista.

«Y será para vosotros la visión de todos como las palabras de un libro sellado, que cuando se lo den a uno que sabe leer, dirán: Lee esto; y él responderá: No puedo; porque está sellado

(Isa. XXIX).» ¿Quién es ese libro sellado, sino el santo Evangelio envuelto en sentencias místicas y alejado de la inteligencia de la mente humana por una cierta profundidad arcana? Este libro es ciertamente aquel del que Juan dice: «Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos (Apoc. V).» ¿Cuáles son los sellos con los que se dice que el libro evangélico está sellado, sino aquellos siete sacramentos con los que se cumple todo el orden de la dispensación del Señor, a saber, la encarnación del Señor, 253 el nacimiento, la pasión, la resurrección, la ascensión a los cielos, luego el juicio, finalmente el reino? Con estos sellos el libro evangélico está tan sellado que, a menos que Cristo lo hubiera abierto, no podría estar abierto para nadie. Por eso se añade: «He aquí que ha vencido el león de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el libro y desatar sus siete sellos (Ibid.).»

#### CAPÍTULO VII. En la misma carta.

«Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di en el desierto aguas, ríos en el lugar desierto; para dar de beber a mi pueblo, mi elegido (Isa. XLIII).» ¿Qué significa la bestia del campo, sino la gentilidad ciertamente carente de razón? ¿Qué por los dragones, sino los maliciosos? ¿Qué por los avestruces, que tienen alas pero no pueden volar, sino los hipócritas? Estas bestias glorifican a Dios, mientras Cristo ofrece al pueblo gentil, que estaba desierto y sin camino, las palabras del Evangelio abundante. Así, la copa de la predicación evangélica fue dada a Benjamín, a Pablo, para que él especialmente cultivara el desierto de la gentilidad y lo empapara con la lluvia abundante de la santa predicación. De esta lluvia está escrito: «Quien cubre el cielo con nubes y prepara lluvia para la tierra (Sal. CXLVI).»

#### CAPÍTULO VIII. En la carta a Alberico cardenal, sobre diez cuestiones.

También aquello de Isaías, que pides que se explique: «Por el pecado de mi pueblo lo herí, y daré al impío por sepultura y al rico por su muerte (Isa. LII);» según nos parece, es así: El Padre omnipotente hirió al Hijo por los pecados de su pueblo, porque lo destinó a soportar el madero de la cruz para borrar nuestros pecados. Pues para esto fue entregado el Hijo por el Padre, para que el siervo fuera liberado, como también el Apóstol dice: «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII).» Para esto fue herido el inocente con llagas, para que el pecador se regocijara sanado de las contusiones de sus heridas. Como se dice por el mismo Isaías: «Él fue herido por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados, por cuyas llagas fuimos sanados (Isa. LIII).» Pero nuestro Redentor se dignó sufrir por dos pueblos, a saber, el gentil y el judío, de los cuales uno era llamado impío y el otro rico con razón. Y el pueblo gentil ciertamente era impío; porque sirviendo a los ídolos, ignoraba la piedad del culto divino. Esta piedad en griego se llama θεοσεβειαν. El pueblo judío, en cambio, había sido rico, porque al recibir los sábados, la circuncisión, las neomenias y todas las ceremonias de la ley divina, abundaba como en copiosas riquezas del tesoro celestial. Con estas riquezas ya convertido, Pablo se regocijaba con los corintios, cuando decía: «Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros en la gracia de Dios, que os fue dada en Cristo Jesús, porque en todo fuisteis enriquecidos en él, 254 en toda palabra y en toda ciencia, de modo que no os falta nada en ningún don (I Cor. I).» Nuestro Salvador, por tanto, por la muerte que asumió en sí mismo, devolvió al Padre dos pueblos resucitados de la muerte: el gentil, que antes servía impiamente a los demonios, y el judío, que, aunque retenía la letra que mata y desconocía el espíritu que vivifica, poseía sin embargo las riquezas de la ley divina.

## CAPÍTULO IX. En la homilía sobre la natividad de la Virgen María.

«¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bosra?» Y poco después: «¿Por qué, pues, es rojo tu vestido, y tus vestiduras como las de los que pisan en el lagar?» (Isai. LXIII.) La vestidura de Cristo no es otra cosa que el cuerpo que tomó de la señora y virgen María. Sin embargo, su vestidura no es distinta de él mismo. Pues también nuestra vestidura se llama carne, pero sin embargo nosotros mismos somos la carne con la que nos vestimos. De esta vestidura se dice por Juan: «Tenía en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. XIX).» Pues por el muslo se realiza la propagación de la carne. Aquel que, por tanto, vino al mundo por la propagación del género humano desde la Virgen, y por el misterio de su encarnación, quien era Rey y Señor de todas las naciones, lo indicó, tenía escrito en su vestidura y en su muslo: «Rey de reyes y Señor de señores.» Pues donde se dio a conocer al mundo, allí inscribió el conocimiento de su majestad. Esta vestidura apareció roja al profeta, porque nuestro Redentor derramó su propia sangre por nuestra redención. A quien él mismo respondió: «He pisado el lagar solo y de los pueblos no hay hombre conmigo (Isai. LXIII).» Pues él solo pisó el lagar en el que fue pisado, porque con su poder venció la pasión que soportó. Pues quien soportó hasta la muerte el madero de la cruz, resucitó de esa misma muerte con gloria. Bien se dice: «Y de los pueblos no hay hombre conmigo (Ibid.);» porque aquellos por quienes vino a sufrir debían ser partícipes de su pasión; quienes, por no haber creído aún, se lamenta de ellos en la resurrección, cuya vida se buscaba en su muerte.

## CAPÍTULO X. En la carta a Cuniberto, obispo de Turín, sobre la incontinencia de los clérigos.

En los pastores ciertamente se juzga inútil la castidad que se muestra estéril, de modo que no engendra otra castidad, especialmente cuando el mismo Dios omnipotente por Isaías dice: «¿Acaso yo, que hago parir a otros, no pariré yo mismo, dice el Señor?» (Isai. LXVI.) Donde se debe notar que, al decir que hago parir a otros, no a otras, espera más bien el fruto de los hombres y pastores de la Iglesia. Pero el mal pastor puede lamentarse cantando con el mismo profeta: «No he parido, y no he dado a luz, y no he criado jóvenes, ni he llevado a las vírgenes al crecimiento (Isai. XXIII).»

Terminan los testimonios de Isaías.

## 255-256 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE JEREMÍAS.

1. Sobre la matanza que el Señor amenaza a Jerusalén, porque lo abandonaron.
2. El Señor ordenó a Jeremías que fuera al Éufrates y escondiera allí en una grieta de la roca el cinturón con el que estaba ceñido.
3. Sobre lo que se dice: Que la perdiz incubó lo que no puso: hizo riquezas, y no con justicia, en la mitad de sus días las dejará.
4. Lo que el Señor dice por Jeremías: ¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la roca?
5. Lo que el Señor amenaza a los habitantes de Jerusalén con espada, hambre y peste: porque no escucharon a los profetas que envió a ellos.

6. Que cuando Jeremías es levantado del pozo en el que fue arrojado, le bajan cuerdas y trapos viejos.

7. Maldito el que impide que su espada derrame sangre.

8. Me embriagó con ajeno.

9. De la boca del Altísimo no salieron ni bienes ni males.

10. Los hijos de Agar, que buscaron la prudencia que es de la tierra, el camino de la sabiduría.

Terminan los capítulos de Jeremías.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta al P. archipresbítero, donde habla de la salida del alma del cuerpo.

«He aquí que yo convocaré a todas las familias de los reinos del norte, dice el Señor; y vendrán, y pondrán cada uno su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros alrededor, y sobre todas las ciudades de Judá; y hablaré mis juicios con ellos sobre toda la maldad de ellos que me abandonaron (Jer. I).» Estas palabras, si no se refirieran a otros además de aquellos ciudadanos de la Jerusalén terrenal, de ninguna manera resonarían hoy en la santa Iglesia. ¿Cuáles son, pues, esas familias de los reinos del norte, sino las multitudes de espíritus malignos, que reinan con soberbia en mentes tan frías? Cada uno de ellos pone su trono a la entrada de las puertas de Jerusalén cuando rodean al alma infeliz que sale del cuerpo, custodiándola con un asedio para que no salga libre, para arrastrarla ahora con ellos al suplicio del fuego, en cuya mente fría reinaban antes. ¡Oh cuán lamentable, cuán lúgubre es ese arrepentimiento tardío e infructuoso, cuando el alma pecadora, ya comenzando a ser liberada de la cárcel de la carne en la que estaba encerrada, mira hacia atrás, dirige sus ojos hacia adelante! Ve tras de sí como un estadio de vida mortal muy estrecho y breve recorrido, ve ante sí la longitud interminable de los siglos. Percibe que el momento del tiempo que vivió pasó rápidamente como un instante; contempla que se avecina la infinita extensión de los tiempos que comienza. Pues lo brevísimo que es, pasa como en un punto: pero a este camino que ahora emprende no le aparece ningún fin en absoluto.

CAPÍTULO II. En la carta al P. archipresbítero, sobre la incontinencia de los clérigos.

«Ve, dice el Señor a Jeremías, y adquiere para ti un cinturón de lino, y pónelo sobre tus lomos (Jer. XIII).» De lo cual poco después: «Levantándote, dice, ve al Éufrates, y escóndelo allí en una grieta de la roca.» Lo cual, cuando lo hizo, y lo escondió en el Éufrates, como se le había ordenado, después de muchos días el Señor le dijo: «Levántate, y ve al Éufrates, y toma de allí el cinturón. Y fui, dice, al Éufrates, y tomé el cinturón del lugar donde lo había escondido; y he aquí que se había podrido, de modo que no era útil para nada. Y el Señor dijo: Así haré pudrir la soberbia de Judá, y la mucha soberbia de Jerusalén, este pueblo malo, que no quiere escuchar mis palabras, y caminan en la perversidad de su corazón, y serán como este cinturón, que no es útil para nada (Ibid.).» ¿Qué representa aquí la persona de Jeremías, sino al Señor? ¿Qué significa el cinturón, sino el orden de los clérigos? Toda la Iglesia es la vestidura de Cristo, de cuyos miembros se dice por el profeta: «Con todos estos te vestirás como con un ornamento (Isai. XLIX).» Pero así como el cinturón es íntimo al cuerpo humano y se adhiere más estrechamente que las demás vestiduras, así el orden clerical

se adhiere más familiarmente a los servicios divinos que los demás hombres; como allí la voz divina dice del pueblo israelita: «Porque así como se adhiere el cinturón a los lomos del hombre, así adherí a mí toda la casa de Israel, y toda la casa de Judá, para que fueran para mí en pueblo, y en nombre, y en alabanza, y en gloria; y no escucharon (Jer. XIII).» ¿A quiénes, pregunto, pueden aplicarse tan adecuadamente, tan expresamente estas palabras como a los clérigos, que están constituidos especialmente para predicar el nombre de Dios, la alabanza y la gloria? Pues así como Israel y Judá eran un pueblo peculiar para Dios entre todas las naciones de la tierra, así ahora los clérigos se adhieren especialmente 257 a Cristo por encima de todos los miembros de la Iglesia. Ellos son, sin duda, el cinturón de lino conectado con más estrecha familiaridad al cuerpo divino. El lino, en efecto, llega laboriosamente a la blancura; y los clérigos, ya sea esforzándose en los estudios de las letras, ya sea ascendiendo por ciertos grados en intervalos de tiempo, difícilmente son promovidos a la dignidad del orden sagrado; de lo contrario, si alguien afirmara con más insistencia que esto se hizo históricamente según la serie de la Escritura, y no debe entenderse espiritualmente; ¿cómo pudo Jeremías, entre las innumerables naciones de los asirios y caldeos que sitiaban la ciudad de Jerusalén con ejércitos compactos, salir ceñido con un cinturón, y esconderlo en el Éufrates que corre tan lejos? Además, después de transcurrido un largo tiempo, ¿cómo regresó como si fuera más seguro y lo encontró podrido, como testifica la Escritura, cuando Jerusalén estaba rodeada de fosos, murallas, fortalezas y tan frecuentes defensas por todas partes? Pues cuando en alguna ocasión el mismo profeta intentó salir a su aldea de Anathoth, situada a tres millas de la ciudad, fue capturado de inmediato en la puerta, llevado ante los príncipes, gravemente azotado y, como un desertor o traidor a la patria, arrojado a la cárcel (Jer. XXXII). Por lo tanto, como no se puede entender que se hizo históricamente, es evidente sin duda que no falta el misterio de la figura típica. Bien, pues, por el cinturón de lino, según lo dicho anteriormente, se expresa el coro de los clérigos. Pero que este cinturón se ordene poner en el Éufrates, es decir, en un lugar acuoso, y en una grieta de la roca, es decir, en la oscuridad y sombra, ¿qué se expresa con esto sino aquella parte de los clérigos que habita bajo la sombra del placer y en el flujo de la lujuria? De cuyo líder en el libro de Job el Señor dice: Duerme a la sombra, en el secreto del cañaveral, y en lugares húmedos. Las sombras lo cubren, lo rodean los sauces del torrente (Job XL); y para mostrar cuánto se deleita con sus familiares en la morada del río, añade de inmediato: He aquí que absorberá el río, y no se maravillará: porque tiene confianza en que el Jordán fluya en su boca. Pero que se diga que fue puesto en una grieta de la roca, puede entenderse no inconvenientemente dentro de los límites de la Iglesia. Pues como en una grieta de la roca se encierran los clérigos, cuando se les ordena vigilar diligentemente sus ministerios dentro de los límites de la Iglesia. El cinturón, por tanto, puesto en un lugar húmedo, se pudrió; porque de aquellos que habitan en los flujos de la lujuria, el profeta testifica: Los animales se pudrieron en su estiércol (Joel. I). Los animales, en efecto, se pudren en su estiércol, cuando los carnales y sucios concluyen su vida en el hedor de la lujuria. No se encontró útil para nada; porque también el Señor dice: Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios (Luc. IX). Como si dijera abiertamente: Cualquiera que, dictando la regla de su orden, toma una vez el arado de la castidad, si después, por el ardor de la lujuria, vuelve sus ojos hacia Sodoma; porque ya desespera de las montañas, se demuestra a sí mismo completamente inútil para el reino de Dios. A semejanza, pues, del cinturón puesto en un lugar húmedo, los clérigos se pudren, cuando se llenan de vientres húmedos con glotonería y embriaguez, cuando se inundan con la suciedad de la lujuria y los flujos de la lujuria sucia; y así se vuelven inútiles para todos los usos; 258 porque cuanto más parecen florecer en la carne, tanto peor se marchitan y se desvanecen en la fealdad de un alma deslucida. De los cuales en el salmo: «Se corrompieron, dice, y se hicieron abominables en sus placeres (Psal. XIII).»

### CAPÍTULO III. En la carta al P. abad.

«La perdiz incubó lo que no puso; hizo riquezas, y no con justicia, en la mitad de sus días las dejará, y en su final será insensato (Jer. XVII).» Sin embargo, salvo que esto pueda entenderse de aquellos que roban hijos ajenos, parece sin embargo decirse principalmente del autor de toda maldad. Pues el diablo, como maestro en la cátedra de la pestilencia, usurpó para sí el magisterio sobre los hombres que él mismo no creó, y enseñándoles el error, como si los incubara, a quienes no engendró creando. Hizo, pues, riquezas, y no con justicia; porque al querer enriquecerse con bienes de derecho ajeno, violó el juicio de la equidad; pero en la mitad de sus días los dejará. Pues el diablo vive como si aún viviera, mientras la espada del juicio final no lo ha atravesado. No habiendo muerto aún, ya deja sus riquezas; porque la humanidad en su mayor parte ya ha regresado a su Creador. Pero en su final será insensato, a quien, como dice el Apóstol: «El Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la manifestación de su venida (II Thess. I).» Y el profeta: «Con el espíritu de sus labios matará al impío (Isai. XI).» El hombre, por tanto, abandona al maestro abusivo y regresa al propio, cuando condena el nuevo error y vuelve a la origen de su condición. Por lo cual allí se añade adecuadamente: «Trono de gloria, altura desde el principio, lugar de nuestra santificación, esperanza de Israel (Jer. XVII).» Dios, por tanto, que es el principio de la gloria, él mismo es la esperanza de Israel; porque de quien la humanidad salió por el sacramento de la condición, a él regresa. Aquel que, pues, se sentaba en el trono de la gloria desde el principio y enseñaba al hombre, él mismo es la esperanza de Israel, para que en el lugar de nuestra santificación, es decir, en la santa Iglesia, enseñe de nuevo al mismo hombre. Por lo cual se dice por el salmista: «Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones (Psal. XXI).» Cualquiera, pues, que roba un discípulo ajeno violando la fe, sin duda imita el ejemplo del Anticristo. Y así como él, lo que es ajeno, lo pierde como la perdiz; así este, lo que es usurpado, no lo retendrá con la intervención del juicio de la equidad.

### CAPÍTULO IV. En la carta a los cardenales obispos.

No basta, cuando alguien es arrebatado por el diablo y se convierte a Dios con piadosa devoción, si no es también inmediatamente quebrantado de la dureza de su estado, como por el martillo de la santa predicación. Por lo cual por Jeremías: «¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la roca?» (Jer. XXIII.) Las palabras del Señor son como fuego, porque expulsan el frío, 259 imparten calor a las mentes; pero son martillo, porque ablandan la dureza de la obstinación y la obstinación.

### CAPÍTULO V. En la carta al P. archipresbítero, sobre la salida del alma del cuerpo.

«He aquí, dice el Señor, enviaré contra ellos (a los ciudadanos de Jerusalén) espada, hambre y peste, y serán en maldición, y asombro, y en silbido, y en oprobio.» ¿Por qué se hizo esto? Lo aclara cuando añade: «Porque no escucharon, dice, mis palabras, que envié a ellos por mis siervos los profetas, levantándome de noche y enviando (Jer. XXIX).» Pero lo que dice, levantándome de noche, indica la solicitud y la prontitud de enviar, para que no se encuentre la pereza de la desidia en los predicadores de la palabra, sino más bien en los oyentes. Por tanto, cuando Dios omnipotente, hablando a los hombres de manera humana, se queja de haberse levantado de noche y por esto como si hubiera interrumpido su sueño; ¿qué reproche nos puede hacer, si a nosotros, en el último peligro de necesidad, como si con razón nos respondiera: Yo por vosotros, siendo Creador, me hice criatura; yo por vosotros soporté burlas y oprobios; soporté la cruz y recorrí todos los tormentos que os eran debidos; sin embargo, no me escuchasteis y despreciasteis las ceremonias de mi ley y mis mandamientos.

Ahora bien, si les reprochaba a ellos los siervos enviados por él, ¿cuánto más terriblemente nos reprochará a nosotros a sí mismo? Si les reprochaba a ellos el sueño interrumpido, ¿cuánto más nos puede objetar a nosotros, que murió y fue sepultado por nosotros? Dios no libera a los judíos encerrados por el asedio de los enemigos que los rodean, porque despreciaron a los siervos enviados a ellos: ¿y cómo escuchará a los cristianos que despreciaron los preceptos evangélicos enviados por el Hijo? Pues quien no escucha a Dios, no es escuchado por Dios. Una cosa es la que cada mente fiel debe atender siempre y diligentemente, y siempre considerar con investigación solícita dentro de sí misma: a saber, si lo que ha hecho agrada a Dios y si Dios se deleita en su vida o en sus obras. Pues ¿de qué sirve lo que haga el hombre si no agrada a Dios? Así se dice de David: «Dios buscó para sí un hombre conforme a su corazón (II Reg. III; Act. XIII).» Pues si ahora el Creador no se deleita en el hombre, el hombre no podrá deleitarse después en el Creador. Por lo cual se lee en la vida de los Padres: Que cuando un cierto falso y famoso solitario de gran renombre se acercaba a su fin, un espíritu infernal vino a él que traía un tridente de fuego en sus manos; y he aquí que una voz le fue dirigida: Como, dice, esta alma no me permitió descansar en ella ni una hora, así tampoco tú te apiades arrancándola. Entonces el espíritu maligno clavó el tridente de fuego en el corazón del moribundo, y su alma, como se le había ordenado, fue arrancada.

260 CAPÍTULO VI. En la carta a los hermanos de Sanvicino, donde los incita a la paciencia.

Duo son dos cosas que, si las atendemos con diligencia, fácilmente superamos las insolencias de los violentos y las molestias de las injurias: a saber, los preceptos y los ejemplos. Porque las Sagradas Escrituras nos exhortan a la penitencia; y todos los elegidos soportaron con ecuanimidad cualquier cosa que los furiosos miembros del diablo pudieron infligirles. Pues, ayudados por las advertencias divinas y los ejemplos de los que nos precedieron, somos rescatados del profundo de la tribulación que nos ha sido infligida, como correctamente se señala en el profeta Jeremías al salir del pozo: «Porque lo habían arrojado, como testifica la Escritura, en un pozo en el que no había agua, sino lodo; y luego, para levantarlo, se le bajaron cuerdas y trapos viejos (Jer. XXXVIII).» ¿Qué se figura con las cuerdas, sino los preceptos del Señor? Que, porque nos convencen y nos rescatan cuando estamos en mala operación, nos atan y nos arrastran, nos constriñen y nos levantan; pero para que no se corte al ser arrastrado atado con estas cuerdas, también se bajan trapos viejos: porque para que los preceptos divinos no nos aterren, los ejemplos de los Padres antiguos nos confortan, para que, comparándonos con ellos, nos atrevamos a hacer lo que tememos por nuestra debilidad. Si, por tanto, nos apresuramos a ser levantados de este profundo de la vida atribulada, seamos atados con cuerdas, es decir, seamos constreñidos por los preceptos del Señor. Que también estén presentes los trapos viejos con los que mejor se sostienen las cuerdas, es decir, seamos confortados con los ejemplos de los que nos precedieron, para que los preceptos sutiles no hieran a los débiles y temerosos mientras los levantan. Pablo apóstol añadía como ciertos trapos viejos, cuando para levantar a sus discípulos con sus preceptos espirituales les recomendaba los ejemplos de los antiguos, diciendo: «Los justos experimentaron burlas y azotes, además de cadenas y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada (Hebr. XI).» Y poco después: «Teniendo, pues, tan grande nube de testigos alrededor nuestro, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante (Hebr. XII).» Y de nuevo: «Acordaos de vuestros dirigentes, que os hablaron la palabra de Dios; considerad el resultado de su conducta e imitad su fe (Hebr. XIII).» Evidentemente, cuando hablaba de preceptos espirituales, era como si enviara cuerdas; pero luego, al recordar los ejemplos de los mayores, era como si añadiera trapos viejos. En verdad, el siervo de Dios debe temer cuando recibe algo temporal; debe alegrarse

cuando lo pierde: porque quien tiene el propósito de ascender a las cosas celestiales, sin duda avanza más fácilmente vacío que cargado.

CAPÍTULO VII. En la carta al papa N. sobre la incontinencia de los clérigos.

Así como son dignos de bendición quienes corrigen las culpas; de igual manera son sujetos a maldición quienes adulan a los pecadores, como se dice por el profeta: Maldito el que detiene su espada de la sangre (Jer. XLVIII). Pues detiene su espada de la sangre quien se abstiene de imponer a los reprobos la debida sentencia de corrección. En efecto, incurre en culpa quien, pudiendo, descuida corregir. Por eso, al mencionado Elí, varón de Dios, que se cree fue también Finees, le dice: Así dice el Señor: ¿Por qué habéis despreciado mi sacrificio y mis ofrendas, que mandé ofrecer en el templo, y has honrado más a tus hijos que a mí? (I Sam. II.) Si, pues, Elí, por tan solo dos hijos, a quienes no corrigió con la invectiva que merecían, pereció junto con ellos y con toda la multitud de hombres, ¿qué sentencia creemos que merecen quienes presiden en la corte eclesiástica y en los asientos de los jueces, y callan sobre los crímenes no desconocidos de los hombres perversos? Quienes, por temor a deshonar a los hombres en público, confunden los mandatos de la ley divina en deshonra del juicio supremo.

CAPÍTULO VIII. En la carta a Hermisinda.

Me embriagó con ajeno (Lam. III). Pues el ebrio, lo que tolera, lo ignora casi como si estuviera poseído o privado de razón. Así, cualquier perverso, mientras frenéticamente codicia las ganancias del mundo, aunque esté oprimido por tantos trabajos, no siente los males que padece, ya que es llevado con deleite a todo aquello en lo que se fatiga penalmente.

CAPÍTULO IX. En la carta a Alberico cara. sobre diez cuestiones.

Finalmente, lo que preguntas, aquello del profeta Jeremías: «De la boca del Altísimo no salen ni bienes ni males (Lam. III);» es una cuestión famosa en casi toda la Iglesia. Pues muchos la preguntan y corre célebre por boca de muchos. Pero, por la gracia de aquel que «abre el libro y desata sus sellos (Apoc. V),» esta cuestión se resuelve fácilmente, si no presumimos de nosotros mismos, sino de él. El Padre Omnipotente entregó al hijo inocente en manos de los impíos y, sin embargo, no se apartó del camino recto de la justicia; porque dispuso que la justicia refloreciera de donde permitió que él, por un tiempo, estuviera sujeto a la injusticia. Como se lee en el libro de la Sabiduría: «Siendo justo, todo lo dispones: incluso condenas al que no debe ser castigado (Sab. XII).» Así, el Padre permitió que el hijo sufriera la muerte, pero no mandó a los que lo mataron que lo hicieran; de lo contrario, habrían sido inculpables, al atribuir el ministerio de la impiedad al autor de la piedad. Dios, pues, dio poder a los perseguidores de Cristo, pero no mandó que lo mataran persiguiéndolo. Por eso, el profeta dice antes: «Para pervertir al hombre en su juicio, el Señor no lo supo.» Pues el Señor pervertiría al hombre en su juicio si mandara condenar al inocente. Pero una cosa es condenar, otra no librar del suplicio de la condena; una cosa es empujar a los furiosos a intentos sacrílegos, otra no refrenar la locura del furor recibido. Por eso, allí se añade no ignorando, sino reprobando: «¿Quién es este que dijo que se hiciera sin que el Señor lo mandara?» Dice que el Señor no lo mandó, pero tampoco lo prohibió. Por tanto, Dios no mandó a los perseguidores que crucificaran a nuestro Salvador; porque no encontró en él nada que mereciera ser castigado: sin embargo, no impidió que fuera crucificado, porque, al saber que iba a sufrir por la salvación del mundo, de ninguna manera lo liberó de las manos de los impíos. Por eso, se añade bien pronto: «De la boca del Altísimo no salen ni bienes ni

males.» Pues saldrían bienes si lo librara del suplicio que se le imponía; y saldrían males si encontrara en él crimen por el cual fuera condenado a suplicios. En la pasión de Cristo, de la boca del Altísimo no salen ni bienes ni males; porque el Padre no lo libera del poder, ni lo condena por la equidad de la ley; porque, aunque no encuentra en él pecado, por la salvación del mundo no libra al inocente puesto en la pasión; no ve en él pecados a los que esté sujeto, pero tampoco lo devuelve absuelto de las manos de los impíos: para que, mientras el inocente sufre la pena, el pecador, quien es, vuelva al perdón; y mientras uno, que no debe, paga las deudas de todos, todos los que estaban sujetos al antiguo gravamen de la cautela original, sean liberados de las leyes del documento cancelado.

CAPÍTULO X. En la carta a Bonifacio para que la sabiduría espiritual se prefiera a la prudencia exterior.

Así como la sabiduría celestial hace celestiales y legítimos hijos de la Iglesia, así la prudencia terrena hace terrenos y espurios. De quienes se dice por Baruc: «También los hijos de Agar, que buscaron la prudencia que es de la tierra; los negociantes de la tierra, y Temán, y los fabuladores, y los buscadores de prudencia, no conocieron el camino de la sabiduría, ni recordaron sus senderos (Baruc III).» Los que desean alcanzar la prudencia secular y desprecian la sabiduría espiritual son hijos de Agar, no de Sara: y, convertidos en bastardos, deben ser considerados no israelitas. Y puesto que Agar se interpreta como extranjera, no son hijos de la sabiduría, sino extranjeros y peregrinos. Ni son de aquellos a quienes el Apóstol decía: «Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (Efes. II).»

Explican los testimonios de Jeremías.

263-264 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS.

1. Que la casa de Israel se ha convertido para mí en escoria.
2. Allí Asur, y sus sepulcros.
3. Que la tierra hasta las ventanas, y las ventanas cerradas.
4. Que el juicio se sentó, y los libros se abrieron,
5. Que odiaron en la puerta al que corrige.
6. Aún cuarenta días, y Nínive será destruida.
7. Que del Señor son los pilares de la tierra.
8. Que Jesús estaba vestido con ropas sucias.
9. De la piedra que tiene siete ojos.
10. De los carros de los evangelistas.

Explican los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta al obispo V.

«Toda la casa de Israel se ha convertido para mí en escoria (Ezequiel XXII).» Pues la casa de Israel se convierte en escoria cuando el pecador, golpeado por la advertencia divina, cae en el abismo de la desesperación o se exalta contra el justo imperio del que castiga por impaciencia. Pero, al contrario, como permaneciendo el metal, la escoria vuela bajo los golpes divinos, cuando cualquier penitente, azotado por el látigo divino, arroja de sí la herrumbre de los vicios que le hacen temblar, y resplandece con el brillo de las virtudes reflorecientes y la claridad de una vida resplandeciente.

CAPÍTULO II. En el sermón sobre San Esteban papa y mártir.

«Allí Asur y sus sepulcros (Ezequiel XXXII).» Pues, ¿qué se entiende por Asur, el rey soberbio, sino el diablo: «Quien, según está escrito, es el rey sobre todos los hijos de la soberbia?» (Job XLI.) ¿Qué son los sepulcros sino moradas de los muertos? Pero el diablo cayó en la muerte cuando, al apartarse del autor de la vida, se enorgulleció: Cualquiera, pues, que permite que el espíritu de iniquidad, que verdaderamente está muerto, habite en la morada de su corazón por mala voluntad, sin duda se convierte en sepulcro de sí mismo. Y es necesario que allí sufra los tormentos junto con aquel a quien aquí ofrecía su morada por la iniquidad de su obra perversa.

CAPÍTULO III. En el primer sermón sinodal.

«La tierra hasta las ventanas, y las ventanas cerradas (Ezequiel XXI).» Dice el Apóstol: «El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (I Cor. III).» Las ventanas de este templo son los sacerdotes que infunden al pueblo fiel la luz de la santa predicación. Pero cuando la tierra se amontona hasta las ventanas, con las ventanas cerradas, el templo se oscurece inmediatamente; y cuando los negocios terrenales implican a los sacerdotes, como si las ventanas estuvieran cerradas, el templo que pierde la luz se oscurece. Por tanto, es necesario que, en la medida de lo posible, nos apartemos de los actos terrenales para que vigilemos continuamente en los sagrados discursos. Como dice la esposa en el Cantar de los Cantares: «Tus ojos son como palomas sobre los ríos de agua, que están lavadas con leche, y se sientan junto a corrientes plenísimas (Cant. V).»

CAPÍTULO IV. En la carta a Blanca.

«El juicio se sentó, y los libros se abrieron (Daniel VII).» Estos libros deben entenderse como los santos, cuyo mérito ahora se oculta por ellos mismos mediante la custodia de la humildad y se envuelve como un volumen de códice para que no se lea. Pero entonces se abrirá a los ojos de todos para su gloria, para que en ellos los transgresores lean, como por un artículo de escritura digerida, los mandatos de la ley divina, que, mientras vivían, despreciaron observar. Allí ya se ven obligados a leer quienes aquí, por la soberbia de la arrogancia, se desdeñaban de escuchar las palabras de Dios. Allí consideran que el yugo del Señor es ligero, y su carga es suave (Mat. XI) para los mansos y pacientes, lo que aquí juzgaban intolerable para los cuellos de su soberbia. Allí todo lo soberbio se confunde, y todo lo que se había elevado se curva bajo la indignación de tan gran majestad. Por eso se dice por Isaías: «Los ojos del hombre altivo serán humillados, y la altitud de los hombres se inclinará: pero el Señor será exaltado solo en aquel día, porque el día del Señor será sobre todo soberbio y altivo; sobre todo arrogante, y será humillado; y sobre todos los cedros del Líbano altos y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán, y sobre todos los montes elevados, y sobre toda torre alta, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es hermoso a la vista; y la altitud de los hombres se inclinará, y la altitud de los hombres será humillada,

y el Señor será exaltado solo en aquel día, y los ídolos serán completamente destruidos; y entrarán en las cavernas de las rocas, y en las hendiduras de la tierra por el temor del Señor y por la gloria de su majestad, cuando se levante para herir la tierra (Isaías II).»

CAPÍTULO V. En la carta a Honesto.

«Odiaron en la puerta al que corrige, y abominaron al que habla perfectamente.» A quienes poco después dice: «Casas de piedra cuadrada edificaréis, y no habitaréis en ellas (Amós V).» Pues corrige en la puerta quien reprende a alguien reprochable para impulsarlo al regreso a la patria celestial. Pero quien odia al que corrige no habita en la casa que ha edificado; porque aunque haya puesto el edificio de una buena obra, no merecerá habitar en él, porque despreció entrar por la puerta de la corrección; y quien no quiso entrar por la aspereza del estrecho acceso, no podrá disfrutar de la amenidad del atrio interior.

CAPÍTULO VI. En la homilía sobre la natividad de la B. Virgen María.

«Aún cuarenta días, y Nínive será destruida (Jonás III).» Lo cual, porque entonces no se lee que se haya cumplido históricamente, se espera aún que se cumpla espiritualmente. Pues por Nínive se designa este mundo; y por los cuarenta días, se insinúa todo el estado de la vida presente. Después de cuarenta días, pues, Nínive será destruida; porque después del curso de esta vida mortal, completado el número de los elegidos, este mundo será destruido.

CAPÍTULO VII. En el sermón I sobre San Mateo apóstol y evangelista.

«Del Señor son los pilares de la tierra, y sobre ellos puso el orbe (I Sam. II).» Pues el orbe se pone sobre los pilares de la tierra, cuando la santa Iglesia, como sobre bases, se solidifica con las doctrinas evangélicas. De la cual también se dice en otro lugar: «Sus fundamentos están en los montes santos (Sal. LXXXVI).» Pues los pilares allí, aquí se llaman montes. El número de los evangelistas, en verdad, concuerda con la disposición del mundo y el curso de los tiempos; porque hay cuatro partes del mundo, y otras tantas son las diversidades de los tiempos. No es de extrañar, pues, que el mundo espiritual se compare con este visible; ya que se reconoce que ambos tienen algunas similitudes entre sí.

CAPÍTULO VIII. En la carta a Mainardo abad.

Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba delante del ángel: Quien respondió y dijo a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras sucias. Y le dijo: He aquí que he quitado de ti tu iniquidad, y te he vestido con vestiduras de gala. Y dijo: Poned una mitra limpia sobre su cabeza (Zacarías III).» Pues, ¿qué se debe entender por Jesús, el gran sacerdote, sino el mediador entre Dios y los hombres? Claramente, así como por Zorobabel hijo de Salatiel, que procedía de la estirpe real de Judá, y Jesús hijo de Josadac, que tenía el derecho del oficio sacerdotal, el pueblo israelita escapó del yugo de la cautividad babilónica durante setenta años, y el templo de Jerusalén, que había sido destruido, fue reconstruido con nueva vida; así el número de los elegidos, después de los tiempos de esta vida que transcurren con la repetición septenaria de los días, es liberado de la servidumbre de esta mortalidad por Jesús Cristo, que es verdadero rey y sacerdote, y en la Jerusalén celestial se renueva el templo de Dios, que es la santa Iglesia. De la cual servidumbre dice el Apóstol: Pues «también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII).» Entonces, pues, Jesús en su cuerpo, que es la Iglesia, deposita las vestiduras sucias; entonces asume el gobierno del honor y la gloria, porque todo el coro de los elegidos es liberado del luto de la tristeza temporal, y se viste con la estola de la

inmortalidad en el esplendor de la felicidad eterna. Lo que también canta claramente la Iglesia en el salmo de la dedicación de la casa: «Convertiste, dice, mi lamento en gozo para mí, rasgaste mi saco y me ceñiste de alegría; para que cante a ti mi gloria y no me aflija (Sal. XXIX).» También se pone una mitra limpia en su cabeza, porque es coronado con la gloria de la felicidad eterna.

CAPÍTULO IX. En la carta a los cardenales obispos; sobre la dignidad de la Iglesia Romana.

«He aquí la piedra que puse delante de Jesús: sobre una piedra hay siete ojos (Zacarías III).» Esta piedra, sin duda, es aquella roca de la que el verdadero Jesús promete a Pedro, diciendo: «Sobre esta roca edificaré mi Iglesia (Mat. XVI).» Esta roca tiene siete ojos; porque la santa Iglesia resplandece con los mismos dones del Espíritu Santo: con los cuales, como un candelabro de oro, resplandeciendo inextinguiblemente, ahuyenta las tinieblas de la ignorancia, e ilumina las mentes de los hombres para contemplar el Sol de la justicia. De lo cual el mismo profeta: «Vi, dice, y he aquí un candelabro de oro todo él, y su lámpara sobre su cabeza, y sus siete lámparas sobre él (Zacarías IV).» Este sacramento también lo aprendió el B. Juan en el Apocalipsis, quien no calló, a quien se le dijo: «El misterio de las siete estrellas que viste en mi diestra, y los siete candelabros de oro (Apoc. I).» Las siete estrellas son los ángeles de las siete Iglesias, y los siete candelabros son las siete Iglesias.

CAPÍTULO X En el sermón II sobre San Mateo apóstol y evangelista.

Por cierto, aquellos carros que el profeta Zacarías designa, cuando dice: «Y me volví, y vi, y he aquí cuatro carros que salían de entre dos montes, y los montes eran de bronce.» De los cuales poco después dice: «Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para estar delante del Señor de toda la tierra (Zacarías VI).» Y es de notar que no se dice que haya un solo carro de los cuatro evangelistas; sino que cada uno de ellos se llama carro, porque uno está en los cuatro, y los cuatro están en uno; ya que por la intención de la misma fe lo que se escribe por cada uno se encuentra en todos; y lo que se dice por todos se encuentra en cada uno. Los dos montes de bronce, de entre los cuales se dice que salen, son los dos Testamentos, que son duraderos y sonoros como el bronce, porque hasta el fin del mundo no encuentran término y dan sonido por todos los espacios del mundo. «Porque en toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII).» Que también se refieren a ser vientos, porque de ellos está escrito: «Donde estaba el ímpetu del espíritu, allí iban (Ezequiel I).» Que también salen para estar delante del Señor de toda la tierra; porque lo que los santos predicadores logran de la fructificación de los fieles, no lo atribuyen a sí mismos, sino al autor de quien proceden todas sus ganancias. De los cuales se dice al B. Job: «¿Enviarás los relámpagos, y ellos irán, y al volver te dirán: Aquí estamos?» (Job XXXVIII.)

Explican los testimonios de los libros de los profetas.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS MACABEOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

«Cuando nuestros padres fueron llevados a Persia (dice la Escritura), los sacerdotes que entonces eran adoradores de Dios, tomaron el fuego del altar y lo escondieron secretamente en un valle, donde había un pozo profundo y seco, y allí lo guardaron; de modo que el lugar era desconocido para todos. Después de muchos años, agradó al Señor enviar a Nehemías desde el rey de Persia. Este envió a los descendientes de aquellos sacerdotes que lo habían escondido, para buscar el fuego; y, como nos narraron, no encontraron fuego, sino agua

espesa (II Macabeos I).» En todas estas palabras, hay que prestar especial atención a que primero el fuego se esconde en un pozo profundo y seco del valle, y luego los que lo buscan encuentran no fuego, sino agua espesa. La mente sincera y perfecta que busca al Señor no se representa inadecuadamente por el pozo profundo y seco del valle; que, por cierto, está seca de los fluidos de las tentaciones carnales y profundamente enterrada en los escombros de la concupiscencia terrenal, y está fundada en el valle de la verdadera humildad. A este pozo se introduce el fuego del sacrificio, cuando en la mente de cualquier elegido se concibe la llama del amor divino y primero se inflama el alma con el deseo celestial. Pero este fuego se convierte en agua, porque del fuego del amor divino se genera la compunción de las lágrimas. Y es de notar que no se dice que allí se encontró agua pura, sino agua espesa. ¿Qué es el agua espesa sino la compunción de las lágrimas alimentada por la grasa de la gracia divina? Con esta grasa se alimentaba el Profeta cuando decía: «Como de sebo y de grosura se saciará mi alma (Salmo LXII).» Y por otro profeta se promete esta misma grosura, cuando dice: «Se deleitará vuestra alma en grosura (Isaías LV).» Tampoco debe pasarse por alto que los que escondieron este fuego, se dice que lo guardaron, pero no que lo extinguieron por completo. Porque el fuego del amor divino, que encendemos en el alma de nuestro corazón para ofrecer a Dios un suave sacrificio de las fragancias de las buenas obras, debe arder siempre ocultamente en el inicio de nuestra conversación, pero no expandirse hacia afuera en llamas de vana gloria. Por lo tanto, se guarda con las llamas apagadas, pero no se priva de la fuerza del ardor; para que no perezca del todo, sino que después el fuego se convierte maravillosamente en agua. Esta agua, es decir, la compunción de las lágrimas, no solo nos purifica de la contaminación de los pecados, sino que también hace que nuestras buenas obras sean agradables a Dios. Porque todo sacrificio de obras se vuelve más agradable ante el Juez supremo si se rocía con las lágrimas de una mente contrita. Por eso se añade apropiadamente: «Y los sacrificios, dice, que estaban puestos, el sacerdote Nehemías ordenó que se rociaran con esa agua, y la leña que estaba encima.» Inmediatamente la serie de la historia añadió: «Cuando esto se hizo, llegó el momento en que el sol brilló, que antes estaba nublado; y se encendió un gran fuego, de modo que todos se maravillaron.» Antes habíamos oído que se encontró agua en lugar de fuego; ahora, por el contrario, se dice que por la aspersion del agua se encendió un gran fuego. Por lo tanto, tanto del fuego nace el agua, como del agua se genera el fuego mutuamente. Porque del fuego del amor divino surge la gracia de la compunción, y nuevamente del deseo celestial de las lágrimas se aumenta el ardor. Uno depende del otro, y ambos se prestan mutuamente, mientras que del amor de Dios fluye la compunción de las lágrimas, y nuevamente por las lágrimas nuestra mente se enciende más fervientemente en el amor de Dios. En la mente en la que se lleva a cabo esta alternancia recíproca de variaciones, sin duda se purga de toda suciedad de su culpa. Por eso no es inadecuado que finalmente se añada: «Nehemías llamó a este lugar Nephtar, que se interpreta como purificación.» Por lo tanto, nuestro lugar donde se ofrece el sacrificio, donde se alterna la variedad de agua y fuego, como se ha dicho, es el alma fiel; que ciertamente no se llama inadecuadamente purificación; porque mientras ahora se cuece en el fuego del amor celestial, ahora se inunda con los llantos del corazón contrito y se lava como con las corrientes de un segundo bautismo. Estas sucesiones alternantes de vicisitudes y las variedades de cambios espirituales las había percibido profundamente Isaías, cuando decía: «Surgirá, dice, tu luz en las tinieblas, y tus tinieblas serán como el mediodía, y el Señor te dará descanso siempre, y llenará de esplendores tus huesos, y liberará tu alma (Isaías LVIII).» He aquí el fuego escondido en el pozo. Pero escucha cómo este fuego se convierte en agua, inmediatamente añade: «Y serás como un jardín regado, y como un manantial de aguas, cuyas aguas no faltan.» Finalmente, para que sepas que esta agua se convierte nuevamente en fuego, y por la gracia de las lágrimas se excita más fervientemente el ardor del amor divino, un poco más abajo añade: «Entonces te deleitarás en el Señor, y te elevaré sobre las alturas de la tierra.»

## CAPÍTULO II. En la carta a Alberico cardenal.

Además, lo que preguntas sobre qué pasó con el arca del Señor y el tabernáculo del pacto que fueron fabricados en el desierto; así como la ignorancia de este asunto apenas afecta en nada, tampoco se prueba que el conocimiento de ello aporte mucha utilidad. Sin embargo, como la autoridad de las Escrituras lo transmite, en el monte Abarim, donde se reconoce que Moisés fue sepultado, se encuentra que el tabernáculo junto con el arca y también el altar del incienso fueron escondidos por manos del profeta Jeremías. Esto se declara claramente por el indicio evidente, si se atiende diligentemente al comienzo del segundo libro de los Macabeos:

«Estaba, dice, en la misma Escritura, cómo el profeta, por respuesta divina hecha a él, ordenó que el tabernáculo y el arca lo acompañaran hasta que salió al monte, al que Moisés ascendió y vio la gloria de Dios. Y llegando allí Jeremías, encontró el lugar de la cueva, e introdujo allí el tabernáculo, el arca y el altar del incienso, y cerró la entrada (II Mac. II; Deut. XXXIV).»

Por lo tanto, estos tres sacramentos, como se ha dicho, Jeremías los escondió en el mencionado monte Abarim. Si algo más se hizo con ellos después o si permanecieron intactos, ya que la Escritura no lo menciona en ninguna parte, nuestra curiosidad tampoco debe atreverse a indagar.

En efecto, es un soldado delicado el que quiere triunfar antes de empuñar las armas, primero trillar antes de arar los campos. Considerando el orden de las Escrituras, se pondera debidamente la serie de nuestras acciones: primero la ley, luego el juicio, finalmente sigue la historia de los reyes. Ahora ciertamente nos conviene observar los mandatos de la ley divina que se nos han impuesto; después seremos compelidos a rendir cuentas de nuestras obras ante el tribunal del temido Juez; finalmente se nos dará reinar sin fin en aquella gloria de claridad suprema. Por lo tanto, que mantenga el orden quien quiera evitar Babilonia. Aquel que confunde el orden de su vida viviendo, es decir, quien quiere reír antes de llorar. Como dice Salomón: «Tiempo de llorar y tiempo de reír (Eclesiastés III).» También abandona la línea del orden correcto quien en el amor pospone al Creador de todas las cosas por las cosas creadas. Como se dice con voz divina al hombre perverso: «Me has puesto detrás de tu cuerpo.» Porque pone al Señor detrás de su cuerpo quien se preocupa más por la utilidad o el placer de su carne que por guardar los mandamientos de Dios. De ahí que la esposa diga en el Cantar de los Cantares: «Ha ordenado en mí la caridad (Cantar II).» Ciertamente, en ninguna parte se encuentra el precepto en las ceremonias del Antiguo Testamento de que se mezcle miel con los sacrificios. Por lo cual se entiende que Dios no quiere que haya ninguna dulzura carnal en aquellos que ofrecen su vida como sacrificio a Dios, nada en ellos que pertenezca al placer carnal. Sin embargo, frecuentemente se añade aceite, para que toda ofrenda de nuestra operación se ofrezca con alegría. «Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX).» En todo también se ordena mezclar sal para que todo sacrificio de buena obra esté sazonado con la sal de la razón, la discreción y la sabiduría celestial.

### DE LAS PETICIONES DEL LINCIDARIO Y SUS RESPUESTAS.

Pregunta 1. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no se circuncida en la carne?

Respuesta. En realidad, el cristiano ya no se circuncida precisamente porque lo que se profetizaba con la circuncisión, Cristo lo cumplió. La despojo de la vida carnal, que en la antigua ley estaba figurada, ya se ve completada en la resurrección de Cristo; y lo que esperamos que suceda en nuestra resurrección, ya se encomienda en el misterio del sagrado

bautismo. Por lo tanto, la circuncisión carnal se desprecia con razón como superflua, ya que la espiritual, para la cual aquella fue prefigurada, ya se representa.

Pregunta 2. ¿Por qué el cristiano omite observar el sábado, si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla?

Respuesta. No observamos el sábado porque lo que entonces se prefiguraba, ya lo vemos cumplido con la manifestación de la realidad. En Cristo, de hecho, celebramos el verdadero sábado de descanso espiritual, cuando ponemos nuestra esperanza solo en Él, y así descansamos en Él con todo el amor y devoción del corazón, cesando de toda obra servil de vicios y de la ambición de las cosas terrenales. A celebrar este sábado nos invita Él mismo, cuando clama: «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mateo XIII).» Por lo tanto, decimos que el culto del sábado carnal es superfluo, ya que celebramos aquel verdadero y saludable para el cual fue instituido.

Pregunta 3. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano descuida la diferencia de alimentos que la ley manda observar?

Respuesta. En realidad, esta diferencia de alimentos no es admitida por los cristianos porque lo que se figuraba a través de ella, Cristo lo cumplió. La impureza que entonces se evitaba en los alimentos, ahora se reprueba en las costumbres humanas. Así como los santos y justos son transferidos al cuerpo de Cristo, así los reprobos e inicuos son rechazados por Él como alimentos impuros. Por lo tanto, después de que la misma Verdad que se significaba ha llegado, con razón ha cesado la sombra de la significación.

Pregunta 4. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no se preocupa por ofrecer sacrificio a Dios con carnes de animales?

Respuesta. En realidad, este tipo de sacrificio no se ofrece por los cristianos porque todo lo que se realizaba típicamente en aquellas víctimas, se cumple verdaderamente en la inmolación del Cordero, «que quita los pecados del mundo (Juan III);» y porque todo aquello no tenía otra salvación que tender unánimemente a este nuestro sacrificio, y toda la diversidad de ceremonias lo designaba, después de que la hostia singular brilló, la múltiple sombra que la precedía se desvaneció. ¿Quién no sabe que esos sacrificios se impusieron más para que el pueblo desobediente no fornicara con los ídolos, que porque Dios los deseara?

Pregunta 5. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no observa el ázimo que la ley manda?

Respuesta. Por eso el ázimo visible y corporal se desprecia por los cristianos, porque, al haber sido purgado el fermento de la vida antigua, la nueva masa se cumple espiritualmente. Entonces era el precepto de la escritura de la ley, ahora es testimonio, y después de que ha llegado lo que se significaba, lo que significaba ha desaparecido.

Pregunta 6. Si Cristo vino a cumplir la ley, ¿por qué el cristiano no celebra la Pascua con la sangre del cordero pascual, como tanto decreta la ley?

Respuesta. Aquí se debe responder lo mismo que ya se ha dicho anteriormente; porque después de que se reconoce que ha llegado aquel verdadero Cordero que se significaba, aquel

que significaba se juzga superfluo. Con cuya sangre no unguimos ya puertas de madera o piedra, sino que más bien sellamos las entrañas del hombre interior.

Pregunta 7. Si Cristo no abolió la ley, ¿por qué el cristiano no celebra la novilunio que la ley manda?

Respuesta. Por eso también el cristiano desprecia celebrarla; porque todo aquello para lo cual fue celebrado en otro tiempo, Cristo lo cumplió. La solemnidad de la luna nueva designa la nueva creación que se hace en el hombre, de la cual dice el Apóstol: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, y he aquí todas son hechas nuevas (II Cor. V).»

Pregunta 8. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no observa los bautismos de abluciones que la ley manda?

Respuesta. Por eso estos no merecen el culto de la observancia cristiana, porque entonces fueron sombras de lo que había de venir, de lo cual ahora poseemos el efecto claro. «Porque hemos sido sepultados con Cristo por el bautismo en la muerte; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom. VI).»

Pregunta 9. Si la ley fue cumplida por Cristo, no abolida, ¿qué razón se objeta para que los cristianos no celebren la solemnidad de las cabañas?

Respuesta. El tabernáculo de Dios es la sociedad del pueblo cristiano, y porque aquel tabernáculo prefiguraba la santa Iglesia, se desprecia el signo después de que ha llegado lo que fue prefigurado. Porque no se llamaría tabernáculo del testimonio, si no atestiguara algo que debía ser declarado en su tiempo de verdad. Por lo tanto, lo que entonces se hacía por precepto figurado, ahora se ve revelado por testimonio; y cuando ya se ve lo que se figuraba, lo que figuraba se juzga superfluo en todo.

Pregunta 10. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no observa el séptimo año de remisión, o incluso el jubileo?

Respuesta. Porque la Verdad y Sabiduría de Dios, que enseña a los ángeles en el cielo, también vino a enseñar a los hombres en la tierra. Lo que antes había mandado observar carnalmente bajo la sombra de enigmas, después mandó a sus discípulos entender espiritualmente. Así se ordena que el séptimo día sea feriado para que se designe el descanso eterno. Así también en el séptimo año, así en el Jubileo, que por el ciclo de los años se lleva al quincuagésimo al replicar siete veces el número siete y añadir una unidad, se indica el seguro descanso de la bienaventuranza perpetua. Porque al comenzar el Jubileo se toca la trompeta, y todos regresan a sus posesiones propias. Porque, como dice el Apóstol: «El mismo Señor con mandato, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo, porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles (I Tes. IV).» Volver a sus posesiones es recibir inmediatamente sus cuerpos incorruptibles. Entonces Adán volverá a la antigua tierra de su carne en la que habitó primero; entonces Noé, Abraham, Moisés y todos recibirán su posesión propia, cuando se les reforme el cuerpo incorruptible. Por lo tanto, nuestro Redentor, que «abrió el entendimiento a los discípulos para que comprendieran los misterios de las Escrituras (Lucas XXIV),» no quiso que el Jubileo, ni el séptimo año de remisión ni las demás ceremonias del rito legal se observaran carnalmente, después de que hizo que todas estas cosas se entendieran espiritualmente: porque entonces los mandatos

legales se cumplen verdaderamente, cuando se hacen según la inteligencia espiritual para la cual fueron instituidos. Porque entonces eran vacíos, sombra e imagen de la cosa, no la cosa misma, cuando se observaban carnalmente.

#### DE LAS AMENAZAS Y PROMESAS DE DIOS.

De ninguna manera debía cambiarse lo que el Papa concedió, lo que decretó con un edicto (PET. DAM. tom. III, opusc. 4). ¿Qué maravilla si los hombres cambian los estatutos, cuando el Dios omnipotente también cambia lo que Él mismo establece? Porque de lo que promete a veces disminuye, o incluso lo retira por completo; a veces amenaza males, y no los inflige. ¿Qué es lo que Dios nunca prometió, y disminuyó? Si no lo has olvidado, puedes recordar que el Señor dijo a Noé: «No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne, y serán sus días ciento veinte años (Gén. VI).» Pero cuando la Escritura menciona que Noé tenía quinientos años cuando el Señor le hablaba, y que ya tenía seiscientos cuando el diluvio estalló, claramente se ve que se restaron veinte años del espacio del número prescrito. Por lo tanto, el espacio de vida que Dios prometió a la humanidad lo disminuyó, porque creció la culpa de su perversidad. También el Espíritu Santo prometió a Judá por boca del patriarca, diciendo: «No se apartará el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga el que ha de ser enviado (Gén. XLIX);» y sin embargo, ni en los tiempos de los Jueces leemos que hombres de la tribu de Judá siempre mantuvieran el liderazgo sobre Israel; ni se encuentra que los reyes de la misma tribu mantuvieran el principado hasta la venida de Cristo. Por lo tanto, está claro que a menudo el Dios omnipotente disminuye lo que prometió al hombre, porque el hombre no cumplió lo que debía a Dios.

¿Dónde prometió Dios algún bien y no lo cumplió? Recuerda que el Señor dijo al rey Josías de Judá: «Porque viste las palabras del libro, y tu corazón se conmovió, y te humillaste ante el Señor al oír las palabras contra este lugar y sus habitantes; y rasgaste tus vestiduras, y lloraste ante mí, por eso te recogeré con tus padres, y serás recogido en tu sepulcro en paz;» y sin embargo, poco después la Escritura dice: «En sus días subió Faraón Neco, rey de Egipto, contra el rey de Asiria al río Éufrates, y Josías salió a su encuentro, y fue muerto en Meguido cuando lo vio (IV Reyes XXIII).» También a Sedequías, rey de Judá, se le dice por Jeremías: Escucha la palabra del Señor, Sedequías rey de Judá: Así dice el Señor a ti: «No morirás a espada, sino que morirás en paz, y como quemaron a tus padres, los reyes anteriores que fueron antes de ti, así te quemarán; porque yo he hablado la palabra, dice el Señor (Jer. XXXIV).» Lo cual, sin duda, quien escudriñe la serie de la historia nunca podrá encontrar cómo pudo haber sucedido. Porque después de que fue capturado una vez por el rey de Babilonia y llevado a Babilonia, nunca más se lee que fuera liberado de sus cadenas. Por lo tanto, con justo juicio, Dios a veces retira al hombre los bienes que prometió, cuando el hombre rebelde desprecia guardar sus mandamientos.

Prosigue también, ¿cómo Dios no inflige lo que ha amenazado?

Nadie que cruza el umbral de la Iglesia ignora que Jonás fue enviado por el Señor a Nínive y exclamó, diciendo: «Aún cuarenta días, y Nínive será destruida (Jon. III).» Pero como aquella ciudad se convirtió al Señor con todo su corazón, no fue destruida según la sentencia amenazante de destrucción del Señor. Así, cuando Dios Todopoderoso no solo es veraz, sino que es la misma verdad, manteniendo inviolado el propósito de su consejo, a menudo varía el orden de su juicio exterior según la calidad del mérito humano, ya sea bueno o malo; para que, corregido de la maldad, escape de lo que Dios justamente amenaza: y caído en culpa, de ninguna manera reciba los bienes que promete. De ahí que diga por Jeremías: «Mejorad

vuestros caminos y vuestras obras, y escuchad la voz del Señor vuestro Dios, y el Señor se arrepentirá del mal que ha hablado contra vosotros (Jer. XVII).» De ahí que también el Señor dijera a Elí por medio de un hombre de Dios: «Hablando he hablado, que tu casa y la casa de tu padre ministrarán ante mí para siempre: pero ahora dice el Señor: Lejos esté esto de mí, sino que cualquiera que me glorifique, lo glorificaré: y los que me desprecian, serán despreciables (I Reg. II).»

Con razón has fortalecido claramente todo lo que propusiste con testimonios evidentes de las Escrituras, ahora da razón de la injuria a mi señor el rey.

Al glorioso rey, al elegirnos un pontífice, lejos de nosotros haberle infligido injuria; ya que la necesidad nos impulsó a esto, no la rapiña. A esto, digo, nos atrajo involuntariamente el inminente peligro de guerra civil, no el rencor de herir al imperio.

¿Qué me importan todas estas cosas? mientras quede claro que, sucediera lo que sucediera, de ninguna manera debiste infringir la sentencia del santo papa; de ninguna manera fue lícito violar el misterio del decreto sinodal. Pues como dice la Escritura: «Es mejor que surja un escándalo a que se abandone la verdad.» Porque si los santos mártires hubieran temido esta guerra, sin duda se habrían convertido en desertores de la santa milicia.

No ignoras que entre todos los santos mártires, Pedro y Pablo poseen el principado en la cumbre del senado apostólico. Debemos seguir sus huellas, su forma debe imprimirse en nuestros actos; bajo su disciplina maestra debemos vivir.

Esto ciertamente es claro.

Escucha, pues, a Pablo hablando verazmente de su coapóstol Pedro: «Antes que vinieran algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero cuando vinieron, se retraía y se separaba, temiendo a los de la circuncisión (Gál. II).» Vemos, pues, a Pedro no rígido, sino discreto: temía a los judíos para que no se apartaran de la fe cristiana por ocasión de los gentiles; y para no perder al rebaño perdido, imitó el ejemplo del buen pastor: «Se hizo a los judíos como judío, para ganar a los judíos;» así como Cristo apareció en forma de carne de pecado, para liberar al hombre de los pecados; y aunque no dudaba que la ley de Moisés debía ser abolida, sin embargo, aconsejando a los hermanos aún rudos e infirmos, mantuvo por un tiempo la sombra de la ley para llevarlos algún día a conocer perfectamente la plenitud de la verdad. En esto, pues, el B. Pedro nos dio una regla de discreción, para que a veces, donde no cause mucho daño, nos apartemos un poco del camino de la rectitud para poder aconsejar a los débiles.

Tú que dices que Pedro alguna vez mantuvo la ley judía; ¿por qué no dices también lo que se lee en la misma Epístola: Sin duda, porque «Pablo lo reprendió cara a cara? Cara a cara, dice, le resistí, porque era reprehensible, y le dije: Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar?»

Lo que Pedro hizo por compasión misericordiosa, Pablo lo reprendió por el magisterio de la disciplina. Aquel lo hizo dispensativamente para quitar el escándalo a los débiles; este lo corrigió para que cualquiera indiscreto no lo tomara como ejemplo. En Pedro aprendamos a ser discretos ante el peligro inminente. En las palabras de Pablo seamos instruidos, para que nuestra vida merezca servir a la rectitud en cosas sanas. Escucha también consecuentemente a Pablo, oponiendo a nuestros ojos la línea dorada de la discreción, y siendo autor de la misma compasión dispensativa. Pues como testifica la historia de los Hechos apostólicos: «Pablo

recorría Siria y Cilicia, confirmando las Iglesias, y llegó a Derbe y Listra, y he aquí que había un discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer viuda fiel, pero de padre gentil (Hech. XVI).» A este, pues, para abreviar, el Apóstol lo circuncidó; porque temía a los judíos, más bien a los judíos que estaban en aquellas regiones. ¿Por qué, entonces, circuncidó a un hombre fiel no judío, que evidentemente era incircunciso, sino de nación gentil? sino para servir al estudio de la discreción, para que los judíos fieles, cayendo en escándalo, no se apartaran de la fe. Esto también ahora vuelve a la memoria; porque alguna vez, según la costumbre de los nazareos, dejó crecer su cabello por voto; y después de haber navegado a Siria, estando en Cencreas, se cortó el cabello según el mandato de la ley (Hech. XVIII). Lucas, escritor de la historia sagrada, aún relata: «Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gusto; y al día siguiente, Santiago y todos los ancianos que estaban con él, comprobado su Evangelio, le dijeron: Ves, hermano, cuántos miles hay en Judea que han creído en Cristo, y todos son celosos de la ley. Pero han oído de ti que enseñas disensión de Moisés a los judíos que están entre los gentiles, diciendo: No deben circuncidar a sus hijos, ni andar según la costumbre. ¿Qué, pues, es? ciertamente es necesario que se reúna la multitud; porque han oído que has venido. Haz, pues, esto que te decimos: tenemos cuatro hombres que tienen un voto sobre sí; tomándolos, santifícate con ellos: y gasta en ellos, para que se rapen las cabezas y todos sepan que lo que han oído de ti es falso; sino que tú también andas guardando la ley. Entonces Pablo, tomando a los hombres, al día siguiente purificado con ellos, entró en el templo (Hech. XXI).»

A nadie le es lícito ignorar: Todo lo que se consagre al Señor, ya sea hombre, animal, campo, o cualquier cosa que una vez haya sido consagrada, será Santísimo para el Señor, y pertenece al derecho de los sacerdotes; por lo cual será inexcusable todo aquel que pida, quite, devaste, invada o arrebathe a un ciudadano del Señor y de la Iglesia, para ser juzgado como sacrílego, y si no quiere enmendarse, sea excomulgado. Quien quite algo al padre, es partícipe del homicida. Sin duda, nuestro Padre es Dios, quien nos creó; y nuestra madre es la santa Iglesia, que nos regeneró en el bautismo. Por lo tanto, quien roba, quita o defrauda el dinero de Cristo y de la Iglesia, es homicida y ante el Señor es considerado homicida. Porque quien roba los bienes de la Iglesia, comete sacrilegio y debe ser juzgado como sacrílego. Así que, mientras ponemos la línea de batalla espiritual contra los espíritus malignos, es sumamente necesario que siempre seamos encontrados unidos y estrechamente ligados por la caridad, y nunca interrumpidos por la discordia; porque cualesquiera que sean las buenas obras en nosotros, si falta la caridad, por el mal de la discordia se abre un lugar en la línea, por donde el enemigo pueda entrar para herirnos. El antiguo enemigo no teme la castidad en nosotros, si está sin caridad; porque él no es oprimido por la carne para que su lujuria se disuelva. No teme la abstinencia, porque él no usa alimento, porque no es urgido por la necesidad del cuerpo. No teme la distribución de las cosas terrenales, si a esa obra le falta la caridad; porque él no necesita los subsidios de las riquezas. Pero teme mucho en nosotros la verdadera caridad, y el amor humilde que nos brindamos mutuamente, y envidia mucho nuestra concordia; porque esto lo mantenemos en la tierra, lo que él, al no querer mantener, perdió en el cielo. Bien se dice, pues: «Terrible como un ejército en orden de batalla;» porque los espíritus malignos temen a la multitud de los elegidos, al verlos unidos y agrupados contra ellos por la concordia de la caridad. Cuán grande es la virtud de la concordia, se muestra cuando sin ella las demás virtudes se demuestran no ser virtudes. Grande es la virtud de la abstinencia; pero si alguien se abstiene de los alimentos de tal manera que juzga a los demás en la comida, y condena los mismos alimentos que Dios creó para ser recibidos con acción de gracias por los fieles; ¿qué se ha hecho de la virtud de la abstinencia, sino un lazo de culpa? Por lo cual también el salmista, indicando que no hay abstinencia sin concordia, dice: «Alabadle con pandero y danza.» En el pandero, la piel seca resuena, en la danza las voces

cantan concordemente. ¿Qué, pues, se designa por el pandero sino la abstinencia? ¿y qué por la danza sino la concordia de la caridad? Quien, pues, mantiene la abstinencia de tal manera que abandona la concordia, alaba en el pandero, pero no en la danza. Quienquiera que descuida la custodia de su vida, y actúa sin examinar lo que dice, lo que piensa, o lo desprecia, o lo ignora, no camina ante sí mismo; porque ignora cómo es en sus costumbres o actos; ni está presente a sí mismo, porque no está solícito en buscarse y conocerse a diario. Pero verdaderamente se antepone a sí mismo, y está presente a sí mismo quien se observa en sus actos como a otro. Pues hay muchos pecados que cometemos, pero por eso no nos parecen graves, porque amándonos con amor privado, con los ojos cerrados nos halagamos en nuestro engaño. De ahí que a menudo nuestros propios pecados graves los juzgamos levemente, y los males leves de los prójimos los juzgamos gravemente. Los hombres serán amadores de sí mismos; y sabemos que el amor privado cierra vehementemente el ojo del corazón. De ahí que lo que hacemos no lo consideramos grave, y a menudo lo que hace el prójimo nos parece sumamente detestable.

El resto se desea.

### **[AL LECTOR.]**

A su lector, el señor CONSTANTINO abad de Gaeta.

Consideramos oportuno advertirte, lector excelente, que estas colecciones de las Obras de S. Pedro Damiano han sido recopiladas por nosotros con gran diligencia. Sin embargo, solo en el Antiguo Testamento, y de manera imperfecta, como se muestra, que ahora damos a la luz, han sido encontradas. Pues las exposiciones del Nuevo Testamento, que también (como indica la antigua inscripción) el mismo autor, discípulo del santo doctor, compiló, no pudieron ser halladas. Vale.